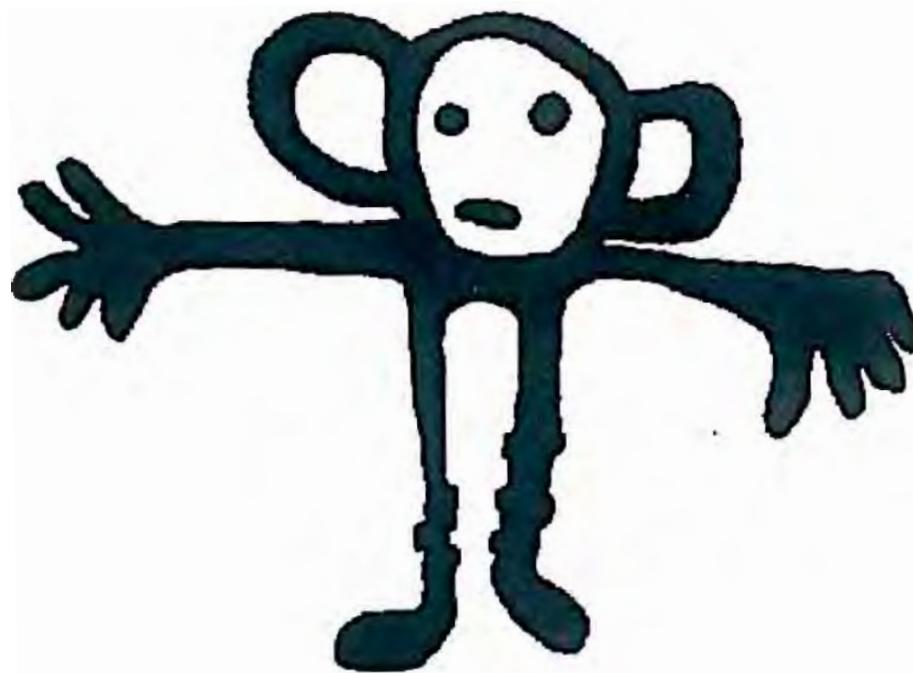


EL CARIBE ARQUEOLÓGICO



Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *Del Caribe*





PETROGLIFO DE MAFFO

Fue localizado en 1963 por el Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba, al sur del poblado de Maffo y al este de Cruce de los Baños, en la granja Ramón Campa, barrio Cambute, municipio de Contramaestre, provincia de Santiago de Cuba. Junto a él se halló otro más pequeño y rústico y hasta el momento no ha sido posible correlacionarlos con restos indígenas en la zona.

Fue grabado en una roca plana de aproximadamente 80 cm de alto.

Las dimensiones más significativas de la figura son:

32 cm desde los pies a la cabeza y 38 cm

entre sus extremidades superiores extendidas. Su actitud sugiere la de un danzante, lo que armoniza con la expresividad del rostro.

La figura está expuesta en el gabinete de arqueología del historiador de la Ciudad de La Habana.

EL CARIBE ARQUEOLÓGICO

Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *Del Caribe*

1 / 1996

CONSEJO EDITORIAL

Dr. Marco Veloz Maggiolo
Lic. Jorge Ulloa Hung *
Dra. Betty Meggers
Dra. María Neísa Trincado *

CONSEJO ASESOR

Dr. Mano Sanoja (Venezuela)
Dra. Irida Vargas (Venezuela)
Dr. Carlos Angulo (Colombia)
Dr. Oscar Fonseca (Costa Rica)
Dr. A. Gus Pantel (Puerto Rico)
Dr. M. Rivera de la Calle (Cuba)
Dr. José M. Guarch (Cuba) *
Dr. José Alcina Franch (España)

Correspondencia a:

☐ Casa del Caribe
Calle 13 No. 154 esq. B
Rpto. Vista Alegre
Santiago de Cuba, 90400
CUBA
Tlf. (53)(226)42286
Fax (53)(226)42387

☐ Marco Veloz Maggiolo
Apartado 642
Santo Domingo
República Dominicana

☐ Betty Meggers
Taraxacum S. A.
MNH-112
Anthropology 30560
Washington D. C.,
USA

IRAIDA VARGAS-ARENAS	3	La arqueología social: un paradigma alternativo al angloamericano
A. GUS PANTEL	8	Nuestra percepción de los grupos preagrícolas en el Caribe
JOSÉ M. GUARCH D. ANTONIO COBO ABRÉU ALFREDO LOMÉ G. JOSÉ JIMÉNEZ S.	12	La muerte en las Antillas: Cuba
ERCILO VENTO CANOSA DIANA GONZÁLEZ R.	26	Primeras consideraciones antropológicas y forenses sobre un protoagrícola o ceramista temprano en el Caribe
JUAN E. JARDINES JUAN J. GUARCH R.	31	Paleopatología aborigen de Cuba
ROBERTO VALCÁRCEL R. JUAN C. AGÜERO H. / ELENA GUARCH R. / ROSANA PEDROSO	39	Patrimonio arqueológico de una región de Cuba
JORGE CALVERA / EVA SERRANO MANUEL REY / IRÁN PEDROSO YUDILSY YFARRAGUIRRE	46	La ornamentación incisa en la cerámica aborigen del centro-norte de Holguín, Cuba
JOSÉ F. JIMÉNEZ S.	59	El sitio arqueológico Los Buchillones
MARÍA N. TRINCADO F. JORGE ULLOA H.	68	Nuevos aspectos sobre el poblamiento aborigen de la llanura Caño-Guacanáyabo
PEDRO P. GODO	74	Las comunidades meillacoides del litoral sudoriental de Cuba
VALENTÍN GUTIÉRREZ R.	83	La arqueopoesía de Eliseo Diego
MARÍA N. TRINCADO F.	87	Acerca de la fundación de la villa de San Salvador
JUAN MANUEL REYES C.	100	El aborigen y la formación de la nacionalidad cubana
	104	Visión tascasiense del Indocubano

Director:
Joel James Figarola

Editores:
José M. Fernández Pequeño
Jorge Luis Hernández

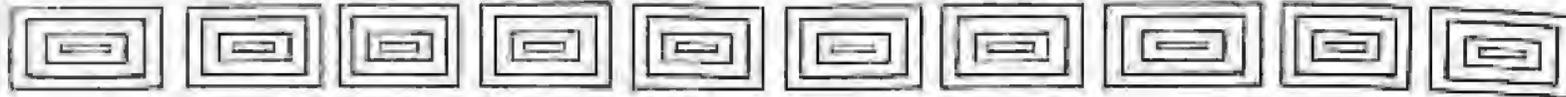
Diseño y cubierta:
Luis J. Garzón Masabó

Dibujos:
Juan Camacho

Del Caribe, publicación de la Casa del Caribe en Santiago de Cuba / Cada trabajo expresa la opinión de su autor / No se devuelven originales no solicitados / Inscrita en la administración de Correos, zona postal 4, Santiago de Cuba, bajo el No. 81620/168, acogida a la tarifa de impresos periódicos / ISSN-0864-1331.

Este número ha sido publicado con financiamiento de Taraxacum S.A.





Nacida hace trece años, la revista Del Caribe ha intentado recoger en sus páginas enfoques de la región caribeña que, a partir del conjunto de las ciencias sociales, concretaran una indagación múltiple e incisiva, a veces comandada por la abstracción teórica, a veces cercana a lo testimonial, a la imprescindible recogida de evidencias de la cultura popular del Caribe que de otro modo corrían riesgo de perderse. En esa trayectoria, cada vez con mayor fuerza, la arqueología ha solicitado una presencia acorde con la importancia de su quehacer científico. El Caribe Arqueológico es una extensión de Del Caribe hacia ese terreno, pero es así mismo el cumplimiento de una deuda con los arqueólogos caribeños, a los que no siempre pudimos dar el espacio que merecían debido a la acusada especialización de sus resultados investigativos. Esta publicación es resultado del trabajo que la Casa del Caribe ha realizado en la investigación, promoción y difusión de la cultura caribeña a lo largo de casi tres lustros, de la generosa ayuda prestada por la Dra. Betty Meggers y Taraxacum S.A. para su financiamiento, de la colaboración del Dr. Marcio Veloz Maggiolo y, sobre todo, de los valiosísimos aportes que la arqueología caribeña viene realizando al mejor conocimiento de nuestra historia. Aun siendo una extensión de Del Caribe, hemos preferido que El Caribe Arqueológico aparezca con numeración propia pues es nuestra aspiración dedicar un número cada año a la arqueología. Este, por voluntad de su Consejo Editorial, está en lo fundamental consagrado a Cuba. En números posteriores otros países del área recibirán mayor atención. Sea pues una invitación a los especialistas en la materia.

LOS EDITORES



LA ARQUEOLOGÍA SOCIAL: un paradigma alternativo al angloamericano

IRAIDA VARGAS-ARENAS



Ponencia presentada en la Reunión Anual de la Asociación Americana de Arqueología, Minneapolis, mayo 7-13 de 1995.

LA ESTRUCTURACIÓN DEL PARADIGMA ANGLO-AMERICANO EN VENEZUELA Y LA ARQUEOLOGÍA SOCIAL

Venezuela, como el resto del Caribe insular, ha sido desde la década de los años treinta de este siglo, una región que ha atraído la atención de investigadores, fundamentalmente del este de Norteamérica. Efectivamente, los primeros trabajos realizados en el país, en lo que se puede considerar una arqueología moderna, fueron llevados a cabo por Wendell Bennett, Alfred Kidder, Cornelius Osgood y George Howard, procedentes de Yale y Harvard, entre 1933 y 1939 (Bennett, 1937; Osgood y Howard, 1943; Kidder, 1944; Cruikshank y Rouse, 1961; Vargas-Arenas, 1988, 1990). A finales de los treinta, Irving Rouse, investigador también de Yale, inicia sus trabajos en el Caribe insular, y una década más tarde en Venezuela (Cruikshank y Rouse, 1961).

El *establishment* oriental, en palabras de Patterson (1986), ha pues dominado la arqueología caribeña, hasta convertirse en hegemónico para la región, posición que todavía sostiene, sobre todo en la porción insular de dicha zona y en alguna medida en la centroamericana.

A partir de la década de los cincuenta, con la creación de la Escuela de Antropología de la Universidad Central de Venezuela, las investigaciones comienzan a ser llevadas a cabo por venezolanos egresados de dicho centro. A partir de entonces, se generan dos tendencias, una constituida por aquellos que continúan empleando el paradigma norteamericano, sobre todo el marco técnico-metodológico creado por Rouse, basado en la descripción de estilos cerámicos, y otra más crítica, orientada hacia el análisis de los contextos sociohistóricos del pasado, influida —de una parte— por las ideas del famoso etnólogo venezolano Acosta Saignes, así como por etnólogos europeos como Gordon Childe, Marcel Mauss y André Leroi-Gourhan, entre otros. De otra parte, este grupo de arqueólogos sigue las tendencias teóricas de James Ford, Evans y Meggers, quienes representaban la misma posición teórica de Leslie White. Con tales bases teóricas, comenzó a desarrollarse en la arqueología venezolana una orientación científica antagónica al paradigma rusohegemónico (Vargas-Arenas, 1986, 1990).

La arqueología social que ha venido practicando, desde finales de la década de los sesenta (Bate, 1989; Vargas y Sanoja, 1992; Patterson, 1993), un grupo de investigadores de América Latina (Lumbrales, 1974; Sanoja y Vargas, 1974; Sanoja, 1985; Veloz Maggiolo, 1976; Bate, 1978;

Bate *et al.*, 1983, 1984, 1985; Vargas-Arenas, 1990; López, 1990) comparte una misma posición teórica (Gándara, comunicación personal), que afirma la existencia para la ciencia arqueológica de la sociedad, su desarrollo y transformaciones, en tanto objeto de conocimiento, postura que comparte con las demás disciplinas de las ciencias sociales. Asimismo, esta posición teórica se plantea, de manera explícita, una postura ética que implica asumir un compromiso político con la sociedad en estudio. Tal compromiso supone, entre otras cosas, practicar una arqueología que trasciende un campo de acción centrado en el pasado y que busca analizar las causas que originaron las actuales condiciones de existencia de las sociedades de América Latina, las formas de estructuración y desarrollo de dichas condiciones y los procesos de particularización que llevan a cada país a ser lo que es.

La arqueología social explora nuevos temas y problemas; nuevos en el sentido de haber sido dejados de lado por las investigaciones anteriores, cargadas de otras intenciones y que obedecían a otros intereses políticos. Dentro de estas nuevas propuestas destaca el estudio de la vida cotidiana, que permite ofrecer explicaciones sobre las actividades diarias, las relaciones interpersonales, el comportamiento consuetudinario en las distintas épocas; así mismo permite conocer la ruptura de lo consuetudinario, la creación y alteración, la transformación en cada época histórica. En el caso de la arqueología urbana, nos interesa conocer el impacto que el capitalismo tuvo en el campo de la vida doméstica (Vargas-Arenas, 1994a).

El compromiso del arqueólogo social supone, en consecuencia, plantearse la búsqueda de explicaciones a problemas muy actuales de los países de América Latina. Con la comprensión de los factores causales de las presentes configuraciones sociohistóricas y culturales de América Latina, es posible vislumbrar ulteriormente las formas de divulgación de ese conocimiento colectivo.

Planteadas de esta manera, la práctica de la arqueología social supone la acción del arqueólogo en múltiples campos de la vida social: el académico, el de la gerencia de recursos culturales y, fundamentalmente, el de la educación (Vargas y Sanoja, 1990; Sanoja y Vargas, 1990). En este último ámbito radica la esencia de la arqueología social, pues no se plantea el conocimiento con fines meramente contemplativos sino para ser usado en la transformación social. Y dicha transformación social requiere, de manera necesaria, la exis-

tencia en el colectivo de una conciencia histórica, de un conocimiento de sus procesos históricos, de la aceptación del pasado como propio (Vargas y Sanoja, 1990; Vargas y Sanoja, 1993; Vargas-Arenas, 1994d). De alguna manera, se trata de romper la homogeneización de la conciencia surgida como paradigma de la expansión capitalista.

¿ARQUEOLOGÍA COLONIAL O ARQUEOLOGÍA DEL CAPITALISMO?

El estudio arqueológico del proceso histórico que señala la inserción de las sociedades aborígenes americanas dentro del marco naciente del capitalismo europeo, permite analizar la formación de los estados nacionales de América Latina, los contenidos culturales de las sociedades criollas mestizas que se gestan a partir del siglo XVI, y el desarrollo del proceso de dependencia que va implícito en la consolidación de los países del capitalismo periférico, con su secuela de subdesarrollo.

En este orden de ideas, debemos considerar que los viajes de "descubrimiento" y la participación europea en lo que es ahora América Latina, fueron parte de la expansión del capitalismo mercantil y un intento por explotar y acumular capital —fundamentalmente metales preciosos y trabajo— en busca de impulsar el desarrollo y consumo europeos. Europa, para el momento, carecía del capital y del trabajo para producir la acumulación originaria y su propio desarrollo (Gunder Frank, 1967; Gunder Frank, Puiggros y Laclau, *s/f*; Losada Aldana, 1967).

Para la arqueología positivista (y, para el caso, también los arquitectos concebidos solamente como diseñadores) realizada hasta ahora en el Caribe, y específicamente en Venezuela, los numerosos sitios coloniales de habitación, ciudades, conventos, casas de mantuanos, edificios de gobierno, fortalezas, oficinas, capacidades, creatividad popular, problemas sociales y similares han sido abordados con las mismas herramientas conceptuales y metodológicas empleadas para el estudio del período precolonial, que convierte sociedades en estilos, tipos y series, los cuales solamente tienen valor de nomenclatura para aspectos estéticos y formales de una vajilla de uso culinario, como la mayólica, o de edificaciones (Duarte y Fernández, 1980; Duarte y Gasparini, 1989; Gasparini, 1976).

Según nuestro punto de vista, el estudio de los sitios arqueológicos coloniales o republicanos no puede verse descontextualizado de los entornos urbanos que median su desarrollo, de los procesos de intercambio desigual que caracterizan la relación entre el llamado primer mundo de ayer y de

La venezolana Iralda Vargas-Arenas es fundadora y una de las principales exponentes de la llamada arqueología social latinoamericana. Así lo atestiguan sus numerosos artículos y libros.

hoy —de los productores y exportadores de bienes manufacturados— con los países periféricos —productores y exportadores de materia prima. La arqueología tiene que —debe— analizar los resultados de dicho intercambio desigual, que termina generalmente en la erradicación de los procesos manufactureros locales, incapaces de mantener la competencia contra la producción industrial masificada de los bienes de consumo cotidiano (Sanoja y Vargas, 1994; Vargas *et al.*, 1994; Cunill Grau, 1987: 124).

La arqueología del capitalismo (Leone y Potter, 1988; Paynter, 1988) durante la colonia nos permite analizar el impacto que tuvo la primera Revolución Industrial sobre las sociedades coloniales dependientes; esa misma arqueología, durante la República, nos ayuda a adentrarnos en el estudio de los efectos de la segunda Revolución Industrial, del capitalismo industrializado, sobre sociedades igualmente dependientes, y hacer por último la proyección hacia la sociedad contemporánea, donde un nuevo ciclo de hegemonía a nivel mundial ahonda la brecha que separa los países del hasta ahora "siempre primer mundo" y los que también hasta ahora se encuentran "siempre en proceso de desarrollo".

La arqueología del capitalismo, colonial o republicana, es la arqueología de la desigualdad (Paynter y McGuire, 1991), que se manifiesta incluso en el diseño de las viviendas urbanas, en el consumo diferencial de los bienes de uso cotidiano entre la gente que habita diferentes o similares espacios de la misma ciudad. Los productos industriales muestran una creciente estandarización, aunque durante la última mitad del siglo XIX parece haber una clara diversificación en los estilos formales; el volumen y la calidad del consumo de los bienes industrializados también se convierten en indicadores de su uso diferencial, de acuerdo con la relevancia del sitio arqueológico en relación con las clases sociales.

Los proyectos de investigación de la llamada "arqueología histórica o colonial" en Venezuela y en el Caribe en general, han concentrado su principal interés académico en excavar conventos e iglesias, sitios arqueológicos que representan al sector corporativo de la estructura social oligárquica. La razón de esta selección, presumimos, es que la alta tasa de utilización de mayólica en ciertos edificios religiosos provee una base estadística más confiable para definir tipologías y cronologías. Pero, al mismo tiempo, su valor para la interpretación de la dinámica de la estructura socioeconómica es muy restringido, al ser la Iglesia uno de los elementos del bloque hegemónico dominante. Por otra parte, la estructura de la Iglesia está también organizada de manera altamente desigual y paralela a la de la sociedad como un todo; su inserción dentro del circuito de producción, distribución y consumo no puede ser considerada como representativa, por ejemplo, de sitios privados o públicos.

En nuestro caso, existen diversas opciones, las cuales no agotan la variabilidad presente:

1. Sitios habitados por un grupo doméstico policlasista, donde el espacio doméstico estará segregado no sólo de acuerdo con las funciones técnicas que debían ser realizadas dentro del patrón de vida diaria, sino también de acuerdo con las tradiciones sociales y culturales diferentes compartidas por los miembros del grupo doméstico.
2. Sitios habitados por un grupo doméstico monoclasista, quizá una familia nuclear que comparte la misma tradición social y cultural, mientras que existe una división social igualitaria del trabajo, requerida para cumplir las metas de la vida diaria.
3. Sitio que fue el asiento de una institución al servicio de un colectivo, como es el caso de un hospital.
4. Sitio policlasista, que constituye el basurero de un centro poblado.
5. Sitio monoclasista, que constituye el basurero de un centro poblado.
6. Sitio que constituye un área de producción, comercio e intercambio.

Como resultado de nuestras investigaciones en el Proyecto de Arqueología Urbana de Caracas (Vargas *et al.*, 1994; Vargas-Arenas, 1994b, 1994c, 1994d), hemos podido inferir que en la organización física del espacio doméstico en Venezuela, y posiblemente en el Caribe oriental, existe una lógica lineal: aquellos espacios más cercanos a la puerta del frente están reservados para exhibir y ejecutar la actividad social del componente dominante del grupo doméstico. Aquellos más alejados, están reservados para los lugares donde se realizan las tareas domésticas, como son el procesamiento y cocción de los alimentos, lavado de la ropa, y también para servir como área de dormitorio de los sirvientes domésticos y área de disposición de la basura producida por el grupo doméstico como un todo.

En los sitios coloniales, puesto que la vida doméstica tiende a ser autárquica, el depósito arqueológico muestra la utilización en la vida cotidiana de muy pocos bienes importados o exóticos, principalmente mayólica y licores y muy raramente textiles, botones, objetos de metal, objetos rituales, etc. La multiplicidad de tareas necesarias para realizar los rituales comunes de cocinar, servir y consumir las comidas, por ejemplo, revelan la utilización de manufacturas locales criollas.

En los sitios republicanos, el consumo diversificado de bienes manufacturados revela la creciente dependencia del grupo doméstico de bienes manufacturados extranjeros y en ocasiones exóticos; esto permite la identificación en el registro arqueológico de funciones más específicas del componente doméstico dominante, como la utilización de juguetes elaborados industrialmente, objetos para la salud personal y el uso de productos farmacéuticos, el empleo de maquinarias, instrumentos de iluminación, etc., lo que ayuda a identificar el impacto diferencial que la primera y segunda revoluciones industriales tuvieron

ron en la naturaleza de la vida diaria de los grupos domésticos y su ruptura con la cultura criolla tradicional, lo que condujo hacia un modo de vida más cosmopolita.

Los sitios tipo 2 pueden reflejar las diferentes situaciones sociales vividas por la gente pobre, ya sea en espacios sociales urbanos, aldeas campesinas o pueblos de misión.

En los sitios tipo 3, que se generan dentro de la estructura social colonial o republicana, encontramos hospitales o instituciones de ayuda al colectivo, diseñadas para asistir a los pobres. Representan una suerte de grupo doméstico integrado por gente que comparte una situación social coyuntural de desigualdad, aunque compuesto por personas de orígenes polidasistas, cuya asociación es necesaria para cumplir con las rutinas de la vida de la institución. El registro arqueológico tiende a presentar en estos casos una variedad de materiales constructivos y médicos, vasijas culinarias, restos de comida y restos esqueléticos humanos que, contrastados con la historia documental, proporcionan información muy significativa sobre la morbilidad y las condiciones materiales de la vida de las clases desposeídas, tanto en la colonia como en los siglos iniciales de la República (Vargas *et al.*, 1994).

En los sitios tipo 4, el registro arqueológico proporciona una información seriada sobre la evolución de los hábitos consumistas de la sociedad en general. En el caso de Caracas, los basureros investigados hasta el presente revelan la intrínseca relación de la vida cotidiana de las comunidades urbanas con los ciclos de expansión del capitalismo entre los siglos XVIII y XIX (Kondratieff, 1979; Paynter, 1988: 416-417).

En algunos casos, los basureros tienden a mostrar en general el carácter autárquico que asumen las comunidades campesinas criollas durante los siglos XVIII y XIX. La utilización de bienes manufacturados está íntimamente ligada a procesos o ciclos domésticos de producción, cambio y consumo, con una mínima presencia de bienes extranjeros o exóticos.

La existencia de tipos 5 es factible de ser demostrada, tal como ha ocurrido en Caracas y Cumaná, en sitios relacionados con el gran terremoto de 1812. Allí la abrumadora presencia de fragmentos de vajillas provenientes de un mismo fabricante europeo sólo sería posible si se tratase de depósitos de mercadería para la distribución. La presencia de sitios de este tipo parece estar principalmente relacionada con estructuras de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, asociadas con el *boom* económico acaecido luego de las reformas de Carlos III, las cuales significan un acomodamiento del régimen colonial a las condiciones impuestas a España por el capitalismo mundial.

CONCLUSIONES

No es posible actuar en la búsqueda de soluciones a las condiciones que presenta Venezuela si el ciudadano promedio desconoce o se avergüenza de su historia; es necesario contar con la existencia de una conciencia histórica que permita elevar en el colectivo el ánimo hacia el logro de metas comunes. Las crisis sociales de América Latina no son sólo económicas, sino también —y fundamentalmente— sociales y culturales.

Ante este panorama destaca la necesidad de una práctica arqueológica que tenga sentido para el habitante común, que le permita identificarse con pueblos, individuos, logros y acciones a través de la historia y no con tediosas y crípticas descripciones de tiestos, mayólicas y edificados. Por otra parte, es tarea de la arqueología social reconstruir la historia de la vida cotidiana, doméstica y pública, de la gente común, para tratar de producir una lectura significativa y cohesionadora de la herencia histórica y cultural.

La arqueología practicada dentro del paradigma angloamericano no ha ofrecido hasta ahora en Venezuela —y nos atravesamos a decir que en el Caribe— una vinculación positiva entre el pasado y el presente; por el contrario, como nos dijera un maestro de primaria alguna vez: "Yo no entiendo cómo puedo enseñar historia usando eso que los arqueólogos llaman tipos, fases y estilos arqueológicos". Por esta razón, es imperativo desarrollar un paradigma alternativo —como es el caso de la arqueología social—, comprometido con el ideal de hacer ciencia y al mismo tiempo de ayudar a construir una sociedad justa.

BIBLIOGRAFÍA

- Bate, L. F. *et al.* (1983, 1984, 1985): "Documento para el estudio de las formaciones autóctonas americanas". Documento Oaxtepec I, Documento El Cusco, Documento Caracas (MS).
- Bate, Luis Felipe (1978): *Sociedad, formación económico-social y cultura*. México, Ediciones Cultura Popular.
- _____ (1989): "Notes on Historical Materialism and its Role within the Research Process in Archaeology". Trabajo presentado en el simposio *Critical Approaches in Archaeology: Material Life, Meaning, and Power*, organizado por la Wenner-Gren Foundation, Cascais, 1989.
- Bennett, Wendell C. (1937): *Excavations at La Mata, Maracay, Venezuela*. USA, Anthropological Papers of Museum of Natural History.
- Cruxent, J.M. e I. Rouse (1961): *Arqueología cronológica de Venezuela*. Washington, Unión Panamericana, Estudios Monográficos, 2 vols.
- Cunill Grau, Pedro (1987): *Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX*. Caracas, Edición de la Presidencia de la República, t. 1.
- Duarte, Carlos y Graziano Gasparini (1989): *Historia de la catedral de Caracas*. Caracas, Grupo Univensa, Gráficas Armitano, C.A.

- Duarte, Carlos y M. L. Fernández (1980): *La cerámica durante la época colonial venezolana*. Caracas, Ernesto Armitar Editor.
- Gaspanni, Graziano (1976): *Templos coloniales de Venezuela*; segunda edición. Caracas, Edición del Banco Nacional de Descuento.
- Gunder Frank, Andre, Rodolfo Puiggros y Ernesto Laclau (s.f.): *América Latina. Feudalismo o capitalismo*. México, Cuadernos de Marxismo, Ediciones Quinto Sol S.A.
- Gunder Frank, Andre (1967): *Capitalism and Underdevelopment in Latin America. Historical Studies of Chile and Brazil*; edición corregida y aumentada. Nueva York y Londres, Monthly Review Press.
- Kidder, Alfred (1944): *Archaeology of Northwestern Venezuela*; Papers of American Archaeology and Ethnology, Vol. XXVI. Cambridge, Harvard University.
- Kondratieff, N. D. (1979): "The Long Waves in Economic Life", en *Review* (2): 519-562.
- Leone, M. y P. Potter Jr. Eds. (1988): "Historical Archaeology in the Eastern United States", en *The Recovery of Meaning*. Washington, Smithsonian Institution Press.
- López Aguilar, F. (1990): *Elementos para una construcción teórica en arqueología*; Serie Arqueología. México, Colección Científica.
- Losana Aldana, Ramón (1967): *Dialéctica del subdesarrollo*. Caracas, Instituto de Investigaciones Económicas-Sociales. FACES, Universidad Central de Venezuela.
- Lumbreras, L. G. (1974): *La arqueología como ciencia social*. Lima, Ediciones Hístar.
- Osgood, C. y Howard (1943): *An Archaeological Survey of Venezuela*. New Haven, Yale University Press.
- Patterson, T. (1986): "Algunas tendencias teóricas de postguerra en la arqueología norteamericana", en *Boletín Gens, Caracas*, 2(3-4): 29-44.
- ____ (1990): "La historia y la ideología de la arqueología estadounidense". Filadelfia, Temple University. Inédito.
- Paynter, R. y R. McGuire (1991): "The Archaeology of Inequality: Material Culture, Domination and Resistance", en *The Archaeology of Inequality*. Blackwell, Oxford, UK y Cambridge, USA.
- Paynter, Robert (1988): "Steps to an Archaeology of Capitalism: Material Change and Clase Analysis", en *The Recovery of Meaning*; Leone y Potter Jr. editores. Nueva York y Londres, Smithsonian Institution Press.
- Sanoja, Mario e I. Vargas (1974): *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*; primera edición. Caracas, Monte Ávila Editores.
- ____ (1990): "Perspectivas de la antropología en Venezuela: el caso particular de la arqueología", en *Boletín Gens, Caracas*, 4(1):23-64.
- ____ (1994): "Orígenes del proceso urbano en las provincias de Caracas y Guayana, siglos XVI-XIX", en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela*, Caracas.
- Sanoja, Mario (1985): "La inferencia en la arqueología social", en *Boletín de Antropología Americana*, México, (10).
- Vargas-Arenas, I. y Mario Sanoja (1990): "The Education and the Political Manipulation of History in Venezuela", en *The Excluded Past*; Peter Stone y R. McKenzie editores. Londres, One World Archaeology, p. 50-60.
- ____ (1992): "La arqueología como ciencia social y su expresión en América Latina". Papel de trabajo para el Cuarto Seminario Internacional de Arqueología Social, organizado por la Sociedad Venezolana de Arqueólogos, Caracas.
- ____ (1993): *Historia, identidad y poder*. Caracas, Editorial Tropykos.
- Vargas-Arenas, Iraida et al. (1994): "Informe técnico del Proyecto de Arqueología. Proyecto de restauración integral del Teatro Municipal". Caracas, Fundapatrimonio.
- Vargas-Arenas, Iraida (1986): "Evolución histórica de la arqueología en Venezuela", en *Quiboreña*, Quíbor, 1(1): 68-104.
- ____ (1990): *Arqueología, ciencia y sociedad*. Caracas, Editorial Abre Brecha.
- ____ (1994a): "Rescate del patrimonio cultural: una alternativa al neocolonaje de la antropología en Venezuela". Ponencia presentada en la Reunión Anual del Colegio de Sociólogos y Antropólogos de Venezuela, Maracay.
- ____ (1994b): "Proyecto de arqueología urbana de la ciudad de Caracas". Ponencia presentada en la XLIV Convención Anual de la ASOVAC, Coro.
- ____ (1994c): "La arqueología urbana. Paradigma para la creación de una historia alternativa de la ciudad de Caracas". Ponencia presentada en el II Coloquio de Historia Municipal, Fundación Lamas, Casa Rómulo Gallegos, Caracas.
- ____ (1994d): "The Project of Urban Archaeology at the City of Caracas". Ponencia presentada en la Conferencia Internacional sobre Conservación *In Situ* de Restos Arqueológicos, ICAHM-UNESCO, Montreal.
- Veloz Maggiolo, Marcio (1976): *Medio ambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo*. Santo Domingo, Ediciones de la UASD, 2 t. ❁

NUESTRA PERCEPCIÓN DE LOS GRUPOS PREAGRÍCOLAS EN EL CARIBE

A. GUS PANTEL



Autor de notables aportes a la arqueología, el Doctor en Filosofía por Tennessee, USA, **Agamemnon Gus Pantel** se ha especializado en aspectos teóricos y metodológicos de esta ciencia, así como en los estudios sobre las comunidades preagrícolas en el Caribe.

Tomando el principio del siglo xx como punto de partida de los estudios sobre los grupos precolombinos en el Caribe, podemos examinar los cambios ocurridos en nuestra percepción de esos grupos. Los trabajos de instituciones norteamericanas en las primeras décadas del siglo xx (como los de Harrington, Osgood, Rouse, Kreiger y otros) rápidamente establecieron el concepto de un período preagrícola basado en la existencia de artefactos de piedra, o sea, de litica lascada, en la isla de Cuba y luego en La Española. Utilizando las referencias historiográficas acerca de la llegada de Cristóbal Colón a Cuba y el período de la conquista, los investigadores norteamericanos nombraron esa cultura preagrícola como siboney. También usando estas mismas referencias historiográficas, la literatura arqueológica del Caribe diferenció rápidamente a estos grupos preagrícolas (siboneyes) de los grupos agrícolas más tardíos, conocidos por taínos.

La literatura de las Antillas continuó siendo desarrollada por autores angloparlantes que incorporaron conceptos sobre modos de vida, tecnología, modos de producción y organización social que utilizaban patrones culturales europeos, y más aun, continentales. La literatura y el conocimiento popular sobre los primeros pobladores precolombinos de las Antillas elaboraron rápidamente un patrón que los clasificaba como cazadores y recolectores, los que luego fueron conocidos en la literatura por los nombres de siboneyes, arcaicos, precerámicos y hasta paleoindios. Supuestamente éstos fueron remplazados en las Antillas por nuevas migraciones de grupos agrícolas sedentarios.

Debemos reconocer que estas terminologías sobre los grupos preagrícolas —aún usadas conscientemente como mecanismos heurísticos— llevaban consigo un bagaje de connotaciones sobre modos de vida, tecnología y grado de

organización social que no estaban hechas a la medida del registro arqueológico, sino que habían sido adoptadas como conceptos universales y fundamentales. La utilización de definiciones y estereotipos promulgó y extendió en gran medida la visión de que las islas del Caribe

verdaderamente contenían grupos marginales, en lugar de núcleos con desarrollos potencialmente atípicos pero verdaderamente válidos en la realidad de sus medioambientes.

Esa visión de grupos marginales debió de tener como base la premisa de que los primeros pobladores de las islas llegaron bajo condiciones adversas, y que por ende la formación de los grupos iniciales no fue planificada, sino amorfa. Hasta la década de 1970 se encuentran referencias sobre los primeros pobladores de las Antillas como individuos que llegaban agarrados a troncos de árboles flotantes durante las tormentas. Retrospectivamente, esto nos parece claramente absurdo; sin embargo, el concepto de grupos no organizados y "primitivos" en su capacidad para enfrentar la naturaleza terminaba —tanto en la literatura profesional como entre la población general— en los conceptos populares. Hay que tomar en consideración que, con algunas excepciones notables pero sumamente escasas, la investigación colateral de los periodos agrícolas y el desarrollo de la literatura sobre los grupos organizados a partir de la domesticación de plantas, dominaba en gran parte la investigación y la literatura de las Antillas.

El énfasis en el análisis de la alfarería precolombina de las Antillas llenaba —y en gran parte sigue llenando— el mayor volumen de la investigación y la literatura. Esto se atribuye en buena medida al extenso desarrollo analítico en torno a la cerámica y a la posibilidad de la alfarería de proveer información directa sobre cronologías, linaje y específicamente patrones de movimiento de grupos en migración, junto a la abundancia y la apreciación estética de las múltiples manifestaciones existentes en las Antillas a través del material primario arcilla. Por el contrario, los artefactos líticos de los periodos precolombinos fueron mayormente aquéllos de piedra pulida que florecieron durante los periodos tardíos en múltiples manifestaciones, como cemis, amuletos, aros, hachas petaloides y otros objetos de gran atracción estética.

Los artefactos de piedra lascada ocupaban un puesto menor en la literatura por varias razones. A veces el aspecto rudimentario de muchos de ellos hacía difícil diferenciarlos a primera vista de las piedras naturales. En las Antillas, los artefactos de piedra lascada tendían a ser resultados de procesos básicos de confección, sin los detalles y la elaboración de otros artefactos con trabajos secundarios, encontrados comúnmente en las áreas continentales y atribuidos a grupos paleo y mesoíndios. Esto, junto a su baja presencia en los yacimientos, si se compara con los artefactos no líticos, probablemente impulsaba el concepto de que no proveían más información analítica que la relacionada con unos grupos que básicamente llevaban a cabo vidas rudimentarias y fácilmente predecibles. Según muchos de los

investigadores, los periodos agrícolas se percibían —consciente o inconscientemente— más elaborados, complicados y significativos en el desarrollo cultural de los grupos indoantillanos.

EL AJUAR TECNOLÓGICO

En varias ocasiones anteriores hemos presentado los elementos inherentes a la producción de artefactos líticos según su material primario. La piedra lascada, a diferencia de la cerámica, envuelve exclusivamente procesos de reducción de la masa primaria, sin oportunidad alguna de añadir material a la masa inicial. Este aspecto tecnológico limita en parte las variantes posibles según el material primario, y por ende a veces provee menor información que la cerámica. Sin embargo, hay que reconocer que la piedra lascada fue utilizada como artefacto primordial y esencial en los modos de producción durante todos los periodos precolombinos, tanto de cazadores, como de recolectores, como de agricultores. Salvo por el trabajo en oro y guanín, hasta el momento del contacto europeo, la metalurgia era desconocida en las Antillas.

Tomando este factor como elemento diagnóstico sobre la formación de modos de producción, aún no hemos podido separar los artefactos líticos fundamentales para actividades agrícolas de los necesarios para actividades de recolección y/o cacería. Podemos, eso sí, extrapolar y conjeturar sobre algunos de los artefactos para la preparación de herramientas en madera. Por ejemplo, podemos proyectar las diferencias entre la morfología de un artefacto lítico necesario para la preparación de astas de flechas y la morfología de un artefacto servible para la descuartización de una tortuga de mar.

También hemos postulado en el pasado dos vías analíticas para descodificar un conjunto lítico de cazadores y/o recolectores: por un lado, examinamos la fauna y flora disponibles para la base de subsistencia e inferimos un ajuar tecnológico necesario para explotar esos nichos medioambientales; o, en el lado opuesto, examinamos el ajuar tecnológico de un yacimiento real e inferimos las acciones posibles sobre la base de la morfología de los artefactos en sí.

Si tomamos la primera y miramos al medioambiente como premisa primordial, el ajuar que inferimos para explotar ese nicho ambiental nos dará una base artefactual que podríamos buscar en el conjunto arqueológico. La presencia de esas clases de artefactos en un yacimiento arqueológico nos llevará a concluir que el grupo que ocupaba el yacimiento hacía tales y cuales artefactos porque el medioambiente lo exigía. La ausencia de estos artefactos nos llevará a las conclusiones de que los elementos ambientales que requería tal o cual clase de artefacto estaban ausentes, o que existían, pero eran de poco interés electivo para el grupo. Esta línea deductiva es la más orientada hacia el determinismo geográfico.

de gran extensión; sin embargo, la magnitud geográfica que alcanzan las masas en los continentes es sumamente grande si se mide a escala humana. Con pocas excepciones (algunas notables), la variación de la base natural de recursos es limitada dentro de un área geográficamente extensa. Al contrario, muchas islas y muchas áreas de las Antillas Mayores poseen una gran variabilidad de recursos naturales como base de subsistencia, que coexisten en unas distancias geográficamente alcanzables a escala humana.

La utilización de una base natural tan diversificada como el bosque tropical húmedo, llanos aluviales, sistemas estuarinos, lagunas, manglares, playas, y recursos marítimos pelágicos, es viablemente realizable en un día por un grupo establecido en un punto fijo. O sea, en el caso de Puerto Rico, la periferia costanera provee múltiples zonas donde esas condiciones pueden existir. Un grupo nuclear podía fácilmente establecer una base permanente en un punto medio entre el litoral y el sistema de la cordillera, y tener acceso continuo a una gran diversificación de recursos naturales en el límite de un día. Hay que reconocer que la viabilidad de proveer una estabilidad física de asentamiento a través de la cacería y/o la recolección suministraría el potencial para el desarrollo de patrones de asentamiento y evolución sociocultural con una posibilidad de crecimiento poblacional no semejante a los patrones reconocidos en áreas continentales, como Europa o las Américas.

Hay que preguntar si esta condición de la naturaleza sirvió como un agente catalítico para un desarrollo acelerado del sedentarismo, y qué cambios tecnológicos y socioculturales pudieron resultar de la realidad del medioambiente isleño tropical. También hay que reexaminar el paso cronológico de los cambios tecnológicos y culturales, y examinar si bajo esas condiciones los cambios fueron acelerados por unas circunstancias favorables, o si esas condiciones ambientales fomentaron una estabilidad extraordinaria que provocó cambios tecnológicos y culturales menos perceptibles.

Nuevos yacimientos, con fechas tempranas del tercer milenio antes de Cristo, como el de Maruca, en Ponce, Puerto Rico, sugieren que la diversificación tecnológica manifestada en el ajuar lítico ocurrió temprano durante el inicio del poblamiento de las Antillas, y no como resultado de una "evolución" extendida a través de cambios lentos y prolongados. Lo que hay que ver es si esta diversificación tecnológica fue el resultado de una adaptación oportunista, que aprovechó la riqueza y la diversidad del medioambiente isleño, o si el ajuar tecnológico refleja un proceso de experimentación con nuevos materiales.

En nuestra manera de entender los grupos preceramistas y su papel en la formación y diversificación de los grupos ceramistas, los yacimientos precolombinos tienen que ser estudiados dentro de un marco

teórico que responda no solamente a las realidades del material primario de confección de los artefactos tecnológicos, sino a las condiciones medioambientales. Hay que ser, sin embargo, cautelosos al diferenciar entre el valor de los aspectos medioambientales en el nivel fundamental de subsistencia y su peso en la interpretación de los elementos superestructurales de la sociedad.

Como señalamos anteriormente, el fallo fundamental de nuestro pensamiento occidental, que utiliza la lógica aristotélica, radica en olvidar que las premisas básicas, o sea, de infraestructura, tienen que estar en consonancia con la realidad medioambiental y geográfica, único modo de que los presupuestos válidos para elaborar los conceptos de supraestructura sean históricamente más firmes en su constitución y aplicación.

Por ende, creo que como profesión que llega al siglo XXI, la arqueología debe reconocer que el estudio e interpretación de los yacimientos preagrícolas no es importante solamente para señalar la antigüedad y las rutas de migración de los pobladores ancestrales de las Antillas, sino que las realidades históricas de éstos, así como sus éxitos y fracasos contribuyeron fundamentalmente a la formación y la caracterización de las culturas agrícolas en los períodos más tardíos.

Al relegar el estudio de los yacimientos precerámicos como un elemento disyuntivo de la continuidad histórica en la formación de las culturas agrícolas, se fomenta un impedimento cognoscitivo ante nuestro proceso científico de entendimiento de los procesos socioculturales que crearon las realidades históricas de los grupos precolombinos del Caribe. ❄



La segunda vía analítica examinaría la información artefactual de un yacimiento y utilizaría un análisis morfológico funcional para determinar las acciones posibles con cada artefacto o grupo de artefactos.

Ambos procesos dependen de la aplicación de los métodos de la lógica aristotélica, que tiene un fallo fundamental en razón de que, si las premisas iniciales se consideran válidas, las conclusiones lógicas serán igualmente válidas, aunque dichas premisas fueran históricamente erróneas. Por eso, conceptos como el del mundo plano no solamente pudieron ser propagados a lo largo de generaciones en la opinión pública, sino que servían de base para teorías e hipótesis científicas.

Por esta razón creo necesario ir más allá del análisis empírico de los artefactos líticos (la tecnología) para el entendimiento de los procesos formativos de los grupos preagrícolas en las islas antillanas.

BASE DE SUBSISTENCIA; EL DESARROLLO JERÁRQUICO DE GRUPOS NOMÁDICOS VS SEDENTARIOS; DIFERENCIAS FUNDAMENTALES ENTRE ÁREAS CONTINENTALES VS ISLEÑAS Y ZONAS TEMPLADAS VS TROPICALES

La información sobre la base de subsistencia de los grupos preagrícolas en las Antillas inicialmente se enfoca hacia la recolección de mariscos, y por ende se impone una asociación con actividades fundamentalmente marítimas. Estas asociaciones conceptuales de la explotación del mar son lógicamente apoyadas por el razonamiento de que los primeros pobladores de las Antillas venían por medios marítimos, y de ahí se asumió su orientación hacia el mar y su base de recursos naturales.

En el inicio y primera mitad del siglo XX se mantuvo este enfoque de los grupos preagrícolas asociados con el mar, y uno de los artefactos más llamativos en sus períodos fue la parte interior de la concha *Strombus gigas*, o sea, la gubia. Esta línea de pensamiento sigue siendo apoyada por los hallazgos de yacimientos precerámicos en las Antillas y las áreas costaneras de la cuenca del Caribe, a través del material lítico asociado con concheros y la ausencia de material ceramista.

Sin embargo, la línea lógica de pensamiento de que los primeros pobladores de las Antillas vinieron de las áreas continentales sembró una inquietud y la necesidad de postular la existencia de grupos de paleoindios, pues las fechas de radiocarbono para yacimientos en las Antillas, junto con la aparición de artefactos grandes en La Española, sugerían unos modos de vida basados en los conceptos clásicos continentales de cacería de bandas.

Esta línea de pensamiento fue desarrollándose en las Antillas por medio del postulado de que grupos de cazadores y recolectores llegaron a esos territorios durante el tercer o cuarto milenio antes de

Cristo, con un ajuar tecnológico que respondía a una base de subsistencia fundada en la cacería de megafauna. También se postulaba que este modo de vida permaneció durante varios milenios, hasta variar gradualmente hacia modos de vida basados en la recolección y la pesca marítima, junto a un creciente cambio hacia la recolección más orientada hacia la tierra. Este proceso "evolucionario", resumido por autores como Kowzowski, para Cuba, y Cruxent y Rouse, para La Española, postula un cambio lento y extendido a través de varios milenios, en el que la persistencia de modos de vida surge de la base tecnológica. Kowzowski, por ejemplo, ve la modificación del ajuar tecnológico como un cambio selectivo y consciente de los grupos que se desarrolló a un ritmo sumamente lento.

Esta visión de los grupos preagrícolas a nivel de "bandas" que habitaron las Antillas durante largos períodos y con un modo de vida semejante a los cazadores paleoindios, surgió de un proceso lógico consciente o inconsciente, a partir de patrones continentales establecidos en Europa, Norteamérica, Sudamérica y otras masas terráneas sustanciales.

Hay que recordar que en la mayoría de los casos las premisas fundamentales de cazadores en bandas nomádicas surgieron de unas realidades medioambientales donde manadas de animales aparecían en ciertas épocas del año y migraban grandes distancias sobre áreas continentales.

La migración de los animales como base fundamental y esencial de subsistencia, es el estímulo detrás de la organización social de las bandas y su naturaleza nomádica. En el desarrollo jerárquico sociocultural, la transición del nomadismo al sedentarismo, y por ende los cambios en el tamaño y naturaleza del grupo, depende de la disponibilidad de una base de subsistencia más estable en una localización geográficamente más limitada. En su transición clásica (tomada de la literatura sobre Europa templada) la domesticación de plantas provee el elemento catalítico para el sedentarismo, mientras que el "capricho" de la naturaleza en su forma salvaje y silvestre promueve el nomadismo.

Debemos iniciar una seria reevaluación de las premisas fundamentales en torno a los cambios jerárquicos de los grupos precolumbinos de bandas hacia el *status* cacical, en el entorno de un medioambiente isleño y también en la realidad de una zona tropical, en vez de los patrones clásicos templados, continentales, con sus abruptas variaciones estacionales. La realidad geográfica de la zona terrestre reducida de una pequeña isla caribeña, frente a la de un área continental, presenta diferencias obvias. Reconocemos que las áreas continentales también tienen sus fronteras geográficas en forma de montañas, grandes ríos, lagos o áreas desérticas

LA MUERTE EN LAS ANTILLAS: CUBA

JOSÉ M. GUARCH DELMONTE



LOS AGROALFAREROS Y EL CULTO A LOS MUERTOS

El culto a los muertos fue muy extenso entre las comunidades agroalfareras de Cuba; no obstante su vinculación con las creencias religiosas, ha sido poco estudiado desde el punto de vista de los distintos ritos religiosos que lo conforman, entre los cuales se pueden identificar el funerario y el dedicado a los antepasados; con el primero, se entrelaza la creencia común de la supervivencia del espíritu e incluso su existencia antes de la muerte, incorporado al ser vivo. Es de suma importancia esa concepción idealista del espíritu como una entidad aparte del ser material, vivo o muerto, y del viaje que hacía con esa última forma, no a ultratumba sino a un lugar terrenal, con un manifiesto cambio en su estructura y comportamiento al pasar del ser vivo a espíritu de los muertos (Guarch y Querejeta, 1992; Pané, 1990; Arrom, 1975).

Una forma de creencia animista presentada mediante el culto a los antepasados es el rito de cráneos –los de aquellos antepasados de valor–, que se conservaban en cestos colgados en el interior de las casas, como observaron en Cuba el propio Cristóbal Colón y sus compañeros (Colón, 1961). Existen evidencias en otras Antillas de ídolos de algodón, tejidos y rellenos con ese material, que dentro de sus cabezas contenían cráneos (Vega, 1972), y también de caciques cuyos cadáveres fueron desecados por medio del fuego y conservados, sentados en dujos, en el interior de sus casas, en lo que fue un indudable rito del culto a los antepasados, en ese caso a los jefes.

El registro arqueológico ha contribuido pobremente al conocimiento de la interacción de los aspectos rituales religiosos y las prácticas de los propios ritos mortuorios, por el exiguo número de enterramientos que ha aparecido en proporción con los cálculos, aun los más conservadores, de la población aborigen de agricultores que debieron de perecer durante casi ocho siglos de permanencia en Cuba.

En esta isla han aparecido entierros de aborígenes aruacos –enterrados propiamente, depositados en la superficie, sobre tarimas o arrojados desde lo alto de las simas– en cavernas con las bocas abiertas o tapiadas con piedras; las osamentas colocadas en diversas posiciones, con un mayor o menor grado de conservación, o los huesos quemados, señal de la incineración del cadáver, etc. En otras ocasiones se hallan enterrados en lo que fuera el piso de las casas, o los huesos



Cráneo en un *gourt*. Cueva funeraria No. 3, El Guafe. Foto: Arnoldo Arias

dispersos y quemados; en una u otra forma, en los basureros que se formaban en las aldeas, en los bahareques alrededor de los bohíos y los caneyes, o en áreas despejadas a modo de plazas en el centro de los poblados.

Las posibilidades de otras formas de ritos funerarios no pueden desecharse ya que están señaladas, incluso en las crónicas, y algunas se advierten en el registro arqueológico, aun cuando sea por inferencia; tal puede ser el caso del abandono del moribundo en su hamaca, en el interior de la vivienda, de la cual emigra el resto de la familia o la

comunidad, o en el monte, con algo de comer y de beber, hasta su muerte u ocasional mejoría; esto justificaría la poca incidencia relativa de entierros, aunque el abandono no fuera tan drástico y se limitara al del cadáver dentro de su hamaca.

En reiteradas ocasiones se ha observado la preparación de los entierros cuando todavía no se había apoderado del cadáver el *rigor mortis*, lo que da lugar a posiciones anormales, entre las que se destaca la denominada por los antropólogos físicos como *fuertemente flexada* (Ubelaker, 1980: 14-16; Rivero, 1970: 290; Ratzel, 1889: 107). La utilización de ofrendas fue frecuente en el culto funerario de estos aborígenes agroalfareros en Cuba, pero su presencia, cantidad y diferencias específicas, debió de tener diversos significados, lo que constituye otro enigma, pues su número, valor o ausencia, no se rige por un patrón fijo, aunque los cronistas señalan, muy escasamente para Cuba y algo más para Quisqueya y Borinquen, haber visto el entierro de caciques con muchas ofrendas de apreciable valor para la comunidad. Así mismo, la posición de los cadáveres a la hora del entierro fue sin duda parte de una liturgia que ignoramos.

En los entierros en Cuba, se han podido observar todas las posiciones recogidas en la bibliografía antropológica para las Antillas; el sitio arqueológico El Chorro de Maíta es un ejemplo de esto; en él se han encontrado, además de todas las posiciones reportadas, variantes no recogidas con anterioridad, lo que hace insustituible ese rico catálogo para el estudio de las ceremonias funerarias, además de otros aspectos de carácter singular dentro de ellas.

Por otra parte, en territorio cubano se han ubicado enterramientos como los antes señalados en cuevas, residuarios y áreas de entierro en aldeas. Todas esas manifestaciones conllevan un reconocimiento de la vida de ultratumba y la necesaria preparación de los cadáveres para alcanzarla, además del respeto y en ocasiones el temor ante la muerte y las molestias que los contrariados espíritus podían ocasionar a los vivos por la falta de atención a los difuntos (Guarch, 1992).

EL CULTO FUNERARIO Y LAS CUEVAS DEL ÁREA ARQUEOLÓGICA DEL GUAFE, CABO CRUZ, PROVINCIA GRANMA

El área arqueológica del Guafe está compuesta por varios sitios de habitación de gran tamaño para Cuba, tres de los cuales se hallan en un triángulo que no rebasa los dos kilómetros de lado. El área está enclavada en una zona de terrazas marinas de gran altura, cuya porción sur emerge desde el Mar Caribe. Las costas del oeste se ubican en el Golfo de Guacanayabo, de aguas poco profundas y relativamente quietas.

A unos 800 m al sur del sitio del Guafe I, el de mayor tamaño, se abre una serie de cuevas que se continúan, algo más alejadas, hasta la primera terraza emergida, a una distancia aproximada de 2 km. Los habitantes de las tres aldeas se sirvieron de las numerosas cuevas para efectuar los cultos funerarios. Desde la década del cuarenta fueron halladas numerosas vasijas y esqueletos en la línea de cuevas más cercana a la costa; aunque los aficionados a la arqueología estimaron entonces que se trataba de evidencias arqueológicas, no se tiene una relación exacta de la forma ritual de los enterramientos.

En la década de los ochenta fueron descubiertos los sitios de habitación del área y estudiado el mayor de ellos: El Guafe I; el asentamiento fue excavado por los arqueólogos J. M. Guarch y J. Jardines. Durante la estancia en la región, al frente de un equipo de especialistas y técnicos, exploraron y descubrieron varias cuevas poco conocidas o desconocidas hasta entonces. Para este trabajo son de interés las cuevas funerarias números 1, 2 y 3.

La primera de ellas muestra en una de sus entradas, al inicio de un lago freático que se extiende por las galerías interiores por más de cien metros, un petroglifo grabado en una estalagmita, aparentemente con estrecha relación con Boinayel, el dios de la lluvia. Las galerías inundadas de esta espelunca se unen con las de la cueva funeraria número dos. En esta segunda cueva los aficionados de Granma encontraron tres ollas de barro con características de ser de los aborígenes de la fase agricultores, aruacos, de la variante cultural Bayamo (Guarch, 1990). En el suelo fangoso, junto al lago freático que también invade sus galerías, el equipo dirigido por J. M. Guarch también halló evidencias óseas humanas, así como cerámica, conchas y restos alimentarios, muy mal conservados y diseminados, posiblemente arrasados por las fluctuaciones del nivel del lago en épocas de lluvia.

La cueva funeraria número dos resulta desde varios puntos de vista de un mayor interés. A esta espelunca, como a muchas del área, se entra por dolinas de poca profundidad o por simas. Una de las dolinas

se abre en un amplio salón, ya en la penumbra, cuyas entradas fueron encontradas tapiadas con piedras superpuestas, en algunos casos hasta el techo. En su interior se encontraron restos humanos con características incontrovertiblemente aborígenes, más precisamente agroalfareros. Pudo detectarse un enterramiento superficial en el que el cadáver fue depositado en el piso del salón de la cueva; otros huesos, pertenecientes a varios individuos, estaban esparcidos por la superficie, la que prácticamente se veía cubierta por fragmentos de cerámica. Al final del salón, en una estrecha, baja y larga galería, que llega al exterior a través de una pequeña claraboya que se encontraba también tapiada, fueron halladas dos vasijas de cerámica de gran tamaño (190 y 320 mm respectivamente, en la cintura) con asas decoradas, en las que predominan los "ojos de llora-lluvia"¹ y los diseños de miembros. Es de interés recordar que en la iconografía del dios de la lluvia, Boinayel, aparecen estos ojos como parte significativa, así como la relación que guardan esas cuevas de Cabo Cruz con el agua potable, pues todavía en la actualidad son la única fuente de suministro en la región; se establece así una relación entre el dios de la lluvia —en una acepción mayor del agua dulce—, el hombre y su necesidad, y el medio mágico al que recurrió al tratar de propiciársela, unido todo ello al culto a los muertos, cuyo misterioso sentido escapa a nuestro conocimiento.

El único lugar de acceso desde la dolina al interior de la cripta era una estrecha entrada entre dos columnas estalagmíticas que no estaba cerrada por piedras; la observación de este pasaje permitió descubrir dos petroglifos, uno a cada lado de la entrada, como guardianes. El primero es bicéfalo;² una de sus caras mira al exterior de la espelunca, mientras la otra lo hace hacia el lado opuesto de la entrada, donde se halla el segundo petroglifo, que también mira hacia el exterior.³ La exploración permitió descubrir en el interior tres petroglifos más, diseminados por el salón central, en la dolina y en otra galería pequeña. Todo ese complejo de figuras humanas talladas en las rocas, la presencia de los enterramientos, las ofrendas consistentes en fragmentos de cerámica, vasijas enteras del mismo material y restos de animales marinos y terrestres, muestran un significativo sentido ritual acentuado por el cierre de propósito de las entradas, dentro del culto funerario en uso.

La cueva funeraria número tres se abre al exterior por una sima de no más de un metro de diámetro al ras del lenar que circunda la zona, el piso se encuentra a unos dos metros de profundidad;⁴ hay que descender mediante escalas o cuerdas. En el pequeño salón debajo de la entrada se encontraron esparcidos fragmentos y huesos humanos, de

juntas, mazaes y caparazones y manos de cangrejos. El análisis primario permitió establecer la presencia de no menos de tres individuos adultos y un número indeterminado de subadultos.

En la galería que corre de norte a sur por debajo de la sima, las aguas pluviales que penetran por la claraboya arrastraron los huesos hacia el interior de la cueva en ambas direcciones. Esos arrastres provocaron que un gran fragmento de cráneo fuera transportado hasta un "gours" (fuente) varios metros hacia el sur de la galería; se trata de la pirámide facial, el frontal y una gran parte de los parietales, por lo que pudo apreciarse perfectamente la deformación fronto occipital tabular oblicua. En el entorno inmediato se hallaron huesos y fragmentos de huesos probablemente relacionados con el cráneo. En el resto de la galería, hacia el norte, también fueron localizados fragmentos de otros cráneos y huesos largos acarreados por el agua.

El análisis efectuado en el terreno permite suponer que los enterramientos se efectuaron debajo de la sima, y que los cadáveres fueron depositados, o simplemente arrojados desde la superficie. Como ofrendas, solamente se localizaron fragmentos de cerámica, algunos decorados, en cantidad no muy alta, y conchas marinas.

El área arqueológica del Guafe manifiesta únicamente enterramientos en cuevas, lo que es común en toda la zona sur de Cabo Cruz. No se apreció ningún tipo de enterramiento en los sitios de habitación, excepto una falange hallada en excavación en El Guafe I. Esos enterramientos se produjeron siempre mediante el depósito de los cadáveres sobre el piso de las cuevas, utilizando éstas como criptas, una de las cuales fue tapiada. Se ha visto que en el rito se incluyeron ofrendas y los antros cavernarios se guarnecieron con ídolos representativos. Los fechamientos radiocarbónicos para el área, obtenidos en el Guafe I, son del orden de los 690 ± 50 y 450 ± 35 A.P., por lo tanto pueden considerarse manifestaciones tardías del proceso cultural aborigen en Cuba.

CULTOS Y RITOS FUNERARIOS EN LA REGIÓN NORORIENTAL DE CUBA

Las provincias de Las Tunas y Holguín tuvieron una fuerte presencia de los grupos agroalfareros, en especial la última; aquí se aprecian las mayores concentraciones de sitios arqueológicos afiliados a esa fase de la etapa productora. Las evidencias de culto funerario son numerosas, pero no tanto como para que sean representativas de la población que debió de existir. Los distintos ritos funerarios se han manifestado a través de evidencias obtenidas por los investigadores, por afición o simplemente por la casualidad, en los residuarios de los sitios arqueológicos, en cuevas y en cementerios; los entierros aparecen acompañados o no de ofrendas, tipológicamente diferentes,

variadas o excepcionales. El largo periodo de habitación de esas comunidades en la región —desde $1\ 000 \pm 105$ A.P. hasta la conquista y colonización— permite una valoración del culto en el tiempo.

Evidencias del culto en los residuarios

En no pocas ocasiones los entierros han sido hallados en las capas de la basura arqueológica, incluso entre las cenizas de las antiguas hogueras que con seguridad sirvieron para cocinar los alimentos, posiblemente ubicadas en los bahareques anexos a las casas en las aldeas, en sitios como La Pedrera, en la provincia de Las Tunas, y en parcelas arqueológicas del norte de la provincia de Holguín como El Potrero del Mango, El Porvenir y Barajagua. Estos entierros fueron acompañados, a veces, por ofrendas constituidas por varios tipos de objetos, algunos de los cuales pudieron estar confeccionados específicamente con ese fin, como es el caso de algunos ceramios.

En El Porvenir, uno de los entierros estaba acompañado por una numerosa ofrenda de piezas de cerámica, entre las que se destacan algunos ceramios españoles rotos, pero reparados con la finalidad de que sirvieran de ofrenda con un mínimo de decoro. Las posiciones de los entierros por lo general fueron la flexionada y la fuertemente flexionada. Las posiciones del tronco y de las manos fueron diversas en los casos en que éstas pudieron observarse o se tiene información acerca de ellas, con predominio en el primer aspecto de la boca arriba, aunque se han observado sobre el costado derecho o izquierdo en algunas ocasiones.

Evidencia del culto en las cuevas

Los entierros en cuevas han sido más frecuentes en toda la región; a ello ayudó el medio, debido a que se trata de un territorio eminentemente cársico en el que se abre un gran número de espeluncas. En esta región, un por ciento muy alto de estos accidentes geográficos tiene un desarrollo vertical o inclinado, en forma de sima el menos en sus inicios, lo que debió de dificultar el acceso, como ocurre en el presente. En cuevas como Las Cuatrocientas Rosas, Cueva de Fermín, Los Muertos, Cueva de Riverón, Sierra García, etc., la acumulación de osamentas humanas se presentó debajo de las simas o pozos verticales o inclinados, entre las rocas del cono de desplome, sin que se mostraran evidencias claras de verdaderos entierros; la dispersión de los huesos sugiere la simple comisión de arrojar los cadáveres por la sima vertical desde la boca del pozo en la superficie. No obstante, en algunas de estas cuevas, además, se han hallado, en menor número, esqueletos enterrados bajo pequeños cúmulos de tierra en las galerías horizontales interiores.

Algunas de estas cuevas fueron utilizadas con la doble función de enterrar los muertos y como lugar de otro tipo de ceremonia, a no ser que la presencia de petroglifos responda a la misma necesidad de



rituales dentro del culto a los muertos, como parece ser el caso ya descrito de El Guafe; tales son los ejemplos de El Jobo y Waldo Mesa, en Banes, la zona de mayor concentración de grupos agricultores en Cuba.

EL CEMENTERIO DEL CHORRO DE MAÍTA

El sitio arqueológico El Chorro de Malta está localizado en las estribaciones del sureste del Cerro de Yaguajay, a 160 m sobre el nivel del mar, del cual dista 4 km por el este y 7,5 km por el norte; es el

mayor de seis sitios de habitación que se encuentran en un entorno que no sobrepasa los 4 km. En esta área los suelos son calizos pardos, con vegetación alterna, donde debió de existir un bosque semidecídúo que ha sido degradado por la acción antrópica. El substrato está compuesto por calizas, algunas muy meteorizadas; subyacen serpentinitas y otras formaciones geológicas que constituyen un *melange*. De acuerdo con la división política actual esta parte del cerro se encuentra ubicada en el municipio Banes, provincia de Holguín.

La aldea allí implantada por los aborígenes agricultores tuvo a su disposición una buena aguada en el manantial que surge en el Chorro de Malta y corre a unos 100 m al sur del sitio. Para la época de vigencia de la aldea, en la temporada de lluvias la potencia del manantial permitía que otro brazo del arroyo corriera a través del poblado; el viejo cauce fue utilizado posteriormente para ir conformando un camino que hoy es la carretera de acceso al lugar y al barrio allí existente.

Como sitio arqueológico, El Chorro de Malta es conocido desde 1930;⁵ varios aficionados y estudiosos de la arqueología efectuaron exploraciones e incluso pequeñas excavaciones; ellos y los vecinos reportaron el hallazgo esporádico de osamentas humanas, por lo general cuando se efectuaban trabajos de construcción de bohíos o letrinas en determinada área. En 1979, un equipo de trabajo del Departamento Centro-Oriental de Arqueología de la Academia de Ciencias en Holguín, dirigido por J. M. Guarch, realizó la medición del potencial del sitio,⁶ y en 1986 se incluyó en el plan de investigaciones de la región.

Se practicaron entonces varias unidades de excavación en la zona habitacional y en una plaza central sin aparentes restos antropogénicos; el suelo era de color blanco amarillento por el afloramiento de la caliza meteorizada y pulverulenta. Era allí donde, según las informaciones orales de algunos vecinos, aparecían las osamentas humanas y donde hacía dos años un vecino del lugar había extraído, por curiosidad, no menos de 17 esqueletos humanos; el osario fue depositado en el museo Baní ya en muy mal estado de conservación. Los trabajos iniciados por el grupo de especialistas dieron muy buenos resultados de inmediato; se realizó el importante descubrimiento arqueológico, al ubicarse el cementerio y controlarse científicamente la extracción y estudio de 108 entierros en el área excavada; es, por lo tanto, el cementerio aborígen de los agroalfareros de mayor extensión encontrado hasta el presente en Cuba. El área total de enterramientos cubre 2 000 m², de los que fueron excavados 1 000 m² con la finalidad de obtener información científica y dejar expuestos 56 de los enterramientos en el mismo lugar de su hallazgo, librando de evidencias toda el área que debía de quedar bajo los cimientos del museo que allí se construyó.

Las evidencias culturales

El contexto arqueológico del sitio lo afilia, sin duda alguna, a la etapa productora, fase agricultores, variante cultural Baní (Guarch: 1988), aunque las manifestaciones de evidencias europeas son frecuentes y muy variadas hasta para el período temprano de colonización; no obstante, la tipología de sus artefactos se destaca por la riqueza y el vigor cultural dentro de los conceptos plenamente aborígenes, en especial en la lapidaria; se trata del sitio de más alta frecuencia en Cuba de cuentas de cuarcita, así como de otras manifestaciones talladas en piedra; es además significativa la presencia de elementos de orfebrería en oro, plata y oro, cobre y perlas, así como tejidos de algodón en telas monocromas (Guarch, Rodríguez y Pedroso, 1987: 25-40); en cuanto a las evidencias dietarias, también se alinean entre las comunes que constituyeron el factor principal de la alimentación de los agroalfareros en Cuba, aunque se advierte la presencia trascendente de huesos de cerdos domésticos y de jabalíes salvajes —*Sus scrofa*, tralados por los españoles— lo que advierte sobre el aumento de las posibilidades dietarias, en el aspecto proteico animal, para los habitantes de la aldea.

El cementerio y el material óseo humano

Las excavaciones en el área del cementerio se ejecutaron entre 1986 y 1988 en varias campañas sucesivas, se investigó y preservó todo el material procedente de las mismas en el laboratorio y el gabinete. La valiosa información obtenida directamente en el terreno se amplificó ante la necesidad de situar, con toda fidelidad, cada accidente dentro del área, con la finalidad de reproducir las condiciones exactas de cada enterramiento y del conjunto, una vez concluidas las obras de construcción del museo de sitio que se proyectó para que contuviera, en la propia excavación, parte de la muestra, al tiempo que se protegía el resto de las evidencias para que no quedaran bajo los edificios construidos.

Las distintas sepulturas fueron ubicadas utilizando la estratigrafía natural y controladas mediante la métrica, con la aplicación del sistema de coordenadas cartesianas. Los enterramientos se localizaron entre 0,18 m y 0,88 m de profundidad; en todos los casos por encima de los mismos se extiende una capa de tierra pardo amarillenta en la que solamente aparecieron, en forma vestigial, huesos sueltos y alguna que otra evidencia cultural. Los enterramientos se produjeron en una segunda capa de marga caliza, la cual parece haber contribuido a la buena conservación de las osamentas, ya que en los casos en que los esqueletos se pusieron en contacto con la capa superior, de un alto contenido de materia orgánica y contaminada con desechos antrópicos de un pH ácido, se descompusieron por un proceso de osteolisis y perdieron totalmente su estructura. En una zona muy restringida de la

excavación se pudo apreciar una intrusión de la capa superior en la segunda, como resultado de un antiguo basurero —del período colonial temprano— que alteró algunos enterramientos y contaminó la capa subyacente en los niveles de contacto.

No obstante lo expresado, los enterramientos en la segunda capa sufrieron los efectos del medio, en especial de la humedad proveniente de las aguas que en algunas épocas del año corrían loma abajo, con el consiguiente lavado de las osamentas, las cuales perdieron casi la totalidad del fósforo constitutivo —esto se advirtió al realizar pruebas de fosfatación del suelo para la exploración arqueológica—, además de dañar una buena parte de los huesos.

Por debajo de la segunda capa de marga caliza, subyace un estrato calcáreo mucho más compacto y gredoso, en algunas de cuyas partes aflora la roca caliza estructural. Es evidente que los aborígenes aprovecharon esa característica geomorfológica, ya que el grueso y profundidad alcanzada por la segunda capa (marga caliza que puede ser removida con instrumentos rústicos), coincide con la de los enterramientos, mientras que la dureza de la tercera capa no les permitió profundizar en el terreno.

Al realizar las primeras observaciones del material óseo se pudo constatar que la muestra estaba integrada por elementos pertenecientes a 108 esqueletos; apareció además un número muy crecido de huesos aislados y fragmentos, tanto de cráneos como de esqueletos postcraneales. Los esqueletos identificados, como consecuencia de los factores ambientales señalados, se encontraban en distintos grados de conservación; su evaluación permite plantear que el 7 % de los enterramientos se hallaban en buen estado, el 60 % en un estado regular y el 33 % en mal estado de conservación para la investigación osteológica. Debe dejarse expresado que el 63 % de los enterramientos se encontraban alterados, en mayor o menor grado, por los propios primitivos moradores del sitio, al cavar nuevas fosas en áreas donde antes habían sepultado. Esas alteraciones provocaron sensibles pérdidas en la estructura de los enterramientos; ello puede haberse debido a la falta de una señalización superficial que les permitiera reconocer el lugar usado previamente o a la falta de interés en el hecho; en esta última dirección apunta el que las osamentas removidas eran de nuevo inhumadas sin orden ni concierto, alrededor y encima del nuevo enterramiento.

Para la determinación de las posiciones y orientación de los esqueletos fue necesario no tomar en cuenta los enterramientos alterados, ya que eran poco representativos para dichos fines, lo que condujo a la pérdida de una parte de la muestra. El balance de los contextos mortuorios alterados ofreció la siguiente información:

- Enterramientos sin alterar: 44
- Ligeramente perturbados: 10
- Perturbados: 27
- Muy perturbados: 26

La parte central del cementerio fue la de mayor concentración de enterramientos así como de enterramientos perturbados.

ASPECTOS CULTURALES DE LOS ENTERRAMIENTOS

En sentido general, los enterramientos fueron efectuados a diferentes profundidades, aunque es importante destacar que la mayor parte estaban ubicados en un espacio estratigráfico entre 0,40 m y 0,70 m. En cuanto a las dimensiones aproximadas de las sepulturas, se debe señalar que presentaban variaciones de longitud entre 0,70 m y 1,50 m, de anchura entre 0,30 y 0,50 m y de espesor o altura entre 0,15 m y 0,30 m. El cambio de consistencia de la tierra anunciaba la proximi-

TABLA No. 1 Relación de la orientación de los cráneos y su esqueleto postocraneal con la edad y el sexo.
Tabla preparada por C. A. Rodríguez Arce.

Edad y sexo Sexo indeterminado	Orientación								Totales	
	N	NE	E	SE	S	SO	N	Ind		
0 a 5 años	1		1		2		3		8	13
6 a 10 años	2					1	3			6
11 a 15 años							2	1		3
16 a 20 años					1		2	1	1	5
más de 20									1	1
Femeninos, más de 20	5	1	2	2	4	3	14	5	7	43
Masculinos, más de 20	1	3	1		4	4	10	7	6	36
Totales	9	4	4	2	11	8	34	14	14	107

N=107 entierros, se excluye 1 por ser intrusivo.

dad de un entierro desde 0,15 m inmediatamente por encima de él, sin que se observaran diferencias visuales o de otro tipo que señalaran las aperturas de las tumbas.

Al establecer la correlación existente entre la orientación de los esqueletos y su posición, se determinaron algunos aspectos de interés, como puede observarse en la tabla No. 1, en la que se ha presentado ese fenómeno siguiendo el modelo utilizado por D. H. Ubelaker (1983: 25-40).

Con respecto a la ubicación de los esqueletos, se estableció que la preferida fue el oeste; fueron hallados 34 con el cráneo en ese rumbo (ver tabla No. 1). A pesar de no existir uniformidad en cuanto a la dirección de estos enterramientos, se debe tener en cuenta que el por ciento mayor de los cráneos a los que fue posible determinar su direc-

TABLA No. 2. Correlación de la posición de los enterramientos con la edad y el sexo de los esqueletos.
Tabla preparada por C. A. Rodríguez Arce

Posición	Sexo indeterminado (edades)					Femeninos +20	Masculinos +20	Totales
	0-5	6-10	11-15	16-20	+20			
Tórax								
Indeterminada	5				1	8	5	19
Decubito supino	4	3	2	2		24	25	60
Decubito prono						1		1
Del lado derecho	2					5	3	10
Del lado izquierdo	1	3	1	1		3	2	11
Sentado	1							1
Manos								
Indeterminadas	9	1			1	11	11	33
Sobre los hombros	1		1			3	1	6
Sobre el pecho				1		2	3	6
Sobre la pelvis	1	3	1			11	11	27
Sobre las piernas				1				1
A los lados del cuerpo	1	1		1		3	2	8
Sobre los hombros y a los lados del cuerpo						2	1	3
Sobre el pecho y a los lados del cuerpo			1					1
Sobre la pelvis y al lado del cuerpo	1					2	2	5
Sobre la pelvis y sobre el pecho		1				2	2	5
Sobre la pelvis y sobre las piernas						1	1	2
Sobre pelvis y sobre el hombro						3	1	4
Sobre hombros y sobre piernas						1		1
Sobre pecho y sobre hombro						1		1
Piernas								
Indeterminadas	10		1		1	10	11	33
Extendidas	1	1				8	6	16
Semiflexadas		1	1	1		8	3	14
Flexadas	2	3		1		10	3	19
Fuertemente flexadas		1	1	1		7	11	21

ción estaban situados en el cuadrante norte-oeste (57), lo que sugiere que los aborígenes de El Chorro de Malta, al parecer, tuvieron alguna razón ritual para colocar los cadáveres preferentemente en estas direcciones (ver plano de la excavación).

En lo relativo a las posiciones, también se observaron variantes; la mayor parte de los esqueletos fueron encontrados en posición decúbito supino, es decir, boca arriba, hasta el número de 60 individuos; 16 tenían las piernas extendidas, mientras 54 las tenían flexadas o fuertemente flexadas, hasta donde fue posible observar. Las osamentas estaban depositadas sobre el lado derecho en número de 10 entierros, la mayor parte de ellas con las extremidades inferiores semiflexadas; coincidieron en esto con las depositadas sobre el lado izquierdo, en número de 11 en la muestra. Es decir, todos los enterramientos de costado presentaron las extremidades inferiores semiflexadas, como puede observarse en el plano que se muestra en este trabajo; por otra parte, lo común fueron los entierros con las extremidades inferiores muy flexadas, 21 en total. En la tabla No. 2 se muestra este fenómeno y otros relacionados con la posición de los entierros.

De lo anteriormente expresado se advierte que en la comunidad debió de existir cierta inclinación a inhumar los restos boca arriba, situando las piernas fuertemente flexadas; existe un único caso de un entierro decúbito prono, es decir, boca abajo, con las extremidades inferiores extendidas. Por otra parte, a pesar de que la minoría de los entierros se efectuaron con el cuerpo de lado y semiflexado, esta característica introduce nuevas variantes para el conjunto obtenido, ya que es la típica conocida hasta ahora para los grupos agricultores cubanos. Otro elemento de interés es el caso, también único, del entierro de un infante sentado; ésta es la primera ocasión que se reporta en Cuba.

El que no se haya observado homogeneidad con respecto a la orientación y a la posición de los esqueletos en este cementerio y los valores obtenidos para determinadas formas de enterramiento, indican que no se trata de hechos casuísticos, sino la práctica de tradiciones funerarias del grupo; se infiere, a modo de hipótesis de trabajo, que algunas irregularidades pudieron deberse a la inserción de nuevas tradiciones en medio de profundos cambios socioculturales; es el caso de los entierros boca arriba con las extremidades inferiores extendidas, los que fueron 16; por otra parte, las posiciones de las manos, una sobre la otra en la parte más alta del tórax, también es atípica. Debe destacarse una posición de las manos que se repite; se trata de una mano sobre la parte más alta del tórax, por debajo de la barbilla, y la otra en alto, al lado de la cabeza, con la palma de la mano hacia arriba.

Por lo demás, las cuatro "categorías" señaladas por Rivero de la Calle (1985: 290-294) para las posiciones de las manos fueron observadas en El Chorro de Malta: extendidas a lo largo del cuerpo, cruzadas sobre el pecho, dobladas sobre el pecho, levantadas hacia la cabeza, y además 13 variables en ellas. En la tabla No. 2 se han recogido algunos valores de correlación de los aspectos señalados con la edad y el sexo, este último entre los adultos, informaciones que pueden servir de base de datos en futuras investigaciones de esta índole.

PRESENCIA DE UN CRÁNEO EUROPOIDE

El cráneo correspondiente al entierro número 22 y catalogado con el número 777 del Departamento Centro-Oriental de Arqueología en Holguín, fue encontrado a 0,39 m de profundidad en muy cercana relación con el número 19, y el número 27, este último relacionado a su vez con el número 30; tanto el No. 19 como el 27 y el 30 fueron enterrados a mayor profundidad -0,53 m y 0,40 m respectivamente- y son de indudable filiación aborígen. El cráneo No. 22 fue encontrado solo, sin el esqueleto postcranial y con la cara hacia abajo, indudablemente se trataba de un entierro alterado al sepultar alguno de los cadáveres circundantes a que se ha hecho referencia; se infiere que varios huesos largos disgregados a su alrededor formaron parte del número 22. Al ser levantado el cráneo se advirtió que se trataba de un elemento antropológicamente atípico y con características presumiblemente no aborígenes.

El estudio antropológico de ese cráneo fue realizado por M. Rivero de la Calle, C. A. Rodríguez Arce y M. Montero Díaz (1990: 64-92). El mismo fue comparado con una serie de cráneos europoides -con grandes posibilidades de ser españoles-, de negroides y mestizos de europoides y negroides, y se seleccionó una colección de aquellos que presentaban características particulares de la raza europoide. Adicionalmente, para el estudio comparativo, se empleó una serie de cráneos de aborígenes agroalfareros cubanos. Para la clasificación racial se utilizaron los criterios de reconocidos autores (Krogman, 1955; Hooton, 1946; Niesturj, 1976; Rivero, 1984; Simpson y Col, 1971: 182-183); se realizó un programa discriminante mediante un programa de computación (Klecka, 1975: 434-467); así como para las mediciones craneométricas se aplicaron metodologías específicas (Martin-Saller, 1957; Hidaigo, 1972; Lagunas, 1967).

Las comparaciones de las medidas del cráneo europoide de El Chorro de Malta con la serie, mediante los sistemas establecidos y el análisis discriminante, demostró que no existían diferencias significativas con el primer método y que, de acuerdo con el segundo, debe asignarse una filiación al grupo europoide con el 95 % de confiabilidad. No obstante, deben establecerse las dudas del caso para la muestra

comparativa de cráneos y su procedencia racial europeoide y en última instancia ibérica. Fuera de estas dudas racionales de la investigación, puede plantearse que los estudios realizados alejan completamente la posibilidad de que el cráneo del entierro No. 22 de El Chorro de Malta provenga de otro aborigen y confirman que realmente se está en presencia de un cráneo europeoide, masculino, de una edad estimada entre 18 y 20 años.



ENTIERROS MÁS SIGNIFICATIVOS DEL CEMENTERIO

Es innegable la importancia de todos los enterramientos del cementerio, por su cuantía, que no sólo lo hace la colección osteológica más numerosa de un lugar de Cuba, sino por su condición como unidad de un área únicamente dedicada al culto funerario en forma masiva y continuada, hecho este último que se advierte al precisarse la costumbre de continuar enterrando en el mismo lugar, incluso desplazando las osamentas de entierros anteriores, lo que muestra poca importancia ceremonial con relación a los huesos —incluidos los cráneos— después de consumado el entierro.

Por otra parte, muy pocos entierros en El Chorro de Malta mostraron ofrendas, a no ser adornos personales o al menos que fueron puestos a los cadáveres, pero que en vida de ellos, o de otros propietarios, tuvieron como finalidad el uso corporal. Son esas condicionales y ciertas posiciones en determinados entierros, evidencias de cultos o creencias y aspectos antropológicos a los que se puede hacer referencia como elementos significativos en el cementerio.

Desde el punto de vista antropológico se deben destacar el ya descrito entierro número 22 (el europeoide), o su cráneo, ya que el resto del esqueleto se encontró disgregado y revuelto con otros huesos, presumiblemente de aborígenes, lo que ha hecho imposible su identificación selectiva hasta el presente. Otro enterramiento, el No 25, muestra en ese aspecto una extraordinaria robustez, de acuerdo con lo común en Cuba para la raza mongoloide americana del tipo brasillido, además, su talla debió de ser en vida de 172,36 cm, lo que sobrepasa con creces la estatura media de los habitantes del sitio que fue de 147,67 cm para las mujeres y 158,85 cm para los hombres; en todos los demás aspectos, el esqueleto se afilia con los restantes aborígenes, incluida la deformación fronto occipital tabular oblicua. Este "gigante" fue enterrado decúbito supino, con la cabeza hacia el norte ligeramente ladeada hacia el este, las extremidades superiores cruzadas sobre el abdomen, con las manos sobre los codos de ambos brazos; las extremidades inferiores fuertemente flexadas sobre el tronco, hacia el lado derecho del cuerpo, los pies uno sobre el otro. El esqueleto mostraba, sobre el extremo proximal de la tibia izquierda y el tercio superior de la derecha, un artefacto de tela y cobre que debió de formar parte de un adorno situado por debajo de la rodilla izquierda, tal vez un enrollado de cuerda de algodón confeccionada a mano, del que pendía un disco al que estaban cosidos 5 tubillos de cobre (Guarch, Rodríguez y Pedroso, 1987: 29-30). El medallón pudo pender de un atado de algodón de los que los aruacos suelen aún usar por debajo de las rodillas y por encima de los codos. Por su confección, al moverse, los tubillos debieron entrec chocar produciendo el efecto de un sonajero.

Un aspecto general en cuanto a los entierros con adornos personales es que los que presentaron un mayor número de adornos fueron los femeninos, derogando el concepto de que eran los hombres los que más adornos usaban; al menos no fue así en los entierros de El Chorro de Malta. Por otra parte, resulta de interés el uso de collares y brazaletes por los subadultos.

En los entierros Nos. 13, 19, 24, 25, 27, 29, 31, 38, 45, 57, 69, 84, 92, 98 y 101, fueron encontrados tubitos de cobre independientes y en el caso del enterramiento No. 27 fueron hallados 4 en la región del cuello; en otros entierros estos canutillos se ubicaron en dicha región, y también en la caja torácica o en la pelvis, formando parte de adornos. Los 37 colgantes de igual tipo hallados presentan una morfología muy similar; se trata de una lámina de cobre enrollada sobre sí misma, en forma de tubo, más estrecho arriba que abajo, el conducto interior queda libre para permitir el paso de un hilo de algodón anudado en el extremo inferior para fijar la pieza; el tamaño promedio de estos colgantes es de 29 mm, su diámetro en la parte superior es de 2 mm y en la inferior de 3 mm.

En el entierro No. 31 fue encontrado, entre el lado izquierdo del tórax y la articulación del codo de ese mismo lado, un hueso de excepción en el cementerio: un fragmento de fémur de un individuo subadulto que presenta tres muescas consecutivas, muy parecidas entre sí en forma y tamaño, separadas por espacios en los que se nota regularidad. Todo indica que fueron hechas *post mortem*. Este hueso no pertenece al esqueleto allí enterrado, que es un adulto. En ese mismo entierro fue encontrado uno de los canutillos de cobre, precisamente en el tórax, sobre una costilla. El hallazgo de "huesos marcados" no es la primera vez que se produce en Cuba o en Las Antillas, aunque es un hecho poco común, atribuido a ritos animistas no muy bien conocidos.

Los entierros Nos. 94 y 99 mostraron, por primera vez en Cuba, los artefactos conocidos como orejeras en su lugar de uso, es decir, donde debieron estar situados los lóbulos de las respectivas orejas de sus portadores. El primer juego de orejeras está constituido por tarugos de calcita, en forma de lo que se conoce como cuentas de caramelo, las que hasta el presente se tenían únicamente como componentes de collares. En el entierro No. 94 fueron halladas dos orejeras de resina vegetal, de forma alargada, con una pequeña escotadura hacia sus extremos para producir una especie de abultamiento esférico que era la parte que sobresalía por delante. Fue la primera vez en Cuba que se hallaron orejeras confeccionadas con ese tipo de material.

El entierro No. 45 muestra una singularidad antropológica de gran interés cultural; en ese esqueleto se advirtió que no se había efectuado la deformación artificial del cráneo; se trata del único adulto —con una edad entre 25 y 30 años— en que no se apreció la deformación; entre los cráneos de los subadultos, por el contrario, había varios que no la presentaban. La pérdida de esa costumbre pudo estar relacionada con la llegada de los españoles, lo que sería un índice no sólo de cambio cultural, sino aprovechable a la hora de establecer la cronología relativa del sitio.

Sin dudas el entierro No. 57 constituye el ejemplar más sobresaliente de todos los hallados en el cementerio; fue ubicado en el cuadrante noreste del área excavada, a una profundidad mínima de 0,32 m y máxima de 0,62 m, en la capa de marga caliza blanco amarillenta. El individuo allí enterrado mostraba la deformación artificial del cráneo, típica de los agroalfareros que habitaron en Cuba. El esqueleto estaba situado en posición decúbite supino, con el tronco en dirección noroeste-sureste y la cabeza orientada hacia el noroeste, apoyado el mentón en el pecho; las manos cruzadas sobre la pelvis y las piernas completamente extendidas. Las investigaciones

arrojaron que se trataba de una mujer, de 148 a 149 cm de talla, entre los 19 y los 21 años y de indudables características que la afilian a la raza mongoloide americana, perteneciente a la población aborigen del área antillana.

Las ofrendas del entierro No. 57

Durante la excavación se observó sobre el pecho, entre las clavículas, elementos que debieron de constituir parte del collar. La heterogeneidad de los materiales y las formas de los elementos no disminuye la importancia del hallazgo, por su singularidad y controvertida posibilidad de procedencia de algunas de las piezas que lo integran.

La joya más espectacular es un ídolo de oro de 10 quilates, con aleación de oro-cobre-plata,⁷ de 3,5 g de peso y 23 mm de altura. Representa la cabeza de un ave estilizada, poco reconocible, aunque algunos investigadores la identifican con Inrri Cahubabayael.⁸ Para su confección fue utilizada la técnica de forja (oro batido y martillado); algunas partes fueron pegadas mediante soldadura autógena o por martillado; se observan también huellas del uso del burlado para resaltar características; la pieza es hueca, confeccionada con una lámina de 0,5 mm de espesor; toda su superficie es muy pulida. En general la joya es muy elaborada, muestra la exquisitez del orfebre en la elaboración del tocado, la solución de los ojos y las gargantillas burladas; no se aprecian resaltes o rebabas de moldeado o soldaduras. Se ha discutido sobre el lugar de origen —exótico o nativo— de esta pieza, singular en su morfología para el arte aborigen caribeño.⁹

Como parte del collar también se exhumaron cuatro pendientes en forma de láminas trapezoidales forjadas en oro-plata-cobre¹⁰ de 10 quilates, con un peso promedio de 0,3 g cada una; la altura de las piezas oscila entre 13 y 18 mm, y todas son distintas; el ancho de las bases se ubica entre 15 y 19 mm, el grueso de la lámina es de 0,5 mm. La forma general de estas láminas recuerda sensiblemente las halladas en otros sitios de Cuba, confeccionadas en oro o en finas láminas de concha.

Entre las joyas del collar fue encontrado un pequeño cascabel de guanín con una aleación de oro-cobre-plata,¹¹ cuyas dimensiones son: 12 mm de alto y 4 mm de ancho máximo, es de forma alargada, algo aperada; su extremo inferior es acuminado y presenta una escotadura;

no tiene en su interior sonador, y en la parte superior muestra una argolla. Su estilo es muy similar al de los cascabeles mixtecos y de algunas otras culturas mesoamericanas.

En el ajuar del entierro fueron halladas dos cuentas de oro, confeccionadas con hilo de ese material martillado. Las pequeñas

José M. Guarch Delmonte es Doctor en Ciencias Históricas y posee una extensa labor en el terreno de la arqueología. Entre sus muchas publicaciones están *El talno de Cuba, Estructuras para las comunidades aborígenes cubanas*, etcétera.

argollas de 2 mm de diámetro son muy similares a las que forman el tocado del ave de oro del collar; es posible que las mismas formaran parte del pectoral.

Adherida a varias cuentas de calcita que formaban parte del collar se encontró una cuenta de forma esférica con dos diminutos tubitos de cobre a cada lado, la pieza está confeccionada con oro bajo (guanín).¹² Además se rescataron 23 microcuentas de concha, con su forma típica discoidal, muy finas, que en este caso hicieron honor a su nombre, ya que la mayor alcanzó solamente 1,6 mm y su perforación central 0,5 mm, por lo que las paredes tienen un promedio de 0,5 mm de espesor, la altura de todas es de 1,6 mm, todo lo cual implica una tecnología de elaboración altamente especializada.

En el contexto de este collar fueron encontradas tres perlas. Se trata de piezas deformes y pequeñas, propias de ostres perlleras que viven en nuestros mares. El diámetro máximo de la mayor es de 4 mm y el de la menor 3 mm; las tres presentan sendas perforaciones, lo que evidencia su uso como cuentas. Además, formaron parte del collar 18 cuentas de concha de color rosado de forma cilíndrica, perforadas en su eje mayor, con una longitud que oscila entre 5 mm y 3 mm y diámetro entre 3 mm y 2 mm; algunas son husiformes, parecidas a un barril, de superficie pulida, y parecen confeccionadas con coral rosado, atípicas en la arqueología de Cuba.

Había en el collar, además, 4 cuentas de calcita, de las denominadas de carretel, de 5 mm promedio de diámetro; por otra parte, fueron halladas 4 pequeñas cuentas del mismo material, con un promedio de 1 mm de altura por 5 mm de diámetro cuyas paredes median 1,5 mm de espesor aproximadamente. Una quinta microcuenta, de sólo 3 mm de diámetro, está confeccionada con una piedra negra.

Sobre la pelvis del esqueleto fue encontrado uno de los tubitos de cobre a los que ya se ha hecho referencia; pudo estar relacionado con algún otro adorno en torno a la cintura. Finalmente, el entierro No. 57 mostró dos fragmentos de tela en la mandíbula, en el interior de la boca; probablemente la tela estuvo situada en la parte superior del cuello, rodeándolo como un pañuelo. Se trata de dos fragmentos de tela de algodón de color blanco amarillento. Puede advertirse que es un tejido sencillo; uno de los fragmentos muestra una costura hecha con hilo mucho más grueso y burdo, logrado con dos cabos torcidos con poca tensión, lo que puede indicar su confección manual rústica.

Junto a los pies de este entierro y a la misma profundidad, fue hallado el esqueleto de un niño (entre 0 y 8 meses de nacido), el que mostraba dos pulseras, confeccionadas con cuentas alternas de concha, calcita (microcuentas), de coral rosado y de resina.¹³ La relación entre ambos individuos es difícil de establecer, pero es sugerente su proximidad sin alteraciones de uno u otro tipo, lo que debía de haber ocurrido de no haber sido simultáneos los entierros.¹⁴

El entierro No. 57 presenta dos incógnitas fundamentales. La primera, relacionada con a las ofrendas dentro de un contexto histórico particular, al presentar una gran heterogeneidad de artefactos, algunos de ellos típicos de la cultura agroalfarera cubana, otros hallados por primera vez, así como el pendiente de oro en forma de ave, cuya tipología —aunque no el material con el que está confeccionado—¹⁵ es también atípico para Cuba. La segunda incógnita es la abundante presencia —para el sitio e incluso para la región— de objetos suntuarios europeos (se trataba de baratijas para ellos, tales como cuentas de vidrio, láminas de latón y otros objetos para el “rescate”) y de animales también traídos por los europeos, lo que evidencia un contacto temprano en el período colonial; esto es reiterado por la presencia física de un colonizador. No obstante, la forma en que se desarrolló la colonización en esta región —el conocimiento que de ella tenemos— dificulta establecer con certeza la forma y la profundidad de esa convivencia¹⁶ y, en el caso que nos ocupa, de la presencia de objetos valiosos (para el concepto que portaban los españoles) en el ajuar funerario del entierro de la joven No. 57, sin que salte la duda de por qué no la despojaron de las joyas en vida o después de muerta.¹⁷

Varios enterramientos más muestran adornos personales que sirvieron de ofrendas, entre ellas se apreciaron los ya mencionados tubitos de cobre, las cuentas de calcita, coral y resina, ya sea formando collares y pulseras o aisladas, y por otra parte las orejeras de resina y piedra y el medallón de cobre y tela. La minuciosa excavación realizada permitió enhebrar los collares y pulseras *in situ*, lo que constituye un valioso testimonio.

A pesar de que este cementerio constituye el mejor catálogo y fuente evidencial para el estudio de las manifestaciones de culto funerario de los aborígenes agricultores cubanos, entre otros muchos aspectos de interés cultural y antropológico, debe tenerse en cuenta su posición histórica como sitio, al menos de contacto indohispánico, en el que se aprecian elementos culturales que pueden catalogarse hipotéticamente como de transculturación; tales son los casos de la pérdida de la costumbre de deformarse el cráneo —observada en esqueletos de subadultos y de un adulto—, la posición de algunos esqueletos en los entierros, y el préstamo —como efecto inferido de la conquista del continente— de artefactos de culturas de Tierra Firme. Su propia condición de cementerio, área de enterramiento predeterminada, debe ser tenida en cuenta a la hora de situar en el lugar correspondiente el fenómeno de los ritos funerarios, a través de la óptica que ofrece este sitio singular.

LOS ENTIERROS EN EL EXTREMO ORIENTAL DE CUBA

El extremo de la isla estuvo ocupado por lo menos desde el siglo XII por grupos humanos con características culturales algo diferentes a las de los restantes agricultores de Cuba; son ellos los individuos que constituyen la variante cultural Maisí (Guarch, 1890) nombrados también tafnos por algunos autores, con una connotación diferencial con

el subtaíno, habitante agroalfarero del resto de Cuba. Su evolución y caracterización, sobre la base de los desarrollos económicos y sociales que se operaban en Quisqueya por esa época, es evidente, pero dentro del campo del culto a los muertos no ha sido posible identificar grandes diferencias con respecto a los restantes habitantes de la fase agricultores de Cuba, ni en cantidad ni en distintos ritos. En el triángulo que se forma entre Moa, al norte, la ciudad de Guantánamo al sur, y la punta de Maisí al este, se han hallado enterramientos en cuevas—algunas de ellas tapiadas— y en un sitio de habitación.



Uno de los entierros hallados en el potrero El Porvenir, Banes, Holguín. Foto: archivo de J. M. Guarch

Se advierte que el enterramiento en cuevas fue la costumbre más generalizada, la que se aviene con la condición geomorfológica de la región, donde se abren cientos de espeluncas debido a la formación cársica allí existente. Algunos investigadores de la historia antigua antillana han querido ver un factor de temporalidad en los ritos de enterramientos en cuevas y los de entierros en sitios de habitación, se ha planteado que el uso de las cuevas se debió a una costumbre temprana que fue sustituida con el tiempo por los entierros en las aldeas.¹⁸

El número de enterramientos hallados en las cuevas en la región parece haber sido numeroso, ya que varios autores cubanos han señalado un comercio de cráneos de aborígenes iniciado a partir de las excavaciones de M. R. Harrington en la región (1915), e incentivado luego por algunos dueños de barcos que vieron un mercado oportuno en el naciente interés de los museos de los Estados Unidos de

Norteamérica, y estimularon a los campesinos de Maisí para que extrajeran los cráneos de las osamentas que se hallaban en la superficie de los pisos de las cuevas, muchas de cuyas bocas aparecían cerradas por piedras acomodadas.¹⁹

M. R. Harrington encontró también amuradas algunas de las galerías interiores de cuevas visitadas por él, y dentro de ellas entierros, como ocurrió en la Caverna de la Caleta (Harrington, 1921: 141-142). Otro aspecto descrito por ese autor es la presencia de petroglifos en algunas de las cuevas sepulcrales, como sucede en las de La Patana. En la cueva sepulcral No. 2 en ese sitio, Harrington halló algo así como una plataforma hecha con troncos de madera dura, según él, cortados por medio de una "hachita" y sólo uno con la ayuda del fuego; bajo la plataforma encontró algunos huesos humanos; el arqueólogo infirió que el cadáver había sido depositado sobre la plataforma y que al descomponerse cayó en pedazos al piso de la cueva (*Ibid.*: 183-184).

Investigadores del área (*Ibid.*: 139-140) han hecho referencia a las osamentas incineradas en el interior de las cuevas, en algunas de las cuales han encontrado millares de huesos humanos rotos, quemados, mezclados con fragmentos de roca y ceniza (*Ibid.*: 139-140-184). Todas esas formas de enterramiento recuerdan las vistas en la región de Cabo Cruz, Granma, y afiliadas a la variante cultural Bayamo, de la misma fase agricultores.²⁰

El único sitio de habitación en que se han hallado entierros, es el denominado San Lucas, también en Maisí. Fue el propio Harrington (*Ibid.*: 206-209) quien encontró los esqueletos durante sus trabajos en 1915; el total de entierros fue de 7, todos en la basura residual de la aldea, que ocupa la parte oeste del área arqueológica, a unos 100 m del lometín conocido como Gran Muro de San Lucas. La información sobre 5 de esos entierros permite establecer que todos ellos fueron encontrados flexados o fuertemente flexados; dos descansando sobre el lado derecho y dos sobre el lado izquierdo; el quinto, boca arriba, indudablemente en posición fuertemente flexada, de lo que se infiere la utilización de ataduras para mantener las piernas sobre el tronco del cadáver. De los otros dos entierros no tuvo Harrington una información adecuada.

En cuanto a las ofrendas acompañantes, no han sido muy resaltantes las encontradas hasta el presente en la región que ocupa la variante cultural Maisí, a pesar de los múltiples artefactos de madera de gran prestancia e interés que han sido localizados en las cuevas de Baracoa y Maisí, pero nunca en relación directa con los entierros.

FORMAS DE ENTERRAMIENTO EN LOS RITOS FUNERARIOS DE LOS ARUACOS CUBANOS

1. Monbundo abandonado en el bosque
2. Cráneo depositado en una olla o jirguera (culto de cráneos)
3. Cadáver incinerado dentro de una casa
4. Dentro de una casa o en la basura de los bahareques, con o sin ofrendas
5. En una área de enterramiento (cementerio) dentro del sitio de habitación
6. Fuera de los límites del sitio de habitación
7. Dentro de una cueva
8. Cadáver depositado en el piso de una cueva, con ofrendas
9. Incinerado dentro de una cueva
10. Petroglifos tallados en estalagmitas, relacionados con el culto funerario
11. Cadáver arrojado por un pozo o claraboya de una cueva
12. Cueva o galería tapiada con enterramientos en su interior

POSICIONES DE LOS CADÁVERES MÁS COMUNES EN LOS ENTIERROS

- A *Decubito supino*, extendido, con las manos a ambos lados del cuerpo
 B Sobre el lado izquierdo, flexionado, con las manos sobre el pecho
 C Sobre el lado derecho, semiflexionado, con las manos sobre el hombro y el abdomen
 D *Decubito supino*, fuertemente flexado, con las manos sobre el abdomen
 E *Decubito supino*, extendido, con las manos cruzadas sobre la pelvis
 F *Decubito prona*, extendido, con las manos sobre la cara

Gráfico preparado por Juan J. Guarch Rodríguez

NOTAS

¹ Algunos autores antillanos se han referido a la posible relación entre ese tipo de decoración y los ritos funerarios, por la "tristaza" que reflejan los ojos de los que se desprenden líneas como brazos de "lágrimas". Otros autores han planteado que se trata de una representación de la deidad de la lluvia, Boïnayel, lo que establece una relación entre los ojos lacrimosos y las nubes lluviosas.

² En la iconografía antillana se muestra en forma retenida la figura de dos hermanos gemelos, a veces atados por los brazos, sentados uno junto al otro (Arram, 1975: 55-71); en Cuba se han hallado manifestaciones antropomorfas bicéfalas en pendientes de concha y siamesas en idólos de piedra, pero las del Guape son las primeras petroglíficas encontradas en Cuba, aunque no las únicas, ya que poco después fueron descubiertas otras similares cerca de Baracoa, extremo oriental de Cuba.

³ Estos tres petroglifos tienen un tamaño promedio de 0,50 m de altura, su ejecución fue mediante surcos tallados en las formaciones secundarias, con un ahorro de líneas que esquematiza las figuras sin que éstas pierdan su esencia de interpretación antropomorfa y conceptos básicos de la iconografía del grupo aruaco de las Antillas.

⁴ Las cuevas se abren mediante dolinas y claraboyas de diversos tamaños, la profundidad de sus pisos oscila entre los 2 y los 4 metros; las galerías son sensiblemente horizontales, con inclinaciones suaves que buzan hacia sumideros interiores o lagos freáticos; algunas están totalmente inundadas.

⁵ Entre ellos se destacan J. García Castañeda, O. Miguel e I. Rouse; este último presenta un resumen sobre el sitio (1942: 102-107) y se refiere al hallazgo de huesos humanos, pero sin advertir, como es obvio, la existencia del cementerio.

⁶ Desde 1975 se iniciaron en Cuba los trabajos para el Censo Arqueológico de la Nación, en el que se recoge, por un sistema computarizado, la información básica de cada sitio.

⁷ El análisis efectuado con el microscopio electrónico de barrido del Centro Nacional de Conservación y Restauración de Monumentos arrojó el resultado cualitativo de aleación de posible origen artificial de Au+Cu+Ag; no pudo realizarse el análisis cuantitativo por no ser posible la reproducción de la geometría espacial de la pieza, debido a su conformación.

⁸ Guarch y Querejeta (1982) lo identifican con el mítico pájaro carpintero que abrio el sexo femenino a los seres asexuados del mito antillano convirtiéndolos en mujeres que originaron parte de la etnia aruaca en las Antillas.

⁹ La existencia de una orfebrería con piezas de tipología relativamente similares a las del área centroamericana y de Colombia, así como de su traslado a la isla de Cuba por un aborigen traído aquí por los españoles en la primera mitad del siglo XVI o la confección en Cuba de la pieza por un indioamericano fugado al monte con técnicas y estilos de esos lares son aspectos que de manera conjetural o hipotética se han discutido y analizado (Guarch, 1988: 162-183).

¹⁰ El análisis de esas láminas mediante el microscopio electrónico de barrido ofreció el siguiente resultado:

Muestra	%Au	%Ag	%Cu	%Si
L1	43,3	5,9	50,7	0,1
L2	36,9	10,3	52,5	0,3
L3	36,2	9,6	53,8	0,3
L4	38,1	13,4	48,2	0,3

Como puede advertirse, se está en presencia del material llamado guanín por los aborígenes, el cual era preferido al oro puro.

¹¹ El cascabel tiene una forma que lo clasifica entre los cascabeles o sonajeros araucanos, como los de Monte Albán y otros lugares de Centro América; su análisis permitió obtener los siguientes datos sobre la aleación:

Oro: 52,8 % Plata: 22,6 % Cobre: 24,4 % Silicio: 0,2 %

Es el primer cascabel aborigen encontrado en Cuba.

¹² Esta cuenta globular tenía un diámetro máximo de 3 mm; sus paredes eran tan finas y su estado de conservación tan precario, debido al sulfato de cobre que lo cubría, que prácticamente se deshizo al extraerla. Dentro de la esfera se pudo observar al microscopio un fragmento de hilo que pasaba por el interior.

¹³ Estas cuentas de resina, únicas hasta ahora en Cuba, son sensiblemente globulares, pero su superficie es afacetedada, como los colgantes y cuentas de azabache que antaño colgaban a los niños y a algunos adultos contra el "mal de ojos"; aparecieron en el cementerio de El Chorro de Malta en varios entierros, formando parte de pulseras y adornos independientes, por lo general en niños y subadultos; muchas veces intercaladas con otras cuentas de calcita, concha o coral.

¹⁴ Ocurre algo similar entre los entierros 57 y 29, de un individuo masculino, adulto, la proximidad de este último, la misma profundidad de enterramiento y posición general del esqueleto, ha hecho pensar a C. A. Rodríguez (1992) en la posibilidad de un rito de sutileza, planteado por Loven (1935), como práctica ocasional entre jefes de las comunidades antillanas; aunque no pueda desecharse la situación común en este cementerio de entierros muy cercanos, superpuestos y alterados por esa causa, a que ya se ha hecho referencia.

¹⁵ El registro arqueológico cubano aporta 9 pendientes de láminas de oro, 3 cuentas y 2 ídolos del mismo material (aleaciones), en total 14 piezas, de las cuales 11 han sido localizadas en Banes y una en Báguanos, ambas localidades de la provincia Holguín, una en Santiago de Cuba y otra en Maisí, provincia Guantánamo; las de El Chorro de Malta han sido las únicas encontradas relacionadas con entierros.

¹⁶ No existe documento alguno que testifique la existencia en esa región de encomendas o experiencia otorgada por Velázquez a alguno de sus capitanes, seguidores o frailes; el criterio que se sostiene es que allí "los españoles no llegaron a establecer ninguna villa" (Ibarra, 1979: 37). Según el mismo autor (*Ibid.*: 34-38) existieron "pueblos" y "provincias de Indios" donde la continuidad histórica de los aborígenes se hace evidente; sostiene que en esas regiones, los españoles no se asentaron por temor a las rebeliones; así pues, los aborígenes vivieron en relativa libertad por cierto tiempo. Es criterio de J. M. Guarch (1988: 178-179) que algún momento después del paso por la región del sanguinario Francisco Morales, capitán de Diego Velázquez, hubo asentamientos españoles en la región, en focos aislados y en pequeñas cantidades en cada uno, que no llegaron a ser encomiendas que dejaran huellas escritas de su concesión u otorgamiento, ni mucho menos villas; esa hipótesis se basa en el registro arqueológico de la región de Banes.

¹⁷ J. M. Guarch (1988: 162-183) establece la posibilidad de un enterramiento en la presencia de españoles, por varios motivos casuísticos, durante el período colonial temprano; pero acepta, con carácter provisional, que las joyas de oro —se refiere a la

cabeza del ave, el cascabel y la esfera-cuenta de oro o guanín—son el resultado de un préstamo legado del continente americano, con más posibilidades entre 1520 y 1540, préstamo que pudo estar constituido por las alhajas mismas o por las técnicas conocidas por un indioamericano que allí las elaboró. Por otra parte, recientes investigaciones en otros sitios de contacto y transculturación en el oriente de Cuba anuncian la posibilidad de que los esquemas establecidos sobre el total despojo y apropiación, en todos los casos, de los aborígenes por los colonizadores, no fuera el modo de operar en determinadas condiciones dentro de un régimen, sin duda, de apropiación, explotación y genocidio.

¹² Es obvio que existe un factor natural determinante: la existencia o no de las speluncas; a partir de allí se pudo establecer una costumbre que evolucionara hacia la otra. La determinación cronológica de la existencia temporal de estas costumbres debe plantearse sobre la base de una amplia investigación con suficientes muestras de huesos humanos de procedencia cierta, cosa esta última que no se ha realizado.

¹³ La información oral recibida de antiguos habitantes de la zona en los años 50 y 60, plantea que las goletas bananeras transportaban hacia los Estados Unidos sacos de yute (de 200 libras de capacidad) llenos de cráneos que los dueños de las naves pagaban a los empobrecidos campesinos de los años 20 y 30 de este siglo el precio de un peso por cráneo, cantidad exorbitante para la época. Durante las exploraciones realizadas entre 1965 y 1969, J. M. Guarch encontró varios entierros sin los cráneos. Persistirá siempre la duda de si uno se encuentra frente a un entierro saqueado o se trata de un esqueleto postcranial cuyo cráneo fue objeto del culto de cráneos que se evidencia en la descripción hecha por los marinos de Colón y que éste recoge en su diario.

¹⁴ Un interesante descubrimiento realizado en Baracoa por el grupo de aficionados de la localidad, Cacique Hatuey, un petroglifo, en una cueva de la finca San Justo, Yara, identifica aún más aspectos funerarios en ambas variantes; en dicha cueva fue hallado un petroglifo con dos caras, una de las cuales muestra los ojos de "hora-luvia" (Núñez Jiménez, 1989: 133) similares a los encontrados en el petroglifo bicéfalo de la cueva funeraria No. 3 del Guafé, Cabo Cruz, Granma.

BIBLIOGRAFÍA

- Arram, J. J. (1975): *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*. México, Siglo XXI Editores.
- Colón, Cristóbal (1981): *Diario de navegación*. La Habana, Comisión Cubana de la UNESCO.
- Ⓢ Guarch, J. M., et al (1986): "Economía y cultura material de los agroalfareros de Cuba: cuatro sitios en estudio". Holguín, Archivo del Departamento Centro-Oriental de Arqueología. Inédito.
- Ⓢ Guarch, J. M. y A. Querejeta (1992): *Mitología aborigen de Cuba (Deidades y personajes)*. La Habana, Editorial Publicigraf.
- Ⓢ Guarch, J. M., C. Rodríguez y R. Pedroso (1987): "Investigaciones preliminares en el sitio El Chorro de Malta", en *Revista de Historia*, Holguín, 2(3): 25-40.
- Ⓢ Guarch, J. M. (1978): *El talno en Cuba; ensayo de reconstrucción etnohistórica*. La Habana, Academia de Ciencias de Cuba.
- _____ (1988): "Sitio arqueológico El Chorro de Malta", en *Revista Cubana de Ciencias Sociales* (17). La Habana.
- _____ (1990): *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Ediciones Holguín, Cuba.
- Harrington, M. R. (1935): *Cuba antes de Colón*. La Habana, Colección de Libros Cubanos, 2 vol.
- Hidalgo, P. (1972): *La perfilación horizontal de la cara de los aborígenes de Cuba*. Serie Espeleológica y Carsológica. La Habana, Academia de Ciencias de Cuba.
- Hooton, E. A. (1946): *Up from the ape*. N. Y., Mc Millan Comp.
- Ibarra, J. (1979): *Aproximaciones a Cifo*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Kelcka, W. K. (1975): *Discriminant Analysis*. Mc Graw Hill Book Co.
- Lagunas, Z. (1967): *Estudio métrico y morfológico de mandíbulas prehispánicas de México (Tlatelolco)*. México.
- Las Casas, Bartolomé de (1951): *Historia de las Indias*. México, Fondo de Cultura Económica, vol. I.
- Loven, S. (1935): *Origins of the Tainan Culture, West Indies*. Göteborg.
- Niesturj, M. F. (1976): *Las razas humanas*. Moscú, Editorial Progreso.
- Núñez, A. (1990): *Medio siglo explorando a Cuba*. La Habana, Imprenta Central de las FAR.
- Pané, R. (1990): *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Ratzel, F. (1889): *Las razas humanas*. Barcelona, Montaner y Simón, editores, t. 2.
- Rivero, M. et al (1990): "Estudio de un cráneo europeo encontrado en el sitio aborigen de El Chorro de Malta, Yaguajay, Banes, provincia Holguín, Cuba", en *Revista de Historia*, Holguín, (1): 64-92.
- Rivero, M. (1984): *Antropología de la población adulta cubana*. La Habana, Editorial Científico-Técnica.
- Rouse, I. (1942): *Archaeology of the Maniabon Hills, Cuba*. New Haven, Yale University Publications in Anthropology.
- Tablo, E. y E. Rey (1986): *Prehistoria de Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Ubelakar, D. (1983): *Prahistoric-Demography of Coastal Ecuador*. Washington, National Geographic Society Research Reports (reimpresión). ✖



PRIMERAS CONSIDERACIONES ANTROPOLÓGICAS Y FORENSES SOBRE UN PROTOAGRICULTOR O CERAMISTA TEMPRANO EN EL CARIBE

**ANTONIO COBO ABRÉU
ALFREDO LORIÉ GONZÁLEZ
JOSÉ JIMÉNEZ SANTANDER**



ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Desde tiempos remotos, el territorio cubano y antillano en general fue ocupado progresivamente por comunidades aborígenes muy primitivas, que provenían de zonas continentales. Para su estudio, la arqueología cubana las ha identificado con diferentes denominaciones, de acuerdo con el desarrollo alcanzado por cada una de ellas, así como sus características particulares más relevantes.

Numerosos han sido los nombres asignados a cada cultura; en este trabajo empleamos los más conocidos, que las ubica en el siguiente orden histórico: comunidades protoarcaicas, comunidades guayabo blanco, comunidades cayo redondo, comunidades protoagricultoras o ceramistas tempranas, comunidades subtaínas y comunidades taínas.

La investigación antropológico-forense que se describe aquí se refiere a una comunidad protoagricultora o ceramista temprana, la cual exhibe una cerámica muy simple y poco elaborada, con escasa o ninguna decoración. Los principales instrumentos de labor los fabricaban de sílex, madera, concha y piedra, en tanto que sus actividades económicas fundamentales eran la caza, la pesca y la recolección. Se desconoce aún si practicaban algún tipo de agricultura incipiente.

Entre los restos materiales no figura el burén, gran disco de cerámica empleado para cocinar el casabe por las comunidades subtaínas y taínas, lo cual lleva a suponer que no elaboraban este tipo de alimento, al menos con esa tecnología.

Sitios con características similares se han encontrado en Canimar, provincia de Matanzas; Caimanes III y Juan Barón, provincia de Santiago de Cuba; Media Luna, provincia Granma; así como en Sancti Spiritus, entre otras.

Grupos análogos pero más tardíos han sido hallados en Arroyo del Palo y Mejías, en la provincia de Holguín, y en La Escondida de Bucuey en Santiago de Cuba. En otras áreas del Caribe insular y también Venezuela han sido hallados vestigios de comunidades análogas, pero no se había comprobado con exactitud el aspecto físico que presentaban los hombres de esta cultura, y sobre todo, si practicaban o no la deformación fronto-occipital oblicua que caracterizaba a las comunidades agricultoras caribeñas.

El hallazgo de osamentas en el sitio La Luz constituye el primer encuentro con el individuo en su contexto y con posibilidades para estudiarlo.

SITIO LA LUZ

El enterramiento que motivó la realización de este estudio fue localizado aproximadamente a 2 km al este del poblado de TI Arriba, en el municipio Songo La Maya, provincia de Santiago de Cuba, en el límite sureste del valle intramontano de La Luz, exactamente en la margen derecha del arroyo La Napa, uno de los tres que bañan el enclave y que vierten sus aguas en la presa de TI Arriba. Se ubica exactamente en un pequeño montículo muy fértil arqueológicamente.

En las campañas exploratorias y excavatorias se descubrió un rico material arqueológico, en el que se destacan típicos fogones aborígenes, restos dietarios de jujías, quelonios, crustáceos, caracolas terrestres y peces.

La cerámica resultó escasa y sin complejidad cultural alguna, carente incluso de las decoraciones más elementales. Los fragmentos son de tamaño pequeño y su cocción, aunque no deficiente por completo, tampoco alcanzó un nivel como para considerarlos buenos cerámicos.

La industria lítica está muy bien representada, con predominio del sílex o pedernal, así como numerosos morteros, percutores, tajadores y núcleos, además de dos pequeñas manos de morteros campaniformes, piezas que ya comienzan a resultar típicas para estas comunidades indígenas en el territorio. La presencia de morteros y percutores sugiere el consumo de granos y semillas.

Una bella vasija de piedra parecida a la mitad de una góira o simplemente una jicara de piedra, fue hallada a 1.10 m de profundidad, en un prodigo fogón. Entre las evidencias materiales figuran también varias cuentas de collares de diferentes tamaños, elaboradas a partir de vértebras de pescado, así como minerales de color negro utilizables como material tintóreo.

Todos estos hallazgos de facturación indiscutiblemente protoagropecuaria o ceramista temprana, asociados a esta área de enterramientos, confirman la filiación de estos restos esqueléticos con dicha cultura.

Investigaciones antropológicas

La primera osamenta, de una mujer que por su dentición y la presencia de terceros molares se infiere que tenía de 20 a 24 años al morir, se extrajo de un enterramiento no primario. Su estatura era de 139,7 cm, semejante a la de la población preagroalfarera femenina cubana.

La segunda osamenta se encontró tan mutilada que ha sido muy difícil realizar su estudio antropológico; sin embargo, por la gracilidad de la mandíbula y los huesos largos, pudo haberse tratado de una jovencita de 12 a 15 años. Al igual que el anterior, éste era un enterramiento no primario.

Antropología física y...

La tercera osamenta se halló íntegra en posición fetal, situada en una posición lógica desde el punto de vista anatómico, y puede afirmarse que constituya el enterramiento primario de un individuo del sexo masculino, de 30 a 40 años de edad, dada la sinostosis de las suturas del cráneo y el examen efectuado de las facetas articulares, así como de los cuerpos vertebrales. Su estatura fue estimada en 157,5 cm, a partir de la longitud máxima del cúbito izquierdo (Genovés, 1966).

En ninguno de los tres cráneos investigados se observó la deformidad cefálica que era común, como práctica cultural, entre los agricultores talnos y subtalnos.

Estudio del enterramiento primario

La osamenta se encontraba en una posición embrionaria o fetal, con la cabeza dirigida hacia el este geográfico —en una ubicación más alta que las demás estructuras óseas—, y flexionada hacia delante y ladeada hacia su izquierda, mientras que el tronco, a nivel de la columna lumbar, aparecía ligeramente rotado a la derecha y flexionado hacia delante.

El miembro superior derecho, extendido hacia delante, abajo y adentro, formaba un ángulo aproximado de 120 grados en la articulación del codo, la mano quedaba debajo y a la izquierda de las extremidades inferiores.

El miembro superior izquierdo estaba flexionado hacia delante, adentro y arriba, en un ángulo de alrededor de 45 grados en la articulación del codo, de modo que el antebrazo quedaba en la porción lateral derecha del cuello, muy próximo a la rama horizontal de la mandíbula de ese lado.

Los miembros inferiores presentaban una hiperflexión extrema en las articulaciones de las rodillas, en tanto que las tibias formaban un ángulo de 10 grados con los fémures; el miembro inferior derecho estaba situado encima del izquierdo, incluidos la pierna y el pie.

La exhumación y recuperación del material osteológico se hizo rigurosamente por secciones, se conservó un orden anatómico lógico en la extracción y se tamizó el material del área circundante. Se comenzó por la cabeza y columna cervical, luego la región dorsolumbar y seguidamente la jaula torácica, los miembros superiores e inferiores, así como ambos pies, todo lo cual fue debidamente embalado para su estudio en el laboratorio.

EXAMEN DEL APARATO DENTAL

Se utilizó el Esquema Dentario Internacional (FDI System, 1970).

Maxilar superior:

Dientes presentes 16, 17, 26, 27 y 28

- Dientes ausentes 18, 12, 11, 21, 22 y 24
 Restos radiculares 13, 14, 15, 23 y 25
Maxilar inferior:
 Dientes presentes 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47 y 48,
 31, 32, 33, 34, 35 y 38
 Dientes ausentes 36 y 37
 No había perdido piezas dentarias *post mortem*.



Véase en la foto izquierda el paralelismo entre los fémures y las tibiae debido a la hiperflexión extrema. Mientras, en la foto de la derecha, se observan los focos de fracturas deprimidas en el cráneo que guardan un sentido paradójico

Estado periodontal del maxilar superior

Se constató una gran pérdida ósea generalizada, tanto en sus dientes remanentes como en los restos radiculares, con escasa invasión de las raíces desde los ápices hasta el hueso de soporte, por lo que debió de tener una marcada movilidad de todos los dientes. Tuvimos la impresión de que la pérdida de las restantes piezas fue causada por parodontopatías, ya que éstas se sostenían solamente a través de la mucosa.

Las coronas de los molares estaban tan desgastadas por el uso, que ello impidió comprobar si se habían producido caries, puesto que la abrasión se extendió incluso hasta la cámara pulpar, por lo que también debió sufrir necrosis de los paquetes vasculonerviosos o calcificación de los conductos. Esos desgastes aumentaron por facetas, como suele ocurrir en bruxópatas, pero al no apreciarse el reforzamiento del hueso de soporte que es típico en estos, los observados deben ser supuestamente atribuidos a costumbres alimentarias o de otro tipo.

La pieza dentaria 28, tercer molar superior izquierdo, posee su corona completa, una forma bien definida y está exento de abrasión, pero partiendo del grado de erupción en la arcada con respecto al primer molar superior izquierdo y segundo molar de ese mismo lado (26 y 27, respectivamente), es posible que estuviera retenido o semirretenido.

El segundo molar superior izquierdo o pieza 27 había emigrado en dirección oclusal por carencia de su antagonista, e igual hicieron el segundo premolar izquierdo y el primer molar superior izquierdo (25 y 26), pero en posición mesial, por falta del primer premolar de ese lado (24) y del incisivo lateral superior derecho (12), a causa de la ausencia de los incisivos centrales, mientras que en sentido distal se había movido el canino superior izquierdo (23) por la pérdida del primer premolar izquierdo.

Las radiografías revelaron la presencia de un cuerpo extraño en el extremo distal del conducto radiolúcido del canino superior izquierdo, como resultado de su enorme desgaste.

Los incisivos anteriores y el primer premolar izquierdo (24) se perdieron antes que el primer molar inferior izquierdo (36) y el segundo molar de ese lado (37) por la poca abrasión de los incisivos inferiores y la acentuada migración de los caninos superiores derecho e izquierdo (13 y 23), con cierre del espacio interdentario y apenas por perceptibilidad del punto de contacto.

Estado periodontal del maxilar inferior

Al igual que el superior, sufrió una gran pérdida ósea generalizada, en tanto que las piezas anteroinferiores casi no disponen de soporte y los molares y premolares se mantienen sujetos a la mucosa por sus ápices radiculares, de manera que debieron tener una considerable movilidad.

No había restos de alvéolos en el hueso de sostén correspondiente a las zonas del primer y segundo molares inferiores izquierdos (36 y 37), por lo cual se estima que fueron destruidos por parodontopatías. La falta de soporte y la extrema movilidad de las piezas dentarias facilitaban su extracción.

La abrasión es suave en los bordes incisales, pero no así en los premolares y molares, donde las facetas de desgaste se extendieron hasta la cámara pulpar que hace juego oclusal con su antagonista. Se constató una ligera migración del primer y segundo premolares inferiores izquierdos (34 y 35) en sentido distal y del tercer molar inferior de ese mismo lado en dirección mesial, de donde se colige que hacía muy poco había perdido sus piezas adyacentes.



Reproducción del aparato dental del enterramiento primario

La oclusión entre ambas arcadas se establece a través de las facetas de desgastes del primer y segundo molares superiores derechos (16 y 17) y de sus antagonistas inferiores (46 y 47), así como el segundo premolar izquierdo (25) con el segundo premolar inferior izquierdo (35) en la porción mesial y del segundo molar superior izquierdo (26) con el segundo molar inferior izquierdo (36) en la distal.

Los molares inferiores izquierdos, primero y segundo (36 y 37) no se perdieron prematuramente, ya que en sus antagonistas se observan facetas de desgaste producidas por el tiempo y los hábitos.

Signos de violencia

El cráneo muestra ocho focos de fracturas deprimidas, producidas por un objeto contundente: tres en el hemicráneo derecho, tres en el izquierdo, y dos centrales, ubicadas estas últimas en la línea media craneal: una en la porción anterior y otra en la posterior. En la cara presenta otras tres áreas contusivas: una a nivel del dorso de la nariz y otras dos en las hemicaras derecha e izquierda.

En los huesos largos de los miembros superiores e inferiores se detectaron no menos de tres zonas contusivas en cada hueso, causa-

das en diferentes planos anatómicos y muchas de las cuales interesan significativamente y de forma selectiva las articulaciones, sobre todo las provocadas en las de las rodillas y las coxofemorales.

Ambas clavículas revelan también iguales características en su tercio medio, pero no se ha podido precisar la existencia de lesiones en los arcos costales por su evidente deterioro.

Paleopatologías óseas encontradas

Hay signos de periostitis de moderada a severa en las clavículas, húmeros, cúbitos y principalmente en las tibias y peronés, con presencia de un *antecurvatum* en ambas tibias que les confiere un aspecto sabloide, por todo lo cual pensamos que el individuo estudiado era portador de una enfermedad crónica de origen infeccioso como la sífilis tardía o el paludismo, o de origen metabólico como en la anemia pluricaencial.

CONSIDERACIONES FINALES

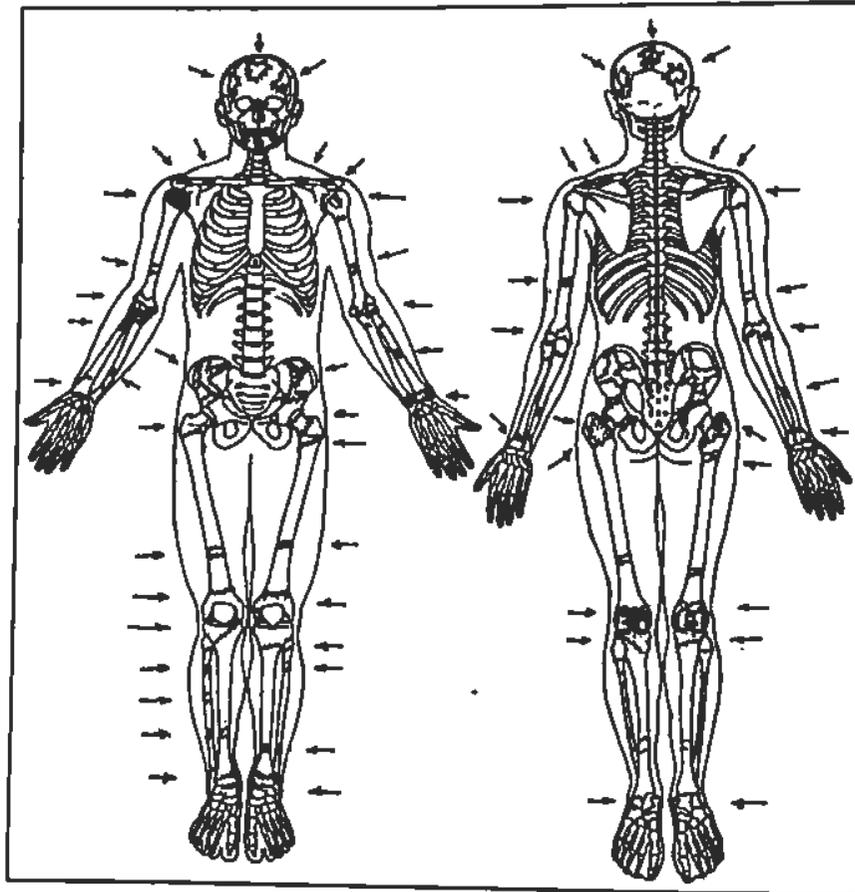
1. Con este hallazgo estamos en presencia del primer enterramiento primario de un representante de la cultura protoagrícola o ceramista temprana en el Caribe, que fue un hombre de 30 a 40 años, sin deformidad artificial del cráneo y con una estatura de 157,5 cm.
2. La osamenta muestra numerosos signos de violencia, pero las fracturas deprimidas en el cráneo y las descritas en los miembros no guardan relación alguna con posibles movimientos de los estratos del terreno por su antagonismo con el mecanismo de producción y ausencia de elementos que pudieran hallarse por encima o debajo del cadáver. Estos focos de fractura, desde el punto de vista anatómico y la sistematicidad tan significativa de ejercer su acción fundamentalmente en las articulaciones o muy cerca de éstas, pudieran haber sido la expresión de algún ritual funerario de esta cultura o simplemente causados para vencer la rigidez cadavérica *post mortem*.
3. De acuerdo con nuestra experiencia y la ciencia pericial, compartimos el criterio de que para hiperflexionar un cuerpo sin vida, una vez establecida la rigidez, y llevarlo a una posición embrionaria o fetal extrema, como era práctica de otras culturas indígenas americanas, resulta necesario en primer lugar vencer la resistencia muscular para poder flexionar las articulaciones y, con este mecanismo traumático, podrían alcanzarse estos objetivos.
4. Entre las enfermedades periodontales más significativas figuran la ausencia de piezas dentarias en vida y las migraciones de otras, con predominio en el maxilar superior con respecto al inferior, así como abrasiones de los molares en forma de faceta, provocadas fundamentalmente por sus hábitos alimentarios y por una sepsis bucal severa.
5. El sujeto investigado era portador de una enfermedad crónica de origen infeccioso, como la sífilis tardía o el paludismo, o de génesis metabólica, como la anemia pluricaencial, debido a los signos de

periostitis de moderada a severa observados en los huesos largos y al *antecurvatum* presente en ambas tibias, que les confiere un aspecto sabloide.

BIBLIOGRAFÍA

- Boletín del Museo del Hombre Dominicano* (1980), Santo Domingo, R. D., IX(13): 228-243, 235-243.
- ② Guarch Delmonte, J. Manuel (1990): *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Holguín, Colección de la Ciudad.
- ③ La Rosa Corso, Gabino y R. Robaina Jaramillo: *Infanticidio y costumbres funerarias en aborígenes de Cuba*. Ciudad de la Habana, Edición Multigraf. ✱

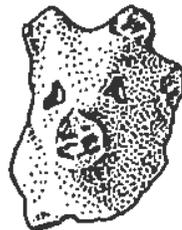
Los especialistas en medicina legal Antonio Cobo Abréu y Alfredo Loré González se unen en esta indagación con el arqueólogo José Jiménez Santander, jefe del Departamento de Arqueología del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medioambiente en Santiago de Cuba.



Las flechas indican los diferentes focos de fracturas en la osamenta

PALEOPATOLOGÍA ABORIGEN DE CUBA

ERCILIO VENTO CANOSA
DIANA GONZÁLEZ RODRÍGUEZ



INTRODUCCIÓN

Aunque desde 1970 existen en Cuba trabajos sobre paleopatología (Rivero y Torres, 1970), el número de estudios sobre el tema resulta aún insuficiente como para considerar que esta disciplina haya alcanzado un desarrollo avanzado en el país.

El concurso de diferentes especialidades médicas incorporadas paulatinamente al problema ha preparado las bases fundamentales para investigaciones más complejas, incluso para producir algunos aportes sustanciales, de indiscutible valor tanto para el área antillana como para el continente. Pero las razones que hasta la fecha explican esa escasez relativa se resumen, por un lado, en la existencia muy limitada de estudiosos de la antropología dedicados al aborigen y de médicos u otros profesionales de la medicina interesados en indagar sobre el asunto; y, por el otro, la complejidad y magnitud del problema y los pocos hallazgos arqueológicos útiles que permitan obtener resultados confiables.

Seguramente en el transcurso de las múltiples excavaciones organizadas y en hallazgos fortuitos se ha encontrado material óseo humano con afectaciones suficientes como para engrosar la documentación de este objeto de estudio. Lamentablemente, quizá la mayor parte de esta información ha sido perdida de forma irreparable o espera por la atención de un investigador.

El auge relativamente reciente de la paleopatología aborigen cubana descansa en las siguientes premisas: antecedentes de estudios previos, revisión bibliográfica de reportes referentes a excavaciones con señalamientos a propósito de alteraciones patológicas en restos aborígenes y el hallazgo de grandes conjuntos esqueléticos, como los de Canimar Abajo, Canimar, Matanzas (99 individuos); Cueva Calero, Cantel, Matanzas (66 esqueletos); y Chorro de Malta, Hóiguín (115 personas), para sólo citar los de mayor envergadura funeraria. Todo ello ha permitido tener una visión más coherente de esta línea temática, que deberá alcanzar en el futuro una más exacta y mayor dimensión.

ALGUNAS CONSIDERACIONES PREVIAS

Con el objeto de establecer premisas indispensables para el estudio de materiales paleopatológicos, conviene destacar algunas cuestiones fundamentales. Con independencia del valor intrínseco que una pieza ósea portadora de alteraciones puede tener, la mayor utilidad

del material se alcanza cuando procede de sitios en los cuales se han exhumado varios individuos, lo que tentativamente supone un nivel de interrelación en el grupo. Esto permite delimitar aspectos de tipo epidemiológico, e inclusive establecer un nexo entre lo demográfico y lo ecológico.

Los estudios paleopatológicos sólo se hacen distintos a los que se llevan a cabo en el hombre moderno por el hecho de que el material de estudio cuenta una data centenaria o milenaria. En lo que respecta al sustrato biológico, no existe en esencia una variación sustancial, excepto porque en el transcurso de la historia del hombre las enfermedades han sufrido evoluciones distintas, que van desde su aparición y exacerbación, hasta su atenuación y desaparición total. En otros casos, las entidades patológicas han modificado su virulencia y manifestaciones clínicas en dependencia del punto geográfico donde se generan, siempre tras los pasos del hombre, en un eterno proceso de dispersión territorial.

Para el caso concreto de Cuba, conocidos o intuidos los orígenes de su población primitiva y los períodos cronológicos en que comenzó el asentamiento humano en la isla, el punto de partida de muchas enfermedades debe buscarse en las regiones de procedencia, especialmente cuando se trata de procesos debidos a agentes especiales, gérmenes transmitidos de un sujeto a otro, o fenómeno de base genética.

Evidentemente, la amplitud del tema y su profundidad desbordan las limitaciones de un breve estudio de conjunto. El tratamiento exhaustivo del problema incluiría el análisis de movimientos migratorios en el espacio y en el tiempo, dirección y procedencia de los grupos, medio ambiente, nutrición, volumen demográfico, organización y desarrollo social, hábitos, leyes elementales y costumbres.

Sin embargo, es necesario insistir en el valor de la relación hombre-medio como factor determinante en la producción y evolución de algunas enfermedades, lo que permite explicar su presencia o no en determinados grupos humanos, en correspondencia con su nivel de desarrollo social. Por paradójico que pueda resultar, el tránsito de núcleos simples a poblaciones numerosas introduce cambios en el aspecto patológico, muchas veces con resultados nefastos.

Esto pone en evidencia la importancia del estudio de grandes conjuntos esqueléticos, cuya procedencia se supone tentativamente homogénea según la relación que establecen los individuos entre sí, valor evidentemente superior al de piezas aisladas, donde el aspecto informativo sufre considerable merma y sólo alcanza una información descriptiva limitada.

El estudio paleopatológico de los aborígenes de Cuba trata de alcanzar elementos característicos generales válidos para toda la población indígena y no para un grupo específico, aun cuando sea necesario partir de lo segundo para alcanzar lo primero.

AFECTACIONES PATOLÓGICAS EN RESTOS ÓSEOS ABORÍGENES

I. TRAUMÁTICAS

A. INMEDIATAS: fracturas

1. Completas

a. Abiertas, con osteomielitis añadida

b. Incompletas

B. MEDIATAS: Resultados de procesos mecánicos continuados

1. Alteraciones articulares con repercusión ósea como consecuencia del uso intensivo o sobrecarga del aparato locomotor

2. Deformaciones voluntarias por aplicación de aparatos

3. Alteraciones de la forma por vicios posturales o costumbres, incluidas las modificaciones estructurales del aparato masticatorio

II. NO TRAUMÁTICAS

A. ADQUIRIDAS

1. Procesos sistémicos degenerativos inespecíficos

2. Procesos inflamatorios inespecíficos

3. Necrosis ósea aséptica

4. Trastornos del crecimiento y desarrollo

5. Trastornos de la mineralización ósea

6. Procesos como consecuencia de desnutrición e hipoproteïnemia

7. Procesos tumorales

8. Anemia secundaria

9. Procesos infecciosos

a. Locales (artritis infecciosas u osteomielitis piógena)

b. Generales (treponematosis u otros procesos debidos a agentes específicos)

10. Procesos agudos y crónicos de partes blandas inferbles por su repercusión ósea general aunque sin secuela ósea específica

11. Procesos sépticos orales

B. CONGÉNITAS

1. Anomalias congénitas

2. Procesos anómalos del desarrollo óseo sin repercusión patológica pero con traducción esquelética

a. Huesos supernumerarios

MATERIALES Y MÉTODOS

En el estudio de las piezas óseas se siguieron diferentes métodos, que se resumen así:

1. Comparación de elementos. Reconocimiento de lesiones típicas
2. Radiología: estudio de las imágenes de los procesos morbosos y de la estructura íntima del hueso en su aspecto macroscópico.
3. Histología: preparación del tejido óseo en las zonas de lesiones para la observación microscópica, por técnicas de descalcificación débil o laminado por abrasión, cuando evidentemente el tejido no fuese susceptible de procesamiento para inclusión en bloque de parafina.

4. Inmunología: búsqueda de anticuerpos residuales.
5. Bioquímica: valoración cuantitativa y cualitativa de los componentes orgánicos del hueso.
6. Física: estudio de las propiedades mecánicas del tejido óseo en relación con indicios aportados por los estudios precedentes.

Cada uno de los casos patológicos donde pareció evidente la alteración del hueso fue radiografiado y fotografiado para su comparación con tipos similares reportados en otras regiones del país u otras áreas del continente. Habida cuenta la limitación de estudios de este tipo en Cuba, las comparaciones se establecieron con reportes de casos referidos tanto al hombre antiguo como al moderno, toda vez que la patogenia, la etiología y la semiótica de las enfermedades capaces de dejar secuelas óseas es independiente de si se trata de sujetos situados en el pasado o en el presente, aunque pueda variar la intensidad del carácter demostrativo de los signos típicos, como consecuencia de la resistencia adquirida, la expectativa de vida y los beneficios de la terapéutica actual, o inclusive los medios de que se valía la medicina primitiva.

Las piezas estudiadas proceden de localidades arqueológicas bien conocidas, correspondientes a períodos distintos de desarrollo, desde comunidades situadas en etapas de economía productiva hasta las de apropiación y caza, lo que supone un espectro que recorre el neolítico, el mesolítico y el paleolítico cubanos y la consideración de las actividades económicas características (Guarch, 1988). Parte del material revisado está en los fondos del museo Montané de la Universidad de La Habana, la Academia de Ciencias de Cuba y otras instituciones, que incluyen grupos de la Sociedad Espeleológica de Cuba.

DISCUSIÓN

Resulta imposible un comentario exhaustivo de cada una de las afecciones detectadas, reunidas para su mejor comprensión en el cuadro sinóptico. El conjunto pretende agrupar las entidades atendiendo a factores causales generales para llegar a enfermedades específicas, deducidas de los tras-



Cueva Calero. Esqueleto No. 8. Fechado: 8800 ± 200 AP. Obsérvese la tibia derecha, extremo distal: deformación patológica por la reacción periosteal

tornos apreciados. La clasificación realizada se adecua en gran medida a las dificultades para alcanzar un diagnóstico preciso, atiende por ello, en primer lugar, al origen de la entidad, y en segundo a la designación específica, siempre que ello fue posible.

Las afecciones de carácter traumático comprenden fracturas completas, con y sin desplazamiento óseo en el foco fracturario, generalmente con callo de hueso exuberante o deformación de las líneas anatómicas normales y fracturas incompletas por implicación, por lo general de huesos de la mano y el pie. Las fracturas, como expresión de un fenómeno inmediato, concuerdan con el supuesto de un mayor requerimiento de uso en el aparato locomotor, según la relación hombre-medio más estrecha. El mayor número de individuos con secuelas de este tipo se situó en estadios anteriores al neolítico.

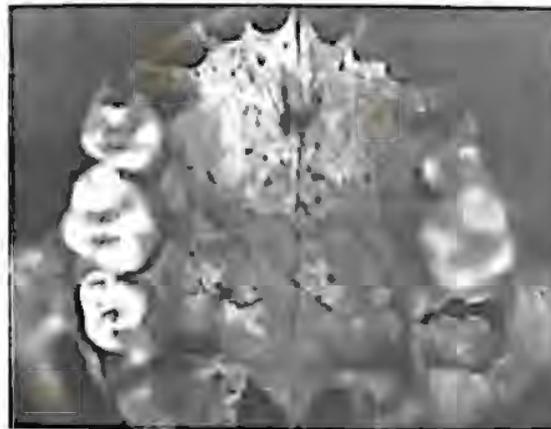
Es preciso insistir en que se parte del criterio de un mayor empleo del aparato locomotor humano y de la concepción de un requerimiento dinámico más intenso, cuestión que en algunos grupos pudiera variar aun cuando su estadio de desarrollo les posibilite una demanda que se podría considerar más sedentaria.

Entre los casos traumáticos se incluyeron, por tanto, procesos mecánicos de acción mediata, continua y paulatina, cuyos efectos se hacen evidentes al cabo de cierto tiempo. Aquí están comprendidas las de-

formaciones esqueléticas debidas a vicios posturales o costumbres posicionales, como puede serlo el acucillamiento, y los cambios articulares producidos por el ya referido uso intensivo del aparato óseo. En este punto hay que advertir que cuando el grupo humano en cuestión adquiere mejores condiciones de vida, se modifica la expectativa de alcanzar edades mayores. La relación entre este cambio y las secuelas de tipo traumático mediato se hace mucho más evidente, habida cuenta que en el proceso interviene la propia evolución del esqueleto.

Las afectaciones no traumáticas, tanto las adquiridas como las congénitas, se mueven dentro de un rango de mayor amplitud. La dificultad de lograr en ocasiones un diag-

Porosis de la bóveda palatina, sugestiva de anemia



nóstico preciso obliga a recurrir a la descripción de cambios anatómicos o histológicos, dado que no siempre las investigaciones inmunológicas aportan datos más concretos.

Procesos clasificados como de tipo degenerativo a causa de enfermedades sistémicas han debido dejarse a título inespecífico por la falta de elementos que posibiliten una mayor definición. Están comprendidas las artritis y artrosis degenerativas de las grandes articulaciones que, si fuera posible detallar particularmente, cabría plantearse el análisis de más de cien variantes etiológicas distintas. Otras inflamaciones de condición más local, pero igualmente inespecíficas, afectan articulaciones menores y sectores de la columna vertebral. Éstas son distintas en su esencia de los casos anteriores, donde está implicado el organismo y no una parte de él.

La diferenciación sólo puede hacerse cuando se tienen esqueletos completos y no huesos aislados.

La consolidación incompleta, retardada, o simplemente la no consolidación de las porciones epifisarias de los huesos largos en sujetos adultos fue traducción de insuficiencias en el riego sanguíneo y necrosis ósea aséptica, apreciadas en las porciones epifiso-metáfisarias de radio, cúbito, peroné, tibia, metatarsos y metacarpos, con predominio francamente distal y, más infrecuente, proximal. Estas anomalías pueden estar relacionadas con trastornos del crecimiento y el desarrollo, que incluyeron además el adelgazamiento anómalo de los huesos largos, la osteomalacia, la disminución del espesor cortical, el retardo de la osificación, la osteogénesis imperfecta y la ya citada falta de correlación entre las edades cronológica y ósea.

Los aumentos del grosor cortical, el peso específico del tejido óseo en huesos largos y el estrechamiento del canal medular indicaron trastornos por aumento de la mineralización. En casos contrarios, fue apreciada la osteoporosis primaria en cráneo y huesos largos, adelgazamientos corticales sin reacción periosteal y modificaciones del tejido esponjoso epifisario. Al considerar la categoría de anomalía primaria, se ha tenido en cuenta la ausencia de elementos que con propiedad permitieran señalar alguna enfermedad que colateralmente fuese capaz de



Necrosis y pérdida de tejido en el extremo distal de una falange del esqueleto de El Naranjo. ¿Lepra o sarcoidosis?



Otras falanges del esqueleto de El Naranjo con posibles evidencias de lepra o sarcoidosis

producir este tipo de cambio. La osteoporosis debe ser tomada siempre con prudencia por cuanto acompaña procesos morbosos sistémicos con asiento en partes blandas, aunque no es errado suponer que determinados trastornos endocrinos tengan repercusión esquelética directa al producir alteraciones en el metabolismo y la regulación mineral.

Como parte de un criterio surgido del examen de esqueletos completos, donde se apreció la alteración del curso normal del desarrollo como fenómeno secundario, se creyó oportuno incluir anomalías debidas a la desnutrición, particular este que puede ser tratado con amplitud suficiente como para alcanzar categoría monotemática. El estudio de cortes de tejido compacto diafisario demostró la existencia de cambios sujetos a la variación cualitativa sustancial de la ingesta, según

predominasen las proteínas animales o las vegetales. Richmann y colaboradores (1979) reportaron estas alteraciones al investigar individuos indígenas con regímenes dietarios variables, es decir, desde los netamente cazadores hasta los típicamente agricultores. Tales cambios microscópicos fueron observados al comparar series de preagroalfareros y agroalfareros de Cuba.

Aunque no se pretende establecer una distinción categórica en este sentido, las piezas estudiadas correspondientes a las etapas mesolíticas tardías y neolíticas mostraron como norma menos robusticidad que las mesolíticas tempranas y paleolíticas. No obstante la influencia que la actividad económica es capaz de ejercer en

el problema, la desnutrición puede responder a factores muy diversos, incluidas las hambrunas, por lo cual no es procedente una absolutización causal. Los trastornos están presentes en infantes y adolescentes principalmente mesolíticos, donde ha sido notoria la mortandad elevada, sobre todo en edades menores de los doce años.

Formaciones neoplásicas de tipo benigno, como osteocondromas, fueron vistas en huesos largos (tibia y peroné), costillas y clavículas. En realidad, la proporción de casos observados fue francamente minoritaria, lo que hace meditar sobre las afirmaciones de que no se encuentran procesos proliferativos malignos en aborígenes, en virtud

de no existir factores predisponentes, como los que se invocan en la vida moderna (Ortner y Putshar, 1981). Hay que destacar la dificultad de diagnosticar a partir del hueso, diferente de las partes blandas, donde sí pudieran asentarse procesos malignos. La existencia de procesos anárquicos con capacidad para producir metástasis óseas no puede ser totalmente descartada, toda vez que este proceso requiere un tiempo generalmente prolongado, que por el rango de las edades vistas en los individuos estudiados, suele ser mayor que el lapso de duración promedio del sujeto aborígen.

La osteoporosis del techo orbitario, bóveda palatina y huesos del cráneo —parietal—, en los tipos porótico, cribótico y trabecular han sugerido la presencia de anemias secundarias y otros procesos patológicos.

El tema de la criba orbitalia ha merecido suficientes comentarios de otros autores, lo que nos releva de la obligación de tratarlo profundamente en el presente estudio. Nathan y Haas (1966) discuten todas las posibles variantes etiológicas, pero en virtud de la importancia que ello puede tener para la demostración de enfermedades consideradas inexistentes entre los aborígenes de América, es preciso recordar los planteamientos de Moller-Christiansen (1953), ya clásicos, quien halló criba orbitalia en individuos afectados de lepra en un 55,5 % de la población esquelética estudiada del leproso de St. Jorgen. Por su parte, Henschen (1961) no encontró este signo en 2 000 cráneos modernos y deduce que aparece como consecuencia de nutrición pobre. Una explicación más plausible sería que la criba resulta de una inflamación periosteal de la órbita, complicada con infección local del ojo, como conjuntivitis, pero el hecho de encontrarla en todos los grupos raciales afirma el criterio del déficit nutricional.

No obstante, el apoyo a este diagnóstico ha de ser muy prudente, aun cuando aparecen restos con lesiones típicas de lepra lo que, excepción aparte, merece suficiente discusión en vista de la identidad que algunos expertos han establecido entre esta noxa y sus secuelas y restos precolombinos del área en estudio (García, 1989). En lo que se refiere a la anemia propiamente dicha, no hay que dudar sobre la multicausalidad, como avitaminosis y desnutrición (Rivero, 1983) y el parasitismo intestinal (Vento, 1984). Chemoff (1959, *apud* Luna, 1978) ha planteado que la distribución geográfica de esta enfermedad es la mayor muestra de *P. falciparum* y malaria, y también de talasemia. Ortner y Putschar (1981) no encontraron

evidencias de esta última afección como fenómeno etiológico en indios de Norte y Suramérica. Las anemias debidas a otras entidades de tipo infeccioso o como consecuencia de cambios genéticos en la composición de la hemoglobina no pueden ser totalmente descartadas, aun cuando para algunas entidades específicas (sickleemia) faltan datos que apoyen la identificación del mal sobre bases más sólidas.

Las infecciones, por su magnitud, también merecerían un tratamiento monográfico. De hecho, en los años recientes se ha conocido un número creciente de publicaciones que abundan en el tema, especialmente en lo relativo a aquéllas de afectación más general o sistémica.

Para distinguir a priori procesos generales de procesos locales hay que individualizar procesos patológicos focales que, como expresión de necrosis séptica, destruyen el hueso a determinado nivel y que tienen origen muchas veces traumático directo y solución de continuidad que deja expedita la entrada a la infección o es punto de partida de sepsis a distancia (osteomielitis metastásica).

En los esqueletos completos, la toma asimétrica a cualquier nivel del hueso permite hacer el distingo inicial entre infecciones y gérmenes que al operar producen a largo plazo lesiones muy típicas en huesos específicos con simetría esquelética bilateral. El rango que comprenden estas entidades puede ser muy amplio a causa de la multiplicidad de los posibles agentes, pero es preciso destacar con prioridad la infección por treponemas, sobre todo cuando se investigan poblaciones más o menos numerosas, donde se suponen mecanismos relacionados con el hábitat y la convivencia social, que propician epidemiológicamente la diseminación del mal.

La sífilis endémica ha sido ampliamente discutida por numerosos investigadores en el continente, que con pruebas de peso demuestran lo acertado de considerar la presencia de esta entidad entre los aborígenes de América, mucho antes del contacto indohispánico (Baker y Armelagos, 1988). Para el caso concreto de Cuba, después de haber sido hallados restos afectados por treponemas en La Española (Luna, 1978, 1977, 1983) no existía técnicamente ninguna objeción para admitir su presencia. Algunos hallazgos de restos incompletos indicaron esta presencia del mal entre indígenas mesolíticos (Vento y Franco, 1980). Otros hallazgos en residuarios y sitios correspondientes a la etapa

mesolítica tardía permitieron sostener con más seguridad los planteamientos anteriores, pero la ausencia de individuos en los cuales pudieran estudiarse todos los huesos no permitió la afirmación categórica (Ortner, c. personal).

Sólo después de exhumar el gran sitio funerario de Cueva Calero, en Cantel, Matanzas, se pudo tener prue-

Diana González Rodríguez y Ercilio Vento Canosa son médicos y profesores de la Facultad de Ciencias Médicas de Matanzas. Este último es vicepresidente de la Sociedad Espeleológica de Cuba.

ba de lo anterior, dado que las lesiones mostraban elementos diagnósticos indudables, como son: periostitis generalizada, distribución simétrica de las lesiones (especialmente en tibias), el aspecto típico de conformación "en sable", engrosamiento de la cortical diafisaria, estrechamiento de la cavidad medular, rarefacción cortical con integridad en las epífisis y canes necrótica en las diáfisis, sin alcanzar los extremos del hueso. En los esqueletos infantiles se observó la toma simétrica en tibias, radio, cúbito, con imagen radiográfica inespecífica en banda transversal metafisaria y signo de Wimberger (no patognomónico), consistente en destrucción metafisaria tibial superior, secuestros a ese nivel y lesiones propias del efecto secundario como consecuencia de la mala disposición del hueso para su función mecánica.

Los diagnósticos diferenciales se hicieron teniendo en cuenta una amplia gama de entidades, tales como la osteodistrofia fibrosa, los engrosamientos corticales traumáticos, la infección por estreptococo tipo B, la tuberculosis, la osteomielitis hematógena piógena, las osteitis víricas o fúngicas, rubeola, avitaminosis, hipofosfatasa, raquitismo, fibromatosis generalizada y tumoraciones tales como: oteblastoma benigno, condrosarcoma primario, sarcoma de Edwin, osteoma osteoide y osteocondroma pediculado.

Hasta el hallazgo de Cueva Calero, las evidencias de afecciones óseas correspondientes a esta entidad habían sido en indígenas neolíticos tempranos, mesolíticos tardíos y tempranos, con predominio de estos últimos. Resultó verdaderamente sorprendente constatar la presencia de un individuo adulto de 25 a 29 años, fechado en la notable data de $8\ 885 \pm 200$ años antes del presente (Rodríguez y Martínez, 1991) y atacado por el mal de forma muy característica. Este fechado, que sin dudas se constituye en uno de los más remotos de las Antillas, obliga a una reflexión por sus implicaciones en el orden arqueológico, sobre todo al valorar los fechados continentales de individuos atacados por treponematosis (Baker y Armelagos, 1988). Ambos autores citan entre los más remotos: Indian Knoll, Kentucky, USA (5 250-5 300 años antes del presente) y Aguazuque, Colombia (4 030 años antes del



Radio y cúbito de un infante de Cueva Calero con signos de trepanomatosis

Reacción periosteal, caries necrótica, periostitis, engrosamiento diafisario y perforación "en sable" en una tibia procedente de Canimar Abajo, Matanzas.



presente), lo que hace suponer la existencia del mal en humanos desde por lo menos 3 500 años antes. En este sentido, resultan sugestivos algunos datos procedentes de Tick Island, Florida, con 5 250 años antes del presente. Baker y Armelagos, por otra parte, afirman la indudable existencia de sífilis no venérea en la región oriental de Norteamérica durante el período arcaico tardío (3 000 años antes de nuestra era). El descubrimiento de antígenos de treponemas en los restos de un oso pleistocénico del medio oeste de los Estados Unidos resulta, desde luego, una evidencia de la existencia del germen en América desde una fecha muy lejana, aunque se trate de un caso animal y no humano.

Para una mayor precisión en torno a las treponematosis, hay que destacar el carácter no congénito ni venéreo de la entidad, cuestión en la que parecen coincidir la mayoría de los investigadores. Esta treponematosis endémica podría transmitirse en las húmedas condiciones tropicales durante el período secundario de su evolución, al quedar las lesiones —muy contagiosas— expuestas al contacto y roce con la superficie epitelial o mucosa, eventualmente

esfacelada (cosa de extrema posibilidad en individuos habitualmente desnudos) de otros miembros del grupo. En estas condiciones, las posibilidades de contagio resultan muy altas para cualquier individuo, inclusive para los infantes. Cabe suponer que a lo largo del tiempo este tipo de enfermedad haya evolucionado lo suficiente como para hacerse mucho más virulenta en la actualidad que en la prehistoria. En algunos casos, si bien no se han apreciado los signos característicos del mal, el estudio radiológico ha puesto en evidencia procesos morbosos en la infancia y en la adolescencia. Por lo común, en los huesos aborígenes se aprecian líneas de Harris epifisarias y en un caso se observó una banda casi a nivel de la diáfisis.

Evidentemente, las infecciones que no dejan secuelas óseas sólo pueden ser supuestas, pero no afirmadas; de esta manera, el cuadro de afecciones de este tipo se ve notablemente reducido, aunque sería iluso creer que los aborígenes sólo padecían entidades con repercusión esquelética.

En 1989 fue hallado por el investigador Jorge Díaz un esqueleto muy alterado en la cueva El Naranjo, cerca de la ciudad de Matanzas. Las lesiones encontradas presentaron gran similitud con aquellas secuelas de la lepra, criterio con el cual concordaron diversos especialistas médicos (Uribe, 1989 y García, comunicación personal). Este diagnóstico se tomó con la suficiente prudencia, sobre todo porque la entidad es una mal de partes blandas que puede o no dejar traducción esquelética, y los paleopatólogos concuerdan en su inexistencia anterior a la conquista. Sin embargo, los autores (Vento y Rodríguez, 1992), ante las extraordinarias similitudes constatadas y el criterio de otros especialistas con experiencia suficiente, decidieron analizar la probable existencia de la enfermedad entre los indios.

En el caso particular de la lepra, es preciso advertir que la entidad se caracteriza por un período de incubación prolongado en extremo, curso largo y ataque final de piel, mucosas y nervios periféricos. La muerte del afectado puede sobrevenir por otras enfermedades intercurrentes. Las lesiones que pueden verse en la lepra neural son semejantes a las halladas en cierto número de afecciones, como esclerodermia, enfermedad de Raynaud y siringomielia. Fueron valoradas además: sarcoidosis e infecciones por hongos en su estadio final. La consideración de otras entidades, tales como osteomielitis aguda inespecífica, tuberculosis ósea, artritis erosiva inespecífica, artritis traumática y otros procesos degenerativos, encaja en el cuadro propuesto en este estudio, salvo lo relativo a la tuberculosis, de la cual en el presente no parecen existir signos en huesos precolombinos de Cuba.



Falange distal del primer dedo del pie en el esqueleto de El Naranjo. Presenta necrosis cortical intensa y deformidad

Los estudios inmunológicos, aún en fase de desarrollo, demuestran que por lo menos existieron entidades de curso agudo, inespecíficas hasta tanto no pueda realizarse una mejor identificación. En indígenas situados en el neolítico y el mesolítico se hallaron valores elevados del factor reumatoideo y la proteína C reactiva.

La existencia de enfermedades de partes blandas, con o sin traducción esquelética, es necesariamente real. De lo contrario no habría margen para plantear la existencia de entidades con asiento visceral,

perturbaciones de tipo metabólico y una amplia gama de trastornos semejantes a los que padece el hombre actual. Debe entenderse la ambigüedad a que viene obligado el comentario, aunque en algunos casos se han apreciado secuelas óseas dadas por alteraciones de los grandes vasos, específicamente en la aorta, con producción de erosiones típicas en los huesos que forman la jaula torácica.

Otros procesos anómalos del hueso no tienen verdadera traducción patológica, como aquellos que responden a alteraciones intencionales del biosólido, propia de los aborígenes de la etapa neolítica tardía. Los huesos wormianos se hallaron en la población aborigen estudiada y su origen está dado por las mismas razones que se invocan en el hombre actual. En la serie de los individuos no deformados, la aparición de los huesos supernumerarios fue mucho menos frecuente. Los individuos con deformación "tabular oblicua" presentaron en todos los casos huesos wormianos en la sutura lambdoidea. No hay que dudar de la perturbación que el proceso deformador introduce en el ritmo normal de sinostosis (Vento, 1971). En una muestra comparativa de 194 cráneos modernos, los huesos supernumerarios se presentaron en el 33,5 % del total, con predominio discreto de los masculinos (Vento, 1981). A juzgar por los datos obtenidos, la tendencia a que se presenten wormianos craneales o postcraneales naturales en los precolombinos cubanos es baja, salvo que se aplicaran aparatos deformadores.

Anomalías congénitas de tipo diverso estuvieron presentes en forma de espina bífida en sacros y columna lumbar (Rivero y Vento, 1987), aunque más raramente en la cervical; así como en forma de alteraciones morfológicas en los huesos de los miembros, presencia de elementos supernumerarios o agenesia vertebral y metacarpo-falángicas.

Como último aspecto a considerar, se estudian las alteraciones presentes en los dientes. Tres elementos se toman en cuenta: procesos mecánicos propiamente dichos, que incluyen abrasión y atrición con desgaste prematuro de las piezas, alvéolos y hueso yuxtalveolar; sepsis bucal, que destruye el diente independientemente de la acción mecá-



Tibia con caries necrótica intensa y deformidad propia de la infección por treponemas

nica, y alteraciones en el desarrollo y forma de los dientes, agenesias, piezas supernumerarias, molares impactados, tubérculos, trastornos de la situación y modificaciones en las formas de las cúspides.

Para cualquier estudioso del tema, las alteraciones en los dientes y en los huesos que conforman el aspecto anatómico del aparato masticatorio, ha de ser un asunto familiar. Puede decirse que salvo excepciones, las alteraciones encontradas son numerosas y variadas, al extremo de poder afirmar el pobre estado de salud bucal de los indígenas. Es notorio, por ejemplo, que en sujetos de poco más de veinte años se aprecie la pérdida de todas las piezas en la arcada superior, la resorción total del alvéolo y la comunicación —por erosión del hueso— de la cavidad oral con la nasal. Los individuos mesolíticos tempranos y tardíos presentaron las mayores afectaciones.

CONCLUSIONES

La revisión de las distintas entidades patológicas que se han abordado en este estudio se basan en su hallazgo directo. La limitación, por tanto, se encuentra únicamente en el número de estos hallazgos que, si bien marcan un límite de posibilidades, dejan en teoría la vía expedita para añadir en el futuro nuevas enfermedades al cuadro propuesto. El nivel de los estudios realizados obliga a una posición conservadora en estas conclusiones, toda vez que el grupo estudiado resulta aún insuficiente para generalizaciones de mayor envergadura. La población aborigen, por el evidente contacto con el medio, su vulnerabilidad biológica ante determinados agentes y la naturaleza de su actividad fue, por fuerza, terreno de padecimientos múltiples de etiología diversa. No puede decirse, sin embargo, que fueran más o menos proclives a enfermar que los hombres modernos.

La epidemiología ha demostrado que la salud depende de numerosos factores que se coligan para que un individuo alcance un determinado estado de bienestar corporal. Si estos factores no existen o son poco efectivos, el sujeto en cuestión enferma, independientemente de que pertenezca a un grupo social civilizado. Este necesario análisis permite entender el proceso paleopatológico como un fenómeno que está, indudablemente, relacionado con el tiempo, pero también con el modo intrínseco de vida, las costumbres, hábitos alimentarios, medio ambiente y organización social.

Los aborígenes, de algún modo, establecieron una lucha incipiente contra los males que les vulneraban. La efectividad de esta eventual terapéutica escapa a los propósitos de este estudio. En algunos casos hay clara evidencia de fracturas que fueron inmovilizadas para lograr el afrontamiento de las partes.

BIBLIOGRAFÍA

- Baker, B. y G. Armelagos (1988): "The Origin and Antiquity of Syphilis", en *Current Anthropology*, 29(5): 703-737.
- Guarch, J. M. (1988): "Nueva estructura para las comunidades aborígenes de Cuba", en *Historia*, enero-marzo de 1988, (6): 30-42.

- Henschen, F. (1961): "Cribra Cranii, a Skull Consideration Said to be a Racial or Geographical Nature". 7th Conf. Int. Soc. Geogr. Path. London, Path. et Microbiol. (Basel) 24: 714.
- Luna Calderón, F. (1976): *Atlas de patología ósea*. Santo Domingo, Universidad Central del Este.
- _____ (1977): "Primeras evidencias de sífilis en las Antillas precolombinas", en *Cuadernos del CENDIA*, Santo Domingo, 243(2): 18.
- _____ (1983): "Paleopatología de los grupos taínos de la Hispaniola en las culturas de América en la época del descubrimiento", en *Seminario sobre la situación de la Investigación de la cultura taína*. Madrid, Biblioteca del V Centenario, p. 171-179.
- Moller-Christiansen, V. (1961): *Bone Changes in Leprosy*. Copenhagen, Munksgaard, p. 90.
- Nathan, H. and H. Niku (1968): "Cribra Orbitalia, a Bone Condition of the Orbit of Unknown Nature. Anatomical Study with Ethiological Consideration", en *Israel J. Med. Sc.*, Jerusalem, 2: 171-191.
- Ortner, D. and W. Putschar (1981): "Identification of Pathological Conditions in Human Skeletal Remains", en *Smithsonian Contributions to Anthropology*, Washington.
- Richman, E. A., D. J. Ortner and F.P. Schuller-Ellis (1979): "Differences in Intracortical Bone Remodeling in Three Aboriginal American Population: Possible Dietary Factors", en *Calcif. Tissuc. Int.*, (28) 209-214.
- ⊗ Rivero de la Calle, M. y P. Torres (1970): *La Cueva de la Santa*, Serie Espel. y Carsolog., No. 13. La Habana, Academia de Ciencias.
- ⊗ Rivero de la Calle, M. y E. Vento (1987): "Reporte de la presencia de sacros con espina bifida en el sitio aborigen de Canimar Abajo", en *Biología*, Matanzas, 1(1): 75-83.
- ⊗ Rivero de la Calle, M. (1983): "Algunos desórdenes metabólicos en restos óseos de los aborígenes de Cuba". XIV Congreso Latinoamericano de Patología, La Habana, 20-21 de noviembre.
- ⊗ Rodríguez, R. y A. Martínez (1991): "Antigüedad del hombre en Matanzas según las más recientes investigaciones arqueológicas". Inédito.
- ⊗ Torres, P. y M. Rivero de la Calle (1972): *Paleopatología de los aborígenes de Cuba*; Serie Espel. y Carsolog., No. 32. La Habana, Academia de Ciencias.
- ⊗ Vento Canosa, E. y D. González (1992): "Análisis paleopatológico de la lepra en el Nuevo Mundo precolombino. Reporte de un caso". Trabajo presentado al II Congreso de la Federación Espeleológica de América Latina y el Caribe, Viñales, Pinar del Río, Cuba.
- ⊗ Vento Canosa, E. y L. Franco (1980): "Algunas consideraciones sobre el diagnóstico diferencial de enfermedades óseas en el entierro del sitio Cristales, Canimar, Matanzas". Inédito.
- ⊗ Vento Canosa, E. y M. Rivero de la Calle (1989): "Notas para una paleopatología aborigen de Cuba". Inédito.
- ⊗ Vento Canosa, E. (1984): "Nuevo reporte de anemia en aborígenes de Cuba Reconsideraciones etiológicas", en *Revista Médica*, 14(5): 73-84 ☞

PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO DE UNA REGIÓN DE CUBA

JUAN E. JARDINES

JUAN J. GUARCH RODRÍGUEZ



El censo arqueológico comenzó en Holguín en 1977, con exploraciones sistemáticas en toda la parte oeste y centro-norte para localizar y establecer los controles necesarios para la recogida de la información básica acerca de los sitios arqueológicos que históricamente habían sido reportados y de otros descubiertos durante el propio trabajo; así se conformó el banco de información que hemos utilizado para este informe.

La región arqueológica nororiental de Cuba comprende un área que está limitada al norte por el Océano Atlántico; al oeste, por las alturas iniciales del grupo Maniabón; al sur, por el río Cauto, los porta agua de la Sierra de Nipe y Cristal y las Cuchillas de Moa, que conforman al mismo tiempo su límite este. Dentro de esos límites queda la actual provincia de Holguín.

Las primeras informaciones acerca de materiales arqueológicos aborígenes hallados en dicha región aparecen en la obra de Rodríguez Ferrer (1876). Fernando Ortiz, en su *Historia de la arqueología indocubana* (1935), mencionaba la inconformidad del investigador norteamericano Mark Harrington (1922) con el poco estudio de los aborígenes de Cuba, a la vez que planteaba la inexistencia de reportes arqueológicos en toda la isla. En aquel momento eran mayormente conocidos los asentamientos de la región oriental del país y las colecciones de artefactos se correspondían con hallazgos realizados en esa zona.

Sin embargo, es significativo reconocer que a partir de la segunda mitad del siglo XIX y primeros años del XX, antes de que se produjera la visita de Harrington a Cuba, no pocos estudiosos cubanos —Andrés Poey, Luis Montané, Felipe Poey, García Feria, Carlos de la Torre y Huerta, Fernando Ortiz, José A. Cosculluela, García Castañeda y otros— habían realizado una serie de exploraciones e investigaciones en el campo de la arqueología, hicieron aportes significativos al conocimiento de nuestras culturas más antiguas y produjeron un grupo de publicaciones que aún son de obligada consulta.

Harrington tuvo la oportunidad de apreciar y estudiar personalmente la colección de 429 ejemplares de hachas petaloideas, que había reunido García Feria en Holguín y a la que consideró la de mayor cantidad de artefactos aborígenes vista en Cuba. Este inventario quizás constituya uno de los primeros censos arqueológicos de la provincia, pues en él se significan los lugares donde fueron colectadas las piezas y se señalan artefactos asociados con ellas.

En *Archaeology of the Maniabon Hills* (1942) Irving Rouse presentó los resultados de su trabajo en esta región, lo que constituyó en aquel momento el censo más completo de la provincia, con el mayor volumen de información acerca de cada uno de los sitios por él visitados. Tabío y Rey, en 1985, hicieron un balance analítico de la historia arqueológica del área hasta las primeras investigaciones efectuadas por especialistas de la Academia de Ciencias de Cuba y expusieron los principales resultados obtenidos.

A partir de 1980 y hasta 1990, las investigaciones del ya Departamento de Arqueología de la Academia de Ciencias de Cuba en Holguín estuvieron encaminadas, entre otros aspectos, al completamiento del censo arqueológico y a la realización de excavaciones controladas en un número de sitios para la recopilación de información que permitiera caracterizar socioeconómicamente a los grupos aborígenes agroceramistas que habitaron esta zona.

El estudio de las comunidades más antiguas de Cuba ha sido siempre un tema de gran interés para los investigadores, tanto nacionales como extranjeros. Antes de 1981 esta cuestión no había sido abordada de modo sistemático, aunque existían trabajos aislados de gran utilidad (Núñez, 1948; Kozłowski, 1974, 1975, 1976; Trzeciakowski y Febles, 1979). Entre febrero de 1982 y diciembre de 1985, el Departamento de Arqueología de Holguín, bajo la dirección del Dr. Jorge Febles Dueñas, realizó una serie continuada de trabajos de campo en las cuencas de los ríos Mayarí y Levisa, ubicados en el municipio Mayarí, con el objetivo de medir su potencialidad arqueológica e incluir los sitios detectados en el censo arqueológico del territorio.

CARACTERIZACIÓN GEOGRÁFICA DE LA REGIÓN NORORIENTAL DE CUBA Y DE SU POTENCIAL ARQUEOLÓGICO

Entre los accidentes geográficos más notables de esta región se encuentre su topografía costera, donde los accidentes más sobresalientes están constituidos por amplias y bellas bahías de bolsa, como son Nipe —la mayor del país, al centro de la región—, Levisa, Banes, Samá, Naranjo, Vita, Bariay, Jururú y Gibara.

Los substratos genéticos de la región son muy variados: hacia el oeste hay calizas cretácicas que alternan con rocas volcánicas y serpentinitas, lo que da lugar a arcos muy característicos, y que presentan una gran carsificación; hacia el norte aparece una región cársica bastante compleja. En la zona central también están presentes las calizas, pero aquí van a predominar, en sus alturas, las serpentinitas y las peridotitas; existen también algunas zonas de calizas cretácicas, como en el extremo este (Núñez, 1942).

Los autores de este artículo pertenecen al Departamento de Arqueología del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medioambiente de la provincia Holguín, que dirige Juan E. Jardines Macías. Juan J. Guarch Rodríguez se ha especializado en espeleología.

Desde el punto de vista orográfico se destacan el grupo Maniabón, la Sierra de Nipe, la Sierra Cristal y las Cuchillas de Moa. En Maniabón la altura más significativa es el Cerro Galano, con 455 m; la Sierra de Nipe, que verdaderamente es una altiplanicie, tiene una altura promedio de 600 m y su máxima elevación es la Loma de la Mensura, con 955 m; la Sierra Cristal tiene su punto máximo en el pico de igual nombre, de 1 231 m, el más alto de la provincia y el quinto del país; en la Sierra de Moa, el Pico del Toldo se eleva a 1 139 m.

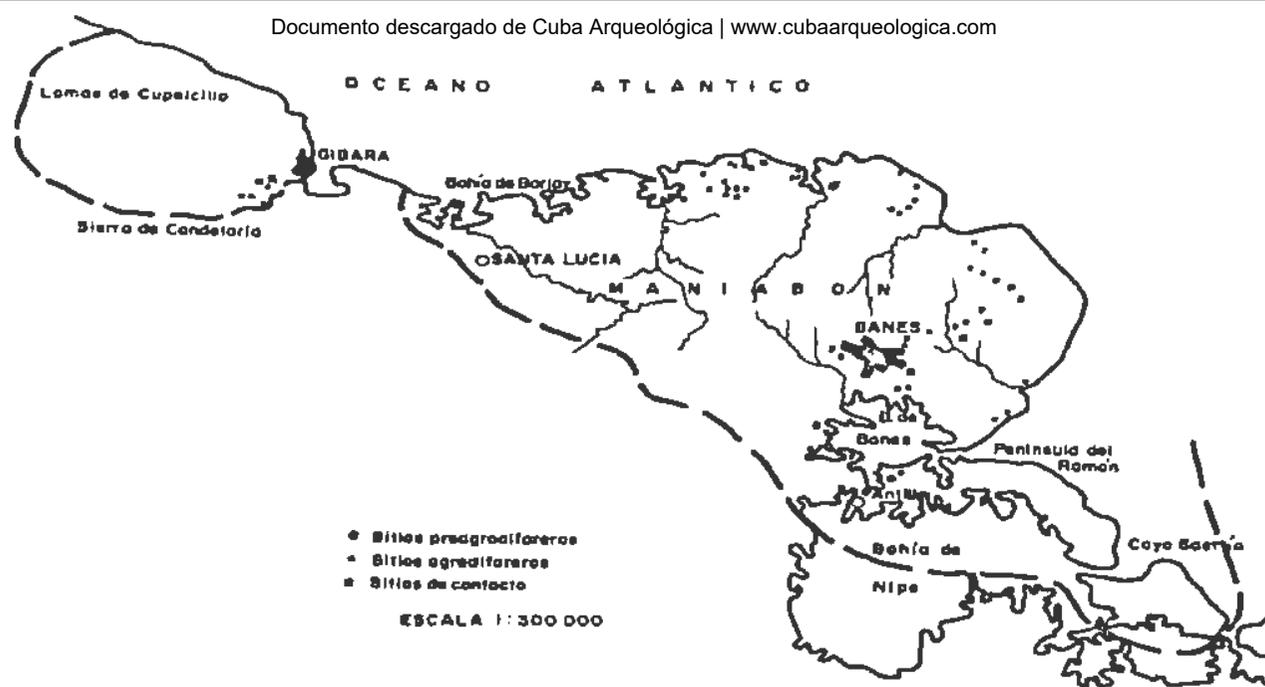
Los ríos más importantes son Moa, Mayarí, Sagua, Levisa y Nipe, todos ubicados al centro y al este de la región; al oeste aparecen Tacajó, Samá, Bariay, Gibara, Caco-yugúln y Jururú.

Los estudios realizados con vistas a conformar el censo arqueológico de la provincia han permitido definir hasta el momento cinco áreas que concentran la mayoría de los sitios censados. La primera de ellas se encuentra al oeste de la bahía de Gibara y se extiende por toda la llanura costera hacia el oeste e incluye, más al sur, las lomas de Cupeicillo y Candelaria. La limita el río Caco-yugúln y la vertiente sur de las lomas de la Candelaria.

El paisaje de esta primera zona se caracteriza por ser típicamente cársico; existen numerosas variedades de este tipo de accidente, en algunos casos excepcionales entre los carsos cubanos (Corella, 1995). La costa norte es una típica llanura cársica que posee rocas pertenecientes al cuaternario. La vegetación está compuesta por manigua costera, aunque existen hacia el sur algunas zonas con bosques semidecíduos muy alterados por la acción antrópica. En el litoral emergen algunos manglares, principalmente después de la playa de Caletones. Al sur de la llanura las elevaciones están formadas por calizas pertenecientes al cretácico —su punto más alto es la Loma de Abelardo, con 242 m— donde se destaca una impresionante morfología de lapies gigantes, quizás de los más desarrollados de Cuba, al igual que numerosas cavernas, que en algunas ocasiones sobrepasan el kilómetro de desarrollo (Guarch, 1995). La vegetación está compuesta por un bosque semidecíduo en el cual se aprecian numerosas epifitas y, en las entradas de las cavernas, vegetación umbrófila. Todo este bosque está siendo bastante alterado por la mano del hombre en las labores agrícolas y por la fabricación de carbón (Guarch y Pérez, inédito).

Los suelos muchas veces se encuentran desnudos o semicubiertos, ya que la erosión es muy intensa debido a la deforestación y a los procesos de erosión carsogénica. El drenaje de todas estas lomas se efectúa a través de los numerosos accidentes cársicos; no obstante, en las márgenes sur y este discurren los ríos Caco-yugúln y Gibara, los cuales forman una gran llanura aluvial con suelos y vegetación propios de estos tipos de paisaje.

Colindres saginensis



En el área han sido estudiados 15 sitios arqueológicos, diez de ellos alfareros y 5 preagroalfareros; los primeros ubicados todos a menos de 5 km de la costa, en pequeñas elevaciones cercanas a ríos o arroyos; en uno de ellos hay material hispano de fines del siglo xv y principios del xvi. Los asentamientos asociados a grupos preceramistas también se hallan cercanos al mar o a ríos, indistintamente en terrenos llanos u ondulados.

La segunda área está limitada al norte y al oeste por la costa atlántica, al sur por la Península de la Torre o El Ramón, y por el este una línea imaginaria que, partiendo desde el oeste de la bahía de Bariay, pasara por la desembocadura del río Tacajó, y continuara hasta dejar incluido dentro del área el cayo Saetía. Hacia el centro se alzan las alturas de Banes-Cacocum, formadas por una serie de pequeñas elevaciones, algunas de ellas calizas, que van a desaparecer gradualmente hacia el cabo Lucrecia; sus alturas oscilan entre los 100 y los 150 m y posiblemente estuvieran cubiertas antiguamente por extensos bosques semidecíduos. Los suelos son generalmente calizos; en algunos lugares aflora una tierra muy blanca, constituida casi en su totalidad por materiales calcáreos, a la que se da en la localidad el nombre caliche.

Hay en ella dos paisajes geográficos muy bien definidos: la cuesta periclinal y la faja de terrazas (Jardines y Guarch, 1987). La cuesta periclinal está constituida por una serie de alturas al centro de la región, entre los 50 y los 150 m sobre el nivel del mar; en ella casi todos

los suelos son calizos, aunque los hay también pardos tropicales y latosoles de gran fertilidad. Estos suelos son propicios para la existencia de bosques semidecíduos tropicales, de los que aún existen algunos residuos. Esto hace presumir que existiera en ella una rica fauna y una gran variedad florística.

La faja de terrazas es una llanura costera que bordea íntegramente toda la cuesta periclinal y llega hasta el mar, está constituida por suelos calizos; gradualmente va perdiendo altura al acercarse a la costa, sin exceder nunca los 20 m. La vegetación está compuesta por yerbazales y matorrales subarborescentes de costas arenosas y rocosas, bosques secos subperennifolios, y en algunas zonas manglares y bosques sublitorales.

En esta segunda área han sido registrados y controlados 69 sitios; 50 agroalfareros y 19 preagroalfareros. De los primeros, la gran mayoría se halla en la cuesta periclinal; los ubicados en la faja de terrazas están en zonas que poseen condiciones muy favorables para el desarrollo de la agricultura, bosques con una rica fauna y lugares de caza fértiles.

La tercera área está formada por cerros premontañosos, alturas cársicas que oscilan entre 100 y 200 m sobre el nivel del mar, situadas al sur de la ciudad de Holguín y que se extiende hacia el SSE; quedan dentro de ella Báguanos y Tacajó, y finaliza en las alturas del poblado de Cueto. Puede considerarse como un antro depresor de aguas, pues existen ríos que corren tanto hacia la vertiente norte —Las Tunas y Blara— como hacia la sur —Holguín y Gamazán— o hacia la este —Báguanos. Los suelos son calizos, predominan dentro de su cobertura vegetal los bosques semidecíduos con

mucha alteración antrópica. En las cartillas de información básica para el Censo Arqueológico de Cuba hay 15 residuarios controlados, todos de filiación agroalfarera. Cinco de ellos presentan evidencias españolas de fines del siglo xv y principios del xvi.

El área No. 4 comprende toda la llanura aluvial formada por el río Mayarí, próximo a su desembocadura, y tiene como límite sur las estribaciones de la altiplanicie de Nipe y la Sierra Cristal. Esta llanura ha sido formada en su mayor parte por las deposiciones del río Mayarí durante sus numerosos desbordamientos. Los suelos son extremadamente fértiles y la vegetación se encuentra muy alterada por los procesos antrópicos, aunque en la costa existen algunas zonas donde crecen manglares y en algunos lugares se conservan pequeños cayos de bosques semidecíduos y bosques de galerías en las márgenes del río. Hacia esta área se localizan siete de los once sitios protoagropecuarios reportados en la provincia, tres de ellos en el actual municipio de Cueto y el otro en Banes.

El área No. 5 comprende las márgenes de los ríos Mayarí y Levisa, que se encuentran a escasos kilómetros uno de otro y que presentan una serie de características físico-geomorfológicas muy parecidas.

El Mayarí, el río más extenso de la región, posee una extensión de 107 km y una cuenca de 1 231 km², corre muchas veces encajonado entre profundos cañones entre la Sierra Cristal y la altiplanicie de Nipe y presenta numerosos meandros. Su lecho, donde abundan los cantos rodados, presenta con frecuencia núcleos de caliza silicificada que aparecen también en grandes conglomerados en las

márgenes y las terrazas aluviales presentes a ambos lados de la corriente; debido a los diferentes niveles del río en su historia geológica, estos materiales han sido depositados a distintas alturas, entre las que se destaca la cota +20 m por encima del agua, nivel que al parecer perduró largamente. Sus afluentes provienen tanto de la sierra como de la altiplanicie y por lo tanto arrastran materiales de diversos tipos, los que se suman a los del recorrido propio del río, donde aparecen distintos tipos de litologías geológicas. Aunque la mayor parte fluye a través de terrenos serpentínicos, en las partes alta y baja de su curso existen zonas calizas que conforman el anillo cársico de Nipe, en donde abundan las cuevas y cavemas, algunas de relevante fama, como la de Los Cañones en los Farallones de Seboruco.

El Levisa, ubicado a 17 km al este de Mayarí, corre dentro de la Sierra Cristal, nace en las proximidades del Pico Cristal y desemboca en la bahía de Levisa. En su recorrido por el paisaje montañoso arrastra gran cantidad de sedimentos y cantos rodados, y al final del recorrido atraviesa una gran llanura aluvial donde sus aguas discurren de forma más lenta. También en el Levisa aparecen zonas cársicas en las que se abren cuevas importantes, como las de Santa Rita y Farallones de Levisa, donde se han reportado sitios arqueológicos de gran relevancia. Aquí fueron controlados 53 sitios arqueológicos preagroalfareros.

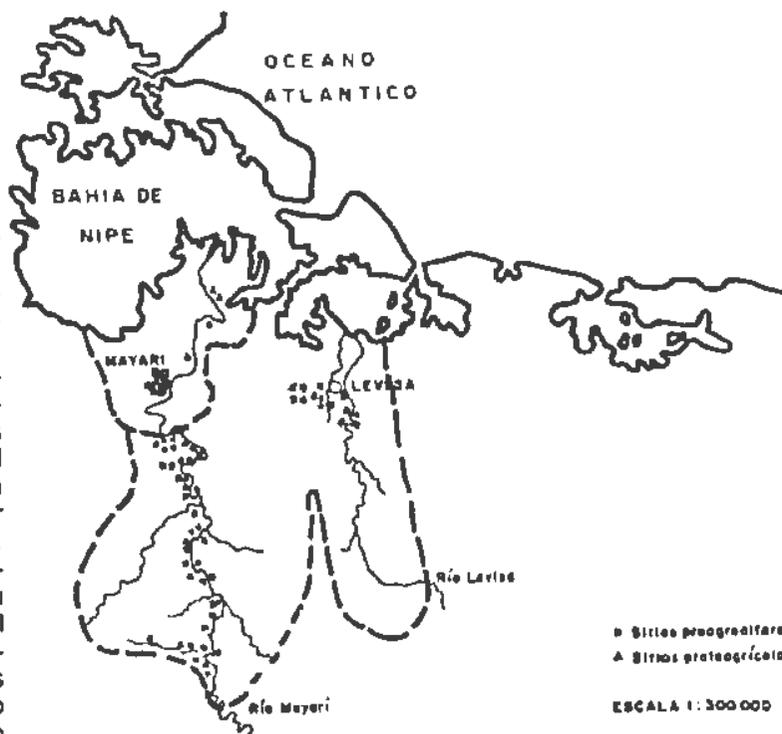
Los grupos preceramistas tuvieron diferentes fases y niveles de desarrollo en la región, pues si bien su economía se basaba en la pesca, la caza, la recolección y en cierta agricultura incipiente, estas actividades se organizaron de acuerdo con la diversidad de los factores ambientales y sus modos de trabajo.



En los asentamientos ubicados en las cuencas de los ríos Mayarí y Levisa hay sitios de habitación, talleres y paraderos. Aquí sus principales actividades económicas fueron la caza de mamíferos medianos y pequeños, reptiles y crustáceos; con similar intensidad practicaron la recolección de moluscos marinos y terrestres y productos de la rica flora circundante, de la que aprovecharon presumiblemente tallos, raíces, hojas, frutas y semillas comestibles o útiles como materias primas. La presencia de éstos, los más antiguos pobladores de la región, data del 5140 ± 170 AP (Guarch, E., 1987) y al parecer lograron sobrevivir hasta épocas cercanas al 2000 AP.

El resto de los grupos precerámicos se caracterizó porque su actividad económica fundamental fue la pesca, con énfasis en la recolección o la caza, según las posibilidades del medio. Dentro de estos últimos parece que hubo dos niveles de desarrollo, determinados por el alcance de su economía y los aspectos tecnológicos de sus artefactos (Guarch, J. M., 1990; Tabío y Rey, 1979). Los fechados más tempranos para estos sitios están sobre el 3500 AP, y se estima que permanecieron hasta el siglo xv de nuestra era.

Los sitios arqueológicos estudiados en la región son paraderos o sitios de habitación de pequeña magnitud, ubicados la mayoría en zonas costeras cercanas a la desembocadura de los ríos en áreas despejadas. En el municipio Mayarí han sido localizados algunos sitios que por sus contextos han sido denominados protoagricultores; aparecen generalmente en las orillas o las inmediaciones de los ríos y su actividad económica fundamental fue la caza de mamíferos terrestres, la pesca de quelonios fluviales y la recolección de moluscos; algunos de los artefactos de estos sitios son identificados con los pescadores-recolectores y otros resultan similares a instrumentos diagnósticos de grupos agroceramistas (Tabío y Guarch, 1966). El burén, artefacto común para los aborígenes agricultores cubanos, no aparece en estos contextos; ésta es una de las razones de mayor peso para que estos grupos hayan sido calificados como protoagricultores; no obstante, debe tomarse en cuenta la posibilidad del consumo de estos productos vegetales sin su industrialización. La vigencia de estos grupos se extendió, según fechamientos radiocarbónicos, desde 1 500 hasta quizás 900 años AP.



Por su parte, los asentamientos afiliados a grupos ceramistas agricultores se encuentran concentrados hacia la parte oeste y centro-norte de esta región, donde aparecen sitios tan tempranos como Aguas Gordas—con fechado por Carbono-14 de $1 000 \pm 105$ años AP—y otros que subsistieron hasta principios del siglo xvi. En general, su economía estuvo sustentada en la agricultura, la caza de animales pequeños, recolección marina y terrestre y la pesca, pero no realizaron con la misma intensidad todas las actividades económicas dependientes de la fauna. En los sitios ubicados a más de 15 km del mar, la caza fue la que con mayor intensidad y productividad desarrollaron, sobre todo en el bosque, donde podían dirigir su gestión a las especies más productivas, siempre que tuvieran la habilidad para introducir determinadas técnicas, posiblemente sencillas pero eficaces. La captura de especies de lentos movimientos, que no exigían complicados medios, les aportaba prác-

ticamente el resto de la dieta. La presencia de restos de moluscos del supralitoral en los yacimientos no está necesariamente vinculada a la actividad humana, pues estas especies forman parte natural del ecosistema, aunque en algunas excavaciones su concentración es significativa.

En los sitios ubicados entre 3 y 7 km del mar la caza continúa siendo la actividad económica dependiente de la fauna que con más intensidad practicaron, aunque no en la misma magnitud que los sitios de tierra adentro; en ellos la pesca aportó valores realmente significativos, lo que indica un mejor y mayor aprovechamiento del mar. La recolección de moluscos del medio e infralitoral no constituye ya, al parecer, una actividad encaminada a la extracción de materia prima para la confección de objetos superestructurales. La abundancia de caza y la recolección de moluscos del infralitoral ayudaron a conformar un complemento de la agricultura mucho más equilibrado.

Fenómeno opuesto ocurre con las actividades económicas en los denominados sitios costeros; en estos casos la pesca y la recolección marina fueron las actividades económicas que con mayor intensidad realizaron; indistintamente, en unos u otros residuarios, predominan las evidencias de cada una de ellas. La caza pasa a ocupar un tercer lugar dentro de la gestión económica de estos grupos, aunque no muy distante de aquéllas.

La región de referencia alberga los asentamientos más antiguos del hombre en Cuba —con más de 10 000 años de antigüedad—, el mayor número de antiguas aldeas de aruacos agricultores de todo el país, etnia que constituyó el grupo más numeroso y de mayor aporte posterior a la constitución de nuestra nacionalidad; por esta región efectuó su desembarco Cristóbal Colón; los ecólogos dan fe de las singulares condiciones de la región; así mismo se destaca la magnitud de sus accidentes espeleológicos, su diversidad morfológica y los espeleotemas presentes. Todos estos aspectos, aparentemente inconexos, tuvieron una alta incidencia en la presencia del hombre, su evolución y sucesivas reorganizaciones económicas.

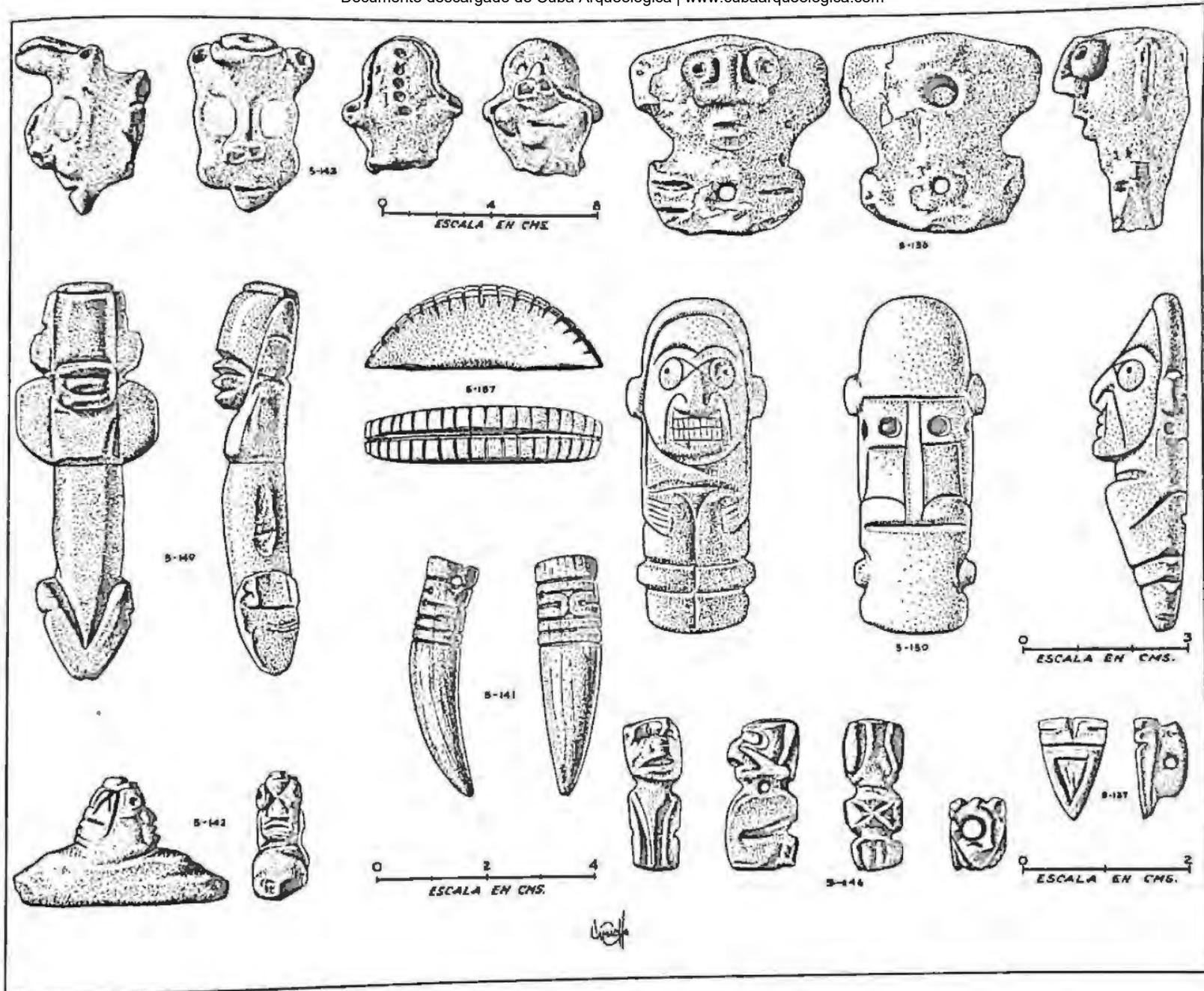
La presencia de sitios como los Farallones de Seboruco (monumento nacional), el Museo Indocubano Baní (una de las mejores colecciones arqueológicas regionales de Cuba), el museo de sitio El Chorro de Malta (monumento nacional), Bahía de Bariay (monumento nacional), Gibara (con su entorno del valle cuatemario, el abra del Cacoyugúin, la Loma de la Morena, la Silla de Gibara, Loma del Hierro y sus propios valles históricos) hacen de la región un atractivo centro para la investigación, la conservación y promoción de este patrimonio.

BIBLIOGRAFÍA

- ② Corella, J. (1955): "Caracterización cársica de la zona de Gibara". Ponencia presentada en el Primer Simposio Iberoamericano de Espeleología. Inédito.
- ⊕ García Castañeda, José A. (1947): "La transculturación indoespañola en Holguín", en *Revista de Arqueología y Etnología*, La Habana, (1).
- ⊕ Guarch, E. (1987): "Fechaientos basados en el Carbono-14 para una cronología de los aborígenes de la provincia Holguín", en *Revista de Historia*, Holguín, II(4): 51-55.
- ⊕ Guarch, J. M., J. Febles y A. Rives (1983): *Cartilla de información básica para el Censo Arqueológico de Cuba*. La Habana, Editorial Academia.
- ⊕ Guarch Delmonte, J. M. (1990): *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Ediciones Holguín.
- ⊕ Guarch, J. y L. Pérez: "Características exocársicas de la Sierra de la Candelaria". Inédito.

- ⊕ Guarch, J. (1995): "La Sierra de Candelaria". Ponencia presentada en la III Jornada Científica de la ACC, Holguín. Inédito.
- Harrington, M. R. (1921): *Cuba before Columbus*. New York, Museum of the American Indian, 2 vols.
- ⊕ Herrera Fritot, R. (1951): "Nota sobre la exploración de un mound ciboney en la proximidad del río Ariguanabo, provincia de La Habana, Cuba", en *Boletín Bibliográfico Antropología Americana*, México, 1(4).
- ⊕ Jardines Macías, J. E. y J. J. Guarch (1987): "El entorno geográfico de los sitios arqueológicos alfareros de Banes", en *Revista de Historia*, Holguín, julio-septiembre: 11-14.
- Kozłowski, J. K. (1972): *Industria Ilítica de Aguas Verdes, Baracoa, Oriente, Cuba*; Serie Antropología Prehistórica I. Universidad de La Habana, p. 1-11.
- _____ (1974): *Pre-ceramic cultures in the Caribbean*. *Prace Archeologiczne*, Vol. 20.
- _____ (1975): *Las industrias de la piedra tallada de Cuba en el contexto del Caribe*; Serie Arqueológica, Vol. 5. Academia de Ciencias de Cuba.
- ⊕ Núñez Jiménez, A. (1948): "Expedición geográfica a Oriente II. Mayarí. Descripción general", en *Sociedad Espeleológica de Cuba*, La Habana
- ⊕ Ortiz, Fernando (1943): *Las cuatro culturas indias de Cuba*. La Habana, Biblioteca de Estudios Cubanos.
- Osgood, Cornelius (1942): "The Ciboney Culture of Cayo Redondo, Cuba", en *Anthropology*, New Haven, Yale University, (25)
- ⊕ Pichardo Moya, F. (1945): *Caverna, costa y meseta*. La Habana, Biblioteca de Historia, Filosofía y Sociología.
- ⊕ Rivero de la Calle, Manuel (1966): *Las culturas aborígenes de Cuba*. La Habana, Editorial Universitaria.
- ⊕ Rodríguez Ferrer, Miguel (1876): *Naturaleza y civilización de la grandiosa isla de Cuba*. Madrid, 2 vols.
- Rouse, Irving (1942): *Archaeology of the Maniabon Hills, Cuba*. New Haven, Yale University Publications in Anthropology.
- ⊕ Tablo, E. y J. M. Guarch (1966): *Excavaciones en Arroyo del Palo, Mayarí, Oriente, Cuba*. La Habana, Academia de Ciencias. ✱





Los dibujos de Camacho que parecen en este número pertenecen al Museo de Arqueología de la Universidad de Oriente, donde se encuentran los originales

LA ORNAMENTACIÓN INCISA EN LA CERÁMICA ABORIGEN DEL CENTRO-NORTE DE HOLGUÍN, CUBA

ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS ✓
JUAN CARLOS AGÜERO HERNÁNDEZ ✓
ELENA GUARCH RODRÍGUEZ ✓
ROXANA PEDROSO ✓



Al Departamento de Arqueología del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medioambiente en la provincia de Holguín pertenecen los autores de este artículo.

La tendencia a convertir el estudio de la decoración cerámica en clave de un proceso clasificatorio que en muchos casos se considera esencia del trabajo arqueológico, ha sido ampliamente cuestionada, tanto por las deformaciones que imprime a la investigación en sí misma, como por la manera en que tal acto clasificatorio relega y sustituye la búsqueda del sentido social inherente al elemento estético.

Para Rodrigo Navarrete (1990) el evitar la repetición de estas actitudes y el hecho de asumir, en la lógica de las leyes históricas, el carácter previo del conocimiento de las condiciones infraestructurales antes de acceder a los niveles superestructurales, ha influido en cierta propensión de la arqueología social a evitar el abordaje directo, ya no sólo de la cuestión decorativa, sino del análisis cerámico general como definidor de condiciones y particularidades etnohistóricas. Navarrete, tras señalar algunos aportes en tal sentido de arqueólogos neopositivistas como Hodder, Wobst y Pollock, reconoce lo imprescindible de un enfoque materialista histórico en el tratamiento de la cuestión—del que considera importantes ejemplos los trabajos de Irujo Vargas y Lelia Delgado— y establece un conjunto de elementos que fundamentan la capacidad de la cerámica para expresar la etnicidad de un grupo cultural. En este esquema, la decoración se considera generadora de información sobre la estética social, los sistemas religiosos, la tradición histórica de la comunidad y la realidad sensible representada en los códigos simbólicos.

La formulación de tales inferencias implica el ascenso desde consideraciones sobre tipología y posición espacio-temporal, generalmente estimadas conclusivas por la arqueología tradicional, hasta el acto integrador que busca el apoyo del resto de los elementos investigativos con vistas a ofrecer una explicación histórica. Este último momento sería el fin lógico del proceso; sin embargo, no siempre el testimonio arqueológico puede usarse, aunque se intente trabajar desde tal óptica para llegar a definiciones de esa magnitud. La existencia de colecciones museográficas sin referencias sitiales o estratigráficas y de material obtenido en labores de salvamento con muy pocos elementos contextuales, por sólo citar dos de las situaciones más comunes, son muestras de casos en que el análisis debe limitarse al nivel puramente descriptivo. A tal situación se une la imposibilidad de encontrar estudios más completos que éstos sobre residuarios hoy destruidos, y el estado de paralización, a similar nivel y por diversas causas, de

investigaciones sobre sitios de interés clave para el conocimiento de determinada área. Sería absurdo prescindir de datos que muchas veces son únicos o están a punto de perderse, y posponer su empleo hasta conseguir elementos que permitan desarrollar un enfoque más apropiado, si se tiene la posibilidad de adelantar una proposición ordenadora, apta para recuperar y actualizar en alguna medida, y dejar preparadas las bases para el manejo de una información de enorme interés comparativo y referencial en valoraciones de mayor alcance.

El presente trabajo, concebido desde la perspectiva antes esbozada, aborda el estudio de la decoración incisa sobre la cerámica en la región centro-norte de la provincia de Holguín. Esta forma decorativa, realizada generalmente mediante líneas grabadas o punteados en la superficie de las vasijas y ocasionalmente en sus rebordes, constituye, junto a las asas modeladas y —en menor medida— las tiras aplicadas y pequeños volúmenes modelados como bajorrelieves, uno de los principales medios ornamentales dentro de un esquema de decoración cerámica sensiblemente restringido; es importante señalar que en Cuba no es muy común el uso de pinturas o engobes ni la creación de recipientes de más de un cuerpo o tipo efigie.

El centro-norte de Holguín ocupa un importante espacio en la faja septentrional del oriente cubano y alberga una de las agrupaciones arqueológicas agroceramistas más importantes de toda la isla; en las inmediaciones del municipio Holguín y especialmente en la zona de Banes, se ha reportado más de una decena de residuarios, entre los que se destacan algunos de los más tempranos del país y la mayoría de aquéllos donde es posible encontrar evidencias del contacto indohispánico. Este amplio universo arqueológico, trabajado con cierta intensidad desde los años veinte del presente siglo, ha aportado gran cantidad de material, obtenido en colectas no científicas, que permanece depositado en fondos museables —en el mejor de los casos— sin procesamiento investigativo, o parcialmente estudiado, en el caso del obtenido en excavaciones controladas, con vistas a su caracterización tipológica.

Hemos realizado un análisis general de las características tipológicas, estratigráficas y de dispersión espacial de la decoración incisa, a partir de una muestra decorativa central formada por un conjunto de 423 diseños tomados de vasijas completas o fragmentadas, provenientes de catorce yacimientos² correctamente excavados y con referencias arqueológicas precisas, y complementados tales datos con otros aportados por el material museográfico antes referido (Valcárcel, 1992; Ochoa, 1993) y con los estudios sobre el área (Rouse, 1942; Jardines, 1990; Guarch *et al.*, 1993) o sobre determinados residuarios (García Castañeda, 1938; 1939; 1940). Esto permitió:

- ♦ Definir las diversas formas decorativas presentes en la región y establecer su representatividad, comportamiento y variaciones a nivel cronológico y espacial, tanto a escala general como de sitio.

- ♦ Caracterizar las peculiaridades de conformación, estructura y funcionalidad de tales decoraciones incisas.
- ♦ Desarrollar, a partir de la revisión del mayor número de piezas posible y de la contrastación de formas completas situadas en museos y de datos de ceramógrafos, la reconstrucción de formas decorativas integrales aptas para el análisis estético y de descodificación simbólica.
- ♦ Crear, usando las formas decorativas recuperadas, un catálogo gráfico detallado que permita la contextualización de las formas del área y su comparación con formas de otras zonas de la isla y del resto de las Antillas. Este cuerpo gráfico debe servir como material referencial que facilite el trabajo de clasificación e identificación de la decoración incisa en futuras investigaciones.
- ♦ Comprobar la validez de ciertas consideraciones tradicionales sobre la significación cronológica de la decoración incisa en la región.

TIPOS DE DISEÑO. DISTRIBUCIÓN, FRECUENCIA Y TEMPORALIDAD

La preparación del conjunto de diseños se realizó a partir de dos niveles de búsqueda y análisis. En el primer nivel se trabajó con información de ceramógrafos, debido a la necesidad de obtener datos, especialmente cuantitativos, sobre la presencia situal y estratigráfica de las decoraciones. Este tipo de información, elaborada a partir de material recuperado en excavaciones, casi siempre muy fragmentado, adolece de ciertas inexactitudes en la evaluación tipológica pues se clasifica a partir de restos que en muchos casos no recogen variaciones poco definibles en la estructura del diseño. Tal situación puede influir en los reportes de ceramógrafos al conformarse tipos que en realidad sólo son parte de una decoración mayor, lo que tiende a introducir magnitudes numéricas con determinado margen de error. En el segundo nivel se emplearon datos con referencias localizativas inexactas o sin precisiones estratigráficas pero lo suficientemente completos, en el sentido de la imagen decorativa, como para facilitar la reconstrucción de formas decorativas promedio que hicieran posible un estudio de las estructuras de los diseños.

Tras la contrastación de los distintos ceramógrafos se definieron un total de 21 tipos de diseño estructurados a partir de la presentación simple, repetida o combinada de un motivo o forma decorativa central.

A partir del diámetro del punteado:

1. punteado fino
2. punteado grueso
3. punteado doble

Estos tipos generalmente asumen disposiciones lineales continuas; simples, dobles o triples. Se escoge el diámetro como base denominativa por ser ésta la forma más empleada en los ceramógrafos (la elevada fragmentación de las piezas impide ver la forma de los

diseños, y queda sólo el diámetro del punteado como elemento que se debe considerar para la descripción y cuantificación). Punteado fino hasta 2 mm; grueso, entre 2 y 4 mm.

A partir de la presentación del motivo líneas paralelas al borde de la vasija en su repetición o combinación con otros motivos:

4. líneas paralelas al borde
5. líneas paralelas al borde combinadas con puntos
6. líneas paralelas al borde combinadas con líneas perpendiculares al borde
7. líneas paralelas al borde combinadas con líneas oblicuas al borde

A partir de la presentación del motivo líneas perpendiculares al borde en su repetición:

8. líneas perpendiculares al borde

A partir de la presentación del motivo líneas oblicuas al borde en su repetición, alternancia y combinación con otros motivos:

9. líneas oblicuas al borde
10. líneas oblicuas paralelas alternantes
11. líneas oblicuas simples o paralelas alternantes combinadas con puntos
12. líneas oblicuas simples o paralelas alternantes combinadas con círculos

A partir de la presentación del motivo rectángulo en su repetición o combinación con otros motivos:

13. rectángulos
14. rectángulos combinados con líneas paralelas al borde

A partir de la presentación del motivo óvalo en su repetición o combinación con otros motivos:

15. óvalos
16. óvalos combinados con líneas paralelas al borde
17. óvalos combinados con líneas paralelas o perpendiculares al borde, seguidas o terminadas por punto
18. óvalos combinados con puntos
19. combinaciones complejas de óvalos

A partir de formas curvas y su combinación con otros motivos:

20. curvas abiertas
21. curvas cerradas

Los veintinueve tipos de diseño incisos compilados representan el máximo de variabilidad cuantificable, por lo que incluyen formas muy usuales y otras relativamente poco comunes. Se destacaron, por su amplia distribución y repetida presencia en los distintos sitios, los diseños de líneas paralelas al borde, el punteado grueso y los diseños de líneas oblicuas paralelas alternantes (reportados en 13 de los 14 residuarios), los diseños de curvas abiertas (presentes en 10 sitios) y el punteado

fino (localizado en 9 residuarios). Los comportamientos de frecuencia a nivel de sitio coinciden de cierta manera con los datos de distribución, aunque los diseños de óvalos combinados con paralelas al borde, reportados sólo en 4 residuarios, muestran una elevada frecuencia (16,41 %) debido al comportamiento diferencial que presentan en el yacimiento de El Boniato. Los diseños de líneas paralelas poseen la media de frecuencia más alta (26,86 %), seguidos nuevamente por el punteado grueso (23,11 %). Los punteados finos ofrecen una media de 16,53 %, mientras que las formas de líneas oblicuas paralelas alternantes ascienden al 13,75 %.

El análisis de los parámetros de distribución y frecuencia en los distintos residuarios no descubre variaciones coherentes que respondan a un comportamiento grupal, aunque tampoco puede considerarse una situación de total falta de correspondencia entre las distintas situaciones sitiales. Por lo menos, a nivel de algunos elementos principales, puede observarse cierta orientación tendencial de la generalidad de los residuarios hacia una mayor presencia de las líneas paralelas y, en menor medida, de los punteados gruesos. Ambos tipos de diseño mantienen un predominio alternante; siempre son primeros o segundos en cuanto a su frecuencia.

La relativa coincidencia de determinados diseños (líneas paralelas al borde, punteado grueso, líneas oblicuas paralelas alternantes y punteado fino) en los parámetros máximos de distribución y frecuencia, tanto a nivel general como a nivel de sitio, sugiere un uso privilegiado de este conjunto de formas, sólo alterado por un reporte significativo de curvas en la distribución y de óvalos combinados con líneas paralelas en la frecuencia. Este conjunto de diseños principales sirve de base, a partir de su enriquecimiento mediante repeticiones y combinaciones entre ellos mismos o con otros motivos menos usuales, a la mayoría de los tipos de diseño restantes.

Además de las motivaciones culturales que pudieron causar tal predominio, es preciso considerar un elemento influyente, aunque no determinante, esto es la incidencia que puede tener el empleo de prácticas clasificatorias en las variaciones numéricas, pues ante la necesidad de describir y ordenar un universo cerámico muy mal conservado, pueden ser causa de distorsión de los comportamientos de los tipos al aumentar o disminuir su número debido a la segmentación de las decoraciones. En algunos casos, partes similares provenientes de diseños diversos se atribuyen a un mismo tipo; en otros, partes diversas de un único diseño se consideran tipos diferentes. Un ejemplo concreto de esta situación es el de los diseños de líneas oblicuas paralelas (no alternantes). El referido tipo se consigna en algunos ceramógrafos a partir de la observación de decoraciones fragmentadas, sin embargo, hasta el momento no se ha encontrado en ninguna decoración completa, por lo que es lógico suponer que tales fragmentos pertenecían a

formas oblicuas paralelas alternantes con intervalos paralelos muy largos y no a tal diseño en específico. El diseño de líneas paralelas al borde, aunque es muy usual, tiende a ser exagerado en los reportes, pues muchas decoraciones estructuradas a partir de combinaciones de líneas de diversa orientación, una vez fragmentadas, muestran esta disposición de las incisiones. En el caso de los diseños punteados y curvas abiertas, la fractura de las vasijas decoradas con ellos, produce situaciones muy similares.

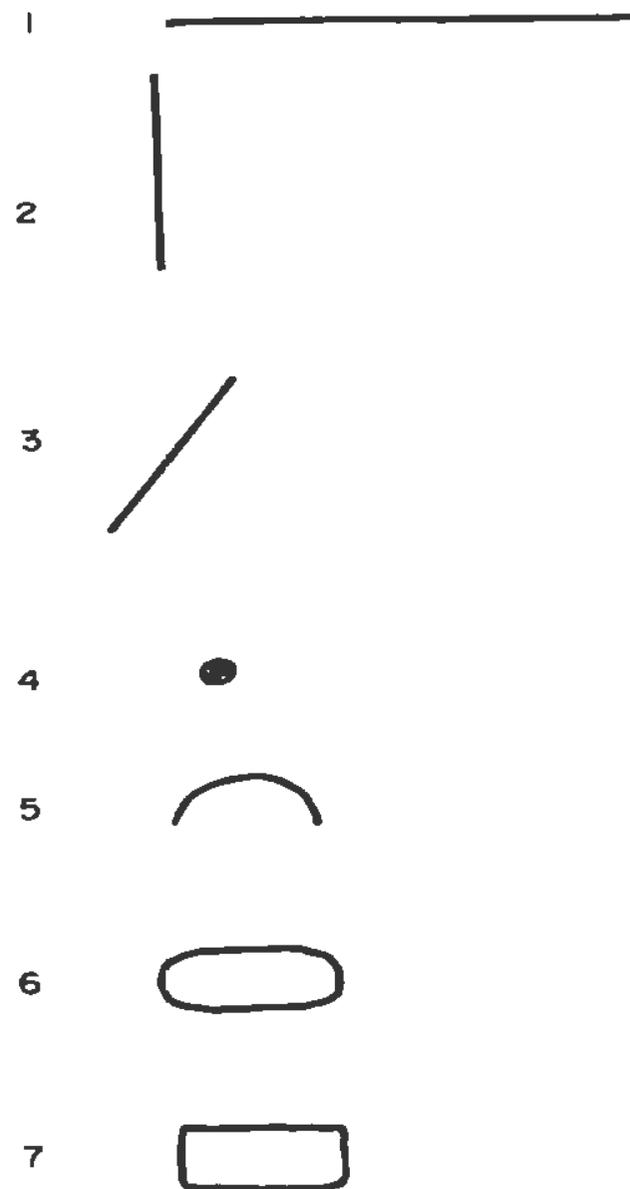
Considerando los resultados de estos análisis y la influencia que pueda tener la subjetividad de ciertos aspectos clasificatorios, se decidió realizar un estudio estratigráfico de cada uno de los tipos, pero ofreciendo las valoraciones finales de posición y temporalidad a partir de las formas principales que inicialmente sirvieron para definir los distintos diseños. De tal manera, aunque el análisis es individual, la valoración se hace a partir de las siguientes formas decorativas o diseños principales que caracterizan la forma:

Punteados finos

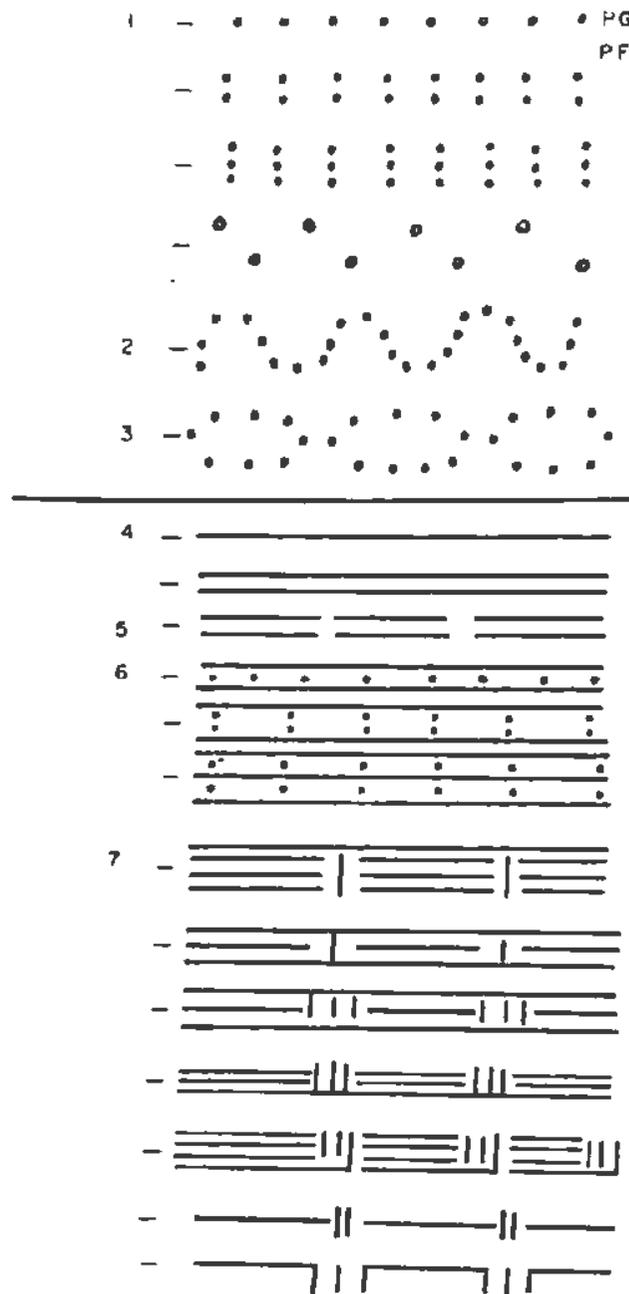
- ◇ punteados gruesos (incluye los dobles)
- ◇ líneas paralelas al borde (incluye las combinaciones)
- ◇ líneas perpendiculares al borde
- ◇ líneas paralelas oblicuas alternantes (incluye forma simple y combinaciones)
- ◇ rectángulos (incluye combinaciones)
- ◇ óvalos (incluye combinaciones)
- ◇ curvas (abiertas y cerradas)

Como todos los sitios fueron excavados por niveles artificiales de 10 cm—excepto un caso, de 25 cm—, se decidió tomar como base la mayor profundidad alcanzada en cada sitio y dividir arbitrariamente el conjunto de niveles en tres partes aproximadamente iguales, las cuales, según su relación de superposición a partir del nivel más profundo, se denominarían *niveles tempranos* (los iniciales de la vida del sitio, situados en el punto final de la excavación), *medios* y *tardíos* (los más cercanos a la superficie). Esta división, ampliamente expuesta a errores, pues no se relaciona en todos los casos con las capas naturales ni valora los datos del material asociado, se estableció para ordenar de manera tentativa el continuo temporal en que aparecen los diseños, lo que facilita la determinación y caracterización de sus comportamientos cronológicos.

Una vez determinado el punto más profundo donde se reporta un tipo en el yacimiento arqueológico, se procede a comparar este nivel respecto a la profundidad mayor y se define el momento temporal del diseño. Similar proceso se lleva a cabo con todos los tipos en cada uno de los sitios; se establecen así los momentos en que usualmente se presentan los tipos y las variaciones temporales que pueden reportar. En



Lamina I



Lamina 2

las tablas se observan los resultados finales de este análisis: el punteado fino aparece en 9 de los 14 sitios estudiados, y en casi todos los casos se relaciona con los niveles tempranos. Su amplia distribución y el hecho de que sólo en una ocasión deje de reportarse en niveles tempranos hacen de este diseño una forma típica de los momentos iniciales en los asentamientos valorados. El punteado grueso y las líneas paralelas son menos estables, pues pueden aparecer en momentos medios o tardíos. No obstante, si se compara estos reportes con el número de veces que aparecen en momentos tempranos, más que en los niveles medios y tardíos juntos, se hace evidente su tipicidad para los estratos iniciales. Las líneas perpendiculares y los rectángulos, pese a su escaso empleo —aparecen sólo en 4 y 5 sitios respectivamente— ofrecen indicaciones seguras en cuanto a su temporalidad; su reporte sugiere un vínculo de las líneas perpendiculares con los momentos tempranos, mientras que los rectángulos resultan característicos de los momentos medios y tardíos. Los óvalos y las curvas aparecen en un número importante de sitios —10 en cada caso— en clara referencia media o tardía.

Generalizando el resultado de este análisis, puede plantearse que en un sentido temporal los diseños de punteado grueso, fino y de líneas paralelas y oblicuas alternantes, son típicos de los momentos tempranos, con una débil presencia aunque no nula en el resto de la vida del sitio. Los óvalos, por el contrario, casi nunca se presentan en los momentos tempranos; son característicos de los medios y tardíos. Las curvas —aunque con una presencia menos regular— siguen la tendencia de los óvalos. Los rectángulos, con las precisiones ya consideradas, pudieran incluirse en este grupo, mientras que las líneas perpendiculares resultan más afines al conjunto que conforman los punteados y líneas paralelas y oblicuas paralelas alternantes.

Estas peculiaridades estratigráficas de las decoraciones incisas ya habían sido señaladas por Rouse (1942) a partir del estudio de los yacimientos Valera 3, Aguas Gordas y, especialmente, Potrero del Mango. Para Rouse, tal variación respondía a un claro sentido cronológico en tanto el aumento de las formas curvas y ovoides se relacionaba en algunos de los sitios por él estudiados con elementos culturales hispanos. A partir de tales cambios en la decoración, y apoyándose en ciertas variaciones de las formas de vasijas y bordes, Rouse (1942: 152) propuso un esquema de cronología para el área de Maniabón. Dicho esquema concebía una etapa prehistórica temprana en la que predominaban decoraciones incisas rectas, generalmente diseños de líneas paralelas oblicuas alternantes; una segunda etapa —prehistórica tardía— en que las incisiones rectas disminuyen y pasan a predominar las curvas y, en especial, los diseños ovoides. En la tercera etapa, y final, la histórica, este predominio se mantenía.

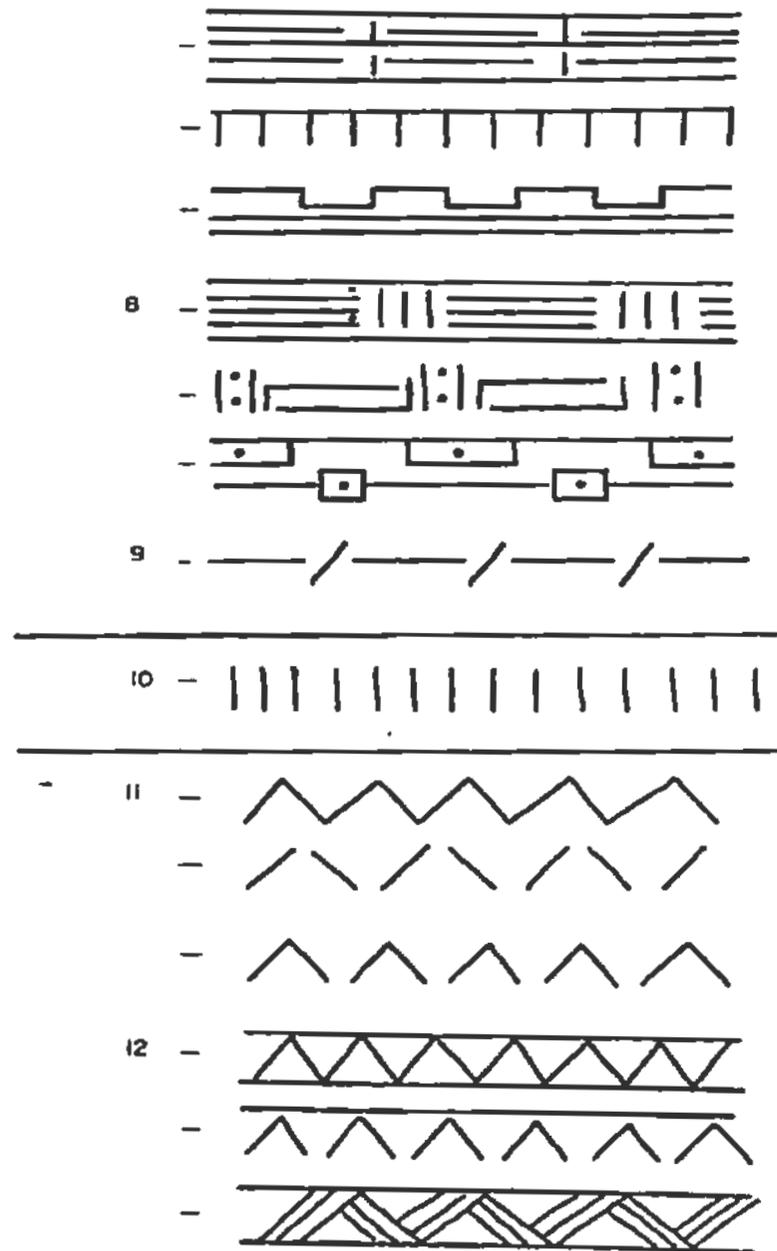
Los trabajos de E. Tablo en 1963 en Aguas Gordas reportan nuevamente el mismo comportamiento y dan fecha del 950 de nuestra era para la presencia de incisiones rectas y, en mucha menor medida, de curvas. Los tipos ovoides no aparecen en este momento. Es en otro montículo de Aguas Gordas donde se determinará la presencia más antigua para el área de incisiones ovoides: 1245 de nuestra era. En este caso la presencia de tipos ovoides sigue las variaciones que hemos señalado.³

Los resultados del análisis que aquí se ha realizado, aunque no se corresponden plenamente con las consideraciones de Rouse sobre el aumento o disminución de las formas incisas, sí validan los datos de posición estratigráfica que dicho arqueólogo consideró. El hecho de que la mitad de los sitios ahora valorados ofrezcan indicaciones temporales tardías muy seguras —Loma de Baní, El Porvenir, Chorro de Malta, Loma del Cementerio de Barajagua y Barajagua II presentan restos europeos de los siglos xv y xvi en los niveles superiores, mientras que Esterito y Loma de la Campana poseen, respectivamente, más de un fechado radiocarbónico que fija su habitación en el siglo xv— ayuda a entender la claridad en las posiciones estratigráficas de las decoraciones incisas del conjunto de residuarios y reafirma su sentido cronológico, pese al desajuste en los valores numéricos, pues el comportamiento general, siguiendo la propuesta de Rouse, es más afín a las normas del momento tardío.

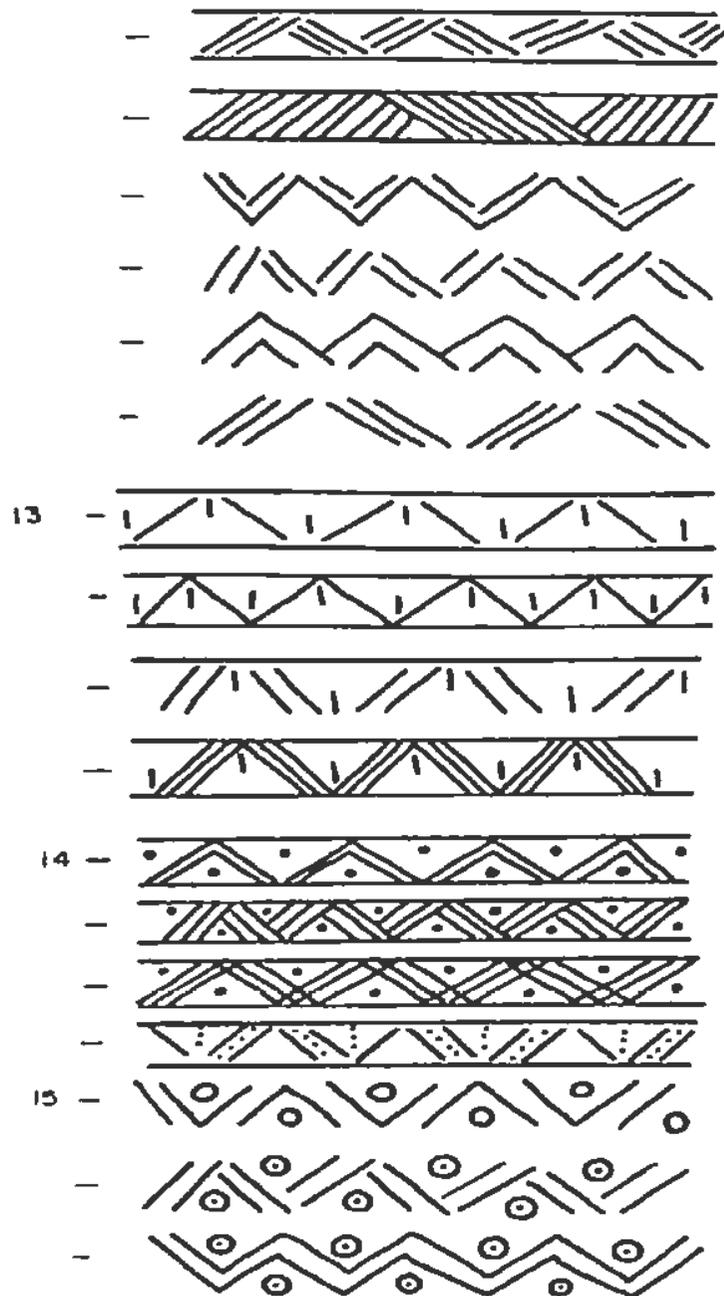
CONFORMACIÓN DEL CATÁLOGO

La revisión del material de los sitios sin datos estratigráficos y de los diseños ubicados en el Museo Indocubano Baní de Banes, amplió notablemente la cantidad de diseños a considerar para elaborar el catálogo. Se tomó como base los 21 tipos definidos inicialmente; a ello fueron agregadas las nuevas formas; se utilizó siempre como elemento ordenador el motivo más señalado en el diseño. En algunos casos, la contrastación de diferentes formas permitió aclarar ciertas disposiciones que determinaron la rectificación de las denominaciones iniciales. Dentro de los tipos de diseño puede haber disímiles variaciones, determinadas por una amplia gama de combinaciones, repeticiones y disposiciones diversas, en algunos casos de notable complejidad.

La multiplicidad formal que aquí se muestra no contradice los valores de frecuencia, distribución y temporalidad anteriormente planteados sino que los valida al reforzar la unidad estilística, lo que esclarece el papel determinante de los motivos y diseños principales y muestra, al mismo tiempo, una peculiaridad que los ceramógrafos tienden a anular: el proceso de creciente complejización de estas formas principales, mediante el uso de nuevos motivos o combinaciones de elevada diversidad. El orden que siguen los tipos de diseño aquí recopilados sirve de referencia para el análisis de los laminarios al emplear el mismo sistema de numeración.



Lamino 3



Lamina 4

Diseños de puntos

1. Punteados en líneas simples o múltiples, continuas o alternantes
2. Punteados en línea sigmoidal
3. Punteados en forma de óvalos

La primera forma es la más usual, se presenta en los rebordes como una simple línea de puntos, en muy pocos casos doble, mientras que en los respaldos asume cualquiera de las disposiciones en los dos diámetros anteriormente definidos. Las formas 2 y 3 son muy poco comunes.

Líneas paralelas al borde

4. Líneas paralelas al borde
5. Líneas paralelas discontinuas
6. Líneas paralelas combinadas con puntos
7. Líneas paralelas combinadas con líneas perpendiculares al borde
8. Líneas paralelas combinadas con perpendiculares y con puntos
9. Líneas paralelas combinadas con líneas oblicuas al borde

La forma 4 es muy usual; junto a las dos primeras figuras de la forma 6, a la séptima y octava de la forma 7 se les puede encontrar también en rebordes. Las variaciones de la forma 4 y, en menor medida, las de la forma 7 son las más empleadas. La forma 8 no es común.

Líneas perpendiculares al borde

10. Líneas perpendiculares al borde

Este tipo de diseño, como ya se pudo analizar anteriormente, no es de alta frecuencia. El motivo base que lo conforma tiende a presentarse en combinaciones donde resulta más bien un elemento complementario; de ahí que se estudie más por su presencia en otros diseños que como conformador de sus propios diseños.

Líneas oblicuas al borde

11. Líneas oblicuas al borde, alternantes
12. Líneas oblicuas (simples o paralelas) alternantes, solas o enmarcadas en paralelas al borde
13. Líneas oblicuas (simples o paralelas) alternantes combinadas con perpendiculares al borde
14. Líneas oblicuas (simples o paralelas) alternantes combinadas con puntos
15. Líneas oblicuas (simples o paralelas) alternantes combinadas con círculos
16. Líneas oblicuas (simples o paralelas) alternantes combinadas con triángulos
17. Líneas oblicuas simples alternantes combinadas con rombos

Las variaciones del diseño 12 son las más comunes, se reportan la figura segunda del 11 y novena del 12 en algunos rebordes. De los combinados, poco comunes, los más empleados son el 13 y el 14. Las demás combinaciones son muy escasas.

Óvalos

- 18. Óvalos simples
- 19. Óvalos concéntricos
- 20. Óvalos simples combinados con paralelas
- 21. Óvalos simples o concéntricos combinados con paralelas y perpendiculares
- 22. Óvalos simples combinados con punteados
- 23. Óvalos simples o concéntricos combinados con paralelas, perpendiculares y punteados
- 24. Óvalos simples combinados con líneas oblicuas
- 25. Óvalos simples combinados con círculos, puntos, curvas y paralelas
- 26. Óvalos concéntricos combinados con curvas
- 27. Óvalos simples combinados con círculos y puntos
- 28. Óvalos simples combinados con curvas, paralelas, perpendiculares y puntos
- 29. Óvalos simples combinados con trapecios, puntos y líneas paralelas, perpendiculares y oblicuas
- 30. Óvalos simples combinados con paralelas y curvas

Los diseños más comunes son los incluidos en los tipos 20 y 21. Las formas vinculadas a combinaciones con puntos no son muy usuales. El óvalo concéntrico como motivo central tampoco es usual.

En estos tipos es donde mayor variedad de formas complejas se presentan, tal es el caso de los tipos 24, 25, 26, 27, 28, 29 y 30. Para los rebordes han sido reportados el cuarto diseño del tipo 21 y el segundo del tipo 22.

Rectángulos

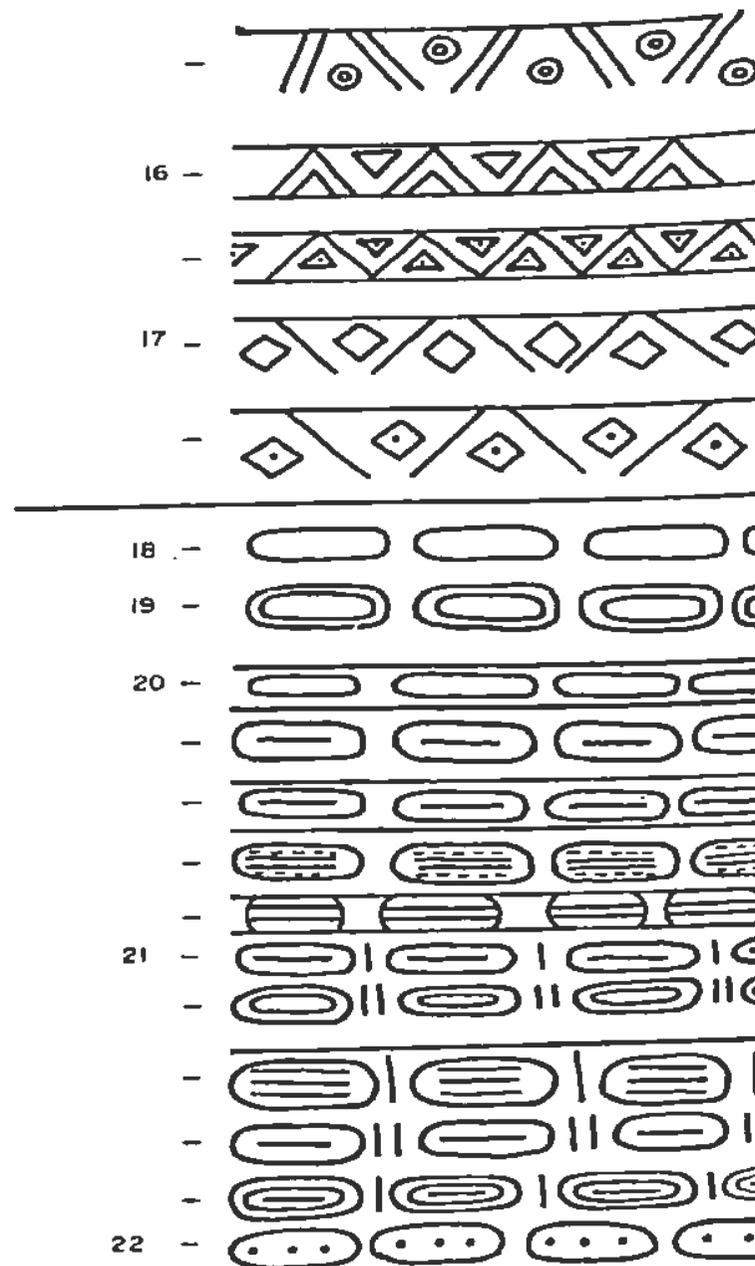
- 31. Rectángulo simple
- 32. Rectángulo concéntrico
- 33. Rectángulo simple combinado con líneas paralelas
- 34. Rectángulo simple combinado con paralelas y perpendiculares
- 35. Rectángulo simple combinado con óvalos
- 36. Rectángulo simple combinado con paralelas y puntos
- 37. Rectángulo concéntrico combinado con círculos cóncavos⁴
- 38. Rectángulo concéntrico combinado con triángulos y líneas oblicuas

Estos diseños no son muy frecuentes, las formas con rectángulos concéntricos son especialmente escasas. Los tipos reportados más usualmente son el 31, 33 y 34. El 31 también aparece en rebordes.

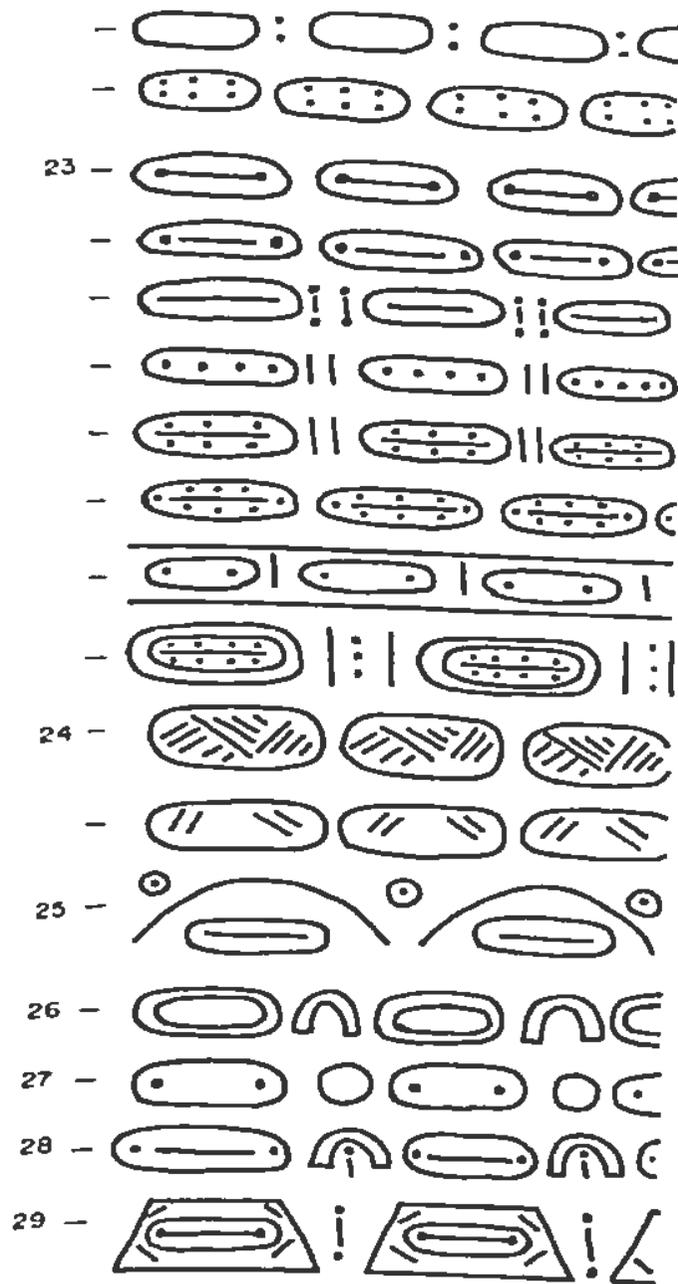
Curvas

- 39. Abiertas
- 40. Abiertas combinadas con círculos, paralelas y círculo cóncavo
- 41. Cerradas
- 42. Continuas

Estudios regionales



Lamina 5



Lamina 6

43. Continuas combinadas con círculos

44. Continuas combinadas con círculo cóncavo

Para estos diseños se prefirió una agrupación basada en la forma de la curva y no en sus relaciones con los demás motivos, pues la gama de combinaciones es tan amplia y compleja que resulta difícil relacionarlas. Aunque ampliamente distribuidos, estos diseños no son abundantes, lo que imposibilita definir formas de mayor uso. El cuarto diseño del tipo 41 es el único reportado en rebordes.

DISEÑOS INCISOS. CONFORMACIÓN Y CARACTERÍSTICAS DE SUS MOTIVOS

La estructura del diseño parte de un elemento inicial que hemos llamado motivo,⁵ cuya repetición o combinación con otras formas de igual carácter y de tipo similar o diferente conforma los diseños, dentro de una gama amplia de cambios de tamaño y posición.

Los motivos pueden ser elementos geométricos iniciales, como la línea, el punto o la curva, o figuras geométricas completas como el rectángulo o el óvalo. Este segundo grupo, al que denominaremos motivos complejos, funciona dentro de los diseños como el elemento central de la composición, que es complementado por los motivos simples, tanto al articular la relación estructural con otros motivos complejos como al enriquecer los niveles decorativos de éste, mediante el relleno del espacio geométrico que su figura dispone.

Los diseños, aunque en muchos casos se estructuran a partir de la repetición de un mismo motivo, generalmente son producto de combinaciones; las de motivos simples son las más comunes, seguidas por las de motivos simples y complejos, y en último caso, de forma muy poco usual, las de motivos complejos. Entre los motivos simples, las líneas son las más utilizadas, seguidas por el punto. Las curvas no son tan usuales, como tampoco lo es el rectángulo en el caso de los motivos complejos. El óvalo es el motivo complejo más común, es típica la imagen del óvalo con una línea longitudinal al centro.

En los diseños fueron aislados elementos como rombos, círculos y triángulos que pudieran considerarse motivos, pero que no fueron analizados en este sentido debido a su escasa frecuencia. Los principales motivos y las características de su empleo, son las siguientes:

- ◇ Líneas
 - ◇ Paralelas al borde de la vasija
 - ◇ Perpendiculares al borde de la vasija
 - ◇ Oblicuas al borde de la vasija
- ◇ Punteado
- ◇ Curvas
- ◇ Óvalos
- ◇ Rectángulos

Líneas paralelas al borde

Generalmente aparecen enmarcando el desarrollo o combinación en diseños de los demás motivos. Como elemento único de la decoración del panel, simples o repetidas, no resultan muy frecuentes; tampoco lo son en el caso de pequeñas líneas que alternan con espacios vacíos. Su empleo más común, además del de enmarcamiento, es rellenar figuras ovales y rectangulares, o en combinación con líneas perpendiculares al borde. Cuando se combinan con el punto tienden a servir de guía para una disposición en línea; las líneas terminadas en punto o con punto a continuación, aunque aparecen, no son muy frecuentes. Aparecen en combinaciones con todos los motivos.

Líneas perpendiculares al borde

Pueden aparecer solas, aunque generalmente lo hacen en combinaciones con otros motivos. Su relación más común es con líneas paralelas al borde; en estos casos el contacto de ambos tipos de línea tiende a romper el sentido individual de éstas, lo que sugiere la conformación de un motivo más complejo de tendencia rectangularizante. Es más frecuente que se encuentren como separadores de motivos que se repiten o combinan que como relleno de motivos complejos. Se reportan en combinación con todos los motivos definidos.

Líneas oblicuas al borde

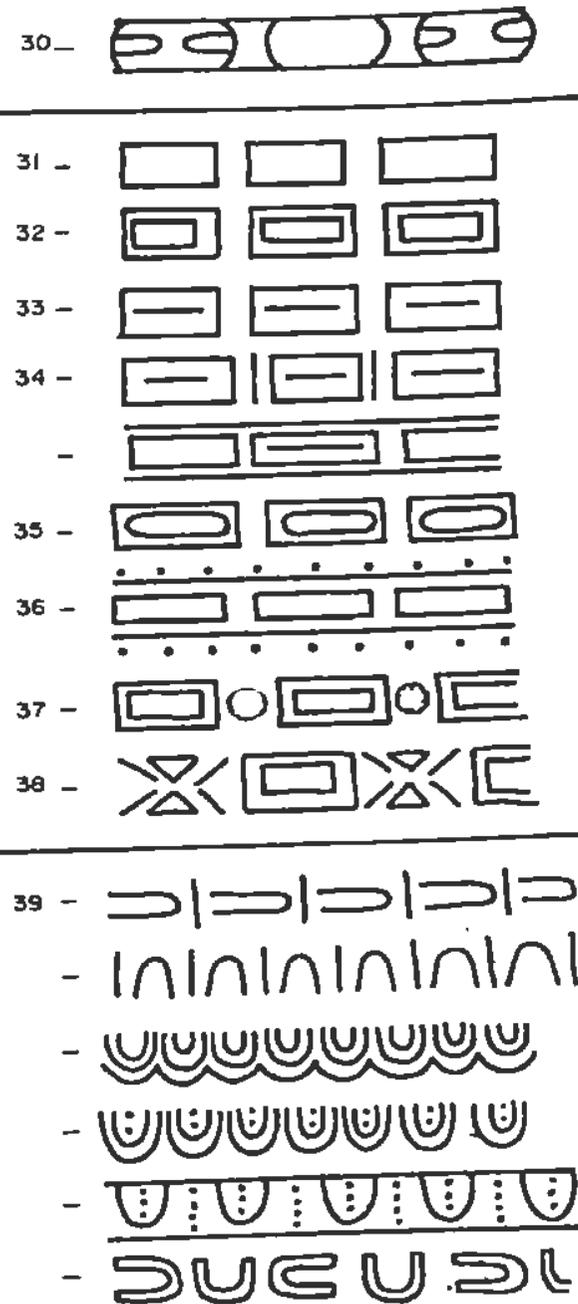
Generalmente se combinan con líneas de su mismo tipo, pero de dirección opuesta, creando espacios triangulares alternos que pueden ser rellenos o no con otros motivos (línea perpendicular al borde, punto, y en contadas ocasiones triángulos o círculos). Su forma más común es en segmentos oblicuos de dos o tres líneas paralelas, aunque se dan casos en que los grupos de líneas paralelas que se oponen son tan nutridos que no dejan espacios vacíos.

De los motivos de líneas, éste es el que menos se presta a combinaciones, aparece generalmente relacionado con líneas de su mismo tipo o motivos muy simples, como la línea perpendicular al borde o el punto. Se reportan algunas combinaciones con óvalos y círculos, lo que al igual que su relación con la curva, es muy poco común.

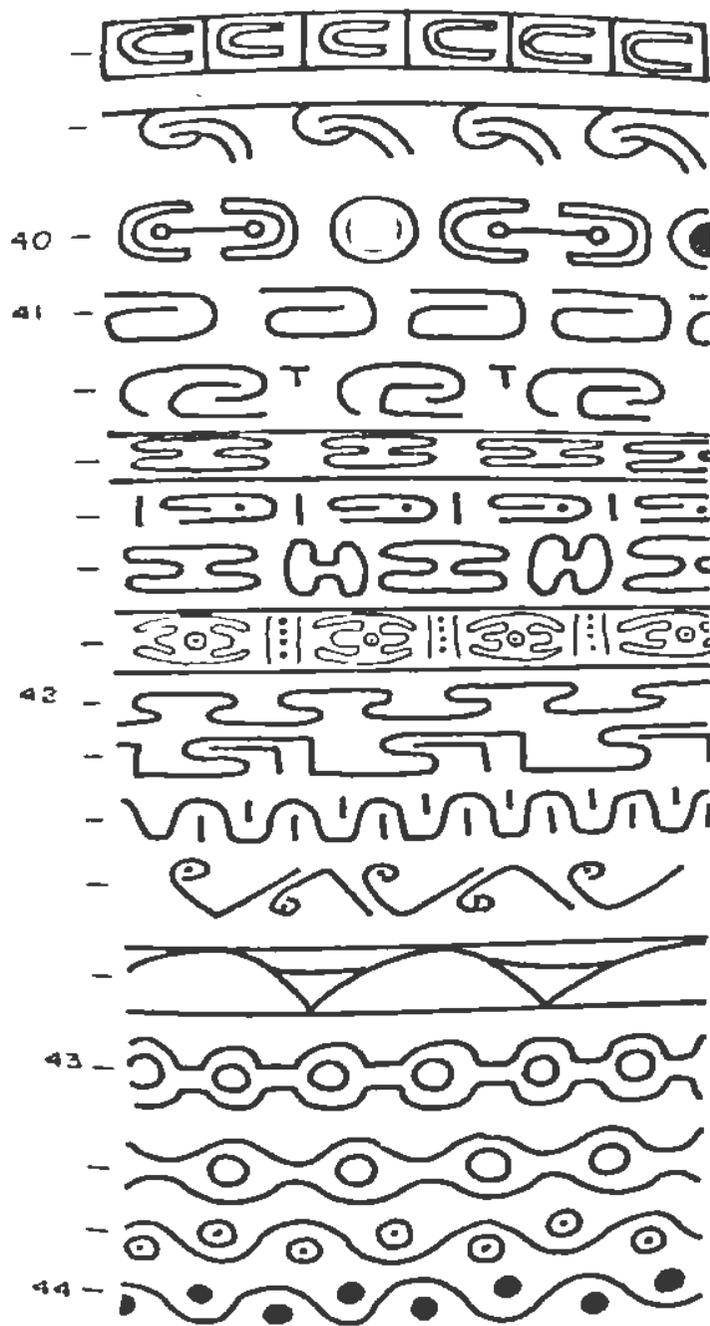
El punto

Es frecuente que aparezca formando una larga línea de punteados continuos, simples, dobles o triples; pero también es muy común encontrarlo en combinaciones con los demás motivos; en estos casos funciona generalmente como un elemento para rellenar espacios o motivos más complejos. Su diámetro y profundidad son diversos, aunque predomina una forma media, poco profunda y de 2 a 3 mm de diámetro. Las formas no circulares son extremadamente escasas, se reportan algunas rectangulares, ovaladas y romboideas.

Como ejemplos atípicos del empleo del punto, se puede citar el de un diseño realizado sobre la base de punteados que conforman contornos de óvalos y otro donde los puntos se estructuran en una línea sigmoidal.



Lamina 7



Lamina 8

56

Curvas

Estos motivos se diferencian del resto por el hecho de que funcionan sólo como una definición genérica, no resulta posible aislar, como en los casos anteriores, una forma típica. Dentro de las curvas se incluyen todos los elementos arqueados, desde la línea sigmoidal, hasta complejas curvas cerradas que llegan a formar los que podrían ser considerados motivos complejos: grandes figuras en forma de U o de I. Se presenta en combinaciones con todos los motivos excepto el rectángulo.

Óvalos

Estos motivos aparecen generalmente en diseños donde son el elemento decorativo central, y alternan con espacios vacíos o con líneas perpendiculares. Usualmente se complementan con un trazo longitudinal al centro, que en ocasiones es doble o triple. También aparecen rellenos por combinaciones de otros motivos: líneas oblicuas entre sí, paralelas y punteados o por otros óvalos. El uso de la línea paralela al borde, terminada o continuada por punto, como relleno del óvalo, se reporta pero no es muy frecuente.

En muy pocos casos se combinan con curvas o con rectángulos, sólo se reportan dos combinaciones con círculos y una con un trapecio, ejemplo este totalmente inusual (fig. No. 29).

Rectángulos

Son los menos frecuentes de todos los motivos principales. Aparecen solos, alternando con espacios vacíos o con líneas perpendiculares al borde. Siempre se presentan como eje del diseño, son usualmente rellenos por líneas paralelas al borde o por rectángulos menores. No se reportan en combinaciones con curvas, y muy escasamente con óvalos. Combinan con el punteado, pero no frecuentemente.

CONSIDERACIONES ESTÉTICAS SOBRE LOS DISEÑOS Y SU FUNCIONALIDAD ORNAMENTAL

Los diseños reunidos se caracterizan por el elevado nivel de geometrización y abstracción. Resulta imposible distinguir, con algún grado de certidumbre, intenciones figurativas. Las combinaciones de motivos complejos que resultan más afines con este propósito no son precisamente las más comunes; cualquier especulación en este sentido carece de basamento.

En el plano formal, los diseños incisos caracterizan a plenitud su función ornamental,⁸ decoran con máximo de efectividad la superficie del recipiente y sacrifican el sentido del motivo usado al logro de una esencia gráfica, que además de enriquecer la visualidad de la vasija reafirma la coherencia de sus partes.

El metro, al igual que el ritmo, resulta simple, pero riguroso. Se consigue dividiendo el diseño, según las exigencias posicionales del respaldo, en partes uniformes repartidas a lo largo de un plano

Estadística regional

Presencia porcentual respecto al total de diseños en sitio. Frecuencia promedio del tipo de diseño

SITIO	A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	U
Cantidad de sitios donde se reporta	11	13	4	13	4	1	1	4	7	13	3	1	3	3	5	4	1	4	1	1	10
Loma Danté	14.3	24.5		28.6			4.1	4.1	8.2	2	2			2	2						6.1
Estento	4.5	10	4.5	5	5			5		15						2					5
Loma Campanera	13.5	8.1		45.9	2.7				5.4	5.4			2.7				5.4				2.7
El Boniato		16.6						16.6		16.6						50					
Porvenir				46.6					6.6	40											
Chorro de Maita	20	13.3		33.3	6.66				6.6	6.66						6.66		3.33			6.66
Jucaro		56.6	3.33	13.3		10				3.33					6.66						3.33
Punta de Pulpo	12.5	12.5		12.5					25	25											12.5
Aguas Gordas		44.4		22.2						22.2									11.1		
Cayo Baray	22	28.4	1.05	20					3.15	11.5		2.1						1.05		6.31	6.31
Cochile		31.5	5.26	36.8					10.5	5.26	5.26										
Loma Forestal	3.33	6.66		40						16.6			10		20						3.33
Barajagua I	11.1	11.1		22.2									11.1	11.1	11.1						11.1
Barajagua II	7.07	36.8		22.8	3.5			5.26		8.77	3.5			1.75	1.75	7.01		1.75	1.75		1.75
Frecuencia promedio	16.5	23.1	3.66	26.8	4.46	10	4.1	7.74	9.35	13.7	3.58	2.1	7.93	4.95	8.3	16.4	5.16	4.3	1.75	6.31	5.87

- A Punteado fino
- B Punteado grueso
- C Punteado doble
- D Líneas paralelas al borde
- E Líneas paralelas combinadas con puntos
- F Líneas paralelas combinadas con perpendiculares
- G Paralelas combinadas con oblicuas
- H Líneas perpendiculares
- I Oblicuas
- J Oblicuas y paralelas alternantes
- K Oblicuas o paralelas alternantes combinadas con puntos

- L Oblicuas o paralelas alternantes combinadas con círculos
- M Rectángulos
- N Rectángulos combinados con paralelas al borde
- O Óvalos
- P Óvalos combinados con paralelas al borde
- Q Óvalos combinados con paralelas al borde y puntos
- R Combinación compleja de óvalos
- S Óvalos combinados con líneas de puntos
- T Curva cerrada
- U Curva abierta

horizontal en el que los motivos simples y complejos se repiten o combinan. El ritmo mueve en estos espacios uniformes motivos diferentes o un mismo motivo con complementos distintos, estos motivos generalmente se alternan aunque se dan algunos casos de curiosas reiteraciones de un mismo motivo que se invierte alternativamente, y se engarza consigo mismo, o que se repite una vez combinado con otro más simple. Las acentuaciones del ritmo, también alternantes, se logran intercalando un motivo, generalmente simple, en los espacios que forman las combinaciones de otros motivos. Estos intercalamientos son preferentemente verticales y enriquecen y compactan el diseño, por lo que consiguen una perfecta simetría.

Pese a la sencillez de estos recursos, el efecto final posee una admirable organicidad, conseguida tanto en la adecuación del diseño al respaldo, como en la contribución del diseño a la definición visual de las partes de la vasija: la delimitación de un respaldo enriquecido por la decoración, de un borde más visible y conclusivo, de una cintura que encarna en el conjunto el movimiento estructural de la pieza, y de unas asas, si las posee, más coherentes y afectas al estilo del todo que es el recipiente.

CONCLUSIONES

El proceso de análisis de la muestra en estudio permitió establecer la forma en que se estructuran los diseños. La repetición o combinación de los motivos, especialmente las líneas paralelas, perpendiculares u oblicuas al borde de la vasija y los punteados, curvas, óvalos y rectángulos es la base de la mayoría de las decoraciones de este tipo. Entre éstas se destacó un grupo de significativa distribución y frecuencia, que funciona como base de las variaciones, asumidas por los restantes diseños. La valoración temporal de estos diseños mostró que los punteados gruesos y finos y las líneas paralelas y oblicuas alternantes son típicos de los niveles tempranos, aunque no dejan de presentarse en el resto de los momentos del yacimiento. Los óvalos y curvas son características de los estratos superiores, asumen una temporalidad media o tardía.

El catálogo, resultado gráfico del trabajo de recopilación, muestra variaciones con distinto grado de complejidad, que toman como base un total de 44 tipos de diseño.

NOTAS

¹ Consultense las objeciones planteadas por el Dr. Marcio Veloz Maggiolo (1977, 1988 y 1993).

² La información de los ceramógrafos de estos residuarios se tomó de las siguientes fuentes: Loma Baní, Esterito, Loma de La Campana, El Boniato, El Porvenir, Chorro de Maita, El Júcaro, Punta de Pulpo, Cayo Barlay, Loma de Ochile, Loma del Cementerio de Barajagua y Barajagua II (expedientes de sitios en Archivos del Departamento Centro-Oriental de Arqueología, Holguín), Aguas Gordas (Nilecta Castellanos y Milton Pino, 1996) y Loma de La Forestal (Nilecta Castellanos y Milton Pino, 1991).

³ Estos datos han sido tomados de tablas preparadas por el Dr. E. Tabío a partir del análisis de material obtenido durante esas excavaciones. Las tablas aparecen en el expediente de Aguas Gordas que se conserva en los Archivos del Centro de Antropología en La Habana.

⁴ Rebajamiento por raspado en la pared de la vasija.

⁵ Para la definición de los elementos estructurales se consultaron como referencia de apoyo los trabajos de Navarro, E. (1973) y Rodríguez Cullel, C. (1978).

⁶ Ésta no es la única función del diseño inciso, que a nuestro entender siempre tiene alguna connotación simbólica.

BIBLIOGRAFÍA

- Castellanos, Nilecta y Milton Pino (1986): "Arqueología del norte de las provincias de Holguín y Las Tunas". Inédito.
- ____ (1991): "La cerámica aborigen de la Loma de La Forestal", en *Arqueología de Cuba y otras áreas antillanas*. La Habana, Editorial Academia.
- Garcla Castañeda, J. A. (1938): "Asiento Yayal", en *Revista de Arqueología y Etnología*, La Habana, agosto, 1(1): 44-57.
- ____ (1939): "Asiento de Ochile", en *Revista de arqueología y etnología*, La Habana, febrero, 1(3): 47-56.
- ____ (1940): "Asiento pesquero", en *Revista de arqueología y etnología*, La Habana, 2(4): 56-60.
- Guarch del Monte, J. M. et al (1993): "Historia arqueológica de los aborígenes de la provincia Holguín". Inédito.
- Jardines Macías, Juan E. (1990): "Variante cultural Baní". Inédito.
- Ochoa, Idalia (1993): "Catálogo de diseños incisos en el museo Baní". Inédito.
- Navarrete Sánchez, Rodrigo (1990): "Cerámica y etnicidad, una aproximación al estudio de las formas culturales como expresión de lo étnico", en *Boletín de Antropología Americana*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, (22).
- Navarro, Ernesto (1973): *Motivos de arte en la cerámica indocubana*. Universidad de La Habana.
- Rodríguez Cullel, Caridad (1978): "Catálogo gráfico de los diseños decorativos en la cerámica taína de Cuba", en *Cuba arqueológica*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- Rouse, Irving (1942): *Archaeology of the Maniabon Hills, Cuba*. New Haven, Yale University.
- Valcárcel Rojas, Roberto (1992): "Catálogo gráfico de los diseños incisos del área de Banes en el Museo Indocubano Baní". Inédito.
- Veloz Maggiolo, Marcio (1977): *Medioambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo*. Santo Domingo, Editora de la UASD, t. II.
- ____ (1988): "La arqueología de la vida cotidiana", en *Hacia una arqueología social* (Actas del primer simposio de la Fundación de Arqueología del Caribe). San José, Universidad de Costa Rica.
- ____ (1993): "Arqueología e identidades" en *Revista de Arqueología Americana*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, (7) enero-junio, 36.

EL SITIO ARQUEOLÓGICO LOS BUCHILLONES

JORGE CALVERA / EVA SERRANO
MANUEL REY / IRÁN PERDOMO
YUDELSY YPARRAGUIRRE



Restauración arqueológica

INTRODUCCIÓN

Recientemente ha aparecido una colección de casi centenar y medio de piezas de madera confeccionadas fundamentalmente en guayacán y en ébano, que ha querido asignarse a los grupos aruacos agricultores y ceramistas que, con la denominación genérica de subtaínos, se asentaron en el sitio de habitación de primera magnitud conocido por el nombre de Los Buchillones, ubicado al norte de la provincia cubana de Ciego de Ávila.

Basándonos en más de diez años de trabajo en el lugar y en la región toda, indicamos la imposibilidad de asignar las piezas de referencia al sitio en cuestión, lo cual fue corroborado en los trabajos exploratorios desarrollados con los aficionados que encontraron las piezas, los que demostraron que éstas se localizan en el fondo de una salina abandonada, ubicada al oeste de Los Buchillones. Ellos informaron, además, que también han sido extraídas piezas de madera de los fondos marinos situados justamente frente a la salina, pero ese lugar no pudo ser explorado.

La cantidad de piezas encontradas sorprende al observador, pues aunque es conocido que nuestros aborígenes utilizaron la madera con los fines más variados (desde la construcción de viviendas y medios de transporte, fabricación de instrumentos de producción y de objetos relacionados con las manifestaciones supraestructurales, hasta la utilización de ramas y leños para producir fuego), los hallazgos de artefactos de este género son casi excepcionales en los residuarios aborígenes de Cuba –y del resto del Caribe insular– debido a lo perecedero de este material en las condiciones del clima húmedo y tropical del territorio cubano y del resto de las islas caribeñas.

Debido a ello, la mayor parte de los objetos elaborados en madera que se ha obtenido hasta el presente en Cuba ha sido en cuevas muy secas, en ocasiones selladas; en fondos cenagosos de lagunas; y en zonas costeras pantanosas. Esta última condición, al menos en principio, se presenta en el área que nos ocupa.

Por las razones planteadas proponemos la realización de investigaciones que conduzcan a detectar el lugar exacto en el que se localizaba el poblado de los aborígenes que fabricaron los elementos integrantes de la muestra, los que luego cayeron por accidente –o fueron arrojados intencionalmente– a las aguas.

Otro de los propósitos perseguidos en el estudio es la determinación de la autenticidad de los objetos, pues aunque presentan muchas características que los aproximan a originales piezas aborígenes, también existen variadas consideraciones –relacionadas, tanto con las piezas en sí, como con el medio que las rodea– que conspiran contra la posibilidad de poder afirmar categóricamente que fueran elaboradas por los subtaínos.

En el caso de lograrse esos dos objetivos, el hallazgo de las piezas constituiría una verdadera novedad en el ámbito de la arqueología de los grupos aruacos insulares, pues la cifra que integra la muestra (que incluye hermosos cemies, dujos, espátulas vómicas, bandejas de ofrenda) encontrada en un solo sitio de la subregión Ciego de Ávila –integrante de la Región Arqueológica Centro-Oriental de Cuba– constituye más del triple del número de las piezas de madera de todos los grupos culturales reportadas hasta ahora en Cuba, y que esa cantidad de piezas del sitio iguala o supera el número de las halladas en todas las islas que conforman las Antillas Mayores.

La información que expondremos a continuación, que incluye también generalidades acerca de los grupos aruacos que habitaron el archipiélago cubano, puede considerarse como un trabajo preliminar realizado en pos de lograr el objetivo propuesto.

LAS MIGRACIONES ARUACAS. ANTECEDENTES

Las investigaciones arqueológicas realizadas en el área caribeña nos permiten conocer, como ha señalado Ernesto E. Tablo (1988), que unos dos siglos a.n.e. grupos aborígenes agricultores y ceramistas, de filiación aruaca, iniciaron la ocupación de las Antillas utilizando como base el nordeste de Venezuela, en regiones cercanas al delta del Orinoco. Gradualmente se trasladaron por las islas que forman el arco de las Antillas Menores y ya en siglo I de nuestra era se asentaron en Puerto Rico.

Al cabo de cuatro o cinco siglos de permanencia en esa isla, reiniciaron su desplazamiento al oeste y llegaron a la parte oriental de La Española, hacia el 500 de nuestra era. Las series o estilos similares y continuos en la cerámica de estos grupos (Cruixent y Rouse, 1958) –máximos indicadores del desarrollo logrado– que se produjeron durante la ocupación mencionada son perfectamente rastreables a lo largo del arco antillano y puede observarse un proceso evolutivo, que alcanza su punto culminante en las series chicoide y meillacoide, formadas en esa porción oriental de La Española y trasladadas posteriormente a Cuba (por el 700 d.n.e.), donde se representan –al igual que en aquella isla y en Puerto Rico– en los taínos y subtaínos, respectivamente. En los dos siglos siguientes ocupan Jamaica y Las Bahamas.

LOS AGROALFAREROS EN CUBA

Resulta conocido que los grupos aborígenes agroalfareros que llegaron al archipiélago cubano se asentaron fundamentalmente en la porción más oriental del país: los taínos en el triángulo formado por la Punta de Maisí y las ciudades de Baracoa y Guantánamo –al norte y al sur, respectivamente–, donde en distintas épocas han sido localizadas varias piezas de madera; y los subtaínos en el área de Banes y sus alrededores, que constituye la de mayor concentración de sitios agricultores y ceramistas. Ha sido también el área más trabajada, tanto por cubanos como por extranjeros, y es por ende la más conocida. En uno de los sitios de esta área fue encontrado el ídolo de madera conocido por el nombre de Taguabo.

También se sabe que esos denominados subtaínos se localizan, además, en el suroeste de la antigua provincia de Oriente; en el norte de las de Camagüey y Ciego de Ávila, así como en la de Sancti Spiritus (territorio que conforma la Región Arqueológica Centro-Oriental) y en la faja costera meridional de esta última provincia y de la de Cienfuegos, integrantes ambas de la Región Arqueológica Centro-Sur de Cuba. Si tomamos en consideración la enorme extensión de territorio que abarcan esas regiones arqueológicas, la cantidad de sitios reportados resulta mínima y no se acerca ni remotamente a la de residuarios encontrados en el norte de Holguín.

Más al oeste, en la por nosotros denominada Región Arqueológica Occidental, se encuentran otros sitios aislados con presencia de hombres agricultores y ceramistas; tal es el caso de El Morrillo, junto a la bahía de Matanzas, y del sitio reportado por grupos de aficionados a la arqueología en el sur de la provincia habanera (J. Febles, comunicación personal). En el norte de este último territorio, en la zona del litoral este del norte de La Habana (desde Bacuranao hasta Bacunayagua) se concentra un amplio grupo de sitios agroalfareros clasificados como tempranos (A. Martínez, comunicación personal), en uno de los cuales esta investigadora rescató cuatro esferas de madera talladas con diversos motivos decorativos.

En la provincia de Pinar del Río no han sido detectados yacimientos asignables a los grupos a los que nos estamos refiriendo, pero sí varias piezas confeccionadas en madera, pertenecientes a comunidades preagroalfareras.

En la porción septentrional de Camagüey conocimos de la existencia de varios sitios de asentamiento subtaínos ubicados en las márgenes del río Caonao (entre ellos el supuesto lugar de la célebre matanza de ese mismo nombre); de un sitio reportado como ceremonial por A. Núñez Jiménez y M. Rivero de la Calle (1958: 25), el de La Loma de las Tres Hermanas –antiguamente conocida como Loma del Indio–, en las cercanías de Esmeralda; y de un poblado mencionado por el grupo Caonabo, ubicado en la zona de Imías, al norte del área de Cubitas (Morales Patiño, 1948: 22).

Además, sabemos de los trabajos efectuados por miembros del grupo Yarabey (J. M. Guarch, comunicación personal) y de las excavaciones controladas llevadas a cabo durante el año 1962 por investigadores del Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba en el sitio La Leonor, en las cercanías de Tabor, muy próximo a la margen derecha del río Caonao (Academia de Ciencia de Cuba, inédito). Este último colectivo localizó y excavó en el año 1964 un sitio de contacto indohispánico en Punta de Guincho, sobre la bahía de Nuevitas (R. Payarés, comunicación personal).

Se decidió entonces, para sistematizar los trabajos, desarrollar una cuidadosa búsqueda bibliográfica y realizar entrevistas a personas que durante algunos años efectuaron trabajos como aficionados —así como a campesinos residentes en la región de estudio— y se pudo constatar que la primera referencia escrita relacionada con el territorio en cuestión data de los inicios de la decimosexta centuria: el protector de indios señala que al llegar los españoles a Caonao “estaban en la plazuela obra de 2 000 indios, todos sentados en cocillitas, porque así lo tienen por costumbre” (Las Casas, 1951, t. 2: 535).

Deben transcurrir luego dos largos siglos para que se conozca de los primeros trabajos arqueológicos realizados en el norte de la región que nos ocupa: a mediados del siglo XIX —en el año 1850— Eusebio Jiménez localiza un residuario aborigen en las cercanías de Morón. Los utensilios indios de cerámica y los ídolos extraídos fueron posteriormente estudiados por Andrés Poey (Tabío y Rey, 1979).

En el bienio formado por los años 1895 y 1896 se recogieron varios fragmentos de hachas petaloideas en una finca ubicada también en las proximidades de la localidad moronense. La recolecta fue efectuada por Fernando García y Grave de Peralta, quien tuvo además —según expresó— noticias de hallazgos similares en la zona y sus alrededores, pero sobre los que no ofreció más detalles (Pichardo, 1960).

Hasta el año 1917 no se vuelven a brindar más noticias de sitios agricultores y ceramistas en la región arqueológica. En esa fecha se reportó un asentamiento en las cercanías de la localidad de Guáimaro, el más oriental de los municipios camagüeyanos, y otro en Guaney, cerca de la desembocadura del río Caonao. Años después se indica el asentamiento de La Gloria —poblado fomentado a inicios del siglo XX por un grupo de norteamericanos, al norte de Cubitas— y otro nuevo sitio fue detectado en 1938 en el poblado de Mabuya, muy próximo al límite con la provincia de Sancti Spiritus (Pichardo, 1960).

Felipe Pichardo Moya, en su trabajo titulado *Mapa indioarqueológico de Camagüey* (1960), hace referencia a otros trabajos realizados por diversas personas y grupos y por él mismo en las décadas de los cuarenta y los cincuenta del presente siglo, pero muchos de ellos se enmarcan dentro de otros grupos culturales. En este trabajo se referencia el sureño sitio de Palo Alto, ubicado en la parte meridional de

la provincia de Sancti Spiritus, pero en el mismo límite con la de Ciego de Ávila. Conviene destacar que es el único sitio agroalfarero ubicado al sur de la Región Arqueológica Centro-Oriental de Cuba.

Las únicas referencias bibliográficas que con anterioridad a las mencionadas hablamos localizado estaban relacionadas con la resistencia que opusieron a la conquista grupos de indios que se refugiaron en la cayería del norte y que, eventualmente, realizaban ataques contra los españoles y los “indios mansos” (Ibarra, 1979), así como con los datos proporcionados por Portuondo (1957) acerca de la tristemente célebre matanza de Caonao.

No obstante, se entendía que la poca abundancia de sitios aborígenes —en general— detectados en la región obedecía exclusivamente a la ausencia de una búsqueda minuciosa y sistemática y no al hecho de que no la habitaran. Por esas razones se inició en la parte septentrional de las provincias avileña y agramontina una serie de exploraciones en los alrededores de los lugares donde habían sido detectados algunos de los sitios agroalfareros en el período prerrevolucionario. Resulta digno de mención el hecho de que, aunque estos sitios fueron reportados y trabajados esencialmente por grupos de aficionados, no hayan sido destruidos y que su ubicación resultara tan precisa como para permitir una relocalización sin mayores contratiempos.

De ellos, fue el grupo moronense Caonabo el que más trabajos de este género hizo dentro de los límites de la región en estudio. Sus integrantes realizaron en el territorio que actualmente ocupa la provincia de Ciego de Ávila y la porción noroccidental de la camagüeyana una veintena de exploraciones y excavaciones arqueológicas y, entre los sitios visitados, merecen destacarse La Garita, La Victoria, Santa Sofía, Las Playuelas, El Triunfo, Santa Clarita y Los Buchillones, según se consigna en los resúmenes anuales de actividades, publicados por la *Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología* (Morales Patiño, 1947, 1948, 1949, 1950, 1951; Pichardo, 1960).

Durante los trabajos de prospección arqueológica desarrollados por nosotros, fueron visitados todos los sitios reportados por éste y otros grupos de aficionados y se detectaron 28 más. Se pudieron determinar sus generalidades y sus peculiaridades, además de realizarse excavaciones en varios de esos yacimientos.

Conviene destacar que en ninguna de las referencias que hemos citado se hace mención al hallazgo de pieza de madera alguna. Tampoco hemos encontrado objetos de ese material en nuestros trabajos de campo en los diferentes residuarios de la Región Arqueológica Centro-Oriental de Cuba.

LA PORCIÓN SEPTENTRIONAL DE LA REGIÓN ARQUEOLÓGICA CENTRO-ORIENTAL DE CUBA

Para la realización de las investigaciones científicas sobre las comunidades aborígenes, el archipiélago cubano ha sido dividido en regiones y subregiones arqueológicas que concentran asentamientos con

avances socio-culturales y económicos muy parecidos en cada una de sus etapas de desarrollo y que, además, presentan condiciones físico-geográficas similares. Una de éstas es la Región Arqueológica Centro-Oriental de Cuba, de la cual nos referiremos ahora a su porción norte y, dentro de ella, a las comunidades de agricultores y ceramistas.

EL PAISAJE DE LA REGIÓN

La porción septentrional de la región se extiende por toda la mitad norte de las provincias de Camagüey y Ciego de Ávila, es decir, desde las Alturas de Jatibonico, en Ciego de Ávila (aunque incluye zonas de Sancti Spiritus), hasta las Nuevas Grandes, en el límite oriental de la provincia camagüeyana. En profundidad, esta región penetra como promedio unos 40 kilómetros tierra adentro y puede en ocasiones alcanzar más de 60 kilómetros. Como límite sur, se ha tomado el parteaguas central. En la región se incluye también toda la cayería que integra el archipiélago Sabana-Camagüey, que sirve de límite exterior al mar de sonda.

El rasgo predominante de esta parte de la región es su relieve plano, con presencia de extensas llanuras sólo interrumpidas por cadenas orográficas de mediana altura, como las Alturas del Nordeste, en su porción del Periclinal de Jatibonico, y la Sierra de Cubitas, así como

también se interrumpe por las alturas residuales y domos salinos aislados: ejemplos de este último fenómeno son observables en Punta Alegre (inmediato al sitio Los Buchillones) y en la Loma de Cunagua.

Todos los territorios de los que venimos haciendo referencia reciben la influencia directa del mar y, por su cercanía a éste, podemos denominarlos en su conjunto como territorios costeros septentrionales. Dentro de ellos, la llanura costera septentrional es la más próxima a la línea de la costa y se caracteriza por su topografía, que acusa un casi permanente declive que decrece hacia el mar y se encuentra, además, en parte salpicada por esporádicas elevaciones que no sobrepasan los 100 metros de altitud sobre el nivel medio del mar.

Esa llanura, que en algunas zonas está dividida en tres niveles de terrazas de origen marino con características perfectamente diferenciales —no obstante su génesis única—, hasta los inicios del presente siglo estuvo ocupada por espesos bosques, como consecuencia de la gran fertilidad de sus suelos pardos y rojos (Waibel y Herrera, 1984), los que descansan en substratos estratificados de calizas y margas.

De acuerdo con su descripción morfológica, dentro de esta parte de la región encontramos otros tipos de relieve llano, como es el caso de la llanura fluvio-marina, en la cual la acción transportadora de los ríos que corren procedentes de los territorios elevados tuvieron una impor-



tancia decisiva en su génesis: tal es el caso de la llanura del norte de Chambas. Además, en el límite meridional de esta porción de la región existen llanuras altas erosivo-denudativas, que se presentan en una de sus localidades más características: la llanura sobre serpentina.

El resto de la región se caracteriza por la presencia de diferentes tipos de alturas que revisten importancia, no ya geográficamente hablando, sino desde el punto de vista de la arqueología, debido a la vinculación directa del aborígen agroalfarero con tales tipos de relieve. Entre ellas se destacan las alturas residuales, caracterizadas por la presencia de un casquete calizo que las recubre y que introduce ciertas características cársicas a las mencionadas elevaciones.

Una última característica importante en esta parte de la región es la que se presenta en los alrededores de la Loma de Cunagua: allí existe una extensa zona cenagosa que abarca desde la línea de la costa hasta unos 30 km tierra adentro.

LAS ÁREAS DE CONCENTRACIÓN ARQUEOLÓGICA

Toda la porción septentrional de la Región Arqueológica Centro-Oriental de Cuba se caracteriza por la presencia de cinco áreas donde se agrupan los sitios de todo tipo asignables a grupos de aborígenes agroalfareros. Estas áreas de concentración se localizan desde la parte más occidental de la subregión Ciego de Ávila hasta la porción central de la de Camagüey.

No obstante las ya mencionadas áreas de concentración de sitios agroalfareros, hay dos que aparecen aislados y son los únicos asentamientos costeros –en el sentido estricto de la palabra– que se localizan dentro de los límites de la región de referencia, además de ser también los únicos que presentan conchales en sus proximidades. Tal es el caso del sitio denominado Los Buchillones, ubicado en las cercanías del poblado Punta Alegre, en el norte de la provincia Ciego de Ávila, y del yacimiento conocido como El Chorrillo, Pueblo Viejo o Punta de Guincho, localizado en la ciudad de Nuevitas.

La única zona de esta parte de la región en la que aún no se han detectado sitios agrupados o aislados es la comprendida entre la loma de Santa María, muy próxima a la margen izquierda del río Caonao y la localidad de Cunagua. Esa ausencia de sitios aborígenes en la zona indicada tal vez se deba a la conjunción allí de diversas características naturales, como son la carencia de corrientes superficiales, los muchos cenagales costeros y el relieve del territorio, en extremo bajo y llano.

Una primera área de concentración de sitios agroalfareros –la denominada Falla–, presente en la región, es la integrada por el sistema de asentamiento hasta ahora considerado como típico para los agricultores y ceramistas que habitaron el archipiélago cubano hasta pocos años después de la llegada del conquistador europeo: nos referimos, sin lugar a dudas, a la ubicación de esos sitios en la cima

de pequeñas elevaciones y con cuerpos de agua dulce en las cercanías, según plantean Ernesto Tabío y Estrella Rey (1979). Este sistema de asentamiento se ejemplifica en los sitios Santa Clarita, El Güiro y en el ubicado en las márgenes del río La Palma, nombre que recibe en los alrededores de Florencia el río Chambas o Los Perros. También se localiza en esta área de concentración un sitio de contacto indohispánico: Mabuya.

El área en cuestión, que acusa en sus terrenos una ondulación de ligera a media, geográficamente se enmarca en las primeras estribaciones del periclinal de las Alturas del Nordeste o de Jatibonico, además de adentrarse en este grupo orográfico, sobre todo en el fuertemente diseccionado Valle de Tamarindo.

Un segundo ejemplo de área de concentración, Romanillo –aunque en este caso solamente se han detectado tres sitios de habitación: Romanillo 1 y 2 y Guanito– se inserta en una llanura ligeramente diseccionada en algunas porciones y que se extiende en dirección suroeste, desde las cercanías del complejo agroindustrial azucarero Ciro Redondo –junto al río Naranjo– hasta las proximidades de la Loma de la Carolina. Por las características casi totalmente llanas de sus tierras, el área constituye un nuevo hábitat detectado para estos grupos.

Sin embargo, es en los alrededores de la Loma de Cunagua, también conocida como Sierra de San Judas de la Cunagua, donde se localiza un área de concentración (La Cunagua) con presencia de una serie de sitios de ceramistas y agricultores que se diferencian de los del resto del país en cuanto a su ubicación. Todos los sitios localizados en esta área se encuentran en las porciones ligeramente elevadas de los terrenos bajos y cenagosos, salpicados de pequeñas lagunas, en los cuales se inserta el domo de Cunagua. La navegación por los cuerpos de agua allí existentes debió permitir a sus habitantes establecer fácilmente la comunicación entre los sitios.

Más hacia el oriente se encuentra la cuarta área de concentración, llamada Caonao, localizada en la parte norte de esta región arqueológica. Ella se ubica en las márgenes del río Caonao –que sirve de límite a las provincias de Ciego de Ávila y Camagüey– y se extiende desde las inmediaciones del sitio de habitación La Leonor, muy cercano al poblado de Tabor, hasta la desembocadura de la mencionada corriente fluvial. Con más propiedad debió hablarse de la margen, en singular, puesto que es en una sola, en la derecha, donde se ha localizado media docena de asentamientos, tres de ellos inmediatos al río y los otros tres –entre ellos el montículo ceremonial El Murciélago– en las ligeras ondulaciones de la aislada y cársica Loma de las Tres Hermanas, con sus suelos calizos.

Entre los sitios ribereños merece destacarse el denominado Curva o Charco del Manatí, que sorprende con su treintena de amplios y elevados montículos: por su tamaño y ubicación hemos inferido que

bien pudiera tratarse del poblado de Caonao, donde ocurriera la matanza de indígenas a inicios de la conquista española. También pudo haber sido el asentamiento en que se estableció en segunda opción la villa de Santa María del Puerto del Príncipe.

Por último, y ya en franco territorio agramontino, en la llanura septentrional de Cubitas, se localiza la quinta área de concentración arqueológica atribuible a los grupos aborígenes agricultores y ceramistas, conocidos como subtaños en la literatura arqueológica.

El área de concentración Cubitas reviste especial importancia debido a la presencia allí de manifestaciones pictográficas únicas en Cuba hasta el momento. A esta área de concentración más bien pudiera llamársele complejo, si cupiera el término, por la presencia en ella de casi todas las variantes posibles de asentamientos asignados a estos grupos agroalfareros: cuevas con manifestaciones de arte rupestre, lo que constituye la única región pictográfica del país atribuible a grupos agroalfareros; cuevas funerarias; cuevas con posibles petroglifos; cuevas que presentan entrelazamientos de vasijas de barro completas, o restos de ellas, asociadas con huesos humanos o con pictografías y maternal lítico, sitios de habitación de primera magnitud y un paradero en el vecino cayó Guajaba, perteneciente al archipiélago Sabana-Camaguey o de los Jardines del Rey.

Con relación a la posibilidad de que las otras áreas tengan en su contexto sitios ceremoniales, queremos expresar lo siguiente: el sitio aislado Los Buchillones, el área colinosa Falla y el área del sistema lacuno-palustre de Cunagua se asemejan —por el denominador común de la cercanía a elevaciones cársicas— al área de Cubitas. Sin embargo, no hemos encontrado en ninguno de los tres lugares cuevas ceremoniales o funerarias, como tampoco las hemos hallado en el área Romanillo ni en Caonao, aunque en este último caso sí aparece lo que ha sido denominado como sitio ceremonial al aire libre (Núñez Jiménez y Rivero de la Calle, 1958). Estamos convencidos de que una búsqueda exhaustiva las haría aparecer puesto que el grado de desarrollo alcanzado por sus moradores los llevaba a depositar sus muertos en las cuevas y a ejecutar pictografías. Se impone esa búsqueda.

EL SITIO LOS BUCHILLONES

El sitio Los Buchillones constituye un caso excepcional en el contexto de las localidades de agroalfareros ubicadas en el norte de la subregión arqueológica de Ciego de Ávila: la singularidad viene dada por su aislamiento y su establecimiento sobre la línea misma de la costa, en el extremo de un potrero llano de suelos calizos y algo arenosos, no muy fértiles por supuesto, pero tampoco inútiles para la agricultura.

Los detalles referidos lo asemejan a otros sitios hallados en diferentes partes del país, como son los casos de Pueblo Viejo, en Nuevitás; El Porvenir, al este de la playa de Guadalavaca, provincia de Holguín;

y El Morrillo, sobre la bahía de Matanzas. Coincide también el sitio objeto de nuestro estudio con los más arriba señalados en su proximidad a pequeñas elevaciones cársicas.

Por último, el sitio Los Buchillones merece una especial mención por el estado de deterioro sufrido y por el peligro de su rápida desaparición, lo que obligó a someterlo a un tratamiento individualizado y se decidió, en su momento, la realización allí de excavaciones arqueológicas que permitieran estudiarlo antes de su pérdida total. También influyó notablemente en la determinación de incluido entre los sitios que debían ser excavados la excepcional alta frecuencia de evidencias arqueológicas de cerámica, piedra y concha —no madera— encontradas en superficie y en zonas aledañas, lo que hace suponer que fuera un asentamiento importante, extremo este que se comprueba en las entrevistas realizadas (T. Herrera, comunicación personal), que permiten afirmar la existencia en un pasado no muy lejano de al menos una veintena de montículos en el lugar.

Abundando en lo planteado, queremos resaltar que, entre los sitios agroalfareros trabajados por nosotros en toda Cuba, es éste el que presenta en superficie la mayor cantidad de restos materiales de sus primitivos pobladores, cantidad que se encuentra en proporción con la de los elementos obtenidos en las excavaciones.

La línea de la costa en la zona del sitio estaba protegida hasta finales de la década de los cincuenta por un frondoso yanal y por manglares que defendían los límites de la débil llanura de los efectos de la erosión marina. La tala indiscriminada despojó a esta línea costera de su protección natural, con lo cual el embate de las olas ha producido un violento desgaste en el litoral, que ha avanzado hacia el interior más de 60 metros en unos treinta años y ha hecho desaparecer en las aguas marinas la mayor parte del amplio asentamiento original.

El amplio volumen de evidencias arqueológicas pertenecientes a los montículos erosionados se ha ido depositando en los fondos arenofangosos de la bahía interior y ha sido arrastrado por la corriente marina hacia la barrera de arena que se localiza inmediatamente al oeste del sitio y que, por más de dos kilómetros, sirve de límite exterior a la laguna de aguas salobres allí existente.

En esa barra de arena —que en las cercanías de su canal de comunicación con el mar asienta un conchal probablemente relacionado desde el punto de vista cronológico con el sitio de habitación— resulta posible recoger por millares, luego de la ocurrencia de condiciones meteorológicas que propicien un aumento del oleaje, los fragmentos de cerámica (incluidos pedazos muy grandes de gruesos burenes) en su inmensa mayoría con la superficie totalmente erosionada y con los ángulos suavizados como consecuencia de su constante movimiento en el fondo, que presenta una proporción significativa de elementos abrasivos. Además, muchas de esas piezas presentan en superficie la adherencia de elementos calcáreos marinos.

En menor proporción, se han obtenido en excavaciones y en recogidas de superficie evidencias líticas y de concha: por esta última vía se rescató, entre las raíces del ralo manglar de la barrera arenosa, un hermoso colgante de cuarzo gris verdoso, de 8.1 cm de longitud y 1.5 cm de diámetro, que acusa la presencia de dos perforaciones bicónicas: una longitudinal y otra transversal, muy próxima esta última a uno de sus extremos. Es indudable que esta pieza indica un notable desarrollo tecnológico y tipológico en las industrias de la piedra tallada por parte de esta comunidad de agricultores y ceramistas, lo cual hace lógico suponer que ese desarrollo, si se produjo de una manera armónica, pueda también ser atribuido a otras industrias de estos aborígenes. El colgante presenta ciertas similitudes al comparársele con uno encontrado en Maisí, aunque el de este último lugar está más elaborado en su porción central.



El extremo relacionado con el desarrollo proporcional de las industrias puede ser comprobado al observar que en este mismo medio obtuvimos un pendiente tabular de concha, de gran belleza, y un enorme pico (35 cm) logrado a partir de un caracol *Xancus angulatus*, que presenta dos perforaciones para su enmangamiento por la parte superior. Resulta conveniente destacar que este tipo de artefacto en esta especie de molusco no es muy abundante en Cuba, aunque en la Florida se le encuentra frecuentemente.

No obstante la lógica preferencia por las actividades marinas, determinada a través de los elementos rescatados en las excavaciones controladas y por el hallazgo en el lejano Cayo Guillermo de varios fragmentos de vasijas de cerámica idénticos a los colectados en Los Buchillones, el desarrollo que le estamos atribuyendo a los moradores de este sitio se comprueba a través de una evidencia más: la alta frecuencia de restos de burenes, lo que indica muy claramente que la actividad agrícola no podía ser entre ellos ni mucho menos marginal. Es más, la ubicación del yacimiento en una llanura de suelos con ciertas características arenosas, no muy fértiles, puede hacer pensar en la utilización allí de técnicas avanzadas, que tal vez rebasaron el cultivo de roza.

LAS TALLAS EN MADERA: CONSIDERACIONES GENERALES

Se supone que un grupo de aborígenes agricultores y ceramistas con un desarrollo como el que le estamos atribuyendo al que habitó el sitio de Los Buchillones pudo haber realizado las magníficas obras de arte en madera que recién aparecen y que se dicen pertenecían, precisamente, a ese yacimiento arqueológico. No obstante, luego de las experiencias que hemos obtenido durante nuestro tiempo de trabajo en la zona, expusimos categóricamente en su momento que esas piezas no debían asignarse al sitio de referencia. También manifestamos nuestras dudas en cuanto a la autenticidad de las mismas, a pesar de los criterios contrarios de colegas de gran prestigio (L. Domínguez y M. Rivero de la Calle, comunicación personal). En aquellos instantes fundamentamos nuestro parecer en los siguientes aspectos:

1. A pesar de la evidente proporción existente entre la cantidad de materiales de cerámica, piedra y concha obtenida en las recogidas de superficie y en las excavaciones estratigráficamente controladas, no ha sido localizada ni una pieza de madera, ni a lo largo de estas tareas, ni arrastradas por el mar hacia la barra de arena, donde han sido colectadas piezas de mayor peso y tamaño que las presentadas como pertenecientes a Los Buchillones.
2. Todas las piezas de los diferentes materiales que han sido recogidas luego de su arrastre por el mar presentan la superficie muy alisada, e incluso en muchas de las de barro ha desaparecido la capa exterior y ha quedado al descubierto el temperante —constituido fundamentalmente por arena de la playa próxima al sitio—, el

cual está también perfectamente pulido. Ello contrasta notablemente con las angulosidades y asperezas presentes en las piezas integrantes de la numerosa muestra de madera encontrada. Las piezas de cerámica sacadas del mar también se diferencian significativamente, por las mismas razones, de las obtenidas en excavaciones o en recogidas realizadas justo encima del sitio.

3. Cierta cantidad de las piezas recogidas en la barra de arena presenta adherencia de materiales de concha en su superficie, lo cual no ha sido observado siquiera en una de las piezas de madera.
4. Si las piezas de madera fueran de Los Buchillones, entonces deben haber comenzado a caer al mar a partir de 1959, año en que se taló la barrera que protegía al sitio del ataque marino. Es decir, hasta hace sólo tres décadas esas piezas de materia orgánica estuvieron en tierra y no se destruyeron a consecuencia de nuestro clima tropical y húmedo, lo cual tal vez pudiera aceptarse si se comprueba científicamente que las características arenosas que los propietarios del terreno le atribuyen al suelo tuvieron que ver con esa preservación. Aun así, ¿por qué no aparecen piezas de madera en los dos montículos que han subsistido y en el resto de la plaza central? Recuérdese la proporción que debe funcionar y que establece el punto 1.
5. No ha podido demostrarse por vía de la recogida de información la existencia de palafitos en la zona. Ello no ha logrado comprobarse siquiera por tradición oral: los más viejos habitantes nunca oyeron a sus mayores referirse a este tipo de construcción en las etapas pseudorrepública y colonial. Además, las referencias concretas a este tipo de construcciones durante el período aborigen son muy imprecisas y las ubican demasiado al oeste de Los Buchillones, en la zona de Carahatas (Las Casas, 1951). Al respecto plantea Fernando Portuondo (1957: 71): "La generalidad de los historiadores suponen que el pueblo de Carahata estaba situado hacia la desembocadura del río Sagua La Grande. En época reciente el Dr. Alberto Martínez Fortún ha sostenido con sugestivos argumentos que Carahata estuvo en Cayo Conuco, entre la bahía de Caibarién y la ensenada de Tesico".
6. No debe tomarse en consideración para determinar la originalidad de una pieza de madera la antigüedad del árbol en el cual fue elaborada. La pieza pudo haber sido hecha sobre un madero muy antiguo, incluso puede éste haber estado sumergido cientos de años, haber sido extraído, secado, tallado y luego vuelto a sumergir.
7. Como consideración general, se ha podido comprobar que en ninguno del resto de los sitios de la región toda han aparecido piezas de madera, lo que no indica que no las fabricaran, sino lo difícil de su preservación.

Tallas en madera que supuestamente pertenecen al sitio Los Buchillones



CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

Las ya mencionadas exploraciones que se realizaron en unión de los aficionados descubridores de las piezas de madera permitieron conocer que éstas no pertenecían al sitio Los Buchillones, sino que fueron colectadas en el fondo de la laguna —antigua salina— que se ubica a unos 500 metros al oeste del yacimiento indicado y que también han sido rescatadas (según informaron los aficionados) bajo el mar de sonda inmediato a la laguna mencionada.

Este resultado despeja las incógnitas planteadas en los puntos 1 y 3 en cuanto a la no pertenencia de los objetos de madera al solar arqueológico Los Buchillones, pero persiste aún la incertidumbre que se esboza en el resto de los puntos, la cual conspira en contra de la posibilidad de poder pronunciarnos definitivamente acerca de la autenticidad de la muestra.

Estimamos que para ganar mayor claridad en el asunto se debe: a) lograr por todos los medios posibles la detección de la ubicación del sitio habitacional de los aborígenes que elaboraron las piezas; b) realizar pruebas traceológicas a las piezas; c) lograr fechados radiocarbónicos; y d) desarrollar un estudio estilístico de las piezas de madera, que incluya análisis comparativos con las decoraciones presentes en objetos hechos con otros tipos de materiales.

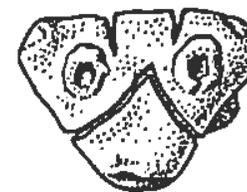
BIBLIOGRAFÍA

- Academia de Ciencias de Cuba (1962): "Informe del Departamento de Antropología". Inédito.
- Cruxent, J. M. o I. Rouse (1958): *An Archaeological Chronology*. Yale University Publishing.
- Domínguez, L. y M. Rivero de la Calle: Comunicación personal.
- Febles, J.: Comunicación personal.
- Guarch, J. M.: Comunicación personal.
- Herrera, T.: Comunicación personal.
- Ibarra, J. (1979): "Las grandes sublevaciones indias desde 1520 hasta 1540 y la abolición de las encomiendas", en *Aproximaciones a Cifo*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Las Casas, B. (1951): *Historia de las Indias*. México, Fondo de Cultura Económica, 3 t.
- Martínez A.: Comunicación personal.
- Ⓢ Morales Patiño, O. (1947): "Arqueología cubana. Resumen de actividades durante el año 1945", en *Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología*, segunda época, La Habana, 2(4-5): 5-54.
- Ⓢ _____ (1948): "Arqueología cubana. Compendio cronológico de actividades sobre arqueología y etnología durante el año 1947 en Cuba", en *Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología*, segunda época, La Habana, 3(6-7): 18-22.
- Ⓢ _____ (1949): "Arqueología cubana. Resumen de actividades durante 1948", en *Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología*, segunda época, La Habana, 4(8-9): 5-48.
- Ⓢ _____ (1950): "Arqueología cubana. Resumen de actividades durante el año 1949", en *Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología*, segunda época, La Habana, 5(10-11): 5-34.
- Ⓢ _____ (1951): "Arqueología cubana. Resumen de actividades durante el año 1950", en *Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología*, segunda época, La Habana, 6(13-14): 8-35.
- Ⓢ Núñez Jiménez, A. y M. Rivero de la Calle (1958). *Excursiones arqueológicas a Camagüey*. Universidad Central de Las Villas.
- Payarés, R.: Comunicación personal.
- Ⓢ Pichardo Moya, F. (1960): "Mapa indoarqueológico de Camagüey", en *Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología*, cuarta época, La Habana, (1).
- Portuondo, F. (1957): *Historia de Cuba*. La Habana, Editorial Minerva.
- Ⓢ Tablo, E. y E. Rey (1979): *Prehistoria de Cuba*; segunda edición. Ciudad de La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Ⓢ Tablo, E. (1988): *Introducción a la arqueología de las Antillas*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Ⓢ Waibel, L. y R. Herrera (1984): *La toponimia en el paisaje cubano*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales. ¶

ACLARACIÓN DE LOS AUTORES

A punto de publicarse este artículo hemos llegado a saber que: 1) se ha confirmado que las piezas de madera pertenecen a un yacimiento que se conoce como La Laguna, situado en la misma área arqueológica que Los Buchillones; 2) fechamientos recientes de las piezas de madera las ubican entre los siglos XIII y XV, datación muy uniforme a pesar de que las piezas no fueron extraídas por métodos controlados estratigráficamente. Los fechados se realizaron en el laboratorio Isotraces de la Universidad de Toronto, gracias a la ayuda del Museo Real de Ontario.

Los autores de este artículo pertenecen al Departamento Centro-Oriental de Arqueología y a la filial del IDICT en la provincia Ciego de Ávila.



NUEVOS ASPECTOS SOBRE EL POBLAMIENTO ABORIGEN DE LA LLANURA CAUTO-GUACANAYABO EN LA PROVINCIA SANTIAGO DE CUBA

JOSÉ F. JIMÉNEZ SANTANDER



INTRODUCCIÓN

Este territorio forma parte de la llanura del Cauto-Guacanayabo; ocupa la parte occidental de la llanura ondulada y la llanura elevada de esta subregión. Limita al sur con la Sierra Maestra, al noreste con los Pinares de Mayarí, y al este con el parteagua de los ríos Contramaestre, Cauto y su afluente, el Guananicum. Su altura oscila entre los 100 y 200 m sobre el nivel del mar (Viña Bayés, comunicación personal).

Como esta zona geográfica no se ha explorado arqueológicamente con la misma intensidad que el área costera de la provincia, el 90 por ciento de los sitios aborígenes ha sido localizado en el territorio ribereño de los municipios Santiago de Cuba y Guamá. Hasta el año 1980, sólo se habían reportado en esta demarcación 6 sitios donde habitaron comunidades aborígenes; exigua cantidad, nada representativa para una zona de fértiles tierras, bañadas por una importante red hidrográfica y con una considerable representación florística y faunística.

Los principales estudios anteriores a 1980 se deben al grupo de investigaciones históricas Alexander Von Humboldt, uno de los pioneros en las investigaciones arqueológicas en la región oriental de Cuba. En dicho grupo despunta la labor realizada por el Dr. Felipe Martínez Arango, profesor y fundador del museo de arqueología de la Universidad de Oriente, a quien corresponde el mérito de haber realizado la primera descripción pormenorizada de las comunidades aborígenes asentadas en la llanura.

En años más recientes, grupos de aficionados incursionaron en la zona, entre los que se destaca el Calizas de Baire, ya desaparecido, y el Grupo de Investigaciones Arqueológicas de Palma Soriano (GIAP), que aún viene desarrollando un serio trabajo.

Los estudios se centraron en las comunidades: La Vegueta de Ibrahím, Guananicum-Cauto, y Dos Palmas, en el municipio Palma Soriano; y Ventas de Casanova, Represa Carlos Manuel de Céspedes y Los Negros, en el municipio Contramaestre.

LOS SITIOS DE LA LLANURA

La Vegueta do Ibrahím

sitio Subtaíno, bastante evolucionado, situado a pocos metros de la orilla del río Cauto, frente al poblado de Palma Soriano. Muy buena la cerámica y abundante la variedad de artefactos y objetos de adorno o mágico-religiosos (Martínez 1982)

Estudios arqueológicos

Nombre oficial del sitio: La Vegueta de Ibrahím.

Coordenadas: X: 586 550; Y: 174 060

Carta: Palma

Hoja No.: 5076-IV

Escala: 1:50 000 ICGC

Edición: 1981 **Reimpreso:** 1983

Descubierto por: No contamos con la información

Reportado por: Felipe Martínez Arango

Municipio: Palma Soriano

Provincia: Santiago de Cuba

A pesar del alto grado de deterioro en que se encuentra por las múltiples construcciones realizadas en el pequeño lomatón donde está encajado, muestra aún su alta riqueza arqueológica. En este sitio de mediana magnitud se ha rescatado una valiosa colección de objetos cerámicos con una variedad asombrosa de tipos y motivos decorativos, entre los que se destaca un bello vaso efigie que se exhibe en el museo municipal de Palma Soriano como orgullo del arte aborígen antillano.

La impresionante muestra de cerámica, donde predominan los motivos zoomorfos, con una depurada técnica decorativa, permite catalogar la industria cerámica de esta comunidad como una de las más desarrolladas de todas las estudiadas en la provincia Santiago de Cuba.

En el área se han rescatado múltiples instrumentos de trabajo, asociados con una alta concentración de restos alimentarios y otros objetos de interés arqueológico.

A pesar de que Martínez clasifica esta comunidad como un sitio subtaíno bastante evolucionado, si se tiene en cuenta la clasificación que hizo de Ventas de Casanova, debió clasificarlo como un sitio subtaíno tardío.

Guanicum-Cauto

Descubrimos el sitio arqueológico en una punta inclinada de tierra que llega exactamente a donde las aguas del río Guanicum entran en las del gran río Cauto. Posiblemente se trata de un residuario Subtaíno medio (Martínez, 1982).

Nombre oficial del sitio: Guanicum-Cauto

Coordenadas: X: 594 060; Y: 183 850

Carta: Palma

Hoja No.: 5076-IV

Escala: 1:50 000 ICGC

Edición: 1981 **Reimpreso:** 1983

Descubierto por: No contamos con la información

Reportado por: Felipe Martínez Arango

Municipio: Palma Soriano

Provincia: Santiago de Cuba

Se trata de un sitio de habitación que Martínez Arango clasifica como de un grupo subtaíno medio, cuestión que se pudo corroborar por el material exhumado en el lugar. No ha sido posible confirmar otros

muchos datos, porque el sitio se halla en la actualidad bajo las aguas del gran embalse Protesta de Baraguá; por ello, ha sido necesario inferir algunas consideraciones, a partir de la escueta descripción realizada por Martínez.

La ubicación en coordenadas cartográficas resulta sumamente difícil, pues se cuenta solamente con esta información: "[...] donde las aguas del río Guanicum entran en las del gran río Cauto [...]" (Martínez, 1982). No queda claro si se refiere a la margen izquierda o a la derecha del río; se supone, por lo observado en el lugar, que se trate de la última posibilidad.

Dos Palmas

En el antiguo término de El Cobre y muy cerca de la represa Charco Mono que abastece la ciudad de Santiago de Cuba, se encuentra enclavado este sitio alfarero, que a juzgar por el material que excavamos, apunta hacia un Subtaíno de cronología media (Martínez, 1982).

Sobre ésta no es posible brindar una información valedera, ya que no se ha podido relocalizar el sitio al que se refiere. Martínez nombra Dos Palmas la comunidad y la ubica cerca de la presa Charco Mono, dos puntos entre los cuales median seis o siete km; como se observa se trata de una zona bastante extensa, donde se han ido descartando las áreas con menos posibilidades para el establecimiento de un asentamiento aborígen, procedimiento que se ha empleado en los casos anteriores.

Ventas de Casanova

Grande y notable sitio, probablemente Subtaíno tardío, ubicado en una altura, sobre el río Contramaestre y a la vista del poblado del mismo nombre. La calidad tecnológica y estética de la cerámica de este sitio es una de las mejores de Cuba (Martínez, 1982).

Nombre oficial del sitio: Ventas de Casanova

Coordenadas: X: 563 575; Y: 187 600

Carta: El Caserio

Hoja No.: 4977-II

Escala: 1:50 000 ICGC

Edición: 1981 **Reimpreso:** 1985

Descubierto por: Blas Chávez Castañeda

Reportado por: Felipe Martínez Arango

Municipio: Contramaestre

Provincia: Santiago de Cuba

El lugar, catalogado como sitio de habitación con una economía productora, presenta un alto grado de destrucción, provocado principalmente por la roturación de tierra, lo que ha acentuado el arrastre de los niveles superiores, donde se encontraba la mayor riqueza arqueológica, hoy dispersa por toda la falda del lomentón e incluso en el pequeño río, al final de la pendiente.

Con relación al tamaño, y por lo observado en el lugar, el autor no considera, como plantea Martínez, que se trata de una comunidad de gran tamaño, sino de un asentamiento de mediana magnitud. Martínez afirma también que el sitio está ubicado en una altura, sobre el río Contra maestre, cuestión que no se presenta realmente así, ya que esta comunidad debió de abastecerse de agua potable de un pequeño riachuelo que discurre a unos 150 m del lugar, a diferencia del Contra maestre, que corre a una distancia de 400 m o más del asentamiento.

Entre los materiales exhumados en el sitio se destaca el considerable desarrollo de la alfarería, tanto por la tecnología de fabricación como por la gran variedad de motivos y tipos de vasija, así como la presencia de burenes. Se colectaron además múltiples instrumentos de trabajo, elaborados a partir de la piedra y la concha

Represa Carlos Manuel de Céspedes

En una altura que domina esta útil obra hidráulica, excavada casi totalmente para la construcción de un motel, recolectamos y exhumamos los restos de lo que debió ser un asentamiento Subtaíno bastante grande y desarrollado culturalmente. En las cercanías queda el poblado de Mafo (Martínez, 1982).

Nombre oficial del sitio: Presa Carlos Manuel de Céspedes

Coordenadas: X: 562 060; Y: 179 500

Carta: Contra maestre

Hoja No.: 4976-I

Escala: 1:50 000 ICGC

Edición: 1981 **Reimpreso:** 1985

Descubierto por: Uno de los constructores de la obra

Reportado por: Felipe Martínez Arango

Municipio: Contra maestre

Provincia: Santiago de Cuba, Cuba

El sitio, como bien refiere Martínez, fue removido y excavado casi en su totalidad para la construcción de un motel; a estas alteraciones se suman todas las implicaciones que acarreó la construcción de la presa Carlos M. de Céspedes.

El sistema de asentamiento de la antigua comunidad es similar al de Ventas de Casanova, por la altura y la distancia respecto al río más cercano. Por su extensión parece haber sido un sitio de mediana magnitud. En una visita realizada en febrero de 1992, se pudo constatar que efectivamente se trataba de un sitio de agricultores, destruido casi en su totalidad por la construcción de la obra, detenida y en estado de abandono en la actualidad. Cuando Martínez dice "bastante grande", se considera que se refiere a una comunidad de mediana magnitud, y así se pudo comprobar en el lugar, a pesar de lo removido que se encuentra.

Los Negros

A menos de 50 m del poblado del mismo nombre, término de Baire, localizamos restos arqueológicos, que parecen mayormente obliterados por la casa vivienda de la familia Miniet y sus rústicas construcciones accesorias. Hay alteración y pos-

tenor relleno con guano procedente de espeluncas aledañas. El río discurre cercano. Las excavaciones, no obstante, nos dan un dato certero: se trata de restos indiscutiblemente Subtaínos (Martínez, 1982).

Nombre oficial del sitio: Los Negros

Coordenadas: X: 554 075 Y: 175 475

Carta: Baire

Hoja No.: 4976-IV

Escala: 1:50 000 ICGC

Edición: 1981 **Reimpreso:** 1983

Descubierto por: Cor. Juan Joaquín Urbina

Reportado por: Felipe Martínez Arango

Municipio: Contra maestre

Provincia: Santiago de Cuba

El lugar, catalogado como un sitio de habitación, se encuentra ya dentro del poblado de Los Negros, con un estado actual de alto deterioro, a pesar de que se mantienen áreas no afectadas; en él se pudo observar la alta presencia de ceniza en toda el área fundamental de enclave, asociada con una impresionante cantidad de restos de jutila *Capromys spp.* La cerámica aún aparece dispersa por todo el perímetro del patio de la vivienda de la familia Miniet Rosales, antigua finca Las Piñas, se presenta muy fracturada, quizás por las alteraciones antropogénicas. No alcanza el nivel de desarrollo de los sitios Ventas de Casanova y La Vegueta de Ibrahim.

La comunidad se encontraba asentada a menos de 100 m de un pequeño río que ellos llaman de Los Manantiales, y que vierte sus aguas en el río Los Negros.

NUEVOS REPORTES DE COMUNIDADES CON ECONOMÍA PRODUCTORA

Barigua

Nombre oficial del sitio: Barigua

Coordenadas: X: -; Y: -

Carta: Julio A. Mella

Hoja No.: 5077-II

Escala: 1:50 000 ICGC

Edición: 1981 **Reimpreso:** 1985

Descubierto por: Ricardo Anglada

Reportado por: José Jiménez Santander

Municipio: J. A. Mella

Provincia: Santiago de Cuba, Cuba

Se trata de un sitio de habitación subtaíno, ubicado a menos de 100 m del río Baraguá, en la zona de Cayo Rey. En visita efectuada en 1986, se constató el alto grado de deterioro en que se encuentra por estar situado en una zona de campos de tiro de una unidad militar.

situ se rescataron restos de cerámica de regular tamaño, algunos de ellos decorados y con una buena cocción, vinculados con un rico instrumental de sílex y piedra en volumen. Se destacan 3 majadores campaniformes de buen tamaño, así como 6 gubias. Los restos dietarios de mayor frecuencia son de *Capromys spp.*, *Caracolus sugomon*, cangrejos y quelonios

La Escondida de Bucuey

Nombre oficial del sitio: La Escondida de Bucuey

Coordenadas: X: 613 300; Y: 186 800

Carta: Alto Songo

Hoja No.: 5076-I

Escala: 1:50 000 ICGC

Edición: 1981 *Reimpreso:* 1987

Descubierto por: Un vecino del lugar

Reportado por: Nilecta Castellanos y Milton Pino

Municipio: San Luis

Provincia: Santiago de Cuba

Sitio de habitación de primera magnitud, ubicado a una distancia del río que oscila entre los 100 y 200 m. La dispersión del material arqueológico abarca un área de 200 m², que comienza en la propia ribera del río hasta unos 20 m más arriba de la pequeña colina donde estuvo enclavada la comunidad; sin embargo, la concentración del material se circunscribe a unos 60 m².

El residual fue excavado por un equipo del Departamento Occidental de Antropología, dirigido por la investigadora Nilecta Castellanos, del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente; de acuerdo con el material exhumado, fue clasificado como un sitio protoagricultor tardío (Castellanos y Pino, 1988), y asociado con los sitios Arroyo del Palo y Mejías, en la provincia de Holguín. Presenta diferencias considerables con los sitios ceramistas tempranos reportados para Santiago de Cuba.

Se reporta "la presencia de una notable industria de piedra tallada, mayormente en lascas medianas o pequeñas, así como algunas láminas, es otro de los aspectos de interés, lo que unido a la ausencia de fragmentos de burén y la presencia de artefactos propios de las etapas agroalfareras y preagroalfarera tardías, permite clasificar a este sitio como protoagrícola". (Castellanos y Pino, 1988)

La datación de este sitio indica una antigüedad de 1060 ± 150 AP (Castellanos y Pino, 1990), lo que unido a sus características, lo ubican en un estadio de desarrollo histórico cultural mucho más tardío que el resto de las comunidades protoagricultoras reportadas hasta la fecha en el territorio santiaguero.

Montería I

Nombre oficial del sitio: Montería I

Coordenadas: X: 563 550; Y: 192 325 d

Estadística regional

Carta: El Caserío

Hoja No.: 4977-II

Escala: 1:50 000 ICGC

Edición: 1981 *Reimpreso:* 1986

Descubierto por: Miguel Núñez Galán

Reportado por: María N. Trincado

Municipio: Contramaestre

Provincia: Santiago de Cuba

El muestrario recolectado en el sitio fue muy escaso; por lo que se pudo observar, unido al material extraído por una expedición encabezada por compañeros de la Universidad de Oriente, el Grupo de Investigaciones Arqueológicas de Palma Soriano y lo que mostró el descubridor del sitio, Miguel Núñez Galán, se clasificó la comunidad en una fase agricultora de desarrollo. Hay que tener en cuenta que en el área no se han realizado excavaciones arqueológicas controladas, que permitan una catalogación más exacta.

Montería Rosales

Nombre oficial del sitio: Montería Rosales

Coordenadas: X: 564 425; Y: 192 200

Carta: El Caserío

Hoja No.: 4977-II

Escala: 1:50 000 ICGC

Edición: 1981 *Reimpreso:* 1986

Descubierto por: Luis Rosales Tamayo

Reportado por: José F. Jiménez Santander

Municipio: Contramaestre

Provincia: Santiago de Cuba

Comunidad de mediana magnitud, ubicada en la finca propiedad de Luis Rosales Tamayo, quien nos condujo hasta el lugar, donde efectivamente se corroboró la existencia de un sitio de habitación con una cerámica bastante desarrollada. La muestra se colectó en superficie y no se tuvo que realizar cala alguna pues la tierra estaba recientemente roturada; por el material colectado se infiere que se trata de una comunidad agricultora.

NUEVOS REPORTES DE COMUNIDADES CON ECONOMÍA DE APROPIACIÓN

El Majagual

Nombre oficial del sitio: El Majagual

Coordenadas: X: 601 200; Y: 186 600

Carta: Palma

Hoja No.: 5876-IV

Escala: 1:50 000 ICGC

Edición: 1981 *Reimpreso:* 1986

Descubierto por: José Jiménez Santander

Reportado por: José F. Jiménez Santander

Municipio: J. A. Mella
Provincia: Santiago de Cuba

Se trata de un taller lítico donde se colectaron varias preformas de material lítico, no aparecen restos dietarios, ni ningún otro elemento. Las preformas presentan un tamaño considerable, similar al material protoarcaico rescatado en los sitios Estenoz y El Plan, en el Segundo Frente, así como al de La Leonor, Jarahueca y La Redonda, en Songo la Maya, estos últimos a una distancia en línea recta de 40 km aproximadamente del sitio en cuestión.

El área no ha podido ser explorada exhaustivamente para la determinación con exactitud de la cultura a que puedan ser afiliados estos hallazgos, que presentan una marcada diferencia con los sitios encontrados hasta el momento en los vecinos municipios de Palma Soriano y San Luis, e incluso con Barigua, ubicado en el propio municipio.

Además de estas comunidades agricultoras anteriormente descritas, se ha podido constatar que en la zona que comprende toda esta área no montañosa de la provincia se asentaron igualmente comunidades ceramistas tempranas o protoagricultoras.

La Güira

Nombre oficial del sitio: La Güira
Coordenadas: X: 565 375; Y: 173 150
Carta: Contramaestre

Hoja No.: 4976-I
Escala: 1:50 000 ICGC
Edición: 1981 **Reimpreso:** 1985

Descubierto por: Luis Santl Vargás y Rafael Vázquez Santl
Reportado por: Museo Municipal de Contramaestre
Municipio: Contramaestre
Provincia: Santiago de Cuba

El sitio, ubicado en la margen izquierda del riachuelo nombrado por los vecinos Los Bambuses, que vierte sus aguas a la presa Carlos Manuel de Céspedes, se encuentra medianamente alterado; se pudo constatar que se trata de un sitio de habitación con una gran cantidad de restos alimenticios, entre los que predominan los huesos de jufía *Capromys spp.*, así como las conchas terrestres, entre estos últimos el de mayor presencia es el *Caracolus sagemon*. Aparecen de forma más escasa fragmentos de conchas marinas.

Se colectaron además algunos fragmentos de cerámica que alcanzan hasta 6 mm de grosor, éstos son de regular tamaño y alcanzaron una cocción bastante buena. La industria de sílex presenta una preferencia por el micro y mesolituismo; se rescataron además abundantes fragmentos de cuarzo hialino y material tintóreo.

Pedernales I

Nombre oficial del sitio: Pedernales I
Coordenadas: X: 558 460; Y: 184 860

Carta: Baire
Hoja No.: 4976-IV
Escala: 1:50 000 ICGC
Edición: 1981 **Reimpreso:** 1985
Descubierto por: Oriel López López
Reportado por: José F. Jiménez Santander
Municipio: Contramaestre
Provincia: Santiago de Cuba

Importante sitio, descubierto en áreas de la cooperativa campesina Saturnino Lora, a unos 200 m del río Contramaestre, y 50 m al este de una majestuosa ceiba que existe en el lugar. El material colectado está formado por una gran muestra de fragmentos de sílex de pequeño y mediano tamaño, muy similar a los sitios protoagricultores Juan Barón, en Palma Soriano, y Caimanes III, en el municipio Santiago de Cuba. Se rescataron además una gran cantidad de restos dietarios, entre los que predominan los restos de jufías, *Capromys spp.*

La cerámica, muy fragmentada, aparece de forma vestigial, y por los rasgos generales que presenta, apunta hacia una cerámica muy temprana y sin complejidades artísticas. El yacimiento aportó además un hacha petaloide muy pulida y de regular tamaño, que fue el objeto que atrajo la atención de su descubridor.

Juan Barón

Nombre oficial del sitio: Juan Barón
Coordenadas: X: 576 625; Y: 177 900
Carta: Palma

Hoja No.: 5076-IV
Escala: 1:50 000 ICGC
Edición: 1981 **Reimpreso:** 1983
Descubierto por: Ismar Rodríguez.

Reportado por: José F. Jiménez Santander
Municipio: Palma Soriano
Provincia: Santiago de Cuba

Este asentamiento, por su estado de conservación y la alta concentración de material arqueológico, fue seleccionado para realizar un estudio más profundo; se le realizó una minuciosa excavación, que abarcó un total de 16 escaques de 1 m x 1 m, con una profundidad que variaba entre los 0.50 m y los 0.70 m.

Entre las evidencias rescatadas se destacan abundantes restos dietarios, con mayor frecuencia los de jufías, *Capromys spp.*, razón por la cual los habitantes del lugar llaman al sitio La Huesera. Estos restos aparecen asociados a una gran cantidad de cenizas, que ha llegado incluso a impedir que la vegetación se desarrolle dentro del área de los fogones. Se colectaron además tres vértebras de pescado en proceso de elaboración para ser utilizadas como cuentas de collar, aparece sílex y cuarzo en todos los niveles, y entre ellos la presencia de instrumentos de trabajo de pequeño y mediano tamaño.

Estadística regional

La cerámica, muy vestigial, y casi sin decoraciones u otros motivos culturales, proviene de una alfarería muy temprana, y para ser empleada únicamente en los quehaceres diarios. Predominan las vasijas de pequeño tamaño y poco grosor, con un desgrasante generalmente grueso.

Algo peculiar de este sitio es que la alfarería está presente solamente entre los niveles 0,00 m a 0,20 m, esto nos hace suponer que esta comunidad adquirió la técnica de la alfarería mucho tiempo después de haber estado enclavada en el lugar.

Catunda

Nombre oficial del sitio: Catunda

Coordenadas: X: 586 320; Y: 193 310

Carta: El Caserío

Hoja No.: No. 4977-II

Escala: 1:50 000 ICGC

Edición: 1981 Reimpreso: 1986

Descubierto por: Miguel Cobas Calzado y Julio Cobas Agramonte

Reportado por: Grupo de Investigaciones Arqueológicas de Palma Soriano

Municipio: Palma Soriano

Provincia: Santiago de Cuba

Reporte realizado en el año 1991, y visitado en marzo de 1995, se constató la existencia de un sitio aborigen en Dos Ríos, zona de Barranca, en lo alto del arroyo Catunda, cercano a la vivienda de Antonio Piña y Morbila Calzado. En el lugar se rescataron escasos fragmentos de cerámica muy tempranos, 2 gubias, así como restos dietarios, fundamentalmente de *Capromys spp.*

Los descubridores mostraron un majador y 2 gubias, una biselada y la otra sin bisel, así como fragmentos de cerámica, todas con características tempranas, ninguna decorada.

DISCUSIÓN Y RECOMENDACIONES

El descubrimiento de nuevas comunidades con características disímiles a las anteriormente conocidas, en toda la llanura del Cauto, en la provincia Santiago de Cuba, contradice algunas hipótesis que aseguraban que hacia esta área se habían dirigido únicamente comunidades agricultoras, las cuales, con un mayor desarrollo y una economía productiva, podían separarse de las áreas costeras y adentrarse en el interior de la provincia en busca de tierras fértiles.

El Dr. Felipe Martínez Arango sostuvo la hipótesis de que el poblamiento de esta llanura lo habían realizado comunidades agricultoras procedentes de las zonas costeras de la provincia Santiago de Cuba; sin embargo, las características de los grupos asentados en la llanura no son similares a los de la costa sur, sino que presentan mayores similitudes con los grupos de las zonas de Jiguaní y Bayamo, en la provincia Granma, así como los de Barajagua y Banes, en la provincia de Holguín, por lo que consideramos que el poblamiento agricultor de la llanura no tuvo como procedencia el sur, sino las zonas al norte de la provincia.

Estos hallazgos representan sólo el inicio de un profundo trabajo investigativo, nos enfrenta a nuevas interrogantes, a nuevas concepciones y a nuevas hipótesis, que será necesario analizar, demostrar y responder, para contar con un conocimiento preciso de los pueblos que habitaban nuestra provincia.

BIBLIOGRAFÍA

- ① Castellanos, Nilecta y Milton Pino (1988): "Datos sobre los sitios arqueológicos aborígenes de la provincia Santiago de Cuba". La Habana, Centro de Antropología. Inédito.
- ② Jiménez Santander, José (1991): "Excavaciones arqueológicas en el sitio Juan Barón. Palma Soriano. Santiago de Cuba, Cuba". Inédito.
- _____ (1992): "Diario de expedición para el Censo Arqueológico de Cuba". Santiago de Cuba, Cuba. Inédito.
- ③ Martínez Arango, Felipe (1982): *Registro de todos los sitios arqueológicos investigados por la Sección de Arqueología Aborigen de la Universidad de Oriente*. México, Ediciones Limsa. ☞



LAS COMUNIDADES MEILLACOIDES DEL LITORAL SUDORIENTAL DE CUBA

MARÍA NELSA TRINCADO FONTÁN
JORGE ULLOA HUNG



INTRODUCCIÓN

Durante más de cuatro décadas, los principales criterios en el estudio de las comunidades pre-hispánicas del Caribe estuvieron determinados por las tesis del arqueólogo norteamericano Irving Rouse, que se fundamentaban en una clasificación tecnotipológica de los artefactos. En dichas tesis predominaba la determinación de "arquetipos" para cada uno de los grupos propuestos.

En lo que a las comunidades agroceramistas se refiere, la definición de los rasgos culturales dominantes, casi exclusivamente referidos a la alfarería, le permitió establecer un esquema unilineal migratorio y poner en orden los datos obtenidos por la arqueología hasta ese momento. El resultado final definía, a través de secuencias estilísticas y modalidades cerámicas que se suceden en el tiempo y el espacio, una ruta migratoria para las Antillas que, partiendo del nordeste venezolano, llegaba hasta Cuba (Rouse, 1948).

El esquema, basado casi exclusivamente en los estilos decorativos de las vasijas, excluía el análisis de numerosos aspectos de la cultura material, tales como los instrumentos líticos y de concha, las formas de habitación, inferencias en torno a la organización social, las prácticas económicas, etc. Es lógico suponer que el resultado final sólo podía ser un esquema cultural rígido.

En cuanto a los grupos de cerámicas estilo meillac localizados en Cuba, este arqueólogo mantuvo la denominación de subtaíno, término acuñado por Mark R. Harrington en 1920, y actualmente cuestionado por la mayoría de los arqueólogos cubanos. Los orígenes de esos grupos eran considerados a partir de cambios culturales operados en las comunidades de cerámicas "ostionoides" que luego se dispersaron a Cuba, Bahamas y Jamaica, sin dejar márgenes para desarrollos ulteriores o localismos debidos a la incorporación de elementos culturales novedosos o peculiares innovaciones.

Ya en la *Prehistoria de Cuba*, de Tabío y Rey (1968), se ampliaron los criterios definidores del llamado subtaíno, se incorporaron al análisis arqueológico otros aspectos, como peculiaridades de la industria lítica, concha, prácticas económicas, ritos funerarios, posibles esquemas de organización social, patrones habitacionales, etc., que aunque insuficientes aún, marcaron nuevos derroteros para el estudio de estas comunidades aborígenes.

Estudios arqueológicos

En la década del setenta el arqueólogo dominicano Marcio Veloz Maggiolo dio inicio a una serie de trabajos encaminados a la revaloración de las comunidades precolombinas, en el sentido de darles un contenido socioeconómico que desbordara los estrechos márgenes conceptuales en los que la arqueología antillana estaba encerrada hasta entonces.

En las dos últimas décadas, los nuevos descubrimientos arqueológicos—tanto en el área continental como en el Caribe insular—, la introducción de nuevos modelos de análisis que permiten abordar estudios tecnológicos más amplios, los nuevos fechamientos absolutos obtenidos, así como los estudios comparados de diferentes sitios y regiones, dan un importante vuelco a nuestra arqueología.

Al predominio de un esquema unilineal que desdeña la importancia de los patrones habitacionales, los modos de vida, las mutuas influencias entre grupos de tradiciones diversas, etc., se oponen actualmente los criterios sobre la presencia de variados grupos, nuevas posibilidades de rutas migratorias y comunidades humanas que interactuaron en el ámbito isleño.

En lo que a los grupos de tradición estilística meillacoides se refiere, los estudios realizados por arqueólogos dominicanos detectaron en diversos sitios de habitación la presencia de cerámicos que apuntan hacia fuertes relaciones meillacoides—ostionoides, además de la evidencia de asentamientos con distintos patrones de habitación y formas diversas de explotación del entorno. El concienzudo estudio de las peculiaridades de la cerámica meillacoide y sus notables diferencias con otros estilos antillanos en los que se observa una ausencia de solución de continuidad, ha sido el punto de partida para cuestionar un origen local de los meillacoides y dejar establecida la posibilidad de imputación de grupos humanos con patrones culturales distintos y concepciones de explotación medioambientales disímiles, objetivadas en modelos productivos bien documentados. A esto se agrega la obtención de fechamientos de C14, como en la fase Río Verde, donde el material meillacoide coexiste con el ostionoides en fecha tan temprana como 825 d.C. y su correlato con la fase Taruma, de Guyana (siglo VII-VIII d.C.) (Veloz, 1981: 373-375).

Una limitada búsqueda de publicaciones sobre los materiales de Guyana, en especial de los arqueólogos Dennys Williams, Betty Meggers y Clifford Evans, nos inclinan a aceptar como posible esta hipótesis.

No obstante, queremos apuntar la posibilidad de que, si efectivamente este movimiento migratorio utilizó la corriente que pasa por el sur de Cuba, algunos grupos pudieron tocar primero en Cuba o en Jamaica. La ausencia de una cadena de fechamientos absolutos en la región nos impide aproximarnos más a la verdad en este sentido.

El desarrollo de los estudios arqueológicos en Cuba ha demostrado la ausencia de una unidad en las comunidades meillacoides, no sólo relacionable con los lógicos procesos evolutivos debidos a su larga permanencia en la isla, sino también debido a las diferentes formas de relación sociedad-medio ambiente. La reciente propuesta del arqueólogo cubano José M. Guarch sobre la existencia de "variantes" culturales relacionables con estos grupos, aunque en su formulación integra no nos satisface, muestra la presencia de notables diferencias entre los grupos portadores de este estilo cerámico.

En lo que a Cuba se refiere, hace ya varios años el Dr. Felipe Martínez Arango consideraba la hipótesis de un primer asentamiento de las comunidades meillacoides en las zonas costeras, desde Guantánamo hasta el este de Santiago de Cuba, con una dispersión posterior hacia el oeste y centro de la región oriental, donde alcanzaron un desarrollo similar a lo que Stewart denominó "circuncaribe", en virtud de un desenvolvimiento autóctono y de relaciones directas o indirectas con la región en que, entre los siglos XII y XIII, se asentaron las comunidades tainas o de cerámica estilo carier, procedentes también Haití. Estas conclusiones se ven reforzadas por la presencia de determinadas variaciones en los rasgos culturales asociables a este estilo en la cerámica meillacoide de los sitios del interior de la zona oriental y de la región costera del oeste de la bahía de Santiago de Cuba.

A partir de la cronología obtenida en el residuario de Damajayabo (830 d.C.) y de otros ubicados más hacia el interior de la región oriental, como Los Mates y Ventas de Casanova, con evidencias de contacto indohispánico, se estableció una cronología relativa que contaba con tres momentos: tempranos (IX-XII), cuyo modelo estilístico era el ya referido residuario Damajayabo; medio, que equivalía a la existencia de rasgos intermedios entre el temprano y el tardío, para los cuales no existían fechamientos; y tardío, cuyos modelos estaban próximos a los ya mencionados sitios de Los Mates y Ventas de Casanova.

Es necesario llamar la atención sobre el fechamiento de Damajayabo (830 d.C.), que concuerda con los más tempranos obtenidos—hasta donde llegan nuestras noticias— para las comunidades de cerámica meillacoides en República Dominicana (Veloz, 1981: 398). La similitud entre ambas fechas apunta hacia una rápida dispersión del meillacoide hacia Cuba, es decir, casi desde los momentos iniciales de su existencia en La Española.

Ciertos restos de pintura roja observables en residuarios meillacoides de la costa sur oriental, como el propio Damajayabo, Los Ciguatos, Sardinero y Maisí II, apuntan a relaciones primarias con grupos de tradición ostionoides que debieron iniciarse en República Dominicana. Si tenemos en cuenta que, según Veloz Maggiolo, las relaciones entre ostionoides y meillacoides debieron iniciarse no antes del 770 d.C. (Veloz, 1981), estos rasgos tenderían a debilitarse en Cuba con el decursar del tiempo.

Hasta el presente parece existir un triángulo de fechas concomitantes que no debe desdénarse: Guyana, República Dominicana y Cuba alrededor de finales del siglo VIII e inicios del IX tienen mucho que aportar sobre las comunidades conocidas como meillacoides.

LAS COMUNIDADES MEILLACOIDES DEL LITORAL SUDORIENTAL DE CUBA

La principal zona de afluencia hacia Cuba de las comunidades meillacoides debió ser el extremo más oriental de la isla, en Maisí y sus proximidades, zona que presenta fuertes variaciones: desde el litoral, generalmente árido y casi desértico, hasta formas verdaderas de bosque tropical, con índices pluviales muy altos, que se encuentran a unos pocos kilómetros del litoral. La zona costera se caracteriza por el escaso espesor de la capa vegetal; inmediata a ella se alcanzan los agrestes macizos montañosos de las cuchillas de Baracoa y la Sierra Cristal, que dejan libres apenas dos estrechos corredores al norte y al sur. Éstos debieron ser vías seguidas, tanto por grupos preagroalfareros como agroalfareros, en su migración y ocupación del territorio.

La costa sur se caracteriza por la presencia de una plataforma costera integrada por un lecho de calizas esponjosas correspondientes al cuaternario, donde la existencia de terrazas es prueba de su hundimiento en el mioceno y de un período posterior de estabilidad que produjo el peniplantamiento actual.

En la región se asientan algunos de los grupos geográficos más importantes del país, entre ellos la Sierra Maestra, que ocupa un espacio de 250 km de longitud y 30 km de ancho, entre la bahía de Guantánamo y Cabo Cruz. Su formación incluye varias cadenas montañosas paralelas, de las cuales la mayor es la que se levanta más próxima al litoral y cuyo punto culminante es el Pico Turquino.

Entre los accidentes geográficos más importantes se encuentran las cuencas de Santiago de Cuba y Guantánamo; la primera con 15 km de ancho por 20 km de largo; la segunda es mayor, con dimensiones de 40 km de largo por 24 km de ancho.

La vegetación predominante en toda la región costera es semixerófila o xerófila, a excepción de las áreas colindantes o cercanas a las riberas y desembocaduras de los ríos y arroyos donde aún perduran, aunque escasos, restos de antiguos bosques de galería con diversas especies.

Los ríos son pequeños debido a que sus cursos quedan retenidos por el mar a pocos kilómetros de sus fuentes. En la mayoría de los casos, éstos han labrado estrechos valles transversales en las cordilleras, separados por vertientes geográficas hacia el mar.

La bahía santiaguera constituye el punto medio que divide dos paisajes diferentes en algunos aspectos y que, sin duda, influyeron en las peculiaridades de los asentamientos aborígenes.

Hacia el este se encuentra lo que se conoce como desierto de lomas, con tierras en su mayoría inutilizables para la agricultura, salvo las zonas ya mencionadas próximas a desembocaduras de ríos y arroyos y la cuenca de Guantánamo. El índice de precipitaciones anuales en esta región es uno de los más bajos del país (600-800 mm).

La porción del litoral hacia el oeste de Santiago de Cuba presenta mayores condiciones para las prácticas agrícolas, con algunos suelos inundables periódicamente, lo que puede contribuir a su fertilización. El índice de pluviosidad anual (1 200-1 400 mm) duplica el del sector este, y resulta bastante representativa la presencia de bosques semidecíduos micrófilos, así como pequeños bosques de galerías en virtud de una mejor irrigación.

Los manglares son también más frecuentes en esta región, así como los pequeños y medianos valles costeros, que hacen más amplio el corredor extendido entre el sistema geográfico y el Mar Caribe, a diferencia de la parte oriental, donde esta franja es mucho más estrecha y, en ocasiones, inexistente.

En este contexto agreste y semi-árido de la costa sur de la porción oriental, en el que las sociedades meillacoides se vieron obligadas a sobrevivir durante su tránsito hacia zonas más propicias al quehacer agrícola, tres son las unidades arqueológicas con ellos relacionables: los conchales, los paraderos y los sitios de habitación propiamente.

En cuanto a los conchales, son unidades que sorprenden por su unilateralidad, conformados casi exclusivamente por conchas de grandes caracoles marinos: *Strombus* o *Cassis* en sus diversas especies. Estos conchales ocupan extensiones variables entre 500 m y 1,5 km.

En ellos la artefactería es casi inexistente, salvo los relativamente abundantes "picos de mano" de concha, que debieron utilizarse para perforar los grandes caracoles y extraer el molusco. Estos instrumentos aparecen asociados a las 16 unidades de conchales hasta ahora estudiadas. Por su parte, las conocidas gubias de concha presentes en todas las comunidades aborígenes cubanas sólo aparecen en dos de estas unidades.

La presencia de otros instrumentos, como vasijas de concha —a las que Rouse consideró entre los elementos diagnósticos del llamado complejo manicuaroides—, se produce en el 50 % de estos conchales, lo que propició que algunos investigadores —entre ellos Martínez Arango— consideraran estos residuarios como de origen preagroalfarero, adscritos al por entonces llamado "aspecto guayabo blanco".

Los autores de este artículo forman parte del equipo de investigaciones arqueológicas de la Casa del Caribe, en Santiago de Cuba, que en estos momentos desarrolla un proyecto de estudios sobre la región oriental de Cuba.

Un análisis ulterior nos demostró que en todos los casos los llamados conchales se encuentran a menos de 200 m de asentamientos meillacoides, en otras ocasiones se localizaron entre dos asentamientos, y en otras como simples extensiones de éstos. De esta manera, aunque no se descarta del todo un uso común en períodos diferentes para estas áreas, lo cierto es que para los meillacoides constituyó un nicho de explotación estacional, con el fin de obtener las proteínas que los fondos bajos y arenosos proporcionaban (Trincado, 1989).

Los llamados "paraderos" representan unidades pequeñas utilizadas durante corto tiempo, pues la capa de residuos no pasa de 4 ó 6 cm de grosor, y por su pequeña extensión parecen corresponder a pequeñas y rústicas viviendas para albergar unas pocas personas durante las labores de caza, pesca o recolección estacional en determinados espacios. Esto está avalado por el tipo de residuos que en ellos se localizan, entre los que sobresalen unos pocos fragmentos cerámicos, picos de mano, pesas para redes, limas de coral y trozos de pequeños fogones, además de que los elementos cerámicos los adscriben a asentamientos próximos de mayor tamaño, como en el caso de El Mamoncillo, pequeño paradero ubicado a menos de 1 km del residuario Justicial, al este de Santiago de Cuba, y Boca de Cabañas, a menos de 1 km del obliterado residuario de Cabañas, al oeste de la rada santiaguera.

En cuanto a los sitios de habitación, es necesario hacer algunas consideraciones preliminares de interés. Durante más de cuatro décadas, el equipo de arqueología de la Universidad de Oriente realizó un exhaustivo trabajo de localización y estudio de los asentamientos del litoral, en busca de la definición de posibles rutas migratorias en la región oriental, cuyos resultados fueron el establecimiento de los principios de cronología relativa basada en algunos rasgos culturales sobresalientes. A partir del criterio de una necesaria migración de los meillacoides en el sentido este-oeste, se trató de establecer los rasgos diferenciales entre los grupos ubicados al oriente de Santiago de Cuba respecto a los del oeste y a los del interior de la región, los que pueden ser definidos de la siguiente forma, si se toma como punto de partida la cronología de C14 de 830 d.C. para Damajayabo:

1. Predominio de la cerámica utilitaria con pobre presencia de decoraciones, las que mayormente eran geométricas, sobre todo incisiones paralelas, incisiones diagonales u oblicuas, así como "punteado". Es escasa la presencia de modelado o de modelado aplicado; las representaciones zoomorfas o antropomorfas presentan un índice bajo. Las formas de la cerámica son generalmente redondeadas (tipo bol) y utilitarias, de tamaño mediano (21 cm a 28 cm de diámetro), con paredes más finas, bordes invertidos y topes redondeados. Hay una total ausencia de figurinas o "muñecas", que en otras regiones generalmente se asocian con un culto a la fertilidad. En casi todos estos residuarios aparecen escasos fragmentos con

pintura roja, que apuntan a una relación cronológica cercana a elementos ostionoides (Martínez Arango, (s.f.), Trincado, Castellanos y Sosa, 1973; Trincado, 1989).

2. La industria lítica se caracteriza por la frecuencia de limas y guayadores de coral, pesas para redes y hachas petaloideas pulidas sólo en la punta y en la pala, con huellas de enmangamiento. Es escasa la presencia, en todos los casos, de las tradicionales hachas petaloideas pulidas en su totalidad; también es notable la ausencia de ídolos de piedra en esta zona.
3. Los instrumentos de concha están referidos esencialmente a una alta frecuencia de picos de mano, raspadores de *Codakia sp.*, gubias, puntas de conchas, platos, etc. Resulta significativa en todos los sitios la ausencia de colgantes de olivas grabadas, tan comunes a otros asentamientos meillacoides considerados tardíos, así como de elementos de adorno corporal y superestructurales, salvo algunas cuentas de collar y excepcionalmente algunos botutos.
4. Es muy fuerte la incidencia de la dieta marina y aparecen en alta proporción las cuentas de collar realizadas con vértebras de peces.

Un estudio más completo, realizado en 1989 y donde se reunieron las más disímiles informaciones sobre estos residuarios (Trincado, 1989) arrojó que los 16 sitios definidos como tempranos (Martínez Arango, 1982), que se extienden desde la Punta de Maisí hasta la bahía de Santiago de Cuba, escogieron un lugar de asentamiento similar: a pocos metros del mar, al fondo o en los laterales de una pequeña rada de poca profundidad y con uno o dos ríos que los flanquean; generalmente la rada presenta una barrera coralina que presenta excelentes criaderos de peces y moluscos, importante fuente proteica explotada intensamente, además del complemento con fauna fluvial, caza, captura, aprovechamiento de manglares próximos, y la agricultura.

La mayoría de los residuarios son de pequeñas a medianas dimensiones (100 a 180 m de largo) y muy ceñidos al litoral, su longitud N-S (ancho) no sobrepasa los 100 m, lo que parece expresión de pequeñas comunidades formadas por una familia extensa. Las relaciones entre los distintos sitios y el grosor de su capa antropogénica revela una similitud entre todos y oscila entre 0,30 m y 0,40 m, fenómeno que habla de una permanencia relativamente breve en el lugar y de una relación con explotaciones estacionales debido a lo poco favorable de las condiciones para la agricultura.

La pobre capa vegetal y el escaso régimen pluvial debió de contribuir al desarrollo de lo que Veloz llama una agricultura de roza atenuada, donde el cultivo de la yuca amarga, resistente en buena medida a las condiciones de sequía y aridez, debió de correr parejo a la importancia que en la dieta tuvieron otras actividades, como la pesca, recolección marina y fluvial, así como la explotación de manglar, que ocupó un lugar prominente en la alimentación de la comunidad (Trincado, 1989a).

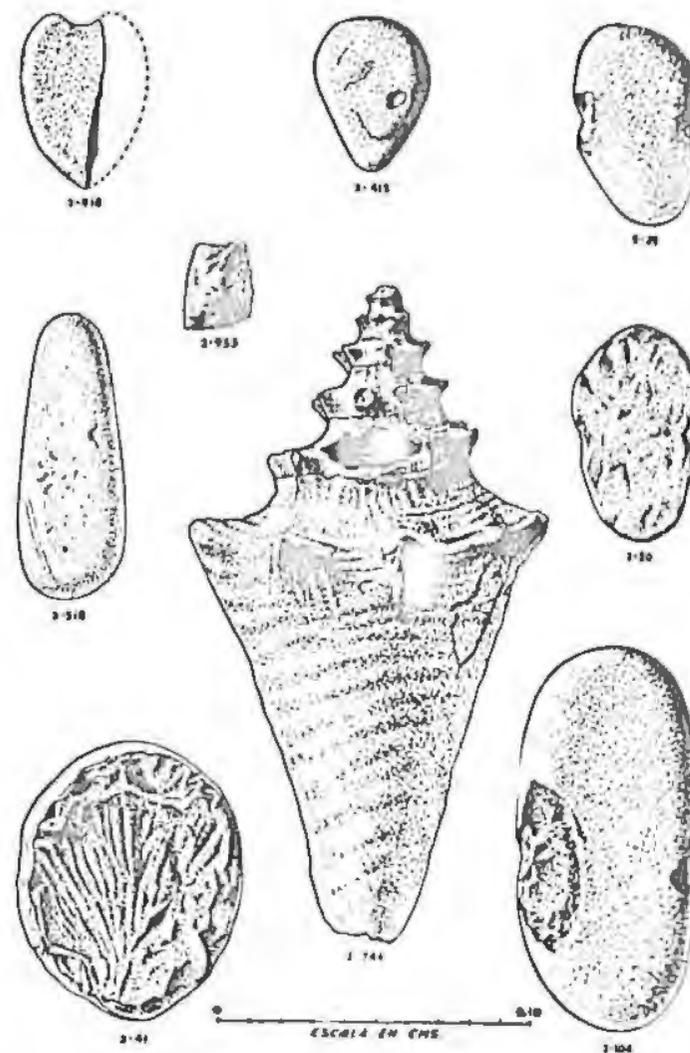
Es necesario aclarar que, aunque la ruta migratoria seguida por estas comunidades hasta ahora parece dirigirse E-O, como indica la existencia de asentamientos más tempranos en la porción este, la migración no se dio de una sola vez, sino de manera casi ininterrumpida desde los primeros momentos; de ahí que no se descarta la posibilidad de que sociedades meillacoides de cronología más tardía se asentaran en la región. La existencia de grupos costeros fue bien descrita por Colón en su segundo viaje. Consideramos, por tanto, que la presencia de rasgos culturales atenuados con las peculiaridades ya descritas no se puede explicar exclusivamente por su temprana cronología sino, además, porque los grupos recién llegados en cualquier tiempo debieron de ser sociedades costeras, posiblemente con peculiaridades similares a las de Haití, con experiencias semejantes en la explotación habitacional, que mantuvieron y consolidaron grupos esencialmente autosuficientes, sin descartar la existencia de intercambios con sociedades más al interior, tal como lo demuestra la presencia de elementos marinos en valles intramontanos, como el de Caujerí.

El patrón litoral no es el único que consideramos posible para las sociedades más tempranas, y una muestra de ello parece evidenciarse en el sitio de habitación de Los Negros, ubicado casi en el centro de la región oriental y actualmente en proceso de estudio. Es justo agregar, por otro lado, que las sociedades meillacoides no siguieron sólo la costa sur como vía migratoria, sino que proponemos dos vías de aferencia: una por el sur y otra por el norte; las características de esta última no se abordarán por falta de datos publicados, pero al parecer ofrece rasgos diferenciales en el comportamiento de los índices principales considerados como más representativos en el presente resumen (Trincado, 1989a).

Las principales diferencias parecen centrarse en una mayor variabilidad en las formas y decoraciones cerámicas y un mayor espesor de los residuarios, lo que puede estar relacionado con otras condiciones en la base física u objeto de trabajo, que propició el desarrollo de sistemas productivos más estables y la aplicación de experiencias ya puestas en práctica en otros lugares antillanos.

En los sitios meillacoides del litoral sur, junto a su poca profundidad, se evidencia una pobre densidad del material arqueológico recuperado, cuya comparación con otras áreas nos habla de la presencia de una población no muy numerosa, quizás no más de 4 ó 6 viviendas de familias consanguíneas (ver tabla I).

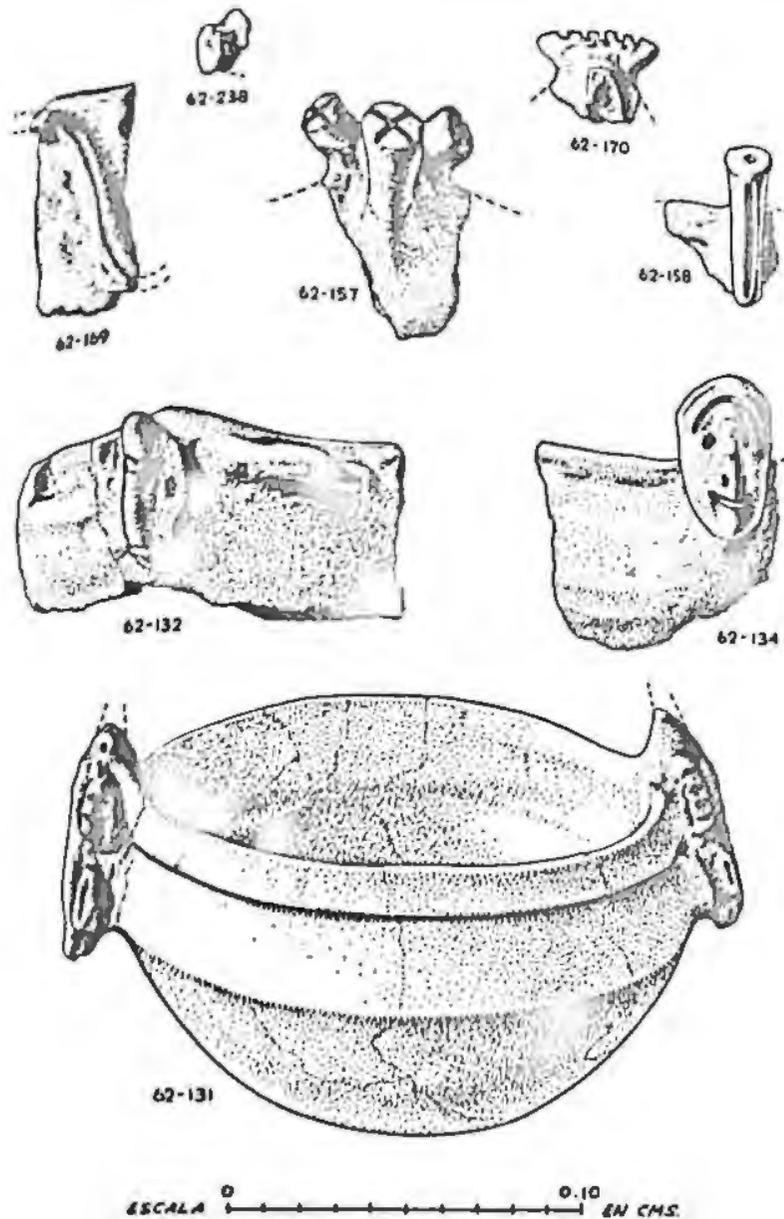
Otro índice importante es la escasa frecuencia de decoraciones en relación con el total de cerámica, que suele ser muy poca; así, las variedades, que oscilan entre 3-8 formas o tipos decorativos, apuntan hacia grupos con un pobre desarrollo en las posibilidades conceptuales de combinación de los elementos decorativos. Esta pobreza decorativa parece estar en plena correspondencia con la escasa frecuencia



DANALAYABO.- CULTURA SUBTANA.- OBJETOS DE PIEDRA, (SUMERGIDOS DE REJES DISCOS) HEMATITA (PINTURA), OBJETOS CARDIOMORFOS Y UN EJEMPLAR DE STROMBUS PERFORADO EN EL APICE (RESTO DE COMIDA). - EL OBJETO 2-518 ES UNA LAMINA PETALOGA DE CONCHA (STROMBUS)

Cam

Colonia Argentina



EL MACÍO, EL COBRE.— CULTURA SUBTAINA.— CERAMICA: VASIJAS Y FRAGMENTOS DECORADOS (NIVEL ESTRATIGRAFICO 0.25-0.50m).

Escritura

Estudios regionales

de asas respecto al total alfarero (ver tabla III). Y todo parece indicar que las formas decorativas, vistas en sentido tendencial, aumentan no sólo en los grupos de cronología más tardía, sino también en aquéllos asentados en regiones más aptas para los cultivos y, por tanto, propiciatorias de mayor estabilidad para las comunidades productoras.

El particular análisis en el estudio cerámico del comportamiento de la pintura roja —en virtud de que expresa una cierta cronología no lejana, de relaciones entre meillacoides y ostionoides— demuestra que estos procesos transculturales pudieron llegar atenuados a los grupos costeros de Haití y explica las formas en que se presenta en nuestra región de estudio con una tendencia decreciente en un ritmo de tiempo relativamente acelerado.

A todo esto se agrega el especial énfasis que ponen estos grupos en las formas globulares (tipo bols) de los ceramios, las que llegan a alcanzar hasta un 70 %. Aunque esta tendencia prima en todos los sitios, en los grupos más próximos al oeste se inicia un modesto crecimiento en las variedades cerámicas con el incremento de formas angulares o de dos cuerpos, naviculares y llanas.

El comportamiento de las decoraciones tiene especial interés por la presencia mayoritaria de las incisiones lineales en diversas combinaciones, así como del punteado, contrario al oeste donde es creciente el índice de representaciones zoomorfas, antropomorfas y antropozoomorfas modeladas, lo que apunta hacia formas totémicas en tránsito hacia formas culturales más evolucionadas.

1. Pudiéramos, de forma preliminar, concluir que las sociedades meillacoides del litoral sudeste de la región oriental de Cuba marcan una bien definida ruta migratoria, que parte del extremo este, en Maisí, se ciñe a la línea costera, hasta las inmediaciones de Santiago de Cuba.
2. Que la marcada preferencia habitacional a pocos metros del mar, junto a radas más o menos abiertas y resguardadas, con la presencia de bajos y una barrera coralina, resulta fuente importante para la obtención de peces y moluscos. Entendemos que, si bien al margen de estos patrones habitacionales existen otros dignos de tener en cuenta en estudios posteriores, el patrón ya mencionado debió de ser el más común para sociedades recién emigradas pues en su mayoría debieron de estar compuestas por grupos costeros muy vinculados al mar, con fuerte tradición pesquera, donde una economía similar a la llamada "roza atenuada" garantizó la supervivencia en una región poco propicia para prácticas agrícolas.
3. Los asentamientos eran poco estables, tal como se evidencia en el grosor de sus estratos antropogénicos y sus tamaños, de lo que se infiere que fueran núcleos de población no numerosos y de familia extensa, con procesos de segmentación que reprodujeran el hábitat y los patrones ya descritos.

4 La frecuencia de fragmentos de burenes apunta hacia una agricultura basada en el cultivo de la yuca amarga (Trincado, 1990), planta resistente a los terrenos de poca fertilidad y escasa irrigación.

En el sector oeste las condiciones para la vida humana resultan en general más benignas, lo que incidó en el desarrollo de determinadas peculiaridades culturales en las sociedades meillacoides allí asentadas. Al igual que en el anterior, los sitios se ubican mayoritariamente en las proximidades de una rada resguardada, de fondos bajos, con una barrera coralina propicia para la pesca y recolección, y flanqueada por uno o dos ríos.

Los manglares son más abundantes, lo que permite una mayor diversificación en la explotación habitacional. En sentido general, se observan índices elevados de captura, pesca y recolección terrestre, además de explotación fluvial y marítima.

Desde el punto de vista cronológico, los residuarios meillacoides ubicados en este sector fueron considerados homotaxiales y ubicables entre los siglos XII al XIII en virtud de la existencia de una serie de rasgos compartidos por la mayoría de ellos.

Las diferencias observables entre una y otra área se podrían resumir en ciertos énfasis de los aspectos cerámicos, la concha e industria lítica, cuya máxima expresión de desarrollo se localizaba en los denominados grupos tardíos (siglo XIV-XVI), que ocupaban zonas más alejadas del litoral

Sin embargo, si tenemos en cuenta tanto las descripciones de los cronistas —sobre todo del Almirante en su segundo viaje— y una revisión arqueológica menos cargada de visiones unilineales, observamos la presencia de habitaciones numerosas en estas costas, tanto al este como al oeste de Santiago de Cuba, que coexisten en un mismo momento cronológico. Aun cuando hacia el E, como es lógico, se han detectado hasta el momento los residuarios más

Tabla No 1 Comportamiento de la cerámica

Nombre del sitio	Profundidad de los estratos (m)	Metros cúbicos excavados	Fragmentos de cerámica	% por metro cúbico	Fragmentos de burenes	% por metro cúbico
Sitios del litoral oriental						
Los Ciguatos*	0.4	4.2	426	101	12	2.8
Damajayabo	0.4	58.3	3060	52.4	85	1.4
Sardinero	0.4	41.1	3670	89.2	115	2.7
Sitios del litoral occidental						
Callvar	0.49	17.3	1632	93.1	44	2.7
Borcabón	0.6	73.6	9635	130.9	509	6.2
El Maclo**	1	14.6	1987	135	241	16

* Algunas variaciones significativas de este sitio están relacionadas con las limitadas excavaciones realizadas debido a que se encontraba prácticamente destruido y sólo quedaba un área marginal que al parecer era su epicentro.

** Este sitio presenta evidencias muy fuertes de un cambio cultural. (Trincado et al., 1988).

tempranos, esto no implica ni mucho menos la ausencia de diferentes niveles cronológicos en todas las regiones: este, oeste y el interior del territorio.

Los espacios arqueológicos relacionados con los meillacoides en esta región se dividen igualmente en tres:

1. Conchales, relativamente más abundantes debido a las mejores condiciones del litoral para la explotación de los bajos. Por su mayor riqueza resultan los más grandes.

2. Paraderos, con los mismos signos arqueológicos de los ya descritos.

3. Asentamientos propiamente

dichos, son los que remiten mayor información.

En estos últimos se han detectado peculiaridades que a continuación resumimos.

1. Incremento en la frecuencia de burenes, lo que resulta indicador de una más acentuada práctica agrícola en correspondencia con una mayor fertilidad del terreno y mejores condiciones de irrigación (Trincado, 1990).
2. Mayor estabilidad de las comunidades, observable en el grosor de los estratos, que oscilan entre 0,50 y 0,70 m, evidencia de una relación sociedad-medio ambiente mucho más efectiva (Trincado, 1990).
3. El promedio de acumulación de basura arqueológica por m³ excavado

muestra un notable incremento de 90 a 130 fragmentos cerámicos, lo que duplica los promedios de materiales respecto a los de la parte oriental; esto, junto al aspecto anterior, habla no sólo de sociedades más estables, sino también de un incremento demográfico vinculado a una relación más armónica entre el entorno y el grupo (Trincado, 1990).

4. En estudio realizado sobre el comportamiento del sitio arqueológico El Maclo (Trincado et al., 1988), se logró establecer una interesante relación entre m³ excavado y la frecuencia de burenes. El incremento de esta frecuencia habla de mayores énfasis en las prácticas agrícolas, en especial de la yuca

Tabla No 2: Comportamiento de la cerámica (formas predominantes de las vasijas)

Nombre del sitio	% globulares	% naviculares	% angulares	% llanas
Sitios del litoral oriental				
Los Ciguatos	79	17.7	11.4	1.6
Damajayabo	72.3	4.4	13.1	9.3
Sardinero	58.7	5.5	3.6	3.2
Sitios del litoral occidental				
Callvar	9	10.4	10.4	9
Borcabón	8.8	22	30	26.2
El Maclo	22.6	22	30.4	12.5

amarga, cuya relación con aspectos evolutivos y cronológicos no es absoluta, pero sí lo es con el comportamiento general del grupo en virtud de mayores capacidades productivas de la tierra; es decir, un incremento cuantitativo de la producción traducible en estabilidad, complejización de las formas y decoraciones cerámicas, aunque sin un salto cualitativo que implique cambios en el modo de vida.

5. Los instrumentos líticos no presentan cambios sustanciales. Continúan siendo frecuentes las limas y guayadores de coral, relacionados con los trabajos en madera; los morteros y manos de morteros para la confección de papillas; así como una cantidad apreciable de pesas y sumergidores de redes, que habla de la fuerte actividad pesquera. La piedra percutida está escasamente representada por pequeñas lascas y algunos pocos restos de materia prima. Las piedras tintóreas resultan más frecuentes, así como las hachas petaloides totalmente pulidas, aunque continúan siendo más frecuentes las hachas denominadas de trabajo.
6. En la industria conchera, la lista de instrumentos es similar a la anterior, pero con un cierto incremento de adornos corporales realizados a partir de esta materia prima.
7. En la cerámica existe un incremento discreto de los tipos decorados y su variedad, sobre todo en las aplicaciones y el modelado con tiras y filetes de arcilla, aplicado de incisos, asas antropomorfas y zoomorfas, asas estrelladas, etcétera.

En las vasijas tienden a disminuir las formas esféricas, con incremento de otros tipos, como las cazuelas, platos y naviculares. No hay pintura roja en los ceramios, lo que parece coincidir con el comportamiento de esta cerámica en la República Dominicana, donde los rasgos ostionoides presentes en formas meillacoïdes van atenuándose para dar paso a este nuevo sistema decorativo (Veloz, 1981). La tendencia es, pues, hacia el predominio de una cerámica acromática en el sentido decorativo.

Los índices de antropomorfismo y zoomorfismo se elevan, y se hacen frecuentes en estos residuarios, lo que es significativo de cambios en los conceptos mágico-religiosos relacionables con el totemismo y un culto a la fertilidad evidente en la presencia de figuras femeninas con notable exaltación de sus órganos reproductores. Creemos, sin embargo, que en estas sociedades aún están presentes con fuerza las ten-

dencias animistas, cuyo predominio se relaciona con procesos de personificación humanos y totémicos, señalados en la impronta cerámica sobre todo.

Para concluir, es justo referir que la ausencia de fechados absolutos confiables en la región dificulta en buena medida la determinación de la antigüedad de estas comunidades del litoral oeste, así como la demostración de que muchas de sus especificidades no están relacionadas con problemas de cronología, la que no siempre es equivalente con mayor o menor desarrollo socioeconómico.

De esta manera, no nos queda más remedio que plantear:

1. La naturaleza del entorno permitió un florecimiento de rasgos que en su mayoría ya estaban presentes, aunque de manera muy modesta, en las sociedades meillacoïdes asentadas en la porción más oriental del litoral sur.
2. Las muy posibles y tempranas relaciones con la isla de Jamaica debieron influir en el desarrollo de particularidades decorativas, y posiblemente tecnológicas, más si tenemos en cuenta que fue en aque-

lla isla donde el Almirante tuvo noticias de esta tierra y de la ruta a seguir para llegar a ella. 3. La unidad cerámica en ambas regiones es síntoma de procesos de segmentación que garantizaron el mantenimiento de las sociedades dentro del territorio y, a su vez, permitió la defensa de la fuerza de trabajo invertida al reforzar los nexos entre productores. El patrón segmentario debió propiciar también ciertos mecanismos de complementación económica no sólo en-

tre sociedades de una y otra área del litoral, sino también con aquellos grupos asentados más al interior, que desarrollaron otros sistemas de explotación económica y patrones ocupacionales diferentes.

4. El crecimiento demográfico, de acuerdo con el patrón segmentario de estas sociedades, se resolvió por medio de escisiones en las que el nuevo grupo buscaba condiciones ecológicas similares para continuar su reproducción.
5. Es posible que los mecanismos complementarios —e inclusive combinatorios— de diferentes sistemas de explotación económica que se observan en otras islas de las Antillas, también estuvieran presentes en el litoral sur de Oriente; sin embargo, esto no puede afirmarse de manera categórica por la ausencia de fechados y de un estudio más riguroso de los asentamientos interiores.

Tabla No. 3: Comportamiento de la cerámica (decoraciones)

Nombre del sitio	% decoraciones	Tipos decorativos	% asas	% decorac. antropomorfas	% decorac. zoomorfas	% de pintura roja
Sitios del litoral oriental						
Los Ciguatos	6.5	3	0.9		10.7	17.8
Damajayabo	3.3	6	0.8	1.3	2.6	6.5
Sardinero	3.3	8	0.8	1	2.4	1.05
Sitios del litoral occidental						
Cativar	4.8	10	1.7	3	3	
Boicabón	3.7	18	1.4	5.2	10	
El Macío	5.1	19	1.7	1.4	2.8	

6. Si existen diferencias entre ambas porciones litorales, la explicación no debe verse sólo en un sentido cronológico, como hasta el momento, sino que pueden ser causadas por influencias culturales diversas en el objeto de trabajo, propiciatorias de condiciones habitacionales distintas, lo que condujo al incremento y la diversificación de la producción y, por ende, a sociedades más estables.

BIBLIOGRAFÍA

- Castellanos, Nilecta y A. Rives (s.f.): "Informe sobre el ajuar del asiento Cantabria en la provincia de Cienfuegos, Cuba", Academia de Ciencias de Cuba. Inédito.
- Castellanos, N. y M. Pino (s.f.): "Arqueología del norte de las provincias de Holguín y Las Tunas". Academia de Ciencias de Cuba. Inédito.
- Castellanos, Nilecta (1991a): "La cerámica aborígen del sitio Ventas de Casanova", en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. La Habana, Editorial Academia.
- _____ (1991b): "Estudio arqueológico Loma de La Forestal", en *Arqueología de Cuba y otras áreas antillanas*. La Habana, Editorial Academia.
- Chanlatte, Luis A. (1986): *Arqueología de Vicques*. República Dominicana, Universidad de Puerto Rico, Centro de Investigaciones Arqueológicas.
- Cruxent, J. M. e I. Rouse (1961): *Arqueología cronológica de Venezuela*. Washington, D.C., Unión Panamericana.
- Dacal, R. y M. Rivero de la Calle (1986): *Introducción a la arqueología cubana*. La Habana, Editorial Gente Nueva.
- Guarch, J. M. (1987): *Arqueología de Cuba. Métodos y sistemas*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- _____ (1990): *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Ediciones Holguín.
- _____ (1991): "Los suelos, el bosque y la agricultura de los aborígenes cubanos", en *Arqueología de Cuba y otras áreas antillanas*. La Habana, Editorial Academia.
- Harrington, M. R. (1935): *Cuba antes de Colón*. La Habana, Cultural S.A.
- Izquierdo, Gerardo (1991): "La industria de la concha del sitio arqueológico El Paraiso, Santiago de Cuba", en *Estudios arqueológicos 1989*. La Habana, Editorial Academia, 1991.
- Martínez Arango, Felipe (s.f.): "Ficheros y ceramógrafos de los sitios estudiados por la Universidad de Oriente". Inédito.
- _____ (1968): *Superposición cultural en Damajayabo*. La Habana, Instituto Cubano del Libro.
- _____ (1978): *Arqueología de Maisí II*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- _____ (1980): *Arqueología de Los Ciguatos*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- _____ (1982): *Registro de todos los sitios estudiados por la Sección de Arqueología de la Universidad de Oriente*. México D.F.
- Navarrete Pujols y M. N. Trincado (s.f.): "Presencia bicultural en la playa El Paraiso, Guamá". Inédito.
- _____ (1988): "Hallazgo de un singular colgante de oro en el sitio arqueológico de El Paraiso, Guamá, provincia Santiago de Cuba". Inédito.
- Pichardo Moya, F. (1956): *Los aborígenes de las Antillas*. México, Muñoz S.A.
- _____ (1945): *Caverna, costa y meseta*. La Habana, Editorial J. Montero.
- Pino, Milton y N. Castellanos (s.f.): "Aporte al Atlas Arqueológico de Cuba". Inédito.
- _____ (1991): "Los asentamientos agroalfareros en el sur de las provincias Santiago de Cuba y Guantánamo. Ámbito geográfico y recursos naturales", en *Estudios Arqueológicos 1989*. La Habana, Editorial Academia.
- Rivero de la Calle, Manuel (1966): *Las culturas aborígenes de Cuba*. La Habana, Editora Universitaria.
- Rodríguez Ferrer, Miguel (1876): *Naturaleza y civilización de la grandiosa isla de Cuba*. Madrid, Imprenta de J. Noguera.
- Rouse, I. and L. Allaires (s.f.): *Eastern Venezuelan, Guianas and the West Indies*. [s.e.]
- Rouse, I. and J. M. Cruxent (1963): *Venezuelan Archaeology*. Yale University.
- Sampedro Hernández, Ricardo (1991): "Estudio preliminar de la cerámica del sitio arqueológico El Paraiso", en *Estudios arqueológicos 1989*. La Habana, Editorial Academia.
- Tablo, Ernesto y E. Rey (1979): *Prehistoria de Cuba*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- _____ (1989): *Agricultura aborígen antillana*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- Trincado M. N., Nilecta Castellanos y Gloria Sosa (1973): *Arqueología de Sardinero*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- Trincado, M. N. et al. (1988): "El Macío, aproximación a su interpretación cultural". Ponencia a la VI Jornada Científico-Metodológica de la Facultad Filosofía-Historia, Universidad de Oriente.
- Trincado, María Nelsa (1984): *Introducción a la protohistoria de Cuba*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- _____ (1989a): "Las comunidades meillacoides tempranas del litoral sudoriental de Cuba". Inédito.
- _____ (1989b): "Nuevas aproximaciones al estudio de los conchales de la región oriental". Inédito.
- _____ (1990a): "Las comunidades meillacoides de nivel medio de la región oriental". Inédito.
- _____ (1990b): "Peculiaridades de la contribución de los burenes en las comunidades meillacoides de la región sudoriental". Inédito.
- Vera Cruz, Margarita (1978): "Asas aborígenes de la tradición alfarera de Cuba", en *Cuba arqueológica*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- Veloz, Marcio, Elpidio Ortega y Ángel Caba (1981): *Los modos de vida meillacoides*. Santo Domingo, Editorial Taller.
- Veloz, Marcio y Elpidio Ortega (1986): *Arqueología y patrón circular de Juan Pedro*. Santo Domingo, Ediciones del Museo del Hombre Dominicano.
- Veloz, Marcio, Iralda Vargas, Mario Sanoja y Fernando Luna Calderón (1976): *Arqueología de Yuma*. Santo Domingo, Editorial Taller.
- Veloz, Marcio (1977): *Medioambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo III*. Santo Domingo, Editorial de la UASD. ☞

LA ARQUEOPOESÍA DE ELISEO DIEGO

PEDRO P. GODO



La temática arqueológica tiene la impronta de la antigüedad, los objetos y los sucesos, la humanidad de aquellos hombres que poblaron Cuba, por ello no sorprende que en el libro *Los días de tu vida* (1977), de Eliseo Diego, encontremos algunos poemas sobre nuestro pasado aborígen. La presencia del tiempo ha marcado la obra poética de este autor, y tal razón justifica su atención para entregarnos una arqueopoesía de la vida cotidiana, una invitación a ese pedazo de la historia a veces mal olvidada. Él se ha detenido en la superficie de un sitio de habitación aborígen, en las humildes vasijas de barro, las magníficas hachas, los animales mitológicos y el traumatismo de la conquista europea; en fin, en los días de la vida de nuestros aborígenes.

Un profesional de los tiestos y los útiles de piedra observará que su poesía no ha desvirtuado el espíritu de la historia. Si de nombrar las cosas se trata, aquí tenemos la visión particular del poeta, la invitación a compartir lo recreado con las palabras, lo que a su vez permite las múltiples lecturas. Las cosas serán la suma de las atenciones de todos los hombres; él nos ha concedido esa licencia al decir:

A lo que Dios me dio en herencia he atendido tan intensamente como pude a los colores y sombras de mi patria; a las costumbres de sus familias; a la manera en que se dicen las cosas mismas —oscuras a veces y a veces leves. Conmigo se han de acabar estas formas de ver, de escuchar, de sonreír, porque son únicas en cada hombre: y como ninguna de nuestras obras es eterna o siquiera perfecta, sé que les dejo a lo más un aviso, una invitación a estarse atentos.

En estos poemas Eliseo Diego sigue fiel a su actitud ante las cosas, lo que es nombrar las cosas y mostramos su espiritualidad, la temporalidad y la permanencia, las dimensiones del tiempo y la historia. *Los días de tu vida* es un libro sobre el tiempo y todas las circunstancias que lo nombran; así, la arqueología le ofrece suficiente materia prima para el misterio de su poesía. La incursión en la temática aborígen nos deja el testimonio de una realidad en la cual también hay cosas, sitios y sucesos que merecen su atención. Pero no es una retrospectiva conforme o resignada a evocar o rememorar algo irremediabilmente perdido; la reflexión poética devuelve el lejano ancestro a nuestros días y acaso en una senda de memoria permanente que se pierde en el devenir. He aquí la contemplación de los restos de un sitio arqueológico:

*Dirán entonces: aquí estuvo
la sala, y más allá,
donde encontramos los fragmentos
de levísimo barro, el sitio
del calor y la dicha.
("Arqueología")*

El arqueólogo observará las estructuras de una vivienda, el basure-ro de los objetos desechados o los restos de los fogones. La recons-trucción histórica es parcial y fragmentaria, en tanto que la vida cotidiana emerge de la poesía cuando ésta ocupa el lugar de la ciencia y refleja la humildad de aquellos hombres de un menor nivel de desarrollo so-cial. Después de cientos de años se ofrece la imagen de lo que existió:

*Luego
vendrá una pausa, mientras
el viento alisa los hierbajos
inconsolables; pero
ni un soplo habrá que les evoque
la risa, el buenas tardes,
el adiós.
("Arqueología")*

Otro poema se refiere al proceso de elaboración de un hacha. La denominación del artefacto es sólo el punto de partida. Tiene forma de pétalo por deseo del artesano y al pasar los años, los arqueólogos acuñarán el término "hacha petaloide". Es el acto de nombrar las co-sas con las exigencias de Diego, que trascienden el nombre y la forma del objeto para tocar el fondo de las cosas. La emoción que ha sentido el arqueólogo al tener un hacha en sus manos ya se ha plasmado en el lenguaje de la poesía: "Sólo el alma sonriente de la piedra verde brilla en el hoy de siempre". Este poema recorre las dimensiones del tiempo desde la confección del objeto y en la medida de la creación imperecedera que el poeta reafirma y entrega a la posteridad. No hay fronteras entre la obra y el hombre, aunque la memoria no pueda re-gistrar siquiera el nombre del artesano aborigen, y no es porque la naturaleza de la piedra resista el tiempo como ningún otro testigo ar-queológico, sino porque el artesano en su labor solitaria, a la luz de un octubre precolombino, le dio el alma.

Las cosas tienen vida propia por su permanente identificación con los hombres. Si aquel poema recrea la construcción de un hacha puli-da y se nombra "Artesanos", y en otro una vasija de barro "fue delicia de su dueña", también asistimos al nacimiento de la rana mítica, ani-mal de singular importancia en la cosmovisión aborigen:

*Un día
-ya crepúsculo: noche- vas y sacas
esta rana del barro.*

*¡Sí,
como si fuese nada, pronta
junto al filo del salto, la ranita
fresca en tus dedos!
("Rana talna")*

Así, más que una radiografía de las cosas, en el centro de sus inte-resses como poeta está el hombre, los seres anónimos que concibie-ron tales realizaciones culturales. Esta concepción está hermanada a la posición más progresista de nuestra ciencia y es opuesta a alguna arqueología cuyo único fin es cuantificar y describir piedras o testos. Este acercamiento a la vida cotidiana es fruto de un vivo testimonio. Diego se traslada a la época aborigen, asiste a la confección de los útiles, conversa con los artesanos y escribe los poemas en tiempo presente. Asume una actitud sin prejuicios ante nuestros primeros padres y reconoce los valores de su cultura.

No es su poesía la de los temas épicos. Llama la atención que Diego no se interese por la rebeldía de los caciques Hatuey y Guamá u otros episodios memorables de la conquista y pacificación de la isla, sino por los simples útiles arqueológicos. Al artesano de la palabra debe-mos que éstos se eleven sobre el contexto de la cotidianidad aborigen y que, en consecuencia, ya no podamos concebirlos como arte u obje-tos museables sino inmersos en la dimensión del proceso histórico. Así, una vasija de barro con un asa zoomorfa no es sólo un utensilio para la contención de alimentos. A la mirada del poeta, tiene en prin-cipio el mundo espiritual de su dueña y también será el buen pretexto para expresar el fenómeno de la conquista europea.

*[...] Luego el bronco
escándalo extranjero
sofocó los murmullos
del afán diario [...]
("Vasija india")*

A resultas, la huella de la cultura aborigen se disipa a través de imágenes que manifiestan la pérdida de los atributos de la vasija

*[...] Luego el tiempo
-el cauto, el taciturno-,
con astucia y paciencia, fue borrando
el humo, el vaho de los dedos
de suavísimo bronce. Luego vino
el sol de nuevo, y los ojillos
redondos de la bastezuela
miraron ciegos.
("Vasija india")*

En el sustrato de la poesía de Eliseo Diego se reconoce la identidad histórica de la cultura aborígen, enfoque opuesto a la visión eurocentrista del descubrimiento del Nuevo Mundo. El suceso tiene otra interpretación a partir de *La invención de América*, como lo llamara Edmundo O'Gorman, invención geográfica e histórica del continente. No se descubre lo que ya tenía existencia propia, por cuanto todo fue negado: pueblos, cultura, religión. España concibió a América a la medida de su semejanza y aspiraciones; continuidad de las instituciones europea y tierra prometida para una nueva vida. Y entre tanto material que desencadenara la universalidad geográfica e histórica de la humanidad, la poesía prefiere el instante en que Cristóbal Colón, ante su diario de navegación, enfrenta el trascendental acontecimiento:

*Escribir la primera palabra será como empezar a no ser,
como
engendrar o como morir, los dos extremos
que son una y la misma embriaguez, pavorosos principios,
trunfos, catástrofes, glorias [...]
toda la inagotable riqueza está urgiéndolo, soplándole.
Cimbrado
como una caña,
vibrante de terror y de júbilo, por fin Cristóbal Colón hunde
su pluma en la página.
Comienza entonces la invención de América.
("Cristóbal Colón inventa el Nuevo Mundo")*

Pero el reconocimiento de la cultura aborígen no es un apartado o prehistoria sino parte constituyente de la etnogénesis cubana. El poema "Pequeña historia de Cuba" es un fresco de nuestras luchas, el futuro y los pueblos que forjaron la patria. Desde la impronta del colonialismo, con su sed de oro y el exterminio físico de los aborígenes, y después el otro oro de las plantaciones y la esclavitud de los negros africanos hasta que, al decir del poeta, "Con lo que nos cansamos por fin los blancos y los negros (indios ya no había) / y nos quemamos los ingenios (¡cómo chillaban!) y nos / quemamos los plantíos (¡cómo lloraban!)", en una clara alusión a la gesta independentista y la consolidación de nuestra nacionalidad. A la pesadilla republicana sucede un nuevo jalón en el camino de la epopeya de liberación:

*y ya poderr ~s irnos, soñando, a casa. Mañana será la Isla
como la vio Cristóbal, el Almirante, el genovés de los duros
ojos
abiertos,
en amistad la tierra con el mar, tierra naciente
de transparencia en transparencia, iluminada.
("Pequeña historia de Cuba")*

...logografía y filología...

En ese desvelo de perseguir los recuerdos que no deben morir, Diego atendió a la más temprana historia de la patria, nombrando a los hombres y a las cosas de manera que en conformidad con su credo literario hoy podamos llamarlos con el alba. Cumplido es ya el medio milenio del encuentro de los mundos, lo que debe ser el verdadero descubrimiento del mosaico de razas y culturas a que dio origen la hazaña del "genovés de los ojos obstinados" en el lejano octubre de 1492. Y en esta hora de emprender una nueva y arrasadora utopía de la vida, como dijera Gabriel García Márquez, no será estéril atender esta arqueopoesía de Cuba, y que estos poemas ocupen algún lugar en la memoria de todos.



Eliseo Diego

ARTESANOS

Pules y pules, ves, el duro verde
hasta que el filo brota. Le has quando
forma de pétalo.
(Más tarde
alguien, sagaz, dirá: el hacha
tiene forma de pétalo).

A solas
pules y pules en la luz de octubre
hasta que asoma el alma de la piedra
en un hoy sonriente.

Lejos
está mañana, como lejos
ayer quedó contigo.

Sólo el alma
sonriente de la piedra verde
brilla en el hoy de siempre.

VASIJA INDIA

Esta vasija, con el asa
donde un animalillo asoma
su pico ansioso, fue delicia
de su dueña. Luego el bronco
escándalo extranjero
sofocó los murmullos
del afán diario. Luego el tiempo
—el cauto, el taciturno—,
con astucia y paciencia, fue borrando
el humo, el vaho de los dedos
de suavísimo bronce. Luego vino
el sol de nuevo, y los ojillos
redondos de la bestezuela
miraron ciegos
¿Fue, quizás,
desde el principio, este vacío
la razón de su azoro?
El alfarero
mezcló a la arcilla el desamparo,
su ser hizo de asombro.

Eliseo Diego

REPLANTEOS

ACERCA DE LA FUNDACIÓN DE LA VILLA DE SAN SALVADOR

VALENTÍN GUTIÉRREZ RODRÍGUEZ



EL PROBLEMA

Esta investigación tiene como propósito central avalar la hipótesis de que la fundación de la segunda villa de Cuba, San Salvador, fue resultado de las relaciones que se establecieron entre las huestes de Diego Velázquez y los indocubanos agrupados cerca de la ribera del río Yara, en el sitio arqueológico que hoy se denomina Palmas Altas, a seis kilómetros de la ciudad de Manzanillo. La localización exacta de este hecho nos permitió inferir, además, el lugar donde fue quemado Hatuey, el primer líder de Cuba.

Ha sido un hecho común en nuestra historiografía presentar los hechos de la fundación de San Salvador, y luego su traslado hacia la actual ciudad de Bayamo, como un fenómeno natural de las incertidumbres de los primeros tiempos, así como del "espíritu aventurero" de los españoles en el afán de la conquista y la colonización de Cuba. Esta postura olvida que en aquellos tiempos las relaciones que se establecieron entre conquistadores, naturaleza y sociedad formaron un complejo entrelazado de intereses económicos y sociales que determinaron las tendencias centrales del proceso de la fundación de las villas. Es decir, la localización y la fundamentación de los orígenes de San Salvador como la segunda villa de Cuba, se encuadra dentro de las relaciones establecidas entre los españoles, los indocubanos y su medio, en el segundo período de las incursiones españolas por el oriente del país.

Todo lo que hoy sabemos de la fundación de San Salvador está lejos de una explicación científica. Los hechos se toman como simples referencias a lo que se quiere demostrar, sea esto que San Salvador se fundó en Bayamo o que sus orígenes estuvieron en Yara. Ya tendremos ocasión de demostrar que las elecciones de los lugares donde definitivamente se asientan los grupos humanos son un proceso, no una simple verificación coyuntural a través de lo que leemos en documentos antiguos, observamos en las evidencias arqueológicas o de lo que nos llega mediante la tradición oral.

No es que desechemos la información de los documentos y de las muy originales referencias arqueológicas; todo lo contrario, abogamos porque la reconstrucción de los hechos se haga a partir de estas fuentes, únicas que nos permitirán ofrecer un cuadro aproximativo acerca de nuestras hipótesis de trabajo. Es por ello que, desde el punto de

vista metodológico: las referencias al material documental y arqueológico constan en la principal disponibilidad para la comprobación científica del objeto de estudio.

La primera información sobre la fundación de San Salvador la ofrece la Carta de Relación del 1º de abril de 1514, redactada por Diego Velázquez (Pichardo, 1965: 71). Algunos historiadores, sin un análisis minucioso de esta fuente, y sin la comprobación práctica en el terreno, han dado por sentada la fundación de la villa en el actual poblado de Yara, en el hoy municipio granmense del mismo nombre.

Luego de Velázquez, Bartolomé de Las Casas expone la relación de villas fundadas por el conquistador. Señala en su *Historia de las Indias*: "[...] y otra en Bayamo, que creo se llamó la villa de San Salvador [...]" (Las Casas, 1986, t. 3: 125).

Posteriormente, Nicolás Joseph de Ribera, a mediados del siglo XVIII, se refiere a otra localización de San Salvador, dentro del cacicazgo de Macaca: "[...] Sº Salvador qº estaba junto al puerto de Niquero cerca de Cabo de Cruz, se retiró al río Bayamo, veinte leguas al nordeste tierra adentro en lo más ancho de la Ysla" (Ribera, 1975: 134).

El obispo e historiador Pedro Agustín Morel de Santa Cruz toma de la tradición oral, a su paso por Bayamo con motivo de la visita eclesíastica, en junio de 1756:

Suponemos algunos que este nombre era en el Gentilicimo el del Cacique, que dominaba a toda la provincia y que ella se honraba con el título de su señor; que los pueblos de su dependencia se reducían a tres: El primero Macaca, distante tres leguas del Mar del Sur, hera la Capital donde el Cacique residía [...]. El segundo Gursa [...]. El tercero no se nomina [...]. los españoles arrasaron a los otros dos, y con sus vecindarios fijaron el pie en Macaca [...]. El proyecto dice no subsistió por dos incidentes que dieron con él en tierra [...] fue preciso tratar de su traslación (Morel, 1985: 92).

Morel de Santa Cruz, como Joseph de Ribera, supo a través de la tradición oral sobre la fundación de San Salvador, que situó en la provincia india de Macaca.

Otra de las versiones sitúa la primera fundación de San Salvador en Pueblo Viejo, en el antiguo partido de Vicana. De ello se hace eco el capitán Francisco Sánchez Griñán en 1793. Éste, al recorrer las costas del Golfo de Guacanayabo, en misión de reconocimiento para combatir el contrabando, expone en su diario: "Salimos de Pueblo Viejo, corral de puercos perteneciente a Doña Juana de Noguera, donde se dice haber estado la población de Bayamo primero" (Lago, s.f.: 9).

Hortensia Pichardo, en una ponencia presentada durante el IX Encuentro de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe en 1983, en la ciudad de Bayamo, titulada "El suplicio de Hatuey y ¿dónde tuvo lugar?", hace una revisión de las fuentes a partir de la carta de Velázquez

y señala a San Salvador, en la provincia india de Bayamo, como el lugar de la ejecución de Hatuey. Y reseña que: "no la señala Urrutia y Montoya quien trata el suplicio pero no determina el lugar"; expresa que Jacobo de la Pezuela, en su *Historia de la isla de Cuba*, consigna que Velázquez "cogió prisionero al indio Hatuey en tierra de Bayamo". José María de la Torre, en su conocido *Mapa de la isla de Cuba*, señala el poblado de San Salvador junto al río Yara, cerca del Golfo de Guacanayabo, con esta frase: "Aquí murió Hatuey". Ernesto de las Cuevas, en sus narraciones históricas de Baracoa, menciona el suceso, pero no el lugar. El único historiador que señala a Baracoa como el lugar de la muerte de Hatuey es Emilio Bacardí en sus famosas *Crónicas de Santiago de Cuba* (Pichardo, 1983: 15).

Señala también en su ponencia la Dra. Pichardo la siguiente opinión, que compartimos: "No es posible pensar en un error de Velázquez porque fija muy claramente en su carta del 1º de abril el lugar de los hechos [...]" Prosigue la autora: "[...] de acuerdo con la principal fuente histórica, la carta de Diego Velázquez del 1º de abril de 1514 y los historiadores cubanos y españoles, ocurrió en Bayamo".

En el trabajo sólo se establece a Bayamo de forma general como el lugar del suplicio de Hatuey, sin determinar el sitio en cuestión; la llamada provincia india de Bayamo estaba compuesta por un extenso territorio sin límites exactos. Tampoco se alude en la referida investigación al actual poblado de Yara como el lugar donde se desarrollaron los hechos.

Roberto Mateizán es quien, en su obra de principios del presente siglo *Cuba pintoresca y sentimental*, asegura que: "La villa de San Salvador fue fundada el 5 de noviembre de 1513 en el lugar que hoy ocupa el poblado de Yara", y da como prueba la existencia a inicios de 1910 del camino real creado por los indios. Puntualiza: "El autor de este libro ha constatado personalmente la existencia del camino y ha podido convencerse de su origen indio [...]" Concluye además: "El cacique Hatuey fue quemado en el sitio que ocupa hoy el poblado de Yara y en el que fundó Diego Velázquez la villa de San Salvador" (Mateizán, s.f.: 221).

En 1918 se publicó un artículo de Luis V. Betancourt, "La luz de Yara", donde hace coincidir el lugar del suplicio de Hatuey con el sitio de Yara y lo vincula con el inicio de la guerra de 1868:

Tres siglos pasaron. Una noche la luz errante se detuvo sobre el mismo sitio en que se había alzado la hoguera de Hatuey. Era la luz de Yara, que iba a cumplir su venganza. Era la tumba de Hatuey, que se convertía en cuna de la independencia.

Era el Diez de Octubre (Betancourt, 1918).

Esta leyenda contribuyó a arraigar, sin dudas, la tesis de que el indio Hatuey había sido quemado en Yara y que, de hecho, ése era el sitio donde se había fundado San Salvador.

La Dra. Pichardo, en su libro *La fundación de las primeras villas de la isla de Cuba*, aborda la fundación de San Salvador a través de la Carta de Relación escrita en 1514 por Diego Velázquez, pero sin profundizar en el hecho (Pichardo, 1986: 17).

En la obra "Síntesis monográfica del municipio de Yara", los autores exponen que es en el actual poblado de Yara donde se funda San Salvador, a partir de un mapa atesorado por el Archivo Nacional, que contiene el deslinde de las tierras de Francisco de Parada. Aquí se toma como válida en toda su extensión la tesis de Roberto Mateizán.

UNA MIRADA DIFERENTE AL MISMO PROBLEMA

La lectura de los dos primeros fragmentos seleccionados de la carta de Velázquez antes aludida, nos ofreció los siguientes elementos:

[...] e otros 80, con 20 de cavallo que tenía puestos en la provincia del Guacanayaboy, comarcana a la provincia del Bayamo, sin los que con él estaban para cuando él fuese [...] (Pichardo, 1985: 74).

[...] y de allí se partió por las provincias de Guaunaya (Guaimaya) y del Mayzl (Mayyá) faziendo lo mismo hasta la de Bayamo, que está junto a la de Guacanayabo, donde halló los caciques y indios muy servidores de V.A. y amigos de los cristianos [...] (Pichardo, 1975: 78).

¿Qué conocimiento mutuo existía entre aborígenes y españoles? Esta interrogante nos remite a los antecedentes de la llegada y presencia de los españoles en el territorio hasta el inicio de la conquista y la fundación de la villa San Salvador.

Del segundo viaje de Cristóbal Colón, por la costa sur-oriental de Cuba, Bartolomé de Las Casas expone: "Partió, pues, de Jamaica el Almirante con sus navios, llegó a un Cabo de la Isla de Cuba, que nombró cabo de Cruz, miércoles 18 de Mayo [...]" (Las Casas, 1986, t. 1: 403).

Y luego de interrogar a los nativos si Cuba era isla o continente, Colón continúa viaje hacia el extremo occidental, el 19 de mayo. Sobre esto, Andrés Bernaldes, cura de Los Palacios, narra: "Navegaron los cristianos hasta llegar a un Golfo donde las infinitas poblaciones y los campos como huertos estaban esmeradamente cultivados" (Bernaldes, 1953: 48).

A su regreso hacia La Española, Colón llega de nuevo a Cabo Cruz: "[...] llegó al Cabo que llamó al principio de Cruz, a 18 de julio, donde los indios le hicieron muy buen recibimiento y luego le trujeron de su pan cacabí, y pescado y frutas de la tierra y de todo lo que tenían, con grande alegría y placer donde holgaron y descansaron dos o tres días" (Las Casas, 1986, t. 1: 411).

Este encuentro marca el inicio del contacto entre los aborígenes de esta zona y los españoles, quienes navegan por primera vez en las aguas del Golfo de Guacanayabo.

En el 4º viaje, durante su regreso de Tierra Firme, Cristóbal Colón llega de nuevo a la región del Guacanayabo, en mayo de 1503. Al respecto el padre Las Casas nos dice:

Yendo todavía al camino del Norte adelante de las islas dichas 30 leguas, fueron a surgir al Jardín de la Reina [...] Salieron de allí y llegaron a la tierra de Cuba y aportaron a un pueblo de indios, llamado Macaca, la media silaba luenga, donde tomaron refresco de cazabí y otras cosas que los indios les dieron, creo que de buen grado [...] (Las Casas, 1986, t. 2: 111).

Desde entonces y hasta el inicio de la conquista, en 1510, no existen evidencias de asentamientos estables, sólo se producen encuentros esporádicos entre los españoles y los indios.

En 1508, cuando la expedición al mando de Sebastián de Ocampo efectuaba el bojeo a la isla de Cuba, los exploradores llegaron a la región de Macaca y, al partir, un español quedó en la aldea (Las Casas, 1986, t. 3: 96). Dos años después, en 1510, luego de desembarcar en áreas cenagosas próximas a Zapata, Alonso de Hojeda recorre la costa hacia el este, pasa por la región india de Cueibá, llega a Macaca y se traslada a Jamaica (Las Casas, 1986, t. 2: 221). Posteriormente, en 1511, Martín Fernández de Enciso tocó la costa de Macaca y fue amistosamente recibido por el cacique Comendador, bautizado por Ocampo (Las Casas, 1986, t. 3: 95). Estos son ejemplos palpables que corroboran que en más de una ocasión hubo contactos entre los indocubanos y los españoles en los límites de los territorios de la provincia indígena de Macaca.

Pero el ejemplo de contacto interétnico de mayor significación lo encontramos en torno a la rebelión de los aborígenes y a la captura del cacique Hatuey, desde mediados de 1511 hasta principios de 1512. Fue entonces que los españoles se internaron en la región oriental y conocieron aún más el territorio. Sobre ello narra Bartolomé de las Casas:

Viendo el Cacique Hatuey que pelear contra los españoles era en vano, como ya tenía larga experiencia en esta isla por sus pecados, acordaron de ponerse en recaudo huyendo y escondiéndose por las breñas, con hartas angustias y hambres [...] dándose cuanta prisa y diligencia pudieron en andar tras él muchas cuadrillas para tomallo, por mandado de Diego Velázquez, anduvieron muchos días en esta demanda [...] finalmente, descubrieron por donde andaba, y al cabo lo hallaron (Las Casas, 1986, t. 3: 100).

Fue a raíz de esta persecución que los españoles ganaron en conocimiento de la comarca. Es decir, fueron estos hechos los que le permitieron conocer las provincias indias de Bayamo y Guacanayabo.

Ahora bien, aunque se había sofocado la insurrección india y dado muerte al cacique Hatuey, a Velázquez no le bastó y, para su tranquilidad, recibió el refuerzo de Pánfilo de Narváez en la Asunción de Baracoa, a mediados de 1512, procedente de Jamaica. El objetivo era evitar una nueva insurrección, así lo destaca Las Casas de la siguiente manera:

Desde la villa de Baracoa envió a Narvaez con veinte y cinco o treinta hombres a una provincia llamada el Bayamo [...] tierra llana y descubierta de montes y harto graciosa [...] para asegurar los indios y gente natural della por bien y si no por guerra.

Aportaronse todos los españoles en cierto pueblo de indios y como hablan oído sus nuevas de la quema del cacique Hatuey y los muertos y corrimientos de los vecinos y gente de la provincia de Maicí [...] (Las Casas, 1986, t. 3: 103).

Sin embargo, la noticia de la llegada de Narváez a la provincia india de Bayamo exacerbó los ánimos de los aborígenes, quienes decidieron desembarazarse de los españoles. Es cuando ocurre entonces el incidente del ataque a Narváez y la posterior huida de los aborígenes. Así lo refiere Las Casas:

[...] que no pararon, hombres y mujeres ni hijos, huyendo, hasta otra provincia llamada Camagüey [...] que distaba de aquella 50 leguas [...]

Hizo luego mensajeros Narvaez a Diego Velázquez sobre lo acaecido, el cual determinó de ir allá con gente, donde residió algunos meses [...] (Las Casas, 1986, t. 3: 104).

La continuidad de la lectura nos informa que, al restituirse los habitantes a sus casas, Velázquez regresa a La Asunción, deja en esa aldea primero a Juan de Grijalva con Bartolomé de Las Casas y luego a Narváez y asegura "que con la gente que habla ido tras los hidos con los que él habla dejado con Grijalva, que todas serían hasta cien hombres [...]" (Las Casas, 1986, t. 3: 103).

Esta cifra de hombres que deja Velázquez en la región se corresponde en cierta medida con lo expuesto por él en la Carta de Relación: "[...] e otros 80, con 20 de cavallo que tenia puestos en la provincia del Guacanayabo [...]"

De todo lo antes expuesto se desprende que antes de la conquista el encuentro entre aborígenes y españoles fue ocasional y, al parecer, se circunscribe a la región de Macaca. Después de iniciada la conquista y la persecución de Hatuey, el objetivo es de "asegurar los indios y gente naturales della por bien y si no por guerra [...]" El encuentro se hizo más frecuente hasta llegar a dejar destacamentos de hombres, incluso con frailes "para los dotrinar e atraer a que se conviertan a nuestra santa fe católica [...]" (Pichardo, 1965, 52).

Esta irrupción de españoles se hace más amplia y estable en las regiones de Guacanayabo y Bayamo entre la segunda mitad de 1512 y noviembre de 1513. Velázquez, por lo que se dice en la crónica de Las Casas, estuvo algunos meses en la región, la conoció y dejó parte de su pequeño ejército en alguna aldea del Guacanayabo—¿Loma del Indio?—, sitio de probado contacto indohispánico y desde donde se tenía pleno dominio de todo el golfo.

Debe tenerse en cuenta que en los dos párrafos antes mencionados se señala: "[...] en la provincia del Guacanayabo, comarcana a la del Bayamo [...]" y "por las provincias [...] hasta la del Bayamo que está junto a la de Guacanayabo [...]" Como se observa, la cita hace énfasis, sin dudas, a la cercanía que existía entre los poblados principales de las dos llamadas provincias indias.

Al final del segundo párrafo se señala también: "[...] donde halló los caciques y indios muy servidores de V.A. y amigos de los cristianos". Este hecho nos hace recordar que los encuentros en Macaca fueron pacíficos, y a pesar de los incidentes con Pánfilo de Narváez en la aldea de Bayamo o quizás del mismo Guacanayabo, el regreso había sido normal, sin represión de los españoles, por lo que la relación aborígen-español en la región era pacífica. De ahí que se recibiera pacíficamente a los españoles que llegaban.

El hecho consumado de la pacificación puso al descubierto, según creemos ver, la posibilidad de crear un asentamiento estable y, desde luego, la fundación de la villa como política esencial de la conquista y colonización de la isla.

Aunque ya Velázquez había fundado La Asunción en Baracoa, a partir de sus experiencias como fundador de cinco villas en La Española, no puede sustraerse a las instrucciones dictadas por el monarca a mediados de 1513 para fomentar las poblaciones en las tierras de América. Veamos qué nos dicen las reglamentaciones:

[...] lo primero es ver en quantos lugares es menester que se fagan asientos en la costa de la mar para se guardar la navegación y para más seguridad de la tierra; que los que han de ser para segurar la nebegación, sean en puertos que los nabos que de aca de España fueren, se puedan aprovechar de los en refrescar y tomar agua, y las otras cosas que fueren menester para su viaje [...] (Venegas, 1979, 21).

Las futuras villas creadas se orientarían en varias direcciones, según estos propósitos. Dos de ellos, al decir de Venegas, serían

1. Conseguir un "estado legal" que permita al conquistador transformarse en dueño de las fuerzas productivas: indios, tierras y mar.
2. Ubicarse en un medio geográfico que garantice, al núcleo urbano la posibilidad de abastecer las futuras empresas de conquista "Tierra Firme".

Pudiéramos añadir el propósito de creación de granjerías, con un objetivo puramente mercantil, facilitado por el acceso al mar. Desde nuestro punto de vista, estas motivaciones constituyen el eje de la selección del lugar y fundación de la segunda villa en Cuba.

El regreso de Diego Velázquez a la región se produce entre finales de octubre de 1513 y principios de noviembre de ese año, como se aprecia en su Carta de Relación de abril de 1514. En Bayamo confiesa haber recibido el 9 de noviembre de 1513 las cartas que lo acreditan como repartidor de indios.

El tercer fragmento de la Carta de Relación que utilizamos contiene los elementos fundamentales que permiten sustentar la hipótesis de que la villa San Salvador fue fundada en el actual poblado y sitio arqueológico de Palmas Altas: "E ocho días despues que llegó á la provincia del Bayamo, porque tenía pensamiento de asentar un pueblo alla ó en la del Guacanayabo, en la que mejor sitio se hallase y lo necesario ó el toviese [...]" (Pichardo, 1968: 79).

Diego Velázquez llegó con la recomendación real de ayudar a las empresas de penetración de Castilla del Oro —llamaban así los españoles a la parte del continente americano comprendida entre el Cabo de Gracias a Dios, al norte y el Golfo de Urabá (Darién), al sur, cuya gobernación fue concedida a Diego de Nicuesa el día 9 de julio de 1508— y ofrecer posteriormente apoyo a la empresa de Pedraría Dávila —nombre con que es más conocido Pedro Arias de Ávila, designado por el rey Fernando el Católico para gobernar el territorio de Castilla del Oro—, con el aseguramiento de puntos de abastecimiento en la costa sur de Cuba. Velázquez trae como objetivo "asentar un pueblo en ella ó en la del Guacanayabo".

El conquistador había decidido fundar una segunda villa en Cuba para apoyar la empresa de Centroamérica. No obstante, no había seleccionado el sitio, aunque conocía la región por haber estado en ella un tiempo en la segunda mitad de 1512, y se decidiría por "la que mejor sitio se hallase".

El lugar de la fundación tendría que responder a ciertos requisitos —"y lo necesario á el toviese"—, que entre otros debían ser: cercanía al mar, cercanía a un río, altura para evitar las inundaciones, terrenos fértiles propicios a la agricultura, la existencia de un poblado aborigen o las inmediaciones del mismo, cercanía a las minas de oro o punto medio entre ellas.

Y continúa la carta: "[...] envió a las provincias de Maniabón é Boyucar é el Cayaguayó é Mahaha e Cueyva, que es todo á 15 é á 20 é á 30 leguas de la dicha provincia de Bayamo [...]" (Pichardo, 1965: 79).

La existencia de cacicazgos y de provincias indias como división administrativa es discutida en Cuba (Trincado, 1984: 40), pero es inobjetable que estas comunidades tenían un cierto grado de desarrollo en sus fuerzas productivas, con un determinado nivel de organización social (comunidades gentilicias desarrolladas). En 1841 fue

publicado por José María de la Torre un mapa de Cuba donde se señalaban geográficamente los cacicazgos existentes al inicio de la conquista (Portuondo, 1965: 65). En 1988 Estrella Rey expone la existencia en la parte oriental de la isla de las dos zonas más densamente pobladas en Cuba primitiva: al norte, las regiones denominadas Maniabón, Baní, Barajagua; al sur, las de Macaca, Bayamo y Guacanayabo (Rey, 1988: 162-164).

En la carta de relación, como se puede observar, la medida para dar las distancias es la legua. La más empleada en España era la de 20 al grado o marítima, equivalente a unos 5 555 metros; además, la de 25 al grado o terrestre, de 4 225 metros; la de posta de 4 km; así como otras cuyas medidas estaban entre los 4 000 y los 6 000 m.

Cuando en otro momento del fragmento se expone que se manda a buscar a los caciques, se hace mención de los de algunas "provincias indias" y no se nombran ni Bayamo ni Guacanayabo, de lo que se infiere que estos caciques estaban presentes o próximos.

Todo esto sucedía mientras se localizaba el lugar idóneo donde fundar la villa. Llegados los caciques al lugar seleccionado, proceden los conquistadores a asentar el pueblo y repartir los indios: "[...] é el dicho asiento é sitio se halló a legua y media de un puerto [...]"

Tomando el actual puerto de Manzanillo, en el Golfo de Guacanayabo —mencionado por Diego Velázquez como "puerto de Guacanayabo" en un párrafo más adelante de la Carta de Relación que se analiza—, en dirección al este y a unos 6 000 m se encuentra el sitio arqueológico Palmas Altas, sustentado en nuestra hipótesis como lugar de fundación de la villa. El sitio en cuestión es un residuario arqueológico aborigen detectado por el Dr. Bernardo Utset en la década del cuarenta y tenido por el Departamento de Arqueología del Ministerio de Ciencias de Cuba como sitio de contacto indohispánico por las pruebas existentes en la colección de dicho sitio en el museo Montané (Domínguez, 1978: 33).

Y continúa la carta: "[...] que está apropósito de la navegación de la isla Española y de Tierra Firme [...]" Este fragmento, junto con el anterior, nos expone la cercanía al mar de la villa fundada, en específico al Golfo de Guacanayabo, desde donde con facilidad se podía navegar a la isla de La Española, a Jamaica y a Tierra Firme (Castilla del Oro), para cumplir el propósito de apoyar la penetración en esas tierras. Ese requisito se cumpliría en la villa fundada, situada a unos 6 km, o sea, legua y media del mar, independientemente del tipo de legua empleada para la medición, que debió de responder a la necesidad de medir en tierra una distancia. El poblado actual de Yara, que se ha identificado tradicionalmente con la fundación de esta villa, está a unas cuatro leguas —19,5 km— del puerto Guacanayabo. Es imposible pensar que Velázquez pueda confundir una distancia en el terreno de cuatro leguas por una de legua y media.

Silvestre de Balboa, en su obra *Espejo de paciencia*, fija la distancia del hato de Yara a la costa: "Este maldito tuvo aviso cierto / Como el pastor de Dios llegado era / A Yara, hato rico y abundante, / Que está se... leguas de la mar distante" (Balboa, 1975: 61). La narración de estos acontecimientos, efectuada a principios del siglo XVII, sitúa el caserío del hato de Yara a una distancia mayor con respecto al mar de la que presenta el actual poblado. Esto aleja todavía más la posibilidad de comparar dicho sitio con el de Palmas Altas (ver mapa No. 1).

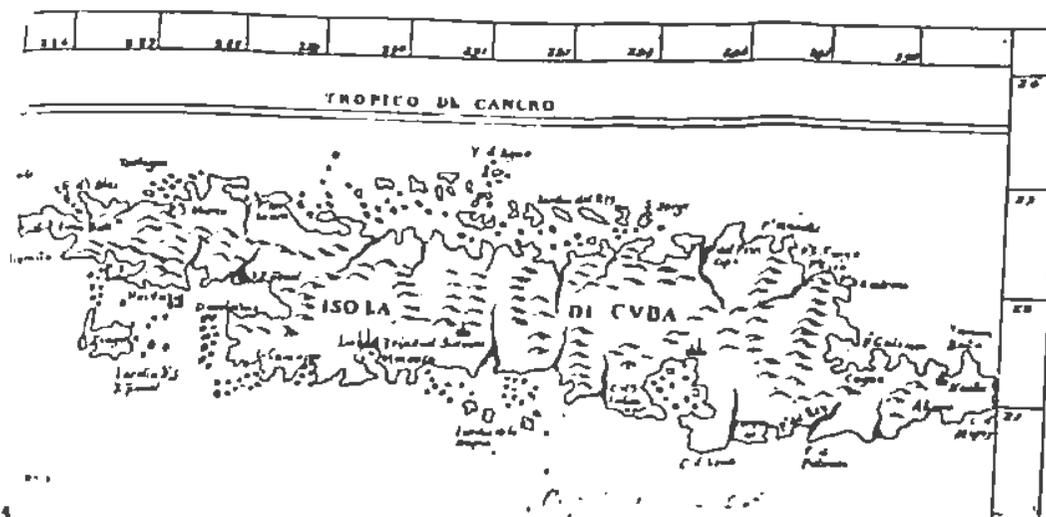
En un mapa de la isla de Cuba confeccionado en 1564 por Paolo Forlano, se sitúan las villas fundadas hasta agosto de 1514 en el sur de la isla: San Salvador, Trinidad, Sancti Spiritus (con el nombre de Salina) y San Cristóbal. Forlano debió conocer, según afirma la Dra. Pichardo, el mapa enviado por Diego Velázquez al rey Fernando en el mes de agosto de 1514, donde se señalaba la situación de las villas fundadas hasta esa fecha. En el mapa de Forlano se puede observar la inmediatez de la villa de San Salvador a la costa del Golfo de Guacanayabo. Por otra parte, al situarse en el mapa la villa de Sancti Spiritus, que fue fundada tierra adentro, a unos 30 km de la costa sur, se ubica en el interior del plano. Inferimos que de haberse fundado San Salvador tierra adentro, al ser ubicada en el mapa, hubiera recibido el mismo tratamiento (ver mapa No. 2) (Pichardo, 1986: figura 5).

Y luego expone: "[...] y cerca de un río grande muy bueno, que se dice Yara [...]" Del sitio Palmas Altas al punto más próximo del río Yara, en línea recta, hay 1 500 m. Es decir, cerca, lo que no significa necesariamente en las márgenes de este río (ver mapa No. 3).

Sigue la carta "[...] de muchas crianzas de ganado [...]" Como hemos dicho, en estas regiones de Bayamo y de Guacanayabo, así como

en algunos de sus poblados aborígenes, se habían establecido grupos de españoles desde mediados de 1512 hasta la fecha de la fundación de la villa (noviembre de 1513), donde posiblemente se habría iniciado la crianza de ganado vacuno.

Señala a continuación la misiva "[...] y disposición para la labranza de yuca y agos y maíz [...]" Tales elementos caracterizan la economía de estos



grupos humanos. Las comunidades estudiadas estaban en la etapa de la economía productora, en su fase de agricultores. Su agricultura descansaba en el cultivo de la yuca amarga, el boniato y el maíz.

Entre estos cultivos, la yuca amarga tenía un papel destacado; de la materia prima obtenida de ella, se elaboraba el pan de casabe, elemento principal en la dieta aborigen. También, según los cronistas, se cultivaba el ají, diferentes variedades de frijoles y otros tipos de tubérculos, además de los ya mencionados.

Los cultivos no se efectuaban en extensiones de tierras grandes, sino en pequeñas parcelas llamadas conucos por los aborígenes. En el terreno se talaban los árboles, posiblemente mediante el fuego y las hachas petaloideas de piedra, se quemaba toda la vegetación y luego se preparaban los campos convenientemente. La coa era el único instrumento que se tiene noticia fuera utilizado por los aruacos insulares para la labor agrícola.

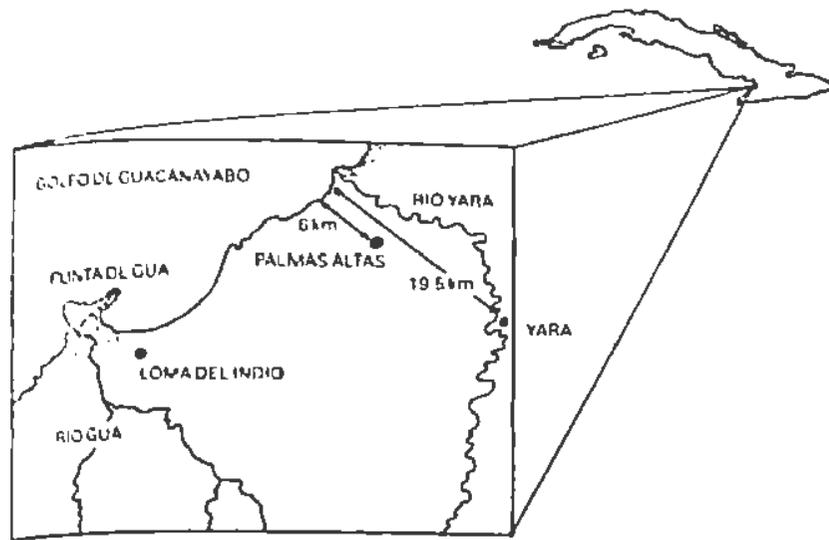
En las Antillas se practicaron en lo fundamental dos sistemas de agricultura aborigen tropical: el cultivo de roza y el cultivo de montón. Al parecer, a la llegada de los españoles el cultivo de roza había sido sustituido por el de montón, mucho más productivo. Sobre la aplicación del sistema de montón en la zona de análisis, hace referencia Diego Velázquez en la Carta de Relación: "[...] para comenzar a labrar 50 montones de unto [yuca]".

De este sistema agrícola se sabe que

cada montón era de unos nueve pies de circunferencia y su parte superior, que estaba a unos tres pies de altura, era aplanada. La tierra con que se hacían estos montones era aplada solamente con

el palo cavador (coa) [...] los montones eran dispuestos en hileras, las bases de los montones adyacentes quedaban separados por unos tres pies [...]. Durante la luna nueva, de seis a diez trozos de yuca o de cinco a seis bejucos de boniatos eran plantados en hileras en la parte superior de cada montón (Tabío, 1989).

Las condiciones geográficas, el hecho de que el sitio se encontraba en una altu-



ra a 30 m sobre el nivel del mar, así como las facilidades de tipo económicas del lugar, hicieron que Diego Velázquez expusiera: "[...] muy buen sitio é asiento para el dicho pueblo [...]" Otro elemento de consideración que influyó en la selección del sitio fue: "[...] é que las minas están a 15 é á 20 leguas de allí [...]"

La villa debía tener una situación equidistante de las minas, ser una especie de centro. Una de esas minas pudiera ser la de Jobabo, a 80 km del lugar (20 leguas), según mapa del ICGC, en el área de Cueyba.

Se cumplía entonces, con la fundación de la villa en el actual Palmas Altas, con dos propósitos fundamentales: cercanía a un puerto y a las minas. Prueba de ello es lo expuesto en la carta enviada por el rey a Velázquez el 1° de agosto de 1514: "Los pueblos que en la ista habéis hecho me han parecido bien, siendo tan a propósito de las buenas minas e puertos como decía que son [...]" (Pichardo, 1986: 34).

Hay otro aspecto de carácter simbólico —incluso político— que pudo influir en la selección y nombramiento de esta villa: "[...] y la nombró San Salvador, porque allí fueron libre los cristianos del cacique Yahatuey [...]" (Pichardo, 1965: 79). La muerte de Hatuey y lo que él representaba para la rebeldía de los aborígenes y el futuro de la conquista, debió de influir en la decisión de fundar la villa en dicho sitio y concederle un gran carácter simbólico al nombrarla San Salvador. Él estaba convencido de que "[...] con la muerte suya se aseguró é salvó mucha parte de la isla [...]" (Pichardo, 1965: 79). También la histórica creencia de que Hatuey fue quemado en Yara —incluida la vieja polémica alrededor de si es la Yara de Baracoa o la de Granma— tiene que

ver con la aceptación de que fue en esa actual ciudad donde se formó la villa en 1513, hecho que por primera vez se cuestiona. Al no existir pruebas para cuestionar que la muerte del cacique rebelde se produjera en el lugar donde estuvo situada entonces la villa de San Salvador, y al argumentar nuestra hipótesis que ésta fue fundada en el sitio de Palmas Altas, nos permite llegar a la siguiente afirmación: El indio Hatuey fue quemado en Palmas Altas, cerca del Golfo de Guacanayabo.

El carácter económico que prevaleció en la decisión de la fundación de la villa se puede observar cuando en la Carta de Relación se expresa: "[...] y así mismo hizo señalar solares para la granjería de V.A. [...]" (Pichardo, 1965: 79). La creación de haciendas reales o granjerías —es decir, explotación comercial— tenía la finalidad de ganar los reales favores para el conquistador y asegurar puntos de abastecimiento para las expediciones a Tierra Firme y otras zonas en el sur de Cuba, además del beneficio que producían al monarca. Las granjas debían ser centro de producción y abastecimiento, al estar junto a los puertos podrían contribuir mejor a ese empeño. Esto está argumentado en la Carta de Relación de agosto de 1515 cuando se expone: "[...] e porque las más de las haciendas de V.A. están junto a los puertos [...]" (Pichardo, 1965: 88).

El carácter comercial de la fundación determinó la necesidad de que, para materializar tal empeño, la villa estuviese en un puerto, lo que se observa en el mismo documento cuando expone: "[...] y después de aver aproveydo en la villa de San Salvador lo que convenia [...] se partió del puerto de Guacanayabo, por la costa sur [...]" (Pichardo, 1965: 79).

Y más adelante se hace una revelación de fundamental interés, que demuestra la importancia que se le concedía a la villa en el estratégico puerto de Guacanayabo. Dice que las dos carabelas que enviaron de Sevilla llegaron a la villa de San Salvador, en el Guacanayabo, el 10 de febrero de 1514 (Pichardo, 1965: 82).

No es casual que dichas carabelas llegaran "al puerto del Guacanayabo de la villa de San Salvador", pues ya antes de salir de este lugar en su viaje por el sur de Cuba, Diego Velázquez habla mandado a "pregonar y publicar a la Asunción y San Salvador". Al enviarse las dos carabelas, van dirigidas a San Salvador y no a la Asunción, se saca en conclusión la trascendencia económica dada a San Salvador como puerto de trasiego comercial en la región y con la Tierra Firme. Observemos ese papel: "[...] y envió la una dellas a Jamaica a cargar de pan para la traer a la Trinidad, é la otra a la Española a cargar de lo mismo y de ganado y yegua y maiz y otras cosas". Además se asegura: "[...] y face saber a V.A. que muy presto abrá aparejo en la dicha isla para desde allí cargar pan [pan de casabe] a Tierra Firme, y que es tierra fructífera [...] y que está muy a proposito de toda navegación" (Pichardo, 1965: 83).

Dadas todas estas circunstancias, la villa debió de quedar situada lo más cerca posible al puerto de Guacanayabo

La Carta de Relación de agosto de 1515 nos da elementos que corroboran las conclusiones a las que se pretende llegar, tras el análisis de los fragmentos de la correspondiente a abril de 1514. En la parte inicial del primer párrafo se explica lo concerniente a la inspección al puerto de Santiago, donde se decide fundar una villa que sería principal y establecer en ella, definitivamente, la Casa de Contratación

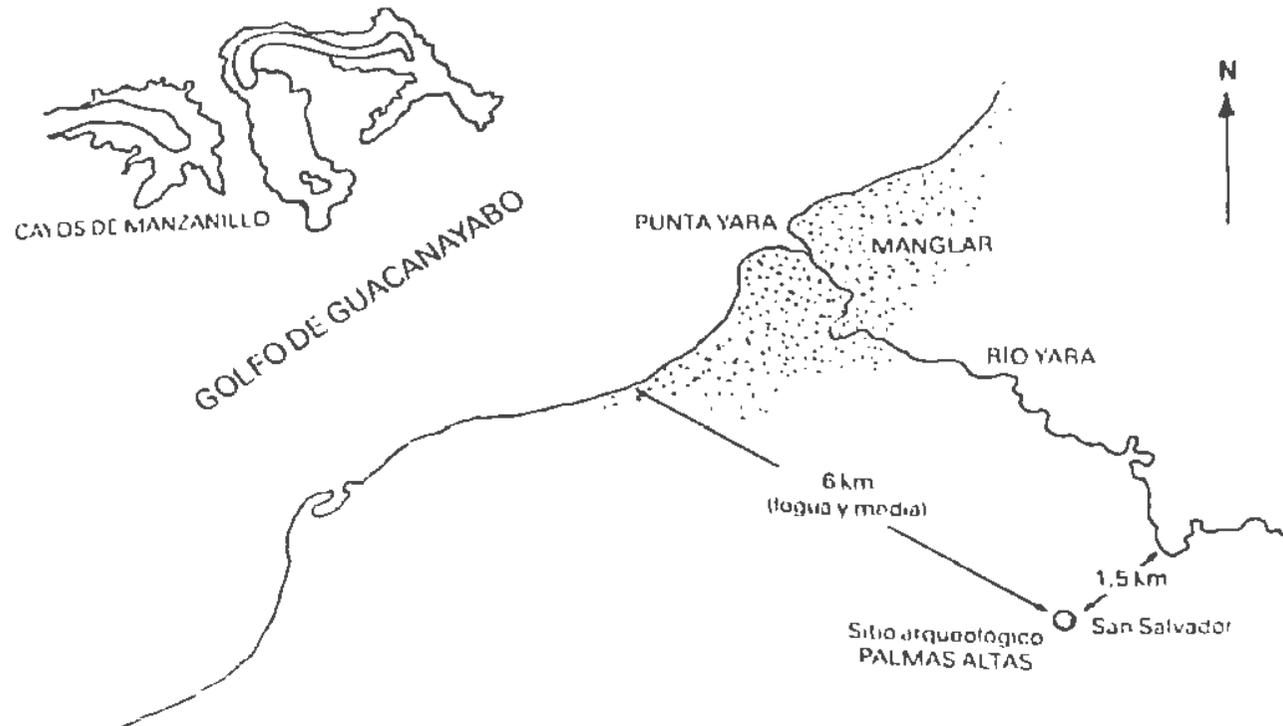
Pero antes de concebir la Casa de Contratación en Santiago de Cuba, la había creído posible en San Salvador. Así lo dice: "[...] y con ese acuerdo se partió a la villa de San Salvador, donde el dicho Diego Velázquez abía parecido que se hiciese la Contratación [...] "(Pichardo, 1965) y dejar allí situada, temporalmente, la gobernación de la isla

Esto queda claramente evidenciado cuando el conquistador, al regresar de su campaña de pacificación y fundación de villas por la costa sur de Cuba, no se dirige a La Asunción, sino a San Salvador, desde donde escribe al rey el 16 de diciembre de 1514 (Pichardo, 1986: 63), por lo que el rey le dirige a Velázquez una Real Cédula el 2 de agosto de 1515, en la que escribe "Mucho placer he habido de la pacificación que habéis hecho de los caciques de esa isla y ha sido muy bien lo que hicisteis y trabajasteis en pacificar la costa del sur por razón de los navios que allí aportacen de Castilla del Oro [...]"

Más adelante aporta las evidencias irrefutables de que durante el año 1514 la gobernación de la isla de Cuba estuvo en San Salvador: "Lo que habéis hecho en juntaros vos y nuestros oficiales tesoreros y factor y veedor de esa ysla en la villa de San Salvador [...] me ha parecido bien [...]" (Pichardo, 1986: 64).

Todo indica que al fundarse la villa de San Salvador en el lugar estratégico del puerto de Guacanayabo, ya señalado, Diego Velázquez había concebido crear en ella la Casa de Contratación, organismo destinado a contratar la economía colonial, que instalaba sucursales en los puertos de las colonias, por las cuales se hacían las importaciones y exportaciones. Por supuesto, cuando aún (1513-1514) no se había seleccionado el puerto de Santiago (1515) para estos fines. Todo ello, a nuestro juicio, nos ofrece más elementos para situar la fundación de San Salvador en Palmas Altas, cercano al puerto de Guacanayabo.

A continuación expone la carta: "[...] para hacer allí la fundación" Estaba decidido y ejecutado, de hecho, que en San Salvador radicaría la fundación, establecimiento en el cual era procesado el mineral contentivo de oro y plata. Esta decisión estaba tomada desde el momento de la propia fundación de San Salvador, pues un elemento que definió su creación fue "e que las minas están a 15 é á 20 leguas de allí" A San Salvador habría que traer la materia prima de toda la isla para su



fundación, bajo la vigilancia de un veedor de la Casa de Contratación, a fin de cobrar el quinto del rey. Al fundarse San Salvador, se tuvo en cuenta la posición del puerto de Guacanayabo para crear en la villa la fundición. La comunicación con ella era esencialmente marítima, pues se transportaba al puerto de Guacanayabo oro de La Asunción y seguramente de otras minas de la isla.

El siguiente párrafo de la carta asegura: "Llegado allí, comenzase la fundición a 18 de abril, y acabábase a 21 de Mayo; y deluvieronse allí hasta 28 de junio, y volvieronse al dicho puerto de Santiago [...]" (Pichardo, 1965). Del párrafo se infiere que las condiciones materiales que eran necesarias para realizar la fundición —homo con todos los accesorios— estaban creadas, y esta construcción requiere como es lógico mano de obra calificada, material idóneo para realizarla y tiempo.

También se evidencia que la villa de San Salvador, fundada a principios de noviembre de 1513, se mantenía en el mismo lugar donde se había fundado a mediados de 1515. De ser así, se niegan las hipótesis que creen que San Salvador fuera trasladada a finales de 1514 de su asiento original hacia Bayamo.

ANÁLISIS DE LOS RESULTADOS DEL TRABAJO DE CAMPO

Las primeras noticias sobre el sitio arqueológico Palmas Altas fueron dadas a conocer a finales de los años cuarenta y principios de la década del cincuenta, en publicaciones nacionales, por el Dr. Bernardo Utset, quien realizó excavaciones sin control científico. Toda el área que conforma el residuario está muy alterada pues en ella se han realizado diversas construcciones y los terrenos donde no las hay han sido tomados como estancias.

Estas circunstancias nos llevaron a que el trabajo de campo se limitara a la realización de pozos de pruebas de 0.50 m x 0.50 m y cateos con el objetivo de localizar un lugar donde existiera estratigrafía (es decir un lugar sin alteración antropogénica) y localizar evidencias materiales arqueológicas aborígenes y coloniales.

Al realizarse el reconocimiento, se hizo una colecta superficial de material arqueológico: restos de dieta, cerámica, material lítico y concha.

En los pozos de prueba se obtuvo material colonial: cerámica mayólica del siglo XVI, cerámica roja con vidriado interior y exterior, metal ferroso, loza del siglo XIX. Parte de la colección extralda por el Dr. Utset se encuentra en el Museo Montané, de la Universidad de La Habana, y pretendemos hacer un estudio de la misma.

En 1987, cuando el Museo Municipal de Manzanillo creó el grupo de arqueología, bajo la tutoría y dirección de los especialistas de la Universidad de Oriente y la Casa del Caribe, se procedió por dicho grupo a realizar un trabajo de exploración superficial del terreno. Allí se encontraron diversos objetos de material óseo, cerámica, líticos y restos de dieta, de evidente significación arqueológica.

El Dr. César Rodríguez Arce, durante la preparación de su trabajo "La variante cultural Bayamo", hizo un amplio análisis del material aborigen de este sitio. El resultado de estos estudios, junto con los obtenidos en nuestros trabajos de campo y análisis posteriores, nos sirvió en la exposición de los resultados de la excavación arqueológica.

El sitio Palmas Altas fue una comunidad aborigen —"pueblo de indios"— con tradiciones neolíticas en la etapa de la comunidad gentilicia desarrollada, de economía productora basada en la actividad agrícola.

La agricultura no sólo era la principal rama económica y fuente de alimentación fundamental, sino también la más avanzada. La sociedad estaba estabilizada en base al trabajo agrícola y las innovaciones decisivas para el avance social que se producían estaban vinculados siempre de alguna manera a labores agrícolas (Rodríguez, 1991: 22).

Debe señalarse que la cosecha del mar, la caza menor y la recolección tenían todavía una indudable importancia en la economía de esta comunidad en la época de la llegada de los españoles.

Los datos arqueológicos y los informes que nos han dejado los cronistas permiten suponer que en esta comunidad agricultora las fuerzas productivas se habían desarrollado de manera notable, en comparación con el desarrollo alcanzado por comunidades pescadoras-recolectoras. Prueba de ello la tenemos en los instrumentos para la producción y, muy especialmente, en las actividades productivas de la agricultura. Entre aquéllos hay dos fundamentales: el hacha de piedra pulida y el palo cavador de coa. Otros instrumentos de trabajo utilizados en el proceso productivo provenían de la industria de la piedra en volumen: morteros, majadores, percutores, etc.; de la industria de la concha: gubias, cucharas, raspadores, etc., además, debieron utilizar la madera para la construcción de viviendas, canoas, remos, etc., así como las fibras de vegetales.

Este grupo usó profusamente la cerámica, principalmente en vasijas para cocer sus alimentos y recoger el agua; además, confeccionaban los burenes. Por sus formas, estos recipientes han sido clasificados como ollas, las más comunes de gran tamaño y con escasas decoraciones, con una función fuertemente utilitaria; las escudillas, también de mucho uso entre los aborígenes; los potes y platos muy simples y de mediano tamaño.

Este tipo de sociedad agroalfarera antillana encontrada por los europeos a su llegada a estas tierras, debió de permanecer aun en un núcleo económico fundamentalmente de carácter gentilicio y que presentaba síntomas de un cambio de fase hacia la patriarcal. Se hallaban todavía en la etapa histórica de la división natural del trabajo, es decir, por sexo y edad. En la comunidad no pudo haber ni un

presentaba síntomas de un cambio de fase hacia la patriarcal. Se hallaban todavía en la etapa histórica de la división natural del trabajo, es decir, por sexo y edad. En la comunidad no pudo haber ni un

Valentín Gutiérrez Rodríguez es investigador del Centro de Estudios Regionales del Guacanayabo y la Sierra Maestra, en Manzanillo.

sociales al no existir diferencias en la posesión o propiedad de los medios de producción. Los caciques eran individuos responsabilizados con la organización de diferentes actividades, principalmente las productivas, dentro de la tribu. Este grupo humano provenía del tronco étnico y lingüístico de los aruacos.

La piedra, la concha, el hueso y la cerámica se usó como materia prima en la confección de los medios de trabajo; no obstante, ése no fue el único fin de estos materiales, que sirvieron también para la confección de artefactos de uso superestructural, como instrumentos simbólicos, artefactos de tipo ritual y artefactos de uso corporal.

En cuanto a practica religiosa, son evidentes en la región –al igual que en otras de la isla– el cemismo, el animismo, y se aprecian además arraigadas tradiciones funeranas y el peculiar culto a los antepasados.

LA EXCAVACIÓN ARQUEOLÓGICA Y SUS RESULTADOS

Se realizaron 8 pozos de prueba de 0.50 m x 0.50 m, siguiendo el sistema de estratigrafía artificial, por capas de 10 cm. Los pozos se realizaron en los extremos del sitio y en lo que debió de ser su parte central. La capa vegetal alcanzó en la mayoría de los pozos entre 30 y 35 cm y, a continuación, el caliche o tierra blanca típica de los suelos de la familia Mantanzas, del tipo genético ferrativo rojo, cuyo material de origen fue la caliza dura caversona, de composición mecánica arcillosa.

Las capas culturales estaban alteradas, no se detectó (en los lugares excavados) la existencia de estratigrafía que pudiera dar una información detallada de la evolución histórica (por deposiciones culturales) de la comunidad estudiada.

La frecuencia en la aparición del material aborigen fue superior a la del material colonial, que se presentó de forma vestigial en el caso de evidencias coloniales tempranas y más frecuente en las evidencias coloniales más tardías.

Cronología y filiación cultural

El grupo humano que vivió en Palmas Altas, a la llegada de los españoles, podemos ubicarlo cronológicamente entre los siglos xv y principios xvi en la etapa de economía productora, de tradiciones neolíticas, en su fase agricultora (comunidad gentilicia desarrollada). La presencia en el material encontrado de objetos coloniales junto con evidencias aborígenes demuestra el contacto indo-hispánico con una muy probable convivencia durante un período no prolongado.

Estudio de los materiales arqueológicos

En este informe se darán resultados preliminares del estudio del material arqueológico aborigen, a partir de la muestra obtenida en el trabajo de campo efectuado en el sitio, que no es muy amplia. Un estudio más profundo está pendiente de la revisión de la colección del sitio Palmas Altas existente en el museo Montané

MATERIAL ABORIGEN

Corámica. Generalidades

La muestra obtenida en superficie y en los pozos de prueba no es amplia; consta de 245 piezas, la mayoría muy fragmentadas. Los testos sin decoración alcanzaron la mayor frecuencia, la cerámica decorada está representada en un bajo índice. El cerámico decorado se distribuye en asas y en paneles decorados. La cerámica mantiene regularidades con respecto a las tradiciones cerámicas agroalfareras cubana-subtaina, serie meillac. Se caracteriza por la presencia de vasijas que varían de tamaño, también varían sus formas. El aplastado exterior es un tanto áspero, se caracteriza algunas veces por presentar decoraciones: incisiones lineales paralelas, oblicuas alternas y punteado. Se destaca una variedad de asas zoomorfas y antropomorfas. Abunda la presencia de burenes. Esta cerámica es monocroma. Su coloración varía de acuerdo con la arcilla utilizada, así como con la cocción dada a la misma.

Tecnología

En el caso de las vasijas, todo hace indicar que para levantar las paredes, los alfareros utilizaron el sistema de acordelado, ya que se observan huellas del mismo cuando las paredes de los cerámicos no fueron bien alisadas. La cerámica fue quemada en hornos abiertos de acuerdo con las huellas de cocción angular que se observan, además de las huellas del flameado debido al acercamiento de las vasijas a las llamas de las hogueras.

En cuanto a las tecnologías utilizadas para las decoraciones, se observa que las asas fueron adhéndas a los cuerpos de las vasijas mediante cola de alfarero o modelándolas en los bordes de los cerámicos. Las decoraciones incisas en paneles mostraron incisiones por lo general estrechas y confeccionadas sobre barro húmedo, con una ramita o con un instrumento más agudo.

El temperanto

Por lo general fue grueso y consistió en diminutos granos de cuarzo, conjuntamente con caliza y perdigones de hierro, todos ellos posibles componentes de arenas residuales agregadas al barro o que estaba en éste de modo natural.

La dureza

Se puede considerar una cerámica bastante dura; los valores de dureza, de acuerdo con los parámetros de la escala de Mohs, son en general de 4. La constitución tan sólida detectada en los testos al parecer dependió de los temperantes utilizados.

Grosor de las paredes

Las medidas más frecuentes estuvieron comprendidas entre los 4 mm y los 6 mm de espesor. Este fenómeno debe tener relación con el

tamaño de las vasijas, las cuales debieron alcanzar en ocasiones dimensiones considerables.

La coloración de superficie

La coloración se comporta de la siguiente forma: anaranjada rojiza, pardo grisácea, pardo oscura. En conjunto, se detecta una tonalidad rojiza que puede tener su origen en una tendencia a confeccionar utensilios con colorantes rojos, así como la utilización de barro de esa tonalidad.

Textura de la superficie

En este sitio, a diferencia de otros de las mismas características en la región (Cabo Cruz-Jiguani), la superficie de las paredes de los cerámicos no fueron esmeradamente pulidas o quizás la utilización de un temperante más grueso impidió el logro de un pulido más perfecto.

Forma de los cerámicos

Las ollas fueron los recipientes más comunes, eran de gran tamaño y en su mayoría con escasas decoraciones y un grosor considerable en las paredes; debieron tener una función fuertemente utilitaria. Las escudillas les siguen en nivel de uso. Estas presentan decoraciones. Se encontraron escudillas de forma navicular. Se observan restos de potes y platos; éstos eran muy simples y de mediano tamaño. Se puede concluir que en este sitio existe una tendencia a confeccionar diversos tipos de vasijas con diferentes usos.

Dimensiones de las vasijas

De forma general predominaron las ollas de gran tamaño y escudillas de mediano tamaño. Los recipientes pequeños fueron escasos, representados por pequeñas escudillas y potes.

Con respecto a la vista superior, la mayor parte de las vasijas debieron de ser redondas y en algunos casos naviculares.

Por su vista lateral, la mayor parte de los utensilios de barro fueron globulares y algunos angulares.

Dirección de los bordes

Domina el curvado hacia el interior, otros curvados al exterior y algunos de espaldares rectos.

Extremidad distal del borde

En sentido general este aspecto se mostró uniforme en cuanto a los semicirculares, con más alta frecuencia, y aplanados y acuminados con frecuencia media.

Diseños incisos

Punteado: Este tipo de decoración tiene su representación más común en un punteado fino y próximo al borde o en el plano superior del mismo borde.

Líneas: Los motivos de decoraciones lineales fueron poco empleados, no obstante, aparecen las líneas paralelas al borde, y sobresale la incisión que delimita el cintillo a manera de reborde de la vasija.

Se encuentran también incisiones lineales rectas paralelas, oblicuas, alternas (discontinuas), y una decoración lineal muy sui géneris de curvas abiertas combinadas con líneas paralelas al borde y a la figura central y línea perpendicular al borde.

Asas y decoraciones en paneles de barbotina

El elemento más observado fue el de las aplicaciones de barbotinas, que adquirían diversos diseños, entre los que se destacan: diseño de cinto sigomoidal y diseño de miembros. Esta técnica de barbotina se ornamentó con incisiones lineales rectas que se realizaron de forma transversal al desarrollo del diseño.

Tabulares simples

Se destaca la aparición de asas tabulares simples con diseños de figuras zoomorfas y antropomorfas en relieve y con incisiones.

Tentón

No son muy frecuentes, se les encontró de regular y de gran tamaño.

Los burenes

Los burenes muestran una tendencia de confección por lo general de grosor mediano.

Artefactos líticos

La colecta de artefactos líticos no fue muy amplia, se destaca en lo fundamental la presencia de hachas petaloideas, percutores, pulidores y sumergidores de redes. Se destaca un hacha petaloide elaborada en cuarzo lechoso.

Objetos de piedra tallada

El sitio sólo ha ofrecido vestigiales muestras de esa industria; no obstante, las lascas, láminas y los pequeños restos de taller respaldan el criterio de que el trabajo de la talla de rocas silicificadas ciertamente se efectuó en esa comunidad.

Artefactos de concha

Los objetos de concha fueron escasos, aún más los de uso superestructural que los de uso económico.

Las especies empleadas para esta industria en su totalidad provienen de la zona infralitoral. Se pudo apreciar que el *Strombus sp.*, *Codakias orbicularis*, *Oliva reticularis* fueron las únicas especies aprovechadas como materia prima por los aborígenes del sitio.

So colectaron

Raspadores, los más frecuentes fueron los comunes "caguaras, que se empleaban para raspar la cutícula exterior de la yuca". Estos objetos no recibieron una preparación previa para su función.

Gubia

De elaboración perfecta. El desgaste en su bisel de forma concava denota un uso acentuado del artefacto.

Sonajeros

Elaborados, como es tradicional, con los caracoles *Oliva rutilularis*

Restos alimentarios

Se tomaron muestras de restos alimentarios correspondientes a nuestra fauna, lo que arrojó el siguiente resultado: moluscos marinos, moluscos terrestres, peces marinos, jufas, huesos de ave.

Material colonial

El material colonial colectado es muy escaso y aparece de forma vestigial en el mismo contexto del material aborigen; no obstante, es representativo del contacto indo-hispánico.

Cerámica colonial temprana

Mayólica española: La característica de esta cerámica, y lo que la distingue de las demás, es su pasta blanda y porosa, que presenta un color crema rosáceo y tiene como principal componente el caolín. Su textura es compacta y fina, con dureza de 1,0 a 1,5 en la escala de Mohs (Dominguez, 1984: 9).

- Un fragmento de plato de mayólica blanca vidriado con estaño, sin decoración (*columbia plain*), siglo XVI
- Un gollete de botijuela española del siglo XVI vidriado en verde
- Dos fragmentos de recipientes con vidriado interior de amarillo, siglo XVI
- Un fragmento de escudilla de cerámica roja (criolla) con evidentes signos de transculturación, siglo XVI¹

Cerámica colonial tardía²

- 15 fragmentos de loza blanca (semiporcelana), siglo XIX
- 1 fragmento de gollete de botija colonial (cerámica roja)
- 2 fragmentos de botija (cerámica roja)
- 5 fragmentos de gres

Material ferroso

- Un fragmento de herradura colonial de principios del siglo XVI
- Un fragmento de lámina
- Un clavo

CONCLUSIONES

1. La segunda villa de Cuba, denominada San Salvador, fue fundada por Diego Velázquez en noviembre de 1513, en el sitio hoy denominado Palmas Altas, a unos 6 kilómetros del actual puerto de Manzanillo.
2. La quema del cacique Hatuey se produjo en el lugar donde se fundó San Salvador, hecho afirmado por el propio Diego Velázquez. Al demostrarse que esta villa se erigió inicialmente en Palmas Altas, es éste entonces el lugar donde murió el primer rebelde de la isla de Cuba.

3. San Salvador fue la segunda villa donde se situó la gobernación de la isla y en ella se establecieron la Casa de Contratación y la fundación de oro. Este material aflora desde las primeras minas explotadas.
4. San Salvador perdió importancia como villa con la fundación de Santiago de Cuba, en 1515. El conocimiento de aquel puerto y lugar modificó la determinación de que la Casa de Contratación de la isla de Cuba estuviera en esta región del Guacanayabo.

NOTAS

¹ El material arqueológico colonial temprano que es objeto de este ensayo fue revisado por la Dra. Lourdes Domínguez

² Para el estudio de los materiales mencionados nos apoyamos en el trabajo del Dr. Gabino La Rosa *Arqueología en sitios de contrabandistas*

BIBLIOGRAFÍA

- Atlas de Cuba*. La Habana, Instituto Cubano de Geodesia y Cartografía, 1978.
- Bernaldez, Andrés (1953): *Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel*. Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, t. 70
- Betancourt, Luis V. (1918): "La luz de Yara", en *El Figaro*, La Habana
- Colón, Fernando (1944): *Historia del almirante de las Indias don Cristóbal Colón*. Buenos Aires, Editorial Bejel
- Domínguez, Lourdes y otros (1991): "Los documentos históricos sobre las encomiendas y las experiencias de indios de Cuba y las evidencias arqueológicas del proceso de contacto indohispánico", en *Estudios Arqueológicos 1989*. La Habana.
- Domínguez González, Lourdes (1984): *Arqueología colonial cubana. Dos estudios*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- ____ (1978): "La transculturación en Cuba; siglos XVI-XVII", en *Cuba Arqueológica I*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- ____ (1980a): "Cerámica de transculturación en el sitio colonial Casa de la Obrapia", en *Cuba arqueológica II*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente
- ____ (1980b): "Presencia de porcelana oriental en algunos sitios coloniales de La Habana", en *Cuba Arqueológica II*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- ____ (1991): *Arqueología del centro-sur de Cuba*. La Habana, Editorial Academia.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo (1851): *Historia general y natural de los indios, islas y Tierra Firme del mar océano*. Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia.
- Guarch Delmonte, José M. (1990): *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Holguín, Ediciones Holguín.
- ____ (1978): *El taíno de Cuba*. La Habana, Editorial de la Academia de Ciencias de Cuba.
- Guerra, Ramiro (1921-1925): *Historia de Cuba*. La Habana, Imprenta El Siglo XX.
- Guiteras, Pedro José (1927): *Historia de la isla de Cuba*. Habana, Colección de Libros Cubanos, La Moderna Poesía.

- Gutiérrez, Valentín *et al* (1993) "Historia de las comunidades aborígenes de la actual provincia de Granma". Inédito.
- ____ (1993) "Síntesis monográfica del municipio de Niquero; período colonial". Inédito.
- Ibarra, Jorge (1979) "Las grandes sublevaciones indias desde 1520 hasta 1540 y la abolición de las encomiendas", en *Aproximaciones a Clio*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Lago Vieito, Ángel (1994): *Los aborígenes en Bayamo. Destino y legado histórico* (Colección Pinos Nuevos). La Habana, Editorial de Ciencias Sociales
- ____ (s.f.): "Niquero, una descripción de finales del siglo XVIII". Inédito.
- Largues, Roselly de (1878): *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*; anotada y publicada bajo la dirección de M. R. Padre. Barcelona, t. 1.
- La Rosa Corzo, Gabino (1995): *Arqueología en sitios de contrabandistas*. La Habana, Editorial Academia.
- Las Casas, Bartolomé de (1977): *Brevísima relación de la destrucción de los Indios*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- ____ (1986): *Historia de las Indias*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 3t.
- Le Riverend Brusón, Julio (1992): *Problemas de la formación agraria de Cuba; siglos XVI-XVII*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Marrero, Víctor M. (1993): "La relación entre región histórica y región político-administrativa: El caso de Las Tunas", en *Nuestra común historia*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- Martínez Arango, Felipe (1968): *Superposición cultural en Damajayabo*. La Habana, Instituto del Libro.
- Mateizán, Roberto (s.f.): *Cuba pintoresca y sentimental*. Santiago de Cuba, Tipografía Arroyo Hermanos.
- Morell de Santa Cruz, Pedro Agustín (1985): *La visita eclesiástica*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Ortiz, Fernando (1923): *Historia de la arqueología indocubana*. La Habana.
- Payarés, Rodolfo (1980): "Informe de los trabajos de salvataje en el Morillo", en *Cuba arqueológica II*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- Pezuela, Jacobo de la (1966): *Diccionario de la isla de Cuba*. Madrid, Imprenta del Banco Industrial y Mercantil.
- Pichardo, Hortensia (1965): *Documentos para la historia de Cuba; época colonial*. La Habana, Editorial del Consejo Nacional de Universidades.
- ____ (1986): *La fundación de las primeras villas de la isla de Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- ____ (s.f.): "El suplicio de Hatuey y ¿dónde tuvo lugar?" Ponencia al IV Encuentro de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe.
- Pino, Milton y Nilecta Castellanos (1978): *Excavación arqueológica El Porvenir, Banes*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- Portuondo, Fernando (1965): *Historia de Cuba*. La Habana, Editorial del Consejo Nacional de Universidades.
- Rey Betancourt, Estrella (1988): "Esbozo etnográfico del siglo XVI temprano; Cuba, 1511-1533", en *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, IV(16), enero-abril.
- Ribera, Nicolás Joseph de (1975): *Descripción de la isla de Cuba*; compilación e introducción de Hortensia Pichardo. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Rodríguez Arce, César (1991): "La variante cultural Bayamo"; investigación de la obra científica de arqueología. Inédito.
- Rodríguez Expósito, César (1941): *Hatuey, el primer libertador de Cuba*. La Habana.
- Romero Esteban, Leandro (1981): "Sobre las evidencias arqueológicas de contacto y transculturación en el ámbito cubano", en *Santiago*, Santiago de Cuba, diciembre, (44).
- Tabío, Ernesto y E. Rey (1989): *Arqueología y agricultura antillana*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- ____ (1985): *Prehistoria de Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Utset, Bernardo (1951): "Exploración arqueológica en la zona sur oriental de Cuba", en *Arqueología y etnología VII*(13-14), La Habana.
- Venegas Fornias, Carlos (1979): *Dos etapas de colonización y expansión urbana*. La Habana, Editora Política.

DOCUMENTOS

"Diario de Francisco Sánchez Griñán", Archivo Nacional de Cuba, *Realengos*, Leg. 76, No. 13.

Informes de exploración y excavación arqueológica en el sitio de Palmas Altas, meses de octubre-noviembre de 1995, confeccionados por Valentín Gutiérrez Rodríguez.

Mapa de la República de Cuba. Provincia de Oriente (1973); 3ª ed. Instituto de Geodesia y Cartografía. Escala 1/50 000 (1 cm = 500 m) Hojas: 4776-I, nombrada Ciudad Pesquera y 4777-II, nombrada Manzanillo.

OTRAS PUBLICACIONES

Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano. W.M. Jackson editor, t. XII, p. 721.

Diccionario Enciclopédico Universal Marín. España, Editorial Marín, 1990, t. 8, p. 3156.

Diccionario Salvat. t. 7, p. 690.

Enciclopedia Universal Ilustrada Europea-Americana. Madrid, Espasa-Calpe, S.A., t. 29, p. 1482.✽



EL ABORIGEN Y LA FORMACIÓN DE LA NACIONALIDAD CUBANA

MARÍA NELSA TRINCADO



La profesora titular de la Universidad de Oriente **María Nelsa Trincado** se ha especializado en arqueología de la región oriental de Cuba. Fruto de un trabajo que cubre ya varias décadas son libros como *Introducción a la protohistoria de Cuba*.

Los procesos de lenta integración cultural que, en una óptica de trascendencia histórica, prefiguraron la nacionalidad cubana se exteriorizan inicialmente como formas peculiares de ser en que el adueñamiento de un espacio geográfico sentido como propio incluye una singular visión del mundo.

La vieja disputa del qué y quiénes somos, que nos define como cubanos tanto para la exterioridad como para nosotros mismos, pasa y ha pasado por una serie de alternativas, conscientes o no, que de una u otra forma se explicitan en nuestro peculiar desarrollo histórico, donde se funden y rehacen, de forma sui géneris, los puntos de partida. Ya don Fernando Ortiz realizó importantes aproximaciones cuando reconoció por primera vez los principios sincréticos que sustentaban la formación de la nacionalidad cubana, los que en síntesis pueden definirse como la inserción dialéctica que en el tronco hispánico realizaron los componentes africanos e indígenas.

Planteado y visto en un todo integrador, el proceso así resumido expresa adecuadamente los principios esenciales de la dinámica cultural. Considero sin embargo necesario añadir que respecto a la formación de la nacionalidad cubana existen dos procesos convergentes la presencia real, consciente o no, de fenómenos culturales concomitantes que la prefiguran como tal y la inserción de ella en las diferentes épocas de autorreconocimiento totales o parciales de esos componentes, cuya validación se expresa en un sentimiento de autoestima en tanto participe del todo o de sus partes reconocidas que, cuanto más abarcadoras en sus puntos de partida históricos, más se consolidan.

Para aproximarnos al problema, consideramos conveniente establecer algunos momentos que sirvan de asideros primarios para su comprensión.

Un primer momento se expresa de forma antagónica entre el reconocimiento exterior y el propio concepto de sí mismo que se evidencia en las primeras generaciones nacidas en el país después de la conquista, cuando la metrópoli, casi por intuición, no reconoce ya a sus descendientes como sus iguales. Por aquellos tiempos el término "hijo de la tierra" expresaba algo más que un nacimiento no peninsular, debido no sólo a los fuertes procesos de mestizaje a los que no era extraña la metrópoli –siempre renuente a enviar sus mujeres al Nuevo Mundo–, sino también a cambios profundos de España respecto a sus hijos del otro lado del Atlántico. Estos procesos convergentes se mani-

Trincado

testaban, por un lado, en la creciente desconfianza hacia los habitantes de esta parte del mundo, así como en un control y explotación cada vez más férreos, y por el otro en un evidente menosprecio hacia los residentes en América, portadores de crecientes diferencias culturales y experiencias vitales, gente ruda en su mayoría, carente de los hábitos cortesanos, pero frecuentemente llenos de una riqueza envidiada por la nobleza metropolitana.

Aquende los mares, desde muy temprano, el elemento conquistador reconocía que sus intereses no siempre eran concomitantes con los de la metrópoli, y aun cuando pocas veces se evidenciaron en una voluntad secesionista, eran defendidos, a contrapelo de los de España, a través de un creciente comercio de contrabando, base de la riqueza —sobre todo en la parte oriental de la isla— de una poderosa oligarquía criolla que se defendía con todos los recursos disponibles, tal como ocurría en Bayamo a principios del siglo xvii.

A esta relación cada vez mayor con la tierra natal, se une en muchos casos la añoranza hacia la patria de sus ascendientes, de la cual se sentían parte integrante y que se proyectaba en una aproximación histórica que no excluía un sentimiento de condición diversa del español nacido en la Península.

Este proceso de convergencia y diferenciación no excluyente resultaba de una singular experiencia vital que necesariamente tuvo que pasar por la relación con la población aborigen americana —antagónica unas veces, integradora otras—, a través de los vínculos —extramatrimoniales o no— con sus encomendados, las necesarias formas de supervivencia en sus inicios, y luego por aquellas derivadas del complejo proceso de colonización.

Queremos apuntar por último que los poblados de indios, fundados hasta casi mediados del siglo xviii, evidencian que, al menos durante los tres primeros siglos de colonización, perduró una importante población aborigen que, aunque en precario, no pudo quedar al margen de los procesos integradores que tuvieron lugar. Ejemplos que deben tenerse en cuenta son las fundaciones de los poblados de indios del Caney, a principios del siglo xvii; el de Guanabacoa, en el occidente del país, aproximadamente en la misma fecha; y el de Jiguaní a principios del siglo xviii, por sólo citar los casos más conocidos.

El segundo momento parece relacionarse con un largo proceso que se inicia durante los primeros siglos de la conquista y que se consolida y prolonga durante el siglo xviii y buena parte del siglo xix, vinculado a la configuración del criollo, generalmente autoconsiderado como blanco y que se aleja emocional y conscientemente de lo africano, en tanto dueño de esclavos, y del elemento indígena, en tanto negador de sus derechos a determinados territorios que, a manera de tardía protección, les habla otorgado la Corona y a los cuales aspiraban esgrimiendo el criterio de la desaparición de la raza aborigen.

El tercer momento se expresaría en los fuertes procesos integradores que durante la Guerra Larga (1868-1878) se produjeron, al calor del

ingente esfuerzo independentista, marcado desde sus inicios por el gesto de Céspedes en La Demajagua, al dar la libertad a sus esclavos y ofrecerles la posibilidad de incorporarse a la contienda por la libertad de la patria, lo que elevaba al esclavo, hasta entonces mayoritariamente preocupado por su libertad personal, a la categoría de forjador de la nacionalidad cubana. Este proceso se hará evidente años más tarde, cuando el mulato Maceo, descendiente de negros y españoles, proteste en Baraguá contra lo pactado en el Zanjón.

Durante algo más de medio siglo de la historia republicana, se produjo una lucha entre los partidarios del mantenimiento del protectorado yanqui —a los que se unían fenómenos de enalzado racismo, consecuencia de casi cuatro siglos de esclavitud— y los defensores de la nacionalidad cubana. Los primeros pretendían desconocer los fenómenos histórico-culturales que nos matizaron como entidad propia, a la vez que exaltaban la "armonía" de la sociedad norteamericana y hacían méritos de la primacía y exclusividad, "por mejor derecho", del pasado hispano, que es decir de las raíces culturales de las que, de forma exclusiva, la burguesía cubana "blanca" pretendía ser heredera. En contraposición, las fuerzas emergentes defensoras de la nacionalidad cubana, al tiempo que se esforzaban en la lucha por oponerse al intervencionismo recurrente de los sectores políticos más reaccionarios, trataban de desentrañar, en aproximaciones muy lúcidas, la identidad cultural cubana como expresión de un largo proceso integrador de muy dispares elementos culturales e históricos.

Un último momento integrador se inicia con el triunfo de la Revolución el primero de enero de 1959 que, en un gran esfuerzo de unión nacional, hermanó las voluntades de hacer y de ser de los elementos presentes en la sociedad para consolidar la cubanidad, partiendo de las tradiciones heterogéneas que se fueron fundiendo en el crisol de la historia.

De todo este proceso, que dura ya 500 años, dos de sus elementos constitutivos resultan actualmente indiscutibles.

- A. La herencia hispana: presente no sólo en su condición de conquistadora-pobladora y del largo proceso de dominación que duró cuatro siglos, sino por el hecho de haber mantenido una corriente migratoria constante que le permitió, al tiempo que se integraba en los procesos que iban conformando la nacionalidad cubana, revitalizarse de forma constante. Este proceso no quedó cortado ni mucho menos con la culminación de los esfuerzos independentistas que rompieron los lazos de subordinación colonial, sino que se mantuvo de forma más o menos estable durante los primeros cincuenta años del presente siglo, atenuado unas veces en los escasos momentos de paz y estabilidad y renovado con nuevos bríos en los más numerosos momentos de crisis de la vieja metrópoli.
- B. La herencia africana: presente desde los inicios de la conquista, fue creciendo hasta dar el salto demográfico espectacular provocado por la carrera plantacionista, que alcanzó su clímax hacia la década del 40 del pasado siglo. A pesar de su situación inferiorizada,

influyó poderosamente al matizar los elementos hispanos en una fuerte síntesis cuyas raíces son bien reconocibles aún hoy en la cultura cubana. Al igual que la española, la influencia africana no quedó trunca en cuanto a su capacidad generadora de procesos renovadores con la abolición de la trata, sino que durante la primera mitad de este siglo, el necesario incremento de mano de obra barata para las plantaciones azucareras –en espectacular expansión al calor de las fuertes inversiones de capital norteamericano, estimulado por los altos precios del mercado internacional y el potente desarrollo de los *trusts* del azúcar– atrajo a cientos de miles de braceros antillanos, portadores de otros procesos sincréticos similares –aunque no iguales a los nuestros– y que mantuvieron un intercambio constante con los ya presentes en la cubanidad para insertarse con igual derecho en ella.

- C La herencia aborígen. a diferencia de la herencia hispana y africana la influencia de nuestros primeros habitantes en la cultura cubana resulta muy discutida hoy en día no sólo para Cuba, sino también para todo el Caribe isleño.

La influencia aborígen, disuelta en los complejos procesos sincréticos que ya alcanzan el medio milenio, quedó oculta en la primacía que en las dos últimas centurias ocupó la controversia blanco-negro, que era decir amo-esclavo, y que se manifestó desde 1868 hasta la primera mitad de este siglo en la lucha por el reconocimiento del negro como cubano, en un enfrentamiento –solapado unas veces, de manera manifiesta en otras– contra las fuerzas disociadoras de la nación. Por otro lado, la ausencia en los dos últimos siglos de una población aborígen cuantitativamente importante que permitiera una acción cultural y política en presente, tal como sí ocurre en buena parte de las tierras continentales, ha contribuido en no poca medida a ignorar el papel del indio en la formación de la sociedad.

Si examinamos los puntos de partida de los criterios negadores de la presencia aborígen en la cubanía, éstos se reducen generalmente a la búsqueda de elementos supervivientes en la cultura matenal, tales como las maracas, la confección –para Cuba actualmente marginal– del casabe, la permanencia de productos alimenticios como la guayaba, papaya, yuca, frijoles, ají, boniatos, etc.; en algunos lugares, como República Dominicana, aún persisten los cercados de peces, casi iguales a como los describieron los cronistas de Indias; el uso del tabaco, remos que recuerdan los indígenas, la forma de algunas embarcaciones menores, a lo que se unen vocablos de origen aruaco, sobre todo en lo que se refiere a la toponimia, nombres de plantas y animales, etc. En una primera aproximación, este pequeño listado es incompleto; pero al mismo tiempo, evidencia que estas búsquedas se quedan en la superficie porque lo que se pretende con ellas es el reconocimiento de la supervivencia aborígen en el objeto material y de la permanencia más o menos próxima de sus funciones en la cultura.

Sin embargo, los procesos sincréticos no pueden ser vistos sólo como copias funcionales de conceptos u objetos culturales, pues en la mayoría de los casos las funciones primarias no subsisten en sus formas iniciales ni para los aborígenes ni para los africanos y sus descendientes, pues el sincretismo, como expresión cultural suprema de la síntesis, altera los objetos y sus funciones; alteración que sirve a la vez de ocultamiento, más fuerte cuanto mayor es la crisis que la provoca. Por otro lado, los procesos históricos posteriores que se superpusieron, acabaron por ocultar su origen, sobre todo en el caso que nos ocupa donde, a diferencia de españoles y africanos, no quedan vivas en las Antillas poblaciones aborígenes portadoras de elementos culturales precolombinos que nos permitan el reconocimiento necesario para la comparación de las resultantes sincréticas cubanas y, aún más, del Caribe insular en su conjunto.

Para aproximarnos al aporte aborígen a la cultura cubana preferimos dejar a un lado aquellos aspectos relacionables con la historiografía cubana y antillana –y que resumimos de forma bastante incompleta en páginas anteriores– y acercarnos a otros fenómenos que, no por menos estudiados, dejan de ser importantes.

Durante cerca de doscientos años (siglos XVI y XVII), aunque en forma decreciente, la población aborígen fue en buena medida mayoritaria y es evidente que se impuso en muchos aspectos de la vida cotidiana al español y al negro (africano o criollo, esclavo o no) en sus precarios primeros momentos en la isla. Sin embargo, al acercarnos a estos siglos iniciales, lo hacemos en virtud de la escasa o casi nula información sobre los balbucesos de vida urbana de las primeras villas, al tiempo que se relegan los fuertes procesos integradores que ocurrían en las zonas “suburbanas” (por llamarlas de algún modo) o rurales, alejadas de los centros de poder y atención colonial, donde el mestizaje racial y cultural se hizo más fuerte y callado y donde la dependencia de los elementos naturales del país eran más fuertes.

En los cruzamientos –tipificados en su más alto grado en Vasco Porcallo de Figueroa y su harén de indias con una larga lista de hijos e hijas nacidos por sus madres aborígenes, aferradas aún a sus tradiciones culturales–, nuestros aborígenes fueron dejando su sangre y su cultura. Todavía en el siglo XVIII en Bayamo, Santiago y otras poblaciones, los vecinos se quejaban de que por las noches se dejaban oír los tambores y canciones de los areítos anunciando nostalgia, posibles levantamientos o suicidios masivos al siguiente día, triste expediente para ir al mundo de los muertos y, de paso, dejar al oprimido sin la fuerza de trabajo necesaria para su subsistencia y enriquecimiento, al decir de los españoles.

Las tempranas declaraciones de la naciente oligarquía criolla y española sobre la total desaparición de la raza aborígen durante los primeros años de la conquista –desaparición que sólo fue decretada por la Corona española en fecha tan tardía como 1840– tuvo su origen en las Leyes Nuevas, que otorgaron a los indios la protección de la metrópoli y al calor de las cuales fueron asignadas importantes zonas de

tierras fértiles para su explotación. Este legado provocó numerosas disputas legales en torno a la existencia o no de indios y sus descendientes directos con derecho a ocuparlo. Todavía a principios del siglo XIX se iniciaba proceso legal por los vecinos de El Caney para demostrar su directa ascendencia aborigen y, por ello, su derecho a seguir manteniendo los territorios que usufructuaban.

Hubo pues, desde los primeros tiempos, el intento muy marcado de dar por exterminada la raza indígena y concluir con ello la labor de apropiación de sus territorios iniciada con la conquista y colonización desde principios del siglo XVI.

La imbricación de los entonces elementos foráneos (europeos y africanos) en el contexto de isla tenía que pasar necesariamente por el adueñamiento de un espacio geográfico que sólo el indio podía enseñar a conocer y a utilizar, lo que sin su concurso, no hubiera sido ni tan rápido ni tan efectivo. Asimilación del entorno que pasaba por la necesidad de sobrevivir y que en sus inicios contaba mayoritariamente con la experiencia de su población autóctona para hacer producir la tierra: el conocimiento de los terrenos idóneos para los diferentes tipos de cultivos, las épocas mejores para la siembra, la preservación de los tubérculos en tierra, las minas de sal explotables, la fauna utilizable por el hombre, las formas de pesca, etc. La lucha contra el intemperismo, la construcción de viviendas adecuadas a nuestras peculiaridades climáticas, los ciclos estacionales, con sus regímenes pluviales, fueron aprehendidos también a través de este contacto. No por casualidad las "siete primeras villas" fundadas por los españoles durante los primeros tiempos del siglo XVI fueron construidas en o junto a poblaciones indias de particular importancia.

Insertados en un medio exótico, españoles y africanos debieron recurrir a la experiencia de los primeros habitantes para conocer las propiedades curativas de la flora cubana, conocimiento avalado por una praxis de varios siglos; aún hoy, en la región oriental al menos, las formas de "sobar" por las piernas para la cura del "empacho" sigue los mismos procedimientos que describiera Ramón Pané entre 1494-98 de los aborígenes de La Española y que también refiere Las Casas para Cuba.

El trasiego de conductas, de formas de hacer y de ver el mundo entre negros e indios se expresó de las más disímiles formas. El indio enseñó al negro el camino del palenque y en él pudieron sustraerse, en ocasiones durante años, a la expoliación del conquistador, ocultos en los más extraviados parajes conocidos por los primeros. Allí intercambiaron experiencias de aproximación al mundo material y supranatural. La presencia de elementos aborígenes en los llamados cultos sincréticos apunta en esa dirección. Tal como ha observado Joel James, en la regla de palo el actual caldero o nganga tuvo su antecedente en el "macuto" que, oculto, guardaba los principios mágicos. Quisiera agregar que la presencia de restos humanos —en espe-

cial cráneos— en las cestas rituales de los aborígenes, relacionadas con el culto a los antepasados, es de signo similar a los restos humanos que aparecen siempre asociados a la nganga.

Estas cestas, muy bien descritas por el Almirante en su primer viaje y posteriormente por todos los cronistas de Indias, extendían su poder protector a la familia y a toda la comunidad y actuaban —y aún hoy actúan en la nganga— como centro de protección y fuerza mágica. Ellas debieron ser parte de fuertes procesos de síntesis que sólo nos atrevemos a esbozar aquí.

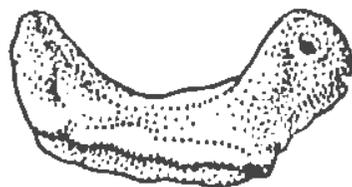
La presencia del tabaco en los cultos sincréticos cubanos, como ofrenda o como sahumerio cuando el tata nganga expira el humo sobre los receptáculos del culto o sobre sus ahijados, o cuando el santo monta en ocha o el luá en vodú, parecen aproximarnos al behique que, al aspirar el humo de plantas alucinógenas, se relacionaba con las fuerzas mágicas. De igual signo son los sistemas de preguntas y respuestas a la nganga, que mantienen similitudes muy acusadas con las ceremonias de los behiques. Quisiera por último preguntar: ¿serán los perros de Babalú Ayé una aproximación al aborígen Opille-elguobirán —deidad con cabeza humana y cuerpo de perro—, encargado de cuidar a las almas en su deambular nocturno por este mundo para que no las sorprendiera la luz del día y que nada tienen que ver con la imagen del católico san Lázaro obispo?

No quisiera concluir sin una breve referencia a nuestra antigua versión del culto mariano, expresado en la Caridad del Cobre, que es a la vez española, india y africana y que, con el correr del tiempo perdió, en virtud de los procesos aquí esbozados, la evidencia de su ancestro indígena hasta convertirse en nuestra virgen mulata, la Patrona de Cuba, que actualmente sólo parece reconocerse en su sincretismo con la Ochún del panteón yoruba pero que, hurgando en sus orígenes, se nos aproxima a Guabancex, diosa de las aguas, la tempestad, la fertilidad universal, siempre acompañada de sus dos heraldos: el trueno y el viento; o Atabex, la gran "madre agua" talna.

Algo más quisiera apuntar. La cabeza de la virgen de la Caridad del Cobre, hecha al parecer de una especie de pasta de maíz, apunta hacia procesos sincréticos no entrevistados con anterioridad: la incorporación de aborígenes mesoamericanos (mayas o aztecas) en fecha muy temprana a los procesos de síntesis nacional cubana, provocada por los fuertes trasiegos migratorios que se iniciaron con los primeros contactos de los europeos con el continente. Encontrada, según el bello simbolismo de la leyenda original, por dos indios y un niño negro de unos 12 años (como si se quisiera expresar el entonces pequeño aporte africano a nuestra cultura), con el decursar del tiempo éstos fueron transformados en la mentalidad popular en un blanco, un mulato y un negro, sustitución que parecía expresar los nuevos procesos históricos que se consolidaban en torno al siglo XVIII, indicadora de la influencia cultural española y africana en la que subyace, oculto, el componente aborígen, hermosa síntesis de nuestra cubanidad. ✽

INTRODUCCIÓN A LA VISIÓN LASCASIANA DEL INDOCUBANO

JUAN MANUEL REYES CARDERO



INTRODUCCIÓN

La obra de Fray Bartolomé de Las Casas, junto a la de otros historiadores de Indias, resulta imprescindible a la hora de estudiar las comunidades indocubanas de la época del contacto indohispánico. Existen multitud de aspectos tratados por Las Casas que es necesario tomar en consideración para delimitar las particularidades regionales y locales de nuestras sociedades aborígenes en su relación con otras del área caribeña y que, en ocasiones, son soslayadas por historiadores y arqueólogos. Precisamente nos referiremos a los más medulares de esos aspectos que analizaremos a través de una particular propuesta de aproximación a la visión lascasiana del indocubano.

POBLAMIENTO

Desde el mismo inicio de la colonización, infinidad de pensadores trataron de dar explicación a la procedencia del hombre americano. En aquella época, caracterizada por un pensamiento que relacionaba el origen de todos los fenómenos con pasajes de connotación bíblica, se planteó la llegada a estas tierras por diferentes vías. El padre Las Casas asoció el arribo de los primeros hombres al Nuevo Mundo a la dispersión de las diez tribus perdidas de Israel, pero su observación sobre los procesos migratorios ocurridos en el marco antillano, y específicamente en Cuba, fue más objetiva.

Las Casas, junto a Colón, nos da el hilo conductor que nos adentra en el complejo mundo de los diferentes grupos culturales aborígenes de la isla de Cuba y en la historia de sus vías migratorias; para él "la historia migratoria de Cuba se reduce a la llegada inicial de unos grupos muy similares a los lucayos; seguidos posteriormente por habitantes procedentes de la Isla Española que sojuzgaron a los primeros" (Trincado, 1984: 43).

A partir de esta clarividente pero tajante definición, asumimos que la connotación de su esencia, no siempre clara, unida a otros elementos aportados por el fraile, ha prolijado el devenir de una serie de interpretaciones, alejadas o cercanas a lo planteado por él, pero con base común en sus escritos: migraciones primarias de grupos con pobre cultura material circunscritas a distintas regiones del país y migraciones posteriores claramente definidas como agroalfareras. Las Casas consideraba como primeros pobladores de Cuba a unos indios llamados siboneyes, que contraponía a una oleada migratoria agroalfarera procedente de La Española. Según entonces creía "no habla cincuenta años que los destas hobiesen pasado a aquella isla" (Las Casas, s/f, t. 2: 460).

Reyes Cardero

POBLACION

A través, fundamentalmente, del análisis del "Memorial sobre remedios de las Indias", escrito por el clérigo alrededor de 1516, y de algunos pasajes de su *Historia de las Indias*, es notoriamente diferenciable una comunidad preagroalfarera denominada guanajatabey "que están dentro de Cuba, en una provincia al cabo de ella" (Pichardo, 1965: 55), y una comunidad agroalfarera llegada a esta isla poco antes del contacto hispano-aborigen. Mas su relación acerca de nuestros primitivos habitantes se torna controvertida en lo concierne a las comunidades de cultura material pobre, identificadas por él como indios siboneyes —muy parecidos a los lucayos— muy simples, a quienes considera los primeros pobladores de la isla, y que servían a otros grupos dentro de ella. A los lucayos, por cierto, los equipara también con los indios cayos de los Jardines de la Reina y del Rey.

El problema queda inmerso en una nebulosa difícil de escudriñar todavía hoy, años después que el arqueólogo cubano Ramón Dacal llamara la atención y propusiera vías para su solución (Dacal, 1980), sobre todo porque además de no haberse hecho una búsqueda arqueológica que tome como base las crónicas, se olvida la connotación etnológica del vocablo siboney en virtud de nuestra "sapiencia arqueológica". Por ello, en lo adelante, intentaremos acercarnos al *status social* de una población vagamente delineada por Las Casas y plurinterpretada por la posteridad.

Es complejo determinar la correspondencia etnológica entre comunidades que a través del tiempo pudieron tener diferentes vías de aferencia y variados niveles de desarrollo socioeconómico. No obstante, hay evidencias de procesos transculturales —de los que sólo pudieron escapar, a nuestro entender, muy pocas comunidades en el país—, como lo muestra el examen del registro de las comunidades tempranas (consideradas siboneyes) y tardías (de origen aruaco), al observarse en ellas la presencia de gubias y la similitud de artefactos líticos elaborados por abrasión o por lascado.

En la dirección apuntada, la excepción resulta válida no únicamente para los aborígenes de la parte occidental del país que Las Casas reseña, sino también para los de otras zonas, entre ellas el sur de Camagüey, donde otros cronistas particularizaron la posible existencia preagroalfarera, confirmada por los resultados arqueológicos, aunque no se ha verificado su existencia en la época de la conquista. También merecería la pena estudiar las características de los sitios arqueológicos análogos a El Carnero, actual provincia Granma, donde investigadores como el Dr. Martínez Arango notaron una evolución del siboney arqueológico hacia formas superiores (Martínez, 1966).

Juan Manuel Reyes Cardero trabaja como especialista en el Museo de Arqueología Aborigen de la Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba.

Con independencia de que aceptemos esto último, no consideramos posible su localización en muchos otros lugares de la isla y menos en los visitados por Bartolomé de Las Casas. Las constantes alusiones al casabe, inclusive en la propia zona de Bayamo, y la denominación siboney tan profusamente dispensada por el cronista, parecen vislumbrar un distanciamiento entre su "ciboney" y nuestro "siboney arqueológico".

Si observamos el itinerario y las descripciones realizadas por Las Casas durante la conquista; si tomamos en cuenta el hecho de que el fechado de los sitios preagrícolas considerados siboneyes no corresponde hasta ahora —ni debe de corresponder preponderantemente— a la época en que el cronista escribió; y consideramos que los elementos diagnósticos del ajuar de estos sitios, salvo excepciones, no aparecen aislados, sino algunos de ellos modificados en contextos tardíos (agroalfareros), estaremos en vías de concluir que los siboneyes reconocidos por Las Casas corresponden a una migración aruaca —como estimaron alguna vez arqueólogos como Juan Antonio Cosculluela y Felipe Pichardo Moya (Dacal, 1980)— o eran portadores de una experiencia de este tipo. El último caso sería resultado de un proceso transcultural consolidado, en líneas generales, entre preagricultores y agricultores, con preponderancia para los últimos a la llegada de los conquistadores.

El lenguaje hablado por los grupos a que hacemos referencia tiene como expresión más manifiesta el conocimiento del aruaco, dirección en la que apunta la resultante de los estudios arqueológicos y etnológicos. Por un lado, luego del seguimiento de las cerámicas meillac y chicoide, se considera que "el poblamiento de las lucayas debió de iniciarse en el siglo X d.n.e. por representantes tahinos y macoriges" (Guerrero y Veloz, 1988: 14). Por el otro, estos lucayos pudieron entenderse con los indios cayos cubanos, similares a los siboneyes, según Las Casas, cuando Cristóbal Colón los llevó como intérpretes en su recorrido por los cayos de Las Doce Leguas. Si esto es así, la acción comunicativa entre los aborígenes de Cuba (excepto los de occidente) y de otras Antillas respondía al aruaco. La propia afirmación de Las Casas nos lo revela: "cuasi es una lengua y manera de hablar" (Las Casas, 1965: 200).

Las referencias lascasianas relativas a las peculiaridades somáticas de nuestros aborígenes, aunque escasas, proponen una cercanía a los agroalfareros. Ello es notorio cuando patentiza la equivalencia de las particularidades craneales de los indios de varias Antillas: "Las gentes de los lucayos y de la Isla de Cuba y Jamaica, según me puedo acordar, los tenían cuasi como las nuestras o que mas parecían en la figura dellas; muchos tienen la frente cuadrada, que es buena señal" (Las Casas, s/f, t. III: 499).

Independientemente de que los datos no son suficientes ni definitivos, deben ser considerados en razón de su correspondencia con los resultados arqueológicos actuales. Hasta ahora no han sido exhumados, en contextos definidos dentro de la etapa indohispánica, cráneos aborígenes no deformados (preagroalfareros) solos, o en asociación con deformados (agroalfareros).

RELACIONES ECONÓMICAS Y SOCIALES

A partir de la propia disyuntiva sobre la filiación del siboney observada por Las Casas, se distinguen dos criterios acerca de las relaciones económicas entre estos aborígenes. Por una parte, se encuentran los que distinguen como preagroalfareros a dichos habitantes y los distancian y subordinan etnológicamente a los agroalfareros. Por otra, los que consideramos estas relaciones dentro de una generalidad etnológica más o menos común, diferenciada por factores físicos, productivos y superestructurales en sus diversas manifestaciones locales. Nuestra opción se fundamentará inmediatamente con el esbozo de las relaciones económicas.

La equiparación establecida por Las Casas entre los indios pescadores de los Jardines y los siboneyes, y entre estos últimos y los lucayos, obedece a que estos aborígenes realizaban un tipo de actividad mayormente predatora —que no era exclusiva de grupos preagroalfareros, pues la practicaban también agroalfareros, como parece ser casi conclusivo en el caso de los lucayos, en cuya área de asentamiento la arqueología ha reportado mayoría agroalfarera, y para la que las crónicas de Las Casas refieren actividades subsistenciales no dependientes de la agricultura.

La investigadora María Nelsa Trincado, luego de presumir que "las referencias a poblaciones parecidas en Cuba con grupos de las Lucayas, se relacionen con los grupos productores de tradición cerámica haitiana" (Trincado, 1984: 44), expresa su parecer sobre lo observado durante la conquista en las zonas habitadas por estos antiguos pobladores:

Lo que parece confundir a los cronistas es la pobre imagen que los poblados de las pequeñas islas presentan al espectador. El terreno poco fértil produce una agricultura escasa que no llega a ser suficiente para cubrir sus necesidades; el bajo sobrante de producción, si es que lo hubo, condujo, a lo que parece, a la primacía de actividades predatoras, dando una imagen de pobreza respecto a los poblados productores vecinos, fácilmente igualados por los poblados sometidos a condiciones habitacionales similares de Cuba (Trincado, 1984: 44).

De acuerdo con lo expresado, las distinciones observadas por el padre Las Casas entre los siboneyes y otros aborígenes agricultores estarían principalmente relacionadas con los diferenciados patrones

de asentamiento concurrentes en la isla, la especialización de las comunidades y el momento de llegada. En ese sentido, los siboneyes pueden haber sido nominados por el tipo de actividad no productiva realizada ocasional o establemente, aunque se distinguían de otros grupos cuyo parecido con los provenientes de La Española era notable a los ojos del cronista. Éste, evidentemente, perdió de vista tanto la coetaneidad como la coterraneidad de esas comunidades.

Después pasaron desta isla Española alguna gente mayormente después que los Españoles comenzaron a fatigar y oprimir los vecinos naturales desta, y llegados en aquella [se refiere a Cuba], por grado o por fuerza en ella habitaron y sojuzgaron por ventura los naturales della que como dije arriba, llamábanse cibuneyes. Finalmente, la gente que hallamos en ella era poco más o menos como la de ésta, exeplo la de dichos cibuneyes, que, como dije, muy modesta simplícima (Las Casas, s/f, t. II: 460).

Como la última parte del párrafo citado ha contribuido a que se infieran relaciones de sojuzgamiento con soporte en un distanciamiento étnico, dedicaremos atención a sus partes medulares. Cuando Las Casas dice que la gente hallada por ellos era más o menos como la de La Española, excepto los siboneyes, que eran más simples, su planteamiento no obedece a la observación de comunidades etnológicamente distintas, sino a una distinción ocasionada por el complejo panorama social aborígen existente. El mismo es un indicador de relaciones establecidas, que podían llegar al sojuzgamiento, pero no sobre la base del mencionado distanciamiento.

No es lógico pensar que el cronista estuviera en posición de denominar como grupos culturales llegados inicialmente a Cuba a los preagroalfareros, a quienes algunos distancian étnicamente, pues los agroalfareros estaban establecidos en la isla mucho antes de la llegada de los conquistadores. Además, en relación con los argumentos ya expuestos sobre los lucayos, no debe olvidarse que Las Casas plantea que la gente que primero pobló Cuba "eran las mismas que tenían las islas de los Yucayos pobladas" (Las Casas, s/f, L II. 460).

El tratamiento dispensado por el cronista hacia los siboneyes nos induce a suponer que vivían extendidamente en la isla; esto guarda meridiana relación con el conocimiento que tenemos sobre la estabilidad de las sociedades aruacas a partir del siglo IX en Cuba y con la transculturación ocurrida desde entonces. No negamos que hubiera correlación entre sociedades con troncos étnicos originarios distintos, pero de acuerdo con la cuantía de ellas y con los factores predominantes de los aruacos, no debieron de ser las que primaban ni estar en la mira de Las Casas, cuyas observaciones deben de responder a grupos, cuando menos, transculturados.

En este sentido, queremos dejar sentado que los relatos del cronista reflejan el comportamiento de comunidades agroalfareras homotaxiales pero diferenciadas. Estas sociedades, por lo menos las de la parte oriental de Cuba, se encontraban en el proceso de descomposición de la comunidad agricultora primaria, lo que traía aparejado relaciones de cooperación y de intercambio y diferencias sociales de índole tribal e intertribal (Tuncado, 1984).

Los detalles de las crónicas en torno a los sucesos ocurridos luego de los desembarcos de Alonso de Ojeda por el Golfo de Guacanayabo y de Cristóbal Colón por la región centro-nororiental de Cuba, hablan a favor de este criterio. En esos lugares, los niveles de distinción y jerarquización social son bien descritos por Bartolomé de Las Casas, y en la última zona han sido corroborados por el estudio realizado por José M. Guarch y sus allegados sobre los entierros funerarios allí encontrados (Guarch, Rodríguez y Pedroso, 1987: 33).

Por supuesto, las diferencias seguramente se aceleraron con la conquista de La Española, al ocasionarse la ruptura de la estructura social de sus aborígenes, más compleja, reflectora de notorios distingos. A partir de entonces, debió de producirse una polarización de tales diferencias en favor una intensificación de la lucha, ya existente en Cuba, por los repartos territoriales: "algunas guerrillas tenían sobre los límites y términos de sus tierras y señorío, pero todas ellas eran como juegos de niños y fácilmente se aplacaban" (Las Casas, *s/f*, t. II: 307). Ello de hecho también presupone la posibilidad del traspaso a Cuba de gérmenes de una diferenciación social más compleja, observados en La Española.

Aunque aceptamos esta última posibilidad, no consideramos que la condición de servidores respecto a otros aborígenes de la propia isla de Cuba, manifestada por Las Casas en el "Memorial", pudiera obedecer al *status* de naborías o criados existente en La Española, sino que su tratamiento más global nos hace presumir una distinción entre comunidades a partir de su relación socioeconómica. Las propias descripciones de su "Apologética historia de las Indias" indican ese sentido: "pero ninguna o casi ninguna diferencia entre los hijos y aquellos que habían sojuzgados" (Las Casas, *s/f*, t. III: 137).

PATRONES DE ASENTAMIENTO

Establecidas ya las características más generales de los aborígenes cubanos, según creemos fueron observadas por Bartolomé de Las Casas, pasaremos a reseñar cómo el cronista distinguió sus patrones de asentamiento.

Los lugares de asentamiento de las comunidades aborígenes cubanas se vislumbran en las crónicas lascasianas en una gran diversidad y siempre en franca correspondencia con el nivel socioeconómico de las comunidades. Respecto a las preagrícolas, cuya permanencia se señaló certísimamente para la parte occidental de la isla, el fraile

informó escasos pero notables datos relativos a su forma de establecerse, que pueden ser notados en esta puntualización: "ni tienen casas, si no están en cuevas continuos, si no es cuando salen a pescar" (Pichardo, 1965: 55-56). Por otro lado, las particularidades de las comunidades agroceramistas, caracterizadas por la existencia de núcleos sociales formados por relaciones de parentesco, son tan detalladamente notificadas por Las Casas que el etnohistoriador dominicano Roberto Cassá ha considerado que es este cronista quien denota mejor el carácter gentilicio de estos grupos culturales: "En esta Española, en la de Cuba y en la de San Juan y Jamaica, y la de los Lucayos hablan infinitos pueblos, juntas las casas, y de muchos vecinos juntos de diversos linajes, puesto que de uno pudieron haber muchas casas y barrios multiplicados" (Las Casas, *s/f*, t. III: 44).

En este aspecto, constreñido específicamente a Cuba, don Bartolomé reporta una forma de asentamiento basada, de acuerdo con su criterio, en la existencia de poblaciones palafíticas, situadas "en la ribera del mar y dentro de las casas sobre horcones en el agua [...] donde las canoas atracaban directamente en las casas" (Las Casas, *s/f*, t. II: 521). Estas poblaciones propias de grupos costeros, según algunos autores, han podido ser relacionadas con otros sitios de tierra adentro por medio de las investigaciones realizadas por la doctora Lourdes Domínguez en el centro sur de Cuba. El resultado de las mismas comprueba un "sistema de asentamiento complejo, en una etapa del proceso de ocupación del territorio" (Domínguez, Febles y Rives, 1994: 44).

RELACIONES FAMILIARES Y DE PARENTESCO

Por último, en aras de completar un cuadro introductorio más abarcador, queremos resaltar otros importantes aspectos que aparecen en las narraciones lascasianas, referidos a las relaciones familiares y de parentesco en Cuba. Se trata de las relaciones matrimoniales, filiales y extramatrimoniales de los indocubanos de más desarrollo.

La cuestión del matrimonio en estas comunidades se heredó confusa en razón de las distintas posiciones asumidas por los cronistas. A pesar de ello, luego de sopesar los distintos planteamientos y constatarlos con los resultados etnográficos afines a esos grupos culturales, se ha podido llegar a la comprensión de la existencia del matrimonio por parejas con libre disolución por ambas partes. A esta actual percepción contribuyó el padre Las Casas con su oposición a Gonzalo Fernández de Oviedo, que sostenía la existencia del matrimonio por grupos. Entonces Las Casas sentenció: "el que le dijo eso a Oviedo no le dijo verdad porque nunca hubo tiempo para que aquello de los indios se alcanzase" (Las Casas, *s/f*, t. II: 467). No obstante, hay quien ha considerado válida la argumentación de Oviedo para grupos cubanos más arcaicos (Cassá, 1990: 146).

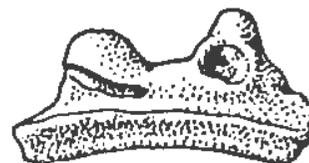
Ante tales discrepancias, es difícil conceptuar las relaciones extramatrimoniales de nuestros aborígenes. En su posición contrapuesta, Las Casas las niega y Oviedo las generaliza. Sin embargo, es posible aislar datos que señalan para Cuba la existencia de homosexualidad masculina. Aunque Las Casas la niega, es aceptada por Roberto Cassá en razón de los argumentos de Oviedo y de los propios testimonios del defensor de los indios. Refiriéndose a lo testimoniado por Las Casas, el historiador dominicano ha comentado: "Al inicio de la conquista de la isla de Cuba, él mismo tuvo la oportunidad de observar un indio de sexo masculino ataviado con nagua, no habiendo averiguado en el momento el significado de ello".

En cuanto a la filiación familiar comunitaria, Las Casas informa la sucesión matrilineal, cuestión mayoritariamente aceptada; también se deduce de las crónicas una residencia de tipo patrilocal. Actualmente algunos autores consideran que esta forma de residencia "implica el tránsito a la filiación patrilineal como garantía de la ostentación de las prerrogativas por vía masculina" (Dominguez, Febles y Rives, 1994: 44).

Otro de los aspectos destacados por Las Casas dentro de las relaciones parentales y familiares de nuestras comunidades fue la poligamia. Él la admitió como práctica habitual de los caciques, a diferencia de Oviedo que la consideraba de forma casual generalizada. Estas opiniones, aunque contrapuestas, se complementaban, pues ambas inducen a pensar que la realización de dicha práctica estaba en función del poder económico de los individuos.

BIBLIOGRAFÍA

- Cassá, Roberto (1990): *Los taínos de La Española*. Santo Domingo, Editora Búho.
- Dacal, Ramón (1980): "De los ciboneyes del padre Las Casas a los ciboneyes del 66", en *Universidad de La Habana*, (11).
- Dominguez, Lourdes, Jorge Febles y Alexis Rives (1994): "Las comunidades aborígenes en Cuba", en Instituto de Historia de Cuba: *Historia de Cuba; la colonia, evolución socioeconómica y formación nacional*. La Habana, Editora Política, p. 44.
- Las Casas, Bartolomé de (s/f): *Historia general de las Indias*. Madrid, M. Aguilar, 3 t.
- _____ (1965): *Historia general de las Indias*. México, FCE, 3 t.
- _____ (1977): *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Guarch, J. M., César Rodríguez y Roxana Pedroso (1988): "Investigaciones preliminares en el sitio El Chorro de Malta", en *Revista de Historia*, Holguín, II(3): 25-40.
- Guerrero, José y M. Veloz (1988): *Los inicios de la colonización en América*. San Pedro de Macorix, Ediciones de la Universidad Central del Este.
- Martínez Arango, Felipe (1966): "Fichero del Museo de Arqueología Abongen". Universidad de Oriente, ficha 24-1.
- Pichardo, Hortensia (1965): *Documentos para la historia de Cuba*. La Habana, Editorial Nacional de Cuba.
- Trincado, María Nelsa (1984): *Introducción a la protohistoria de Cuba*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente. ❧





Como parte del Festival de la Cultura Caribeña que tiene lugar cada año en Santiago de Cuba, a comienzos de julio, la Casa del Caribe y la Universidad de Oriente auspician el Taller de Arqueología del Caribe. La reunión tiene como finalidad intercambiar experiencias y discutir temas medulares relacionados con la arqueología del área, además de constituir una puesta al día en los más recientes descubrimientos y trabajos realizados

Los principales temas en torno a los cuales giran los trabajos presentados anualmente están referidos a:

- ❖ El mundo precolombino en el Caribe de hoy
- ❖ El Caribe ribereño y el insular. Sus interrelaciones
- ❖ Paleoecología y sociedades aborígenes
- ❖ Características económicas. Economía y Sociedad
- ❖ Organización política y social en el Caribe precolombino
- ❖ Arte y religión en las sociedades precolombinas
- ❖ La arqueología. Desarrollo y perspectiva
- ❖ Arqueología de los asentamientos afroamericanos en el Caribe

Si desea compartir en este ámbito sus ideas y experiencias puede dirigirse a Jorge Ulloa Hung en la redacción de *El Caribe Arqueológico*.



**Reproducimos en la cubierta un idolo
de madera procedente de la cultura
taína, hallado en la
región de Baracoa.
Figura antropozoomorfa, sorprende
por la multitud de interpretaciones de
las que es sucesceptible.
Perteneció originalmente a la
colección Juan Croos.
En la actualidad forma parte de los
fondos arqueológicos
de la Universidad de Oriente.
La pieza tiene 145 *mm* de largo
y una circunferencia
de 103 *mm* aproximadamente.**

